

Selección RNR

ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

*Charlotte
Beverly*



Romance Histórico

Charlotte Beverly

Andrea Muñoz Majarrez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A mi pareja, Álvaro, y a mi madre,
por ser siempre mis dos apoyos incondicionales.*

*Y a mi abuelo Jesús,
espero que, donde quiera que estés,
te sientas orgulloso de mí*

PRÓLOGO

Horton Hall, Branston, Lincolnshire. 1825

Hacía un sol espléndido que iluminaba los verdes prados que rodeaban Horton Hall, la casa señorial del duque de Branston, lord Davenport. Aquella mañana veraniega la suave brisa llegaba hasta la entrada de la casa, trayendo consigo un dulce aroma a hierba mojada, pues la noche anterior había caído algo de lluvia, de la que aún quedaban algunos rastros de gotas entre las hojas. A pesar de la lluvia de la noche anterior, ese día no había rastro de nubes, el cielo estaba despejado y de un azul intenso, escenario perfecto para disfrutar del día en el jardín.

Horton Hall era el lugar donde habían crecido los miembros de la familia Davenport durante los últimos cien años. Rodeada de verdes prados, por la finca pasaba un pequeño arroyo donde era posible bañarse en verano cuando hacía un día tan espléndido como aquel. La mansión estaba hecha de piedra y mármol, con paredes revestidas de madera y tapices que daban calidez a la casa durante el duro invierno, a pesar de que era una casa en principio pensada para ser una propiedad donde vivir en verano. Los Davenport pasaban gran parte del año en Londres, donde lord Davenport era representante en la Cámara de los Lores, y donde tenía una propiedad en Mayfair, llamada Kenton House. Horton Hall contaba con salón de baile, despachos, una cocina inmensa, numerosas habitaciones y una sala para los niños de la familia, además de un inmenso jardín y hectáreas de campo donde disfrutar de largos paseos tanto a caballo como a pie. La propiedad se situaba algo lejos de Branston, un pequeño pueblo donde la vida era tranquila y apacible, al que los Davenport acudían principalmente para la misa de los domingos o para alguna reunión o acto.

Lord Davenport, coronel retirado, había participado en la batalla de Waterloo, donde luchó contra las tropas napoleónicas. Había perdido a su esposa, Fanny, hacía tres años debido a unas fiebres. Para él su vida ya no estaba tan llena de luz como antaño, pues tuvo la enorme suerte de enamorarse de su esposa, algo extraño entre los de su clase, y de tener un matrimonio feliz a pesar de las dificultades de la vida.

Pero aquel día de julio de 1825 no quería recordar malos momentos, pues esperaba la visita de un amigo al que le debía la vida. Por fin, el capitán Beverly, a quien conoció cuando este era un soldado más bajo sus órdenes, había decidido aceptar su invitación para pasar unos días con su mujer y sus dos hijas allí, y disfrutar del agradable entorno. Lord Davenport no estaba solo aquel día, pues lo acompañaban su único hijo y heredero, Patrick, con su esposa, Elizabeth, y su pequeño Michael, de 8 años de edad, que era el ojito derecho de su abuelo.

Aunque lord Davenport no era un hombre muy religioso, lo único que siempre le pedía a Dios era que su hijo Patrick enmendara su conducta. Este era un jugador y mujeriego empedernido, que traía por el camino de la amargura a su mujer. Elizabeth aguantaba con estoicismo las infidelidades de su marido y las habladurías, pues las aventuras de Patrick eran bien sabidas por todo su entorno social, y todos murmuraban maliciosamente a su alrededor. Pero ella, como hija de familia aristocrática, era una dama que había sido educada para sobrellevar estos escándalos con una actitud fría, pero a la vez risueña.

Solo deseaba que, aunque la conducta de su hijo no se pudiera arreglar de manera inmediata, por lo menos Michael no heredara su carácter y se convirtiera en un muchacho responsable. Sin embargo, Michael adoraba a su padre y para él seguía siendo su héroe a pesar de sus numerosas ausencias y del poco cariño que le demostraba. Para evitar males mayores, lord Davenport se había encargado de quitarle a su hijo y heredero el control de los menesteres económicos y solo le pasaba una asignación anual para poder vivir cómodamente, aunque siempre tenía que pagar algún extra por sus deudas contraídas en numerosas partidas de cartas.

Absorto estaba en esos pensamientos, cuando llegó el carruaje del capitán Beverly. Este era un hombre de mediana edad, alto y apuesto, siempre con una agradable sonrisa, que transmitía paz y serenidad a los demás. Durante su etapa en el ejército, en el cual ya no estaba en activo, siempre animaba a sus compañeros, a pesar de las duras condiciones del campo de batalla. Cuando luchaban en la guerra contra Napoleón, el capitán Beverly era el cadete Beverly, alguien de rango inferior que estaba bajo el mando de lord Davenport, quien, a pesar de su posición privilegiada, que le habría permitido quedarse en tierras inglesas esperando el desenlace de lo que ocurría en el continente, siempre sintió amor hacia el ejército y la batalla, y también hacia las oportunidades de aventura y viajes que la vida militar traía consigo.

Por ello, lord Davenport se alistó siendo joven, y en pocos años subió de rango, y llegó a ser coronel. Cuando por fin se libró la última gran batalla para derrotar al ejército del corso, lord Davenport luchó con gran valentía, pero perdió a algunos de sus hombres. A pesar de aquello, todos lo seguían y confiaban en él. En un momento de la batalla, un proyectil casi lo había alcanzado, pero el joven cadete Beverly había intervenido y lo había apartado en el momento justo dándole un fuerte empujón. Lord Davenport nunca olvidaría a aquel muchacho de origen irlandés que le salvó la vida, y desde entonces siempre estuvo en deuda con él.

El capitán Beverly, entonces cadete, había recibido una condecoración por su acción en la batalla y había ascendido de rango. Al volver a casa, se casó con Gabrielle, su prometida, que lo había esperado, a pesar de que al principio tuvo reservas respecto al joven por no tener un futuro seguro. Pero la perseverancia de él hizo que Gabrielle cediera y se comprometieran. El capitán estuvo varios años más en el ejército, viajando por el mundo, pero al nacer sus hijas había decidido que era hora de echar raíces y adquirieron una propiedad en Bath. Finalmente, el capitán Beverly decidió retirarse hacía unos meses, pues su paga le daba para vivir con holgura. Ese era el momento de ofrecerle una cálida bienvenida. Hacía años que no lo veía, aunque habían intercambiado correspondencia durante la última década con asiduidad.

El carruaje de la familia Beverly se situó frente a la entrada. El capitán salió

de este, cediéndole a continuación el paso a su mujer, que se apoyó en su brazo. Después apareció la pequeña Jane, de dos años, que se lanzó a los brazos de su padre, y Charlotte, de cinco años, que bajó por su propio pie. La pequeña Charlotte se situó junto a su madre, mostrándose educada y tranquila, observó la fachada de Horton Hall con curiosidad y asombro, pues era un lugar imponente.

Lord Davenport se acercó a ellos con una enorme sonrisa y estrechó la mano del capitán Beverly con fuerza.

—¡Bienvenidos! Ya era hora de que vinieran a hacerme una visita —dijo lord Davenport.

—Gracias, lord Davenport, por invitarnos, este lugar es precioso —contestó el capitán.

Enseguida, lord Davenport hizo una carantoña a la pequeña Jane, que se mostraba muy tímida. Entonces se agachó y se puso a la altura de Charlotte, que le hizo una pequeña reverencia.

—Soy lord Davenport, ¿y usted, pequeña dama?

—Me llamo Charlotte Beverly, milord —contestó la pequeña.

—Un nombre muy bonito, Charlotte. ¿Me acompañas? Quiero que conozcas a alguien.

La pequeña cogió la mano de lord Davenport y se dirigieron hacia la entrada, donde los esperaba el resto de la familia. Lord Davenport hizo las presentaciones pertinentes al capitán Beverly, y entonces ocurrió algo. Detrás de Patrick apareció el pequeño Michael, y cruzó una mirada con la pequeña Charlotte. En ese momento, la niña se quedó algo impresionada por la fuerza de la mirada de aquel niño, de un azul intenso. El pequeño, animado por su abuelo, se acercó y ambos estrecharon la mano.

—Michael, esta es Charlotte, la hija del capitán. ¿Serás bueno y jugaréis juntos?

Michael asintió, y Charlotte solo pudo percatarse de que su corazón latía con fuerza, pero no entendió por qué. Aquel niño producía un efecto en su joven corazón que no podía comprender.

Pasaron los días y ambas familias pasaban los ratos charlando, paseando a

caballo por el campo, comiendo y bebiendo, mientras los niños, especialmente, Michael y Charlotte, jugaban. A pesar de que Jane era muy pequeña para disfrutar de los juegos con ellos, Charlotte siempre la llevaba consigo. Ambas se adoraban, y Charlotte siempre protegía a Jane con orgullo de hermana mayor.

En una de las múltiples tardes que pasaron jugando juntos, Charlotte bajaba corriendo por una colina junto a Jane, tan deprisa que no vio una pequeña piedra que había en el camino, así que tropezó y se hizo una herida en la rodilla. Enseguida Michael fue a ver qué ocurría, mientras Jane, asustada, lloraba al ver que su hermana estaba herida, sin saber muy bien qué hacer. Michael llegó hasta ellas y a continuación examinó la herida.

—No debes ir corriendo por aquí, es peligroso —dijo Michael.

—Perdón, no vi la piedra —dijo Charlotte algo apurada.

—Bueno, no es una herida grave, pero será mejor que te lleve a la casa.

Michael se agachó, haciéndole un gesto a Charlotte para que subiera a su espalda. La pequeña, avergonzada, hizo caso a la indicación y entonces Michael la agarró por las piernas y los tres se fueron a la mansión. Jane dejó de llorar, y siguió el paso de Michael, aunque este iba despacio, a sabiendas de que la pequeña no podía ir más deprisa.

En ese momento, Charlotte supo por fin lo que le estaba ocurriendo aquellos días, su corazón se aceleraba y notaba mariposas en el estómago, incluso cuando Michael no estaba al alcance de su vista. Su figura, su pelo rubio, sus ojos azules como el mar, su sonrisa y su forma de ser, todo le gustaba, quería quedarse en Horton Hall para siempre, no echaba de menos Bath para nada. Quería quedarse en aquel lugar mágico, donde lord Davenport decía que habitaban duendes y hadas. Charlotte Beverly, hija del capitán Beverly, se enamoró de Michael Davenport aquel verano de 1825, y ya su corazón y su vida no serían las mismas. Comprendiendo que al día siguiente tendría que decir adiós a aquel lugar y a su príncipe azul, las lágrimas anegaron sus ojos, y no pararían en todo el camino hasta Horton Hall.

CAPÍTULO 1

Bath, 1846

Eran las siete de la mañana y el reloj de la mesilla sonaba con el tintineo habitual, indicando a Charlotte que era hora de levantarse. El cielo estaba cubierto de nubes, lo que indicaba que a lo largo del día caería algo de lluvia, como venía siendo habitual desde hacía días en Bath. A pesar de eso, Charlotte se puso un vestido de corte sencillo de color azul, se adecentó, y a los diez minutos ya estaba sentada en la mesa del comedor desayunando con su padre, solos los dos, como acostumbraban desde hacía años.

Charlotte se había convertido en una adulta, una mujer a la que ya se la catalogaba como una solterona, pues se la consideraba demasiado mayor para conseguir casarse con un buen partido, según los dictámenes de la sociedad. Tenía algunos kilos de más, de acuerdo con los cánones establecidos, y no era considerada una belleza. Tenía un color de pelo castaño corriente al igual que sus ojos, aunque cuando sonreía, su rostro se volvía bastante atractivo. Pero teniendo en cuenta que físicamente no sobresalía, nadie solía fijarse en ningún detalle destacable. Por este motivo, Charlotte había desarrollado un carácter tímido y observador, y suplía su falta de atractivo con inteligencia y sabiduría, por lo que se había convertido en una buena consejera y en una persona responsable en la que cualquiera podía confiar.

Su padre, a pesar de la edad y de las desgracias familiares, apenas había cambiado su carácter risueño y alegre. No obstante, ya estaba cada vez más apagado debido al pequeño ápice de tristeza que siempre lo acompañaba desde que falleció su esposa. Se cumplían ya siete años de aquellos amargos días, cuando Gabrielle contrajo un inocente resfriado que derivó en una neumonía que la llevaría a la tumba en poco más de tres meses. Entonces, el

capitán Beverly se había quedado desolado, y durante un tiempo sus hijas creyeron que había perdido la alegría. Hasta que al año siguiente Jane se comprometió y se casó con Stewart Murray, un prestigioso abogado, y se marchó a vivir a Bristol. Unos meses después nacería su nieto, Daniel, quien devolvería la luz y la alegría al capitán.

Desde entonces, Charlotte y él vivían en la casa familiar en perfecta armonía, como siempre habían hecho, pues Charlotte sabía comprenderlo mejor que nadie. Le gustaba su vida tal como era. Y aunque para la sociedad el hecho de ser una solterona suponía una tragedia, para Charlotte no lo era. No estaba interesada en casarse por interés y sin amor, ya que eso era lo que sucedería con cualquier pretendiente que no fuera Michael Davenport. Para ella solo había sitio para él en su corazón y, si no se casaba con Michael, prefería quedarse como estaba.

A lo largo de aquellos años, desde que se vieron por primera vez siendo niños en Horton Hall, había tenido ocasión de verlo todos los años en Londres, pues habían asistido a los bailes de la temporada, siempre invitados por lord Davenport, y se habían alojado siempre en Kenton House, ubicada en el barrio de Mayfair. Cada año que pasaba, Michael se volvía más apuesto y atractivo, incluso había llegado a desarrollar un carácter apasionado y algo descarado. En los últimos tiempos se había hecho famoso por el éxito que tenía entre las mujeres, que caían rendidas a sus pies. Cabía decir que Michael nunca había intentado nada con Charlotte, y la veía como una amiga, o incluso como una protegida de su abuelo, quien siempre le recordaba lo buena muchacha que era, y cuán maravilloso sería que se convirtiera en su nieta política, algo que a Michael ni se le pasaba por la cabeza.

En ese instante, absorta en sus pensamientos sobre Michael Davenport, su padre le llamó la atención:

—Charlotte Anne Beverly ¿me estás escuchando? —dijo el capitán Beverly.

Entonces Charlotte volvió a la realidad:

—Perdona, papá, ¿qué decías?

—Ha llegado una carta de lord Davenport, nos invita a todos ir a Londres dentro de dos semanas para asistir a la temporada. Quiere que nos alojemos en Kenton House. ¿Te parece bien?

En el rostro de Charlotte se dibujó una enorme sonrisa, podría ver al objeto constante de sus pensamientos de nuevo tras varios meses.

—Sí, papá, por supuesto que sí.

—Pero no te entusiasmes, que Michael no te hará ningún caso, seguramente estará ocupado.

Su padre podía leer sus pensamientos, él sabía lo que sentía por Michael porque ella se lo había contado hacía tiempo, pero siempre le advertía que debía olvidarse de él por su bien, aunque ella no hiciera caso.

—Papá, no te preocupes, entiendo las cosas, sé que Michael estará ocupado, pero me conformo con verlo, eso es todo. Sé que es imposible para mí.

—A lo mejor es imposible para él, porque tú vales mucho.

—Eso lo dices porque eres mi padre, pero Michael conquista a auténticas bellezas a las que todo el mundo admira. Yo no soy una belleza.

—Lo eres, eres maravillosa y, si él es tan tonto como para no verlo, entonces no te merece.

Charlotte sonrió ampliamente ante aquella frase, y agarró la mano de su padre en señal de afecto. Para ella, era el mejor padre del mundo. El único hombre de su vida que no dejaba que perdiera su confianza, y que la hacía sentirse querida e importante.

—Gracias, papá.

Después de terminar su desayuno, Charlotte se dirigió a su escritorio.

Durante todos aquellos años de tristezas y decepciones, derramando lágrimas por Michael Davenport y por las duras críticas a su aspecto, la literatura se había convertido en una vía de escape para Charlotte. Gracias a las historias que narraban sus escritores de cabecera, era capaz de viajar a otros mundos y olvidarse de su realidad. Inspirada por esa felicidad que esos autores y sus historias le aportaban, había decidido que ella también quería provocar ese efecto en los demás y entrar en sus corazones a través de la palabra escrita. Así había empezado hacía unos años escribiendo poesía, y había conseguido que sus poemas se publicaran en un pequeño diario local, bajo pseudónimo, con lo que había obtenido un éxito moderado.

Era su sueño poder llegar algún día a ver un libro escrito por ella en la estantería de alguna de las librerías que visitaba a menudo, aunque de momento ese sueño estaba lejos. Ahora quería dejar atrás la poesía y

centrarse en la prosa, escribiendo su primera novela que aún no tenía título, con un argumento que ya había cambiado en numerosas ocasiones en los últimos meses. Había sido primero una novela de carácter histórico, luego de misterio y ahora de amor. Lo único que tenía claro era que el héroe de su novela se parecería a Michael Davenport.

Ya que sabía con seguridad que su única ocupación sería la de hija, hermana y tía, y que la literatura aportaría un sentido mayor a su existencia, cuando terminara su novela, enviaría copias a las editoriales para probar suerte. Si publicaban el libro, estaría más que satisfecha, si no, igual seguiría escribiendo, pues también la escritura era una forma para ella de representar todos esos anhelos y sentimientos que no solía mostrar a nadie. Pero la cuestión era ¿por qué ocultarse? Pues por miedo a las maliciosas habladurías y a las críticas, sobre todo en los círculos de sociedad. Aún no estaba bien visto que una mujer pudiera desarrollar una carrera laboral sin el amparo del marido. Por eso había publicado con pseudónimo sus anteriores trabajos. No temía que su padre no aprobara su actividad, al contrario, sabía que él estaría orgulloso. Era un hombre adelantado a su tiempo que siempre animó a sus hijas a ver el mundo y a ser independientes. El motivo para ocultárselo era más agradable: quería darle una sorpresa, no quería que sufriera con su fracaso, como ya lo hacía en el plano sentimental. Así que, si conseguía tener éxito, él sería el primero en tener su libro entre las manos, y lo celebrarían juntos.

Mientras miraba por la ventana que tenía delante de su escritorio el panorama de Bath, con sus elegantes casas y sus chimeneas humeantes, pensaba en lo que se encontraría dentro de un par de semanas. Llevaba esperando todo el año que llegaran esas fechas para poder ver al objeto de su deseo. Cada vez Michael era mejor, pero su actitud con ella era peor. ¿Sería distinto ese año? No lo creía, pero siempre albergaba una esperanza. Año tras año era lo mismo. Asistían a la temporada, ella se sentaba en un rincón y nunca bailaba. De hecho, bromeaba con su padre con el hecho de haber olvidado cómo se bailaba un vals. No le gustaba demasiado asistir a la temporada, no solo por el hecho de ver coquetear a Michael con otras mujeres de forma descarada, sino por el ambiente que se respiraba.

Todo parecía una obra de teatro, con todos representando distintos papeles

previamente ensayados. Todos criticaban a todos, y todos coqueteaban con todos. Recordaba aquella vez, en uno de los múltiples bailes, cuando una tal señorita Hamilton criticaba la actitud mujeriega de Michael Davenport fingiendo que no le impresionaban sus artes. Pero unos días después los vio besarse a escondidas en un jardín, ella casi medio desmayada por la pasión. Todo funcionaba así, y ella despreciaba esa actitud. Prefería a la gente honesta, aunque fuera desagradable.

Todos fingían apreciar su inteligencia y su actitud, pero sabía que todos la compadecían. Era como cuando alguien hablaba de la amiga fea pero inteligente de la dama más bella del lugar. Todos admiraban su porte, su actitud, afirmaban que era una mujer maravillosa, que el hombre que no la apreciara por su belleza interior era tonto y ciego, pero cuando alguien preguntaba si alguien en verdad querría disfrutar de su compañía o incluso amarla, todos negaban con la cabeza, poniendo insulsas excusas, y siempre se quedaban con la belleza, sin darse cuenta de que esta se desvanecía con el paso del tiempo.

Tendría que hacer de tripas corazón, como siempre, y sentarse en el rincón reservado a las viudas y las solteronas, donde todo se comentaba, desde el aspecto de los trajes hasta los últimos escándalos. Y ella, evitando escuchar, solo sería capaz de observar a Michael. Desde allí, podría verlo seducir a todas las féminas que se encontrara a su paso, mientras a ella se le rompía un poquito el corazón. A pesar de esa triste perspectiva, su novela llamaba a la puerta, y debía aprovechar el tiempo antes del parón que tendría durante su estancia en Londres. Mejor viajar a otros mundos, porque este resultaba ser algo desagradable.

Londres, 2 semanas después

Los rayos de sol se asomaban con timidez a través de las espesas nubes que amenazaban con lluvia, pero eso no impedía a Michael Davenport dar un largo paseo matutino a caballo por Hyde Park. Ese día a su lado cabalgaba una belleza esbelta y rubia, se trataba de *lady* Diana Ronwald, de cuya compañía disfrutaba últimamente con asiduidad. Michael era, a sus treinta y tres años, un hombre apuesto con una mirada azul de acero, que conquistaba

con su pícaro sonrisa a todo aquel que se pusiera por delante, en especial, si era del sexo femenino.

Su carácter había cambiado desde la muerte de su padre, ocurrida cuando tenía quince años. Patrick Davenport murió de un infarto mientras yacía junto a una de sus amantes. Aunque la existencia del heredero del duque de Branston había sido una sucesión de escándalos desde su juventud, semejante acto supuso un duro golpe para el buen nombre de la familia. A pesar de las ausencias de su padre, y del cariño arbitrario que le mostraba cada vez que se veían –pues Patrick jugaba el papel de padre cuando le apetecía, ya que la falta de constancia había sido uno de sus principales defectos–, Michael había desarrollado una admiración y un cariño hacia su padre inmenso. Cuando lo perdió de forma tan repentina, sufrió un shock considerable, que lo hizo querer imitar las conductas de su progenitor. Incluso llegó a culpar a su madre y a su abuelo de las faltas de aquel, argumentando que ellos no lo habían sabido comprender y, por lo tanto, habían sido responsables de su muerte.

Tras eso, Michael empezó a conquistar a distintas mujeres, siempre buscando la pasión y la aventura, y dejando de lado la idea del matrimonio. Aunque nunca le dio por jugar de forma asidua y temeraria como a su padre, sí que disfrutaba de alguna partida de cartas de vez en cuando. Michael se encargaba de los negocios familiares de forma responsable y brillante, pues entendía que con la economía no tenía que arriesgar, algo que su abuelo agradeció. Sin embargo, su relación ya no fue la misma después de la muerte de Patrick.

En cuanto a la relación con su madre, esta mejoró con el tiempo. Su madre siempre se mostraba preocupada por él. Deseaba que sentara la cabeza y se casara, que echara raíces, pero a ser posible con alguien a quien quisiera de verdad, ya que ella no había tenido la misma suerte y su matrimonio había sido una tortura. No le gustaba que Michael frecuentara a distintas mujeres, eso no lo llevaba a ninguna parte, y esperaba que algún día encontrara a su alma gemela.

Tras cabalgar durante casi una hora, *lady* Diana y Michael decidieron parar bajo un árbol frente al lago. Al bajar de los caballos y amarrarlos, *lady* Diana se apoyó en el árbol y Michael, con una mirada que echaba fuego, se acercó a

ella y comenzó a besarla de forma apasionada, estrechándola entre sus brazos. Aunque el carácter de aquella dama podía ser tremendo, le encantaba que se entregara a él tan fácilmente, siempre dispuesta a recibir sus besos y caricias. Debían ser discretos pues *lady* Diana estaba casada con lord Ronwald, un hombre veinte años mayor que ella, con quien contrajo matrimonio por puro interés.

Michael, al conocerla, había pensado que era un desperdicio que esa belleza tuviera que soportar los achaques de semejante viejo, y ella había pensado que Michael sería un buen amante. Ambos aprovechaban cuando su marido estaba ocupado en la Cámara de los Loes, donde pasaba gran parte del día, para disfrutar de ratos de pasión desenfadada en la casa de los Ronwald en Berkley Square, donde sus criados guardaban las apariencias con gran discreción, pues la señora les pagaba un extra para que mantuvieran la boca cerrada.

Pero ese día no tendrían tiempo para disfrutar de uno de esos momentos ardientes. Lord Davenport quería que Michael estuviera en casa para recibir al capitán Beverly, a sus hijas y a su yerno, que iban a hospedarse en Kenton House con motivo de la temporada londinense.

—¿Podréis venir después a mi casa, *sir* Michael? —dijo *lady* Ronwald.

—Me temo que hoy no tendré tiempo, preciosa. Tenemos invitados y debo estar allí para recibirlos.

Michael se alejó un poco de ella y se dispuso a andar hacia la zona del lago, a unos pocos metros de allí.

—¿Y entre esos invitados hay alguna mujer? —dijo ella.

—Sí, pero no te preocupes, no es competencia para ti —contestó Michael con un gesto divertido, pues le sorprendía que *lady* Ronwald se pusiera celosa.

—Bueno, nunca se sabe. ¿De quién se trata? —dijo ella con cierta reserva.

—De la anodina y aburrida señorita Charlotte Beverly, es la hija del capitán Beverly, amigo de mi abuelo. Mi abuelo la adora, es el prototipo de esposa aburrida, nada atractiva y abnegada, que espera en casa haciendo punto o tomando el té con las arpías de la zona.

—Bueno, yo también soy una esposa.

—Sí, pero no eres nada aburrida, aunque no eres mi esposa, claro. —

Michael se acercó hasta tenerla de nuevo entre sus brazos y continuó—: eres mi amante, y eso es mucho más divertido y excitante.

Entonces la besó de nuevo con más pasión que antes, le encantaba el hecho de que no estaba atado a nadie. Para él su libertad era lo primero.

Entonces ella se apartó cuando él se alejó de sus labios, y frunció el ceño.

—No me fío, esa es la típica mosquita muerta que luego puede dar muchas sorpresas. Puede que acabes loco por ella y ni te des cuenta —sentenció ella.

—Vamos, si la conocieras no dirías esas tonterías, aunque creo que la conocerás pronto, asistirá a algunos bailes —dijo Michael entre risas.

—Igualmente, no me gusta —dijo ella cruzándose de brazos.

A Michael no le gustó demasiado ese gesto. No soportaba a las mujeres celosas, ya que eso era un indicio de que querían poseerlo, y él solo quería disfrutar de ellas hasta que ya dejara de ser divertido.

—Diana, sabes que yo no soy de nadie. Tú, de hecho, estás casada, así que no me montes escenas de celos porque, si lo haces, me cansaré.

Eso alarmó a *lady* Ronwald, que se dio cuenta de que el tono de Michael era serio. Ya lo sabía, él había dejado desde el principio claras las reglas del juego y, si no quería que la abandonara pronto, debía comportarse con más despreocupación. Ella sabía que era una de las bellezas más aclamadas de la alta sociedad londinense, la envidia de muchas, y encima era amante de uno de los solteros más codiciados y atractivos.

Ella estaba en desventaja, pues no era libre, ya que estaba casada, aunque pasaba más tiempo con Michael que con su propio marido, quien también disfrutaba de numerosas aventuras amorosas. Pero con Michael era diferente. Lo quería solo para ella. Debía ser más prudente.

—Lo siento, simplemente me preocupo por ti. No quiero que caigas en las redes del matrimonio, es horroroso. —Se acercó a él y le acarició el brazo.

—Algún día tendré que casarme, aunque sea para tener un heredero, pero definitivamente nunca con ella, no me importa que mi abuelo insista. No sé qué ve en ella. Es tan insignificante. Ni siquiera he tenido nunca una conversación fluida con ella, lo único que hace cada vez que me ve es tartamudear —dijo riéndose de nuevo—. Aparte del hecho de que no me atrae, ni un beso le daría.

—Bueno, provocas ese efecto en muchas mujeres, Michael, haces que se

queden sin palabras. —Lo besó en la mejilla.

—Bueno, me gusta cuando tú te quedas sin palabras porque es cuando me besas. —Entonces volvieron a fundirse en un fuerte beso.

Mientras se apartaba sonriente, Michael miró su reloj de bolsillo y se dio cuenta de que ya era hora de marcharse.

—Debo marcharme, querida —dijo mientras le daba un beso y se dirigió a su caballo.

Una vez subido en él se volvió hacia ella.

—Te haré saber cuándo nos veremos.

Entonces se alejó en dirección a la salida de Hyde Park.

Mientras, *lady* Ronwald se adecentó y se preparó para marcharse, pensando cuándo volvería a ver a Michael y cuándo volvería a disfrutar de sus besos y sus caricias.

Kenton House estaba situada en Charles St., muy cerca de Berkley Square, y aunque por fuera no pareciera muy grande, contaba con numerosas habitaciones y dos salones, donde de vez en cuando ofrecían alguna fiesta durante la temporada. Era reconocible por la belleza de su fachada, de color mantequilla, y por sus motivos decorativos florales.

Durante gran parte del año, su abuelo y él vivían allí, y recibían visitas ocasionales de Elizabeth Davenport. Su madre prefería permanecer en Lincoln, donde tenía una casa que había sido regalo de su padre, lord Brickley, conde de Norwell, después de casarse. Este había querido que Elizabeth tuviera una propiedad suya y no de su marido, y así lo había dejado escrito el conde, quien no se fiaba de Patrick Davenport. En esta ocasión, *lady* Elizabeth venía para pasar aquellos días con su hijo y con su suegro, con el que tenía buena relación, pues él había ejercido de padre con Michael durante las interminables ausencias de Patrick y siempre había sido su mayor defensor frente a las habladurías malintencionadas de la alta sociedad.

También ella estaba contenta con la llegada de los Beverly. Opinaban que era una familia agradable y que Charlotte era una mujer maravillosa, buena y cariñosa, siempre atenta con ella y su suegro, con el que siempre hablaba de política o de cualquier tema. Le daba pena que Michael no hubiera mostrado

interés en ella, pero intuía que Charlotte sí tenía interés en su hijo, aunque siempre procuraba disimularlo.

Sabía que llegarían ese día, y ella ya estaba camino de Londres. Arribaría al día siguiente por la tarde si todo iba según lo previsto. Saldría de su rutinaria pero apacible vida en Lincoln, una ciudad en la que era famosa por su implicación en las actividades de la ciudad y por ser benefactora de numerosas causas benéficas. Aunque no le quedaba más remedio que ir por motivos familiares, pues había que mantener buenas relaciones con los diferentes miembros importantes de la sociedad, por el bien de los Davenport, Londres no le gustaba. Para ella había sido el escenario del hecho más trágico de su vida.

Había ocurrido hacía muchos años, pero aún recordaba aquel viaje a Londres. Había sido por esas fechas cuando por fin había conseguido que Patrick viajara con ella y su padre desde Horton Hall, para disfrutar de la temporada. Él siempre estaba ocupado y se pasaba todo el tiempo en Londres en brazos de alguna bailarina o corista. En aquella ocasión, Patrick había estado los dos meses anteriores con ella y Michael en Horton Hall, ejerciendo de marido y padre. Ella había pensado que por fin había conseguido que él quisiera estar a su lado, que sería responsable y empezaría a respetarla. Se había mostrado cariñoso y animado, cosa que antes nunca había hecho. Incluso había llegado a dormir con ella todas las noches. Era una mujer que había vuelto a creer en su marido, aunque ella siempre estuvo enamorada de él en todo momento, a pesar de los escándalos.

Durante la temporada bailaron y se divirtieron, pero el último día Patrick desapareció durante toda la noche, y llenó de angustia a Elizabeth y a lord Davenport. Temieron que hubiera vuelto a las andadas, aunque esa vez la cosa pareció ser más grave, pues no sabían dónde estaba. Tras pasar la noche en vela y después de que lord Davenport, junto con unos cuantos sirvientes, se dedicara a buscarlo por todo Londres, descubrieron que Patrick yacía muerto en los brazos de Trudie Stapleton, una bailarina que trabajaba en el Drury Lane, con la que había pasado la noche bebiendo y gozando sin descanso.

Según el médico que fue enviado allí, su corazón había decidido que ya había tenido suficiente, después de años de ingesta de bebida y sustancias

sospechosas. Su suegro entró aquella mañana en Kenton House y le explicó, como pudo, lo que había ocurrido. Fue en ese momento cuando Michael, que entonces tenía quince años, entrando en cólera al enterarse de que su padre había muerto, le gritó a su abuelo y los culpó a los dos por no haber detenido a su padre. Ante eso, Elizabeth se había derrumbado, no solo por la muerte del hombre que le había robado el corazón en su puesta de largo hacía ya dieciséis años, sino por las dolorosas acusaciones de su hijo. ¿Por qué hizo Michael aquello? ¿Por qué ese muchacho adorable y alegre se convirtió después en alguien crítico, despiadado y egoísta? Patrick no hizo bien su trabajo, pero ella tampoco. No supo ver que Michael admiraba a su padre a pesar de todos sus defectos, que para él era importante, y no supo explicarle que la conducta de su padre no era la correcta, que no debía confiar en él como ella hizo.

Entonces su hijo se transformó. Pese a que era un irresponsable como Patrick, pues no gastaba dinero en el juego y tenía buen olfato para las finanzas, su hijo no era capaz de amar; solo buscaba la aventura y la diversión, no el amor verdadero. Iba de una mujer a otra, sin rumbo, nunca buscando a alguien que de verdad lo quisiera, sino alguien con quien pasar un buen rato para después abandonarla por aburrimiento.

Por eso Londres era solo un lugar al que ir una vez al año para ver a viejas amistades, aunque realmente no tenía verdadero aprecio por ninguna de las personas que frecuentaban aquellas veladas. Habían sido durante muchos años las responsables de sus mayores sufrimientos, criticándola tanto a ella como a su marido, riéndose o compadeciéndola a sus espaldas. Nunca había encontrado a nadie honesto entre aquella gente, con la excepción de su suegro, que siempre decía lo que pensaba, cosa que ella agradecía. Pero, por su familia política, debía hacer el esfuerzo, poner buena cara, sonreír y fingir que le interesaban las conversaciones superficiales de aquellas personas. En los últimos años, siempre se sentaba cerca de los Beverly, ya que le encantaba conversar con ellos. Estos no tenían interés en los chismes de la alta sociedad y estaban limpios de cualquier prejuicio social o de etiqueta.

Al día siguiente llegó a Kenton House y fue recibida en la puerta por el mayordomo, el señor Carlson, que estaba esperando su llegada. Entró con rapidez, pues había empezado a llover, y enseguida fue conducida a su

habitación, donde ya estaba encendido el fuego. Nada más entrar, el señor Carlson le informó de que su suegro aún no había vuelto, pero que su hijo ya estaba en la casa, esperando en el salón principal. Una vez dicho esto, el mayordomo se marchó y *lady* Elizabeth se cambió de vestido. Cuando estuvo lista, se dirigió al salón, donde estaba Michael sentado en uno de los sillones junto al fuego. Hacía unos cuantos meses que no lo veía, desde que habían pasado juntos la Navidad en Horton Hall. Como siempre, iba impecablemente vestido con un traje azul marino, una camisa blanca y una corbata del mismo tono que el traje. Su hijo había heredado el porte de Patrick, pero los ojos de ella, cosa de la que estaba muy orgullosa. Michael alzó la vista en cuanto entró y se apresuró a levantarse y darle un abrazo.

—¿Cómo estás madre? ¿Qué tal ha ido el viaje? —le preguntó con una cálida sonrisa.

—Bien, aunque estoy agotada, estos viajes se me hacen cada vez más pesados —contestó mientras él la conducía al sillón más cercano. Una vez que se sentó, continuó hablando—. Ya sabes que me gusta estar en Lincoln, y desde allí el viaje a Londres se me hace eterno, cada vez tengo menos ganas. solo vengo aquí por vosotros.

—Ya lo sé, pero Londres es una ciudad divertida, madre, aquí nunca me aburro —dijo Michael con una sonrisa burlona en su rostro.

—Hijo, tú encontrarías diversión hasta en el Polo Norte, siempre y cuando hubiera una muchacha bonita cerca.

—Me conoces bien.

—Oh, Michael, pero eso no puede durar para siempre, algún día te cansarás.

—Madre, no empieces a sermonearme. —Michael se revolvió en el sillón, incómodo. Siempre tanto por un lado como por otro, cualquier conversación acababa derivando en el asunto de su soltería.

—Bueno, ya sabes que algún día tendrás que casarte y dar un heredero, Michael, es tu obligación.

—Lo sé, pero pretendo posponer ese asunto el máximo de tiempo posible.

—¿Y si apareciera el amor de tu vida y no te dieras cuenta porque estás ocupado con alguna de tus amigas?

—Madre, eres una romántica, eso no es posible.

—Claro que lo es, y creo firmemente que algún día alguien hará que te quites esa coraza con la que has cubierto tu corazón. Y cuando eso suceda, estarás perdido, querido.

—Madre, lees demasiadas novelas de amor. —Soltó una carcajada incrédula, él no creía en ese amor romántico y eterno, él no era de esos.

—Ya me darás la razón algún día —sentenció Elizabeth segura de sí misma.

En ese momento, entró el mayordomo para anunciar que la familia Beverly había llegado.

Al bajar del carruaje, Charlotte no pudo evitar quedarse anonadada ante la fachada de la casa de los Davenport. Era tan bonita y, a pesar de que cada año iban allí para la temporada, siempre había algún detalle en aquella fachada, que había pasado por alto, como un relieve o alguna marca, y cuando lo encontraba lo guardaba en su memoria. Aparte de eso, estaba muy nerviosa. Siempre lo estaba ante la perspectiva de ver a su príncipe, Michael Davenport. Había oído cotilleos sobre amoríos que lo tenían a él como protagonista. Ella había soñado más de una vez con protagonizar una de esas historias, aunque fuera solo por un simple beso robado a la luz de la luna. El objeto de sus pensamientos se situó justo delante de sus ojos, pues salió a la puerta junto con su madre para recibirlos.

—Bienvenidos, capitán Beverly, señor Murray, señora. —Michael hizo una reverencia en forma de saludo.

—Gracias, *sir* Davenport, *lady* Elizabeth, es un placer volver a verlos y gracias por dejar que nos alojemos aquí —respondió el capitán.

—Por favor, no diga tonterías, son nuestros invitados, ya lo sabe, capitán —respondió *lady* Elizabeth.

—Pero pasen rápido o se empaparán —dijo Michael.

Todos obedecieron. Primero entró el capitán y, a continuación, Jane y su marido. Por último, entró Charlotte, algo decepcionada por no haber reaccionado al saludo de los Davenport. La timidez siempre la dominaba los primeros momentos, sobre todo si Michael estaba cerca. Pero estaba decidida, esa temporada entablaría una conversación con él sin tartamudear, ya era una

adulta, no una chiquilla. No había podido evitar fijarse en lo apuesto que estaba con ese traje azul marino, aunque cualquier cosa le quedaba bien. Y su sonrisa, esa sonrisa arrebatadora, anhelaba que él le dedicara una sonrisa en exclusiva a ella, solo a ella, pero eso nunca sucedía.

Finalmente, la condujeron a su habitación, donde ya estaba el fuego encendido y donde pudo por fin cambiarse. Les habían indicado que los Davenport, con excepción de lord Davenport, que volvería pronto, los esperarían en el salón para tomar un refrigerio antes de comer. Se cambió de ropa y se puso un vestido color burdeos con bordados blancos a los lados, un modelo que le gustaba mucho y que, según su hermana, le quedaba muy bien. Quería que Michael se fijara en ella, aunque solo fuera un momento. Sonrió en el espejo mientras se peinaba y se adecentaba, estaba muy contenta por poder estar cerca de él. Una vez que estuvo lista, bajó y llegó hasta el salón. No necesitó indicaciones pues conocía muy bien la casa, que además no había cambiado en todos los años que ella había estado yendo desde que debutara con dieciséis años. En aquella ocasión, aunque había estado amparada por lord Davenport, nadie había querido bailar con ella, ni había habido ninguna propuesta. Pero eso no le había importado demasiado.

Al llegar a la puerta del salón llamó y una voz masculina la instó a entrar. Al abrir se topó con la visión de Michael sentado en un sillón. A su lado estaba su madre, que la recibió con una sonrisa, él ni se inmutó al verla.

—Oh, Charlotte, qué buen aspecto tienes, me encanta ese vestido —dijo *lady Elizabeth*, como siempre encantadora.

—Gracias, *lady Elizabeth* —contestó Charlotte con timidez.

Entonces se sentó enfrente de ellos, y se produjo el silencio. Michael la miró por un instante y le sonrió débilmente, solo por pura cortesía.

—Bueno, antes de que lleguen los demás. ¿cómo va todo por Bath? Me han dicho que este año hay más turistas —dijo *Lady Elizabeth* rompiendo el incómodo silencio.

—Bien, va todo bien, como siempre. Sí, es cierto que han venido más turistas, las aguas termales tienen mucho éxito.

—Tendré que ir, me vendría bien para mi salud.

—¿Se encuentra usted mal, *lady Elizabeth*?

—Oh, no te preocupes, querida, nada grave, solo la edad —dijo entre risas.

Michael se entretuvo mirando el crepitar del fuego, mostrando su poco interés por la conversación. En ese momento entró el resto de la familia, y el mayordomo se dirigió a una de las criadas para que ordenara traer el refrigerio, que consistía en unos sándwiches y limonada. Una vez que entró el capitán, la conversación se animó. Contó cómo estaban las cosas por Bath, sus temas de salud, y Jane habló del pequeño Daniel y sus travesuras, tema que le encantaba a *lady* Elizabeth. Mientras, Michael se dispuso a hablar con Stewart Murray sobre propiedades y terrenos, pues quería consejo legal. Fue entonces cuando Charlotte se dio cuenta de que no había lugar para ella en ninguna conversación, ya que no encontraba un tema sobre el que hablar plenamente.

Su vida era aburrida, y no le gustaba hablar de cotilleos y rumores, así que se quedó aparte, observando al conjunto que tenía delante, todos conversando animadamente. Al rato se dispuso a mirar por la ventana y vio que había llegado lord Davenport, que como siempre iba ataviado con su capa negra. Para ella, lord Davenport era su gran aliado en cuanto a su amor por Michael, él había descubierto hacía años lo que sentía por él y siempre la animaba. También era el que mejor entendía sus inquietudes intelectuales, pues a ambos les encantaba la literatura y siempre tenían algo que comentar a ese respecto.

Cuando lord Davenport entró, saludó a todos con una reverencia. Al darse cuenta de lo apartada que se encontraba Charlotte del grupo, se dirigió a ella y le dio un abrazo sincero, puesto que para él era la nieta que nunca tuvo. Ella devolvió el gesto con una sonrisa. Michael observó la escena con cierta condescendencia. No le gustaba ese cariño que se tenían, era evidente que su abuelo quería que ella fuera la elegida para ser su esposa, pero Michael no estaba dispuesto a ceder ante él.

—Me alegro de verlos a todos, vamos a comer, me muero de hambre.

Todos se dirigieron al comedor, y el capitán y lord Davenport se pusieron al día. Charlotte se sentó entre su hermana y *lady* Elizabeth, y enfrente tenía a Michael y a su cuñado, que siempre se habían llevado muy bien. En medio de todo aquello, lord Davenport hizo un brindis, para celebrar su llegada.

—Brindo por mis amigos, los Beverly, espero que disfrutéis como siempre de vuestra estancia en nuestro hogar.

Todos brindaron sonrientes, y una vez que terminaron, los hombres se dirigieron a un salón y las mujeres a otro. *Lady Elizabeth*, Charlotte y Jane se quedaron a solas, y *lady Elizabeth* ordenó que les trajeran un té.

—Mañana por la noche iremos a la mansión de *lady* Hubbert, como todos los años celebra la primera fiesta de la temporada. —Entonces suspiró—. En realidad, las cosas no han cambiado tanto desde que yo debuté, es siempre la misma gente, o sus hijos, los que celebran estos bailes.

—Pero usted fue afortunada consiguiendo un marido nada más debutar —dijo Jane.

Lady Elizabeth sonrió levemente, pero sus ojos reflejaban tristeza.

—Era el más apuesto de la fiesta, fue en el tercer baile, en casa de lord Cavendish. Michael ha heredado sus rasgos, él también hace suspirar a todas. —Entonces miró a Charlotte.

Esta se ruborizó, pues todos allí sabían lo que sentía por él, no era ningún secreto. Entonces, *lady Elizabeth* prosiguió.

—Pero no parece que se decida. Ay, este hombre me trae muchos quebraderos de cabeza.

—Tenga paciencia —contestó Jane.

—Oh, ya me lo dirás cuando crezca Daniel. Ese jovencito tiene pinta de que va a ser un rompecorazones.

—Como su madre. —Por fin Charlotte rompió su silencio.

—Oh, vamos, Charlotte, no es así —dijo Jane.

—Claro que sí, eres de las mujeres más bellas que he visto, y rompiste muchos corazones hasta que conociste a Stewart.

Jane se ruborizó, recordando cómo había conocido a Stewart, en un café abarrotado en Bath, donde él estaba con un amigo. Él le había prestado su paraguas porque afuera llovía y ella había olvidado llevar uno. Después de aquello volvieron a encontrarse y ya nunca más se separaron.

—Sí, tienes razón, Charlotte. Aunque estoy segura de que tú también has roto alguno, pero no lo sabes —contestó Jane.

Entonces Charlotte soltó una carcajada que dejó perplejas a ambas.

—Ya sabes que no es verdad. Pero gracias por el cumplido —dijo mientras la miraba con cariño.

Para Charlotte su hermana era su confidente, su mejor amiga, siempre a su

lado en todo momento, ambas pendientes la una de la otra, sobre todo desde que falleció su madre. A Jane le fastidiaba que nadie fuera capaz de valorar a su hermana como se merecía, una mujer inteligente y generosa, que siempre se entregaba. Pero ningún hombre miraba más allá de su aspecto simple, aunque Jane sabía que Charlotte era bonita y que todos los demás estaban ciegos.

Lady Elizabeth tampoco lo entendía y también se sentía mal por ella. A pesar de que se esforzaba, nunca ocurría nada. De hecho, entendía perfectamente que al final se hubiera rendido y se conformara con su papel de solterona.

Después de estar toda la tarde poniéndose al día, ya que no podían salir por el fuerte torrente de agua que estaba cayendo afuera, todos se dirigieron a sus habitaciones para vestirse para la cena. Charlotte se cambió y se puso un sencillo vestido azul cielo, un color que le sentaba bastante bien.

De nuevo sentados a la mesa, todos conversaron animadamente, y una vez que terminaron, lord Davenport se dirigió a Charlotte y le entregó un libro. Era una edición especial de *Los Cuentos de Canterbury*. En ese momento, Charlotte no supo que decir.

—Cuando lo vi, pensé que te gustaría, siempre fuiste un ratón de biblioteca —dijo sonriendo.

Llevaba buscando esa edición un tiempo, pero sin éxito, y al fin la tenía en sus manos.

—Oh, es... Muchas gracias, lord Davenport.

—No me las des, fue tu padre quien me escribió para pedirme que la encontrara, porque aquí hay más librerías y podía haber más suerte. Y al final, le encargué a Michael que fuera a una librería que la tenía para que la comprara.

Entonces Charlotte se giró hacia Michael, él había sido el encargado de adquirirla. Era su oportunidad de entablar una conversación con él. Dicho eso, Michael estaba de pie junto a la chimenea del salón, con una copa de brandy en la mano, hablando con Stewart. Charlotte se acercó decidida, bajo la atenta mirada de lord Davenport, quien buscaba que hubiera un acercamiento entre ambos. Cuando ya estaba de pie junto a él, Michael se giró para mirarla, y extrañado preguntó:

—¿Quería decirme algo, señorita Beverly?

Charlotte tomó aire, y mirándolo a los ojos le habló:

—Quería darle las gracias, *sir* Davenport, por conseguir el libro para mí. Su abuelo me lo ha contado. La verdad es que llevaba tiempo buscándolo. Se lo agradezco enormemente —dijo con una sonrisa.

Michael mantuvo su gesto serio y molesto, y contestó de forma tajante.

—Solo lo hice porque mi abuelo lo encargó, no es nada importante.

—Oh, pero para mí lo es, de verdad.

—Está bien, señorita Beverly, acepto el agradecimiento —respondió como si la presencia de ella lo agotara y le molestara.

En ese momento, Michael se alejó para decirle algo a su madre, pasando por su lado como si ella fuera un elemento molesto. Stewart y Charlotte se quedaron algo perplejos, ya que su tono había sido cortante en todo momento. Charlotte tenía claro que a Michael le desagradaba, y eso le hizo sentir una punzada en el corazón, tan grande que estuvo a punto de llorar. Para evitar el espectáculo, se apresuró a disculparse y se retiró a su cuarto con el libro.

Aquella noche, Charlotte lloró en silencio, pues no quería preocupar a nadie. No quería hacer ver que los desprecios de Michael le dolían, pero temía que su rostro hubiera reflejado todo lo contrario.

En ese momento su mente se aclaró, Michael Davenport nunca la amaría a menos que ocurriera un milagro. Por ello, decidió tomar medidas al respecto durante el tiempo que estuviera en Londres. Mantendría la distancia, evitaría interacciones innecesarias con él, conversaciones e incluso miradas hasta que volviera a Bath, donde podría refugiarse en su mundo. Ni siquiera tenía ganas de leer, estaba triste y decepcionada. solo quería que aquella temporada pasara lo más rápido posible y así poner fin a su dolor.

Eran casi las doce y todos se retiraron a sus habitaciones, con la excepción de Michael Davenport y su abuelo. Lord Davenport, al ver el terrible gesto de su nieto, había ordenado a Michael que, cuando todos se retiraran, se reuniera en la biblioteca con él. Michael acudió al encuentro de su abuelo, que estaba de pie junto al fuego, con un gesto de enfado que hacía ver que estaba

enormemente disgustado con su comportamiento. Este ya conocía la ira de su abuelo, pero no le importaba. Con una actitud pasiva pidió permiso para entrar, algo que a su abuelo le hizo gracia.

—Vaya, pensaba que esta noche tu educación había desaparecido, pero parece que conmigo aún conservas algo de cortesía.

El rostro de Michael se tensó ante aquel comentario. Se sentó en un sofá en frente de su abuelo. Este empezó a hablar.

—¿Por qué has contestado a la señorita Beverly de esa manera?

—¿Cómo le he contestado? —dijo incrédulo.

—Ya sabes a qué me refiero. Ella solo estaba dándote las gracias, no era necesario que fueras tan desagradable.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que le dijera palabras de amor o algo así? ¿Un poema de lord Byron? A ella le gustaría, supongo, y a ti más.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, vamos, sé lo que intentáis hacer madre y tú desde hace años, queréis que me case con ella. Con esa aburrida señorita de provincias que duerme a las ovejas intentando crear una frase coherente. Aunque, sinceramente, no sé ni siquiera si es capaz de ello, porque conmigo solo tartamudea.

—Porque la intimidas. Y sí, me encantaría que ella fuera parte de esta familia, es la candidata perfecta, sería estupendo que te pusiera en tu sitio.

—Eso en tus sueños. Yo ya tengo amantes sensuales, exuberantes, bellezas que hacen que sea la envidia de todos.

—Sí, y casadas muchas de ellas. Espero que a ningún marido celoso se le ocurra retarte a un duelo, porque te lo estás buscando.

—No digas tonterías, son todos unos mequetrefes que no son capaces de satisfacer a sus mujeres, por eso ellas me quieren a mí.

—Hablas igual que tu padre, debí haberlo alejado de ti en el momento oportuno.

—No hables de él, ese no es el tema. Si a la señorita Beverly no le gusta mi tono, puede volver a Bath.

—¿Por qué la odias tanto?

Michael se quedó pensando por un momento. No sabía por qué exactamente le despertaba tanta animadversión aquella muchacha.

—No odio a la señorita Beverly, es solo que no me gusta, no me gusta su

carácter, su personalidad. Es aburrida, anodina, y el hecho de que yo le guste y de que todos la adoréis no me gusta. No me cae bien.

—Si ni siquiera has hablado con ella lo suficiente como para conocerla.

—Es demasiado buena, demasiado generosa, no me gusta la gente así, oculta algo. Nadie es tan maravilloso y dulce.

—Es un ser puro, alguien que no conoce la maldad, alguien bueno, que hace las cosas de manera desinteresada. Y si un día te decidieras a hablar con ella, te sorprendería lo inteligente y perspicaz que puede ser. De hecho, acabarías enamorado como un tonto.

Michael estalló en una carcajada. ¿Él enamorado de esa mujer tan aburrida? Ni en sueños. Sabía las intenciones de su abuelo, pero se iban a quedar en eso, en intenciones.

—Discúlpate con ella mañana por la mañana. Eso es todo lo que te pido, y espero que seas más cortés de ahora en adelante.

Michael asintió, y se marchó. Aquella noche durmió plácidamente, no tenía ningún remordimiento. Si podía espantarla, mejor. Al día siguiente vería a alguna de sus conquistas y no dormiría en casa, no pensaba quedarse allí todos aquellos días, iba a divertirse.

CAPÍTULO 2

Todos en Kenton House se preparaban para asistir esa noche al primer baile de la temporada, que tendría lugar en la casa de *lady* Hubbert. Aquella mañana desayunaron todos en el comedor, hablando animadamente sobre lo que sucedería esa noche y los vestidos elegidos para todas esas veladas de baile y disfrute. Michael y Charlotte apenas se miraron, él porque sabía que tendría que disculparse de un momento a otro, ya que quería evitar más conflictos con su abuelo, y ella porque no quería estar allí, ya no le parecía tan atractiva la idea de estar bajo el mismo techo que Michael Davenport. Ya había eliminado cualquier esperanza que le quedaba de poder incluso tener su amistad.

Cuando todos se levantaron, listos para ir a dar un agradable paseo por Hyde Park a sugerencia de *lady* Elizabeth, ya que hacía un día muy bueno, lord Davenport y Michael se dispusieron a ir a la biblioteca para revisar documentación relacionada con varias fincas, para lo cual contarían con la ayuda del señor Murray. Aprovechando el momento, Michael se dirigió a Charlotte y consiguió que esta se detuviera antes de dirigirse a su habitación para prepararse.

—Señorita Beverly —dijo.

Ella se giró y con la mirada le preguntó qué quería.

—Verá, quería disculparme por mi conducta de anoche, no estaba de buen humor y lo pagué con usted —dijo él con la mejor de sus sonrisas.

Charlotte hizo una mueca, un intento de sonrisa, y le dio una respuesta vacía pero educada.

—No se preocupe, *sir* Davenport, disculpas aceptadas. Y ahora, si me disculpa, debo marcharme.

A continuación, hizo una reverencia y se dispuso a subir las escaleras. Su gesto de tristeza no cambió, no le dedicó una sonrisa, ni mostró ningún tipo de signo de satisfacción, ya no podía. Michael la observó subir las escaleras. Estaba sorprendido por aquella reacción, normalmente no habría parado de tartamudear por la timidez, pero esa vez, fue firme y directa. A pesar de que pasó por su cabeza la idea de averiguar si de verdad había ido muy lejos y había herido a esa muchacha de verdad, enseguida recordó que ese era un día para divertirse. Pero antes debía ir a la biblioteca a cumplir con su deber.

Durante el paseo por Hyde Park, *lady* Elizabeth y Jane hablaban sin parar de todo un poco, pero Charlotte no tenía ganas de charla, solo quería que todo pasara rápido. El rostro triste de su hija no pasó desapercibido para el capitán Beverly, que estaba paseando a su lado.

—¿Qué te ocurre, Charlotte? Te noto triste, pensé que Londres te gustaba, llevas todo el año con ganas de venir.

—Oh, y me gusta Londres, papá, es solo que...

—Michael Davenport otra vez —dijo el capitán Beverly algo cansado y molesto—. Hija, ya te lo dije, olvídate de él, solo te hará sufrir.

—Papá, si fuera tan fácil, ya le habría olvidado. De verdad, estoy haciendo un esfuerzo, pero ahora mismo, estando los dos bajo el mismo techo, es una tarea imposible.

El capitán Beverly soltó una suave carcajada.

—Tienes razón, es difícil cuando ese príncipe pasa por delante de ti todo el tiempo. —Suspiró y miró a su hija de reojo. Charlotte no dijo nada y se limitó a seguir caminando.

—¿Sabes? A mí me pasó lo mismo con tu madre. Desde que la vi por primera vez en casa de mi primo Ralph, ya no pude apartarla de mi mente. No sé, creo que le pedí como tres veces que me dejara que le escribiera, pero ella era muy reservada. Me hizo sufrir mucho, hizo que trabajara duro, no iba a ser fácil. De hecho, mi familia me decía siempre que me rindiera, que ella no sería para mí. Pero, a pesar de todo, persistí y finalmente empezamos a escribirnos, como amigos, claro. Y con el paso del tiempo y, tras casi morir en la guerra, se dio cuenta de lo mucho que me quería.

—Es que cuando uno está a punto de perder algo es cuando valora lo que tiene.

—Sí. Ahora que Gabrielle no está, ya no podría estar con otra mujer, ella lo era todo, mi alma gemela, mi confidente, mi compañera. Algún día sé que volveremos a vernos y me reprochará que no haya hecho más esfuerzos para que te cases.

Se rieron los dos. El capitán Beverly reflexionó un momento en silencio, y dijo:

—Tú eres como yo, Charlotte, cuando amamos a alguien lo hacemos para siempre. Es la sangre irlandesa de los Beverly, cuando encontramos a nuestra alma gemela, al ser amado, ya no podemos amar a otro. Ese es nuestro castigo, pero también nuestra bendición, pues tenemos el privilegio de conocer el amor verdadero.

Charlotte agarró a su padre del brazo y le dio un beso en la mejilla. Siempre era su mejor apoyo, era su mejor amigo, quien mejor la conocía. No sabía cómo lo hacía, pero siempre conseguía aliviar su pesar. Entonces volvió a sonreír. Tenía que disfrutar y dejar de sufrir.

Cayó la noche y todos estaban listos para disfrutar de esa primera velada de la temporada londinense. La casa de *lady* Hubbert estaba llena de mujeres y hombres, duques, condes, marqueses, barones, pretendientes, damiselas y debutantes. Los vestidos de las damas resplandecían a la luz de las velas, y las risotadas y voces resonaban en el enorme salón de baile de la anfitriona, viuda de un conde, que era célebre por dar las mejores fiestas. Esa noche, Michael lucía un traje negro con un corbatín gris, que resaltaba sus ojos. Nada más entrar al salón, acaparó todas las miradas. Las femeninas estaban llenas de lujuria, y las masculinas llenas de envidia. Enseguida acudió a su encuentro su amigo, *sir* Henry Crawford, compañero inseparable desde la infancia, también apuesto y alto. Ambos eran dos solteros de oro, famosos por sus conquistas.

—Michael, no me robes el protagonismo, bribón —dijo entre risas, acercándose a él, le estrechó la mano.

—Vamos, vamos, hay para los dos—respondió Michael con una sonrisa juguetona.

Charlotte los observaba desde atrás, fascinada; era como ver dos príncipes de cuento juntos. También notó, sorprendida, que las damas cuchicheaban mientras les lanzaban miradas apasionadas. Estaba claro que las mujeres

perdían el control frente a aquellos dos.

Para esa ocasión, Charlotte había elegido un vestido de color verde esmeralda, con encaje en el escote en forma de pico y en las mangas, que le llegaban por encima del codo. Llevaba un recogido trenzado con motivos florales, algo sencillo. A pesar de que se veía muy bonita, nadie le prestaba atención. Mientras tanto su hermana lucía un vestido color malva, de su mismo corte, y acaparaba toda la atención de su marido, que estaba embelesado. Eso no era nuevo. Ambos formaban un matrimonio casi perfecto.

Se dirigió entonces con *lady* Elizabeth a sentarse en la zona de las solteras y las señoras más mayores. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de colocarse cerca de la pista para que alguien la sacara a bailar. En cambio, desde aquel lugar podía divisar plenamente el salón, y ver cómo las parejas bailaban y reían. Le encantaba observar el vuelo de las faldas al son del vals, para ella era como ver las olas del mar. Y también desde allí podía ver a Michael en todo su esplendor, sonriendo y conquistando a toda dama que se pusiera por delante.

Le gustaba verlo sonreír, la hacía sentir que volaba y, a pesar de que aquella noche no iba con el mismo entusiasmo, sabía que siempre albergaría esa esperanza de que él algún día se girara, la mirara, le dedicara una sonrisa, la rescatara de aquel rincón y la sacara a bailar. En ese momento, observaba a su hermana y a Stewart bailar, y también a su padre, que estaba al fondo charlando con lord Davenport y algunos invitados, cuando de repente, sin darse cuenta, apareció Michael con Henry.

—Buenas noches, *lady* Elizabeth —dijo Henry con una resplandeciente sonrisa.

—Oh, *sir* Crawford, buenas noches, está muy elegante y apuesto como siempre —dijo *lady* Elizabeth mientras se levantaba para saludarlo. *Sir* Henry besó su mano.

—Usted sí que está elegante. —Entonces dirigió una mirada a Charlotte—. Vaya, y veo que está la señorita Beverly también. —Le dedicó una sonrisa y se acercó a ella, entonces le besó la mano.

Charlotte se sonrojó, no estaba acostumbrada a esta galantería, aunque *sir* Henry siempre había sido educado y amable con ella.

—Un placer verlo de nuevo, *sir* Crawford —dijo ella con nerviosismo.

—Está usted preciosa esta noche, señorita Beverly. —Michael miró a su amigo con extrañeza y con cierto enfado, no entendía qué pretendía diciendo eso.

—Gracias, *sir* Crawford, usted está muy elegante.

Sir Henry sonrió con satisfacción. Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Me concedería el honor de bailar conmigo, señorita Beverly?

Todos miraron algo sorprendidos a *sir* Henry, nunca se había dado esa situación. Michael estaba anonadado, ¿qué pasaba con Henry esta noche?

Charlotte recordó las palabras de su padre, que eran completamente ciertas. Ella no quería bailar con nadie que no fuera Michael, y nunca lo haría, era así de estúpida, tenía que buscar una excusa.

—Lo siento, pero me temo que no podré, me duele un poco el tobillo.

No sabía por qué, pero Henry sabía que diría eso. Conocía a la perfección qué sentía la señorita Beverly por su amigo, ella solo quería bailar con Michael. No bailaría ni con él, ni con nadie. Le caía bien la señorita Beverly, era una muchacha inocente pero honesta, todo lo contrario a las demás. Las pocas veces que habían tenido oportunidad de hablar se lo había pasado muy bien, tenía la impresión de que podría contarle cualquier cosa, y que ella sería leal y nunca revelaría nada. Michael tenía suerte de que una muchacha tan especial lo quisiera, pero su amigo era demasiado tonto.

—Entonces no se preocupe, otra vez será. —Hizo una reverencia y se fue.

Una vez que se alejaron del grupo, Michael se acercó a él y le dijo con tono de enfado.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —contestó sorprendido.

—Eso de pedirle un baile, tú nunca has hecho eso.

—Pues hoy me apetecía, está muy bonita con ese vestido y quería bailar con ella. —Entonces vio a través de su amigo, leyó en sus ojos algo llamado celos—. Además, ¿a ti qué te importa con quién baila esa chica?

Entonces Michael se dio cuenta de las tonterías que estaba preguntando.

—Bueno, lo digo porque soy tu amigo, esa chica dañaría tu reputación.

Entonces Henry se rio, y le contestó:

—Al contrario, Michael, la mejoraría, sin duda.

Ya estaba satisfecho, Michael estaba celoso, qué ciego estaba todavía. Desde hacía tiempo, no había podido evitar observar la animadversión que despertaba la señorita Beverly en su amigo y, si su instinto no fallaba, estaba seguro de que aquellos sentimientos adversos eran un signo inequívoco de que Michael, en el fondo, la quería, pero se aferraba a la rabia y al dolor, al hecho de que, para él, era mejor ir de una cama a otra y no atarse a nadie para no sufrir. Él hacía tiempo que había decidido que, hasta que no apareciera la mujer de sus sueños, estaría con unas y con otras, pero eso no significaba que no creyera en el amor verdadero.

Michael observaba a Charlotte desde lejos. Sí, era verdad que le quedaba bien el vestido, pero tampoco era para tanto. Aquella noche ya tenía planes, iba a verse con *lady* Ronwald, que estaba en la fiesta sin su marido, pues este había salido de viaje. Podría pasar toda la noche deleitándose en ella, ya que era una mujer preciosa y muy apasionada. Pasión que ella demostraba en las miradas que le lanzaba desde el otro lado del salón mientras hablaba con otras invitadas. Llevaba un vestido rojo con encajes negros y un generoso escote, algo que volvía loco a Michael. Tenía ganas de marcharse ya de la fiesta, pero debía ser prudente para evitar habladurías. Sin embargo, sí podía pedirle un baile, y eso hizo un par de horas más tarde. Se dirigieron a la pista de baile y disfrutaron del vals.

Charlotte los observaba con atención, tenía la certeza de que se veía con esa mujer. Las miradas que se dedicaban el uno al otro eran apasionadas y ardientes. Ella siempre se percataba de esos detalles. No pudo evitar compararse con *lady* Ronwald. Esa mujer con unos tirabuzones rubios, un cuerpo escultural, una belleza divina y espectacular que hacía caer a todos los hombres rendidos a sus pies. Suspiró y en ese momento llegó su padre, que apoyó su mano en su hombro.

—Estoy algo cansado, creo que me marcharé antes. ¿Quieres venir conmigo, Charlotte?

Su padre la conocía bien.

—Sí.

Lady Elizabeth, en ese momento, se dirigió a ellos.

—Sí, ha sido un día largo, yo también los acompaño e imagino que mi suegro también vendrá.

Jane y su marido decidieron quedarse un poco más, al igual que Michael, que no volvería hasta el amanecer. Ya en el carruaje, Charlotte pudo observar que su padre estaba algo pálido, pero no le dio importancia, pues estaba oscuro y podía ser que el reflejo de las luces de la calle produjera ese efecto. A pesar de que últimamente le notaba más débil, lo achacaba a la edad y al cansancio.

Cuando llegaron a Kenton House, cogió a su padre del brazo para subir las escaleras. Notó que su respiración era más fuerte de lo habitual y entonces, al llegar al final de la escalera, se acercó y le preguntó:

—Papá, ¿estás bien?

Justo al terminar la frase, su padre tosió con fuerza e impregnó de sangre su vestido. Cayó al suelo y Charlotte le agarró como pudo. Tuvo la suficiente fuerza para ayudarlo a apoyarse en la pared, y lanzó un grito de auxilio desesperado. Se presentaron el mayordomo, lord Davenport y *lady* Elizabeth. Charlotte sacó un pañuelo de un bolsillo de su vestido y se lo puso a su padre en la boca, por donde aún seguía expulsando sangre, mientras lord Davenport ordenaba al mayordomo que el chófer fuera a buscar a un médico, y que vinieran más sirvientes para trasladar al capitán a su cuarto. En esos momentos, Charlotte, a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas, solo podía pensar en ayudar a su padre, sin dejar de agarrar su mano e intentando calmar su ansiedad. Pasados unos minutos, entre varios hombres metieron a su padre en la habitación, mientras *lady* Elizabeth abrazaba a Charlotte intentando consolarla. El médico llegó un rato más tarde, justo cuando Jane y Stewart regresaban de casa de *lady* Hubbert.

Tras examinar el estado del paciente, el médico determinó que su padre tenía cáncer, probablemente de pulmón, y en un estado muy avanzado. Informó a la familia de que se prepararan para el momento final que no tardaría en llegar, pues debido al avanzado estado de la enfermedad, no le daba muchos meses de vida. Aquello tenía que ser una pesadilla, pensó Charlotte. No había notado nada extraño, solo algo de cansancio, pero nada que hiciera pensar que su padre se moriría pronto. Aunque intentó ser fuerte, no pudo evitar que unas lágrimas se deslizaran por su rostro. Jane también hizo frente a ese duro golpe como pudo, y se deshizo en llanto entre los brazos de Stewart.

Su padre yacía en la cama dormido, habían conseguido quitarle la ropa ensangrentada y parecía como si nada hubiera ocurrido. Charlotte no quiso dormir aquella noche, pidió quedarse con él, a pesar de la insistencia de lord Davenport y *lady* Elizabeth. No quería separarse de su padre, ahora él necesitaba que estuviera a su lado. Ni siquiera tuvo fuerzas para cambiarse, de hecho, había pasado tanto tiempo desde el incidente, que la sangre se había secado, y su vestido se había echado a perder, aunque eso no le importaba ya. Se sentó en el suelo, junto a la cama, y agarró la mano de su padre, apoyó los brazos en el colchón y puso su cabeza sobre ellos, y al cabo de un rato se quedó dormida sin soltar su mano.

Ya estaba amaneciendo, aunque aún el sol no se había asomado del todo. Michael se despertó, a su lado yacía desnuda *lady* Ronwald, al igual que él. Lucía un cuerpo tonificado y algo musculoso gracias al ejercicio. Se vistió en silencio, con una sonrisa de satisfacción, recordando la maravillosa noche que habían pasado juntos. Se habían marchado de la fiesta poco después de la medianoche y, nada más entrar en la habitación, ambos empezaron a desnudarse apresuradamente, y disfrutaron juntos toda la noche. Apenas habían dormido solo una hora. Ella entreabrió los ojos cuando él ya estaba vestido, pero no se despidieron, ella sabía que tenía que marcharse. El aire era fresco aquella mañana, algo frío, pero él aún sentía el calor de la noche anterior. No le apetecía mucho irse, pero no podía estar siempre en el mismo lugar. Con *lady* Ronwald llevaba casi seis meses, le gustaba estar con ella, pero no sabía cuánto duraría aquel romance. Llegaría a casa a tiempo para evitar encontrarse con nadie. Aún estarían todos durmiendo.

Al entrar había un silencio sepulcral, notó algo extraño en el ambiente, no supo qué. De repente, observó que el fuego del despacho estaba encendido, su abuelo estaba allí, con una botella de *whisky* sobre la mesilla que tenía a su lado. Estaba seguro de que no debía haber dormido, porque su abuelo no se levantaba tan pronto. Lo observó desde la puerta y estuvo seguro de que no se había percatado de su presencia, pues entró y ni siquiera lo miró. Algo ocurría.

—Abuelo, ¿qué ocurre?

En ese momento, lord Davenport suspiró, y se giró para mirarlo.

—Algo terrible, terrible.

Notó un tono de tristeza y dolor en la voz de su abuelo. Sintió una punzada en el corazón. Entonces se puso a su lado, alarmado.

—Abuelo, cuéntame.

Lord Davenport cogió aire, todavía no podía creer la noticia.

—El capitán Beverly se muere.

Michael se quedó estupefacto y aturdido. No podía ser cierto, era un hombre que siempre había mostrado una vitalidad envidiable.

—Anoche cuando regresamos a casa, Charlotte y él se disponían a ir a sus habitaciones, entonces, desde lo alto de la escalera, Charlotte nos llamó y nos encontramos a su padre apoyado en la pared y el vestido de ella ensangrentado.

Michael, mientras lo oía, tomó asiento intentado imaginar la terrible escena. Sintió que el estómago se le encogía.

—Vino el médico, y nos dijo que le quedaban meses de vida, tiene cáncer. Lo que no sé es cómo no noté nada extraño.

Ambos se quedaron en silencio, Michael no sabía qué decir, estaba totalmente aturdido. Pensaba en Charlotte, con aquel bonito vestido ensangrentado, y lo destrozadas que estarían las dos hermanas ante la noticia.

De repente, se abrió la puerta de la habitación del capitán Beverly. Allí Michael se encontró con una visión que lo enterneció, algo poco corriente, pues él no solía sentir ternura a menudo. Charlotte, con su vestido lleno de sangre, dormía a un lado de la cama sujetando la mano de su padre, mientras este dormía plácidamente, aunque con el rostro pálido. Según le había dicho su abuelo, se marcharían en un par de días, para que pudiera descansar en su hogar. Para ellos la temporada había terminado. Michael no pudo evitar sentirse algo culpable al saber que él estaba divirtiéndose mientras en su casa ocurría eso. Ahora lo único que podía hacer era facilitar las cosas y ayudar en lo que pudiera.

Dos días más tarde, Charlotte, Jane, Stewart y el capitán Beverly partieron

hacia Bath. Sería un viaje largo, pero el capitán ya estaba algo mejor para viajar. Michael, *lady* Elizabeth y lord Davenport los ayudaron a subir al carruaje y se aseguraron de que todo estuviera en orden. Lord Davenport prometió que los visitaría lo antes posible, y les dijo que, si necesitaban cualquier cosa, no dudaran en contar con su ayuda.

Esa tarde, Michael fue a beber con su amigo Henry al club de caballeros de Mansfield. Necesitaba alejarse un poco de aquella atmósfera tan triste que le recordaba a la época en la que su padre murió.

—Debe estar destrozada —dijo Henry—. ¿Y qué hará ella cuando se muera? Porque no podrá quedarse en Bath, imagino.

—Se irá a vivir a Bristol con su hermana, supongo —dijo Michael.

—Estaría bien que te casaras con ella, así ya no tendría preocupaciones.

Michael miró a su amigo con cara de cansancio, siempre lo mismo, igual que su abuelo.

—No empieces, yo no me casaré y punto. Ella ya es mayorcita.

Henry bebió rápidamente su copa de *whisky*, odiaba la testarudez de su amigo. Si se casaran, todo sería más fácil, pero decidió no sacar más el tema. El resto de la noche, hablaron de cosas intrascendentes.

CAPÍTULO 3

Bath, unos meses después

Transcurrían los meses en casa de los Beverly. Jane y Stewart habían decidido que era mejor estar cerca, por si se necesitaba más ayuda para atender a su padre, que con el paso de las semanas estaba cada vez más débil, y cuyos ataques de tos eran cada vez más frecuentes. Jane dejó a Daniel al cuidado de sus suegros en Bristol, donde también se quedó Stewart, que tenía que atender a los clientes de su despacho, pero los fines de semana traía a Daniel con él y disfrutaban de animados momentos en familia. Las gracias del pequeño hacían que, para el capitán Beverly, sus síntomas y molestias fueran más llevaderos. Charlotte siempre estaba haciendo cosas, apenas tenía tiempo para escribir. Únicamente lo hacía por las noches, cuando el insomnio se apoderaba de ella, y gracias a esto ya llevaba más de la mitad del libro terminado. Gracias a ello, podía sobrellevar aquella tristeza que la acompañaba cada día.

Como había prometido, vino a visitarlos lord Davenport, que se alojó en la habitación de invitados. Trajo recuerdos de *lady* Elizabeth y de Michael, que no pudieron acompañarlo en ese viaje, aunque *lady* Elizabeth escribía todas las semanas para saber cómo se encontraba el capitán. Lord Davenport pasó las horas hablando con él, muchas veces a solas, intercambiando confidencias. Intentaba siempre animarlo y le gustaba recordar anécdotas de su época en el ejército. Estuvo con ellos casi dos semanas, siempre atento y entusiasta, queriendo mantener el buen humor y así animar al capitán y a la familia.

La noche antes de su regreso a Londres, el capitán y lord Davenport se quedaron en el salón después de la cena. Jane y Charlotte habían decidido

irse a dormir, ya que lord Davenport prometió que él se encargaría de llevar a su padre a la cama. Ambos estaban sentados frente al fuego, lord Davenport con un vaso de *whisky*. Sabía que el capitán quería hablar de algo importante, y se imaginaba de qué podía tratarse. Habían estado hablando de muchas cosas esos días, no solo del pasado, sino de la incertidumbre del futuro.

—Ya sabe, mi coronel, que me inquieta el futuro de mis hijas, especialmente de una de ellas.

—Lo sé, capitán.

—Charlotte no está casada y, por lo tanto, no se quedará en esta casa. Aunque me gustaría que pudiera vivir aquí, la ley lo impide, y eso me llena de angustia. —Tomó algo de aire, y continuó—. Sé que en casa de Jane estará bien, que cuidarán de ella, pero ese no es lugar para Charlotte. Con una pareja casada, acabará ejerciendo de niñera y se quedará así para siempre. No me gustaría que ese fuese su futuro.

—Sí, la verdad es que sería un destino poco favorable —respondió lord Davenport.

—Me gustaría que se casara, que tuviera su propio hogar. Por eso, sé que lo que quiero pedirle puede ser egoísta.

—Pídame lo que quiera, le debo la vida y es una deuda que quiero pagar antes de que nos deje.

—Por favor, proteja a Charlotte, búsquele marido, bueno, de hecho...

—Sé a quién quiere ella como marido y yo también creo que es la candidata idónea.

—Pero él no la quiere.

—No importa, la querrá con el tiempo. El problema es que mi nieto es muy testarudo. Charlotte se casará con Michael, así estará protegida y tendrá las riendas de su vida. Yo me encargaré de que todo marche bien, puede quedarse tranquilo. —Lord Davenport alzó su copa para hacer ver que el acuerdo estaba sellado. El capitán Beverly podía descansar tranquilo.

Tras la marcha de lord Davenport, la casa volvió a su rutina, aunque el capitán se mostraba más relajado que antes. Tanto Charlotte como Jane pasaban todo el tiempo que podían con él, riendo, charlando y acompañándolo al pequeño patio de la casa para que tomara el aire, pues ya no podía dar paseos por el cansancio.

El 4 de noviembre de aquel año las hojas de los árboles poblaban las aceras, y gran parte del follaje del árbol frutal que daba sombra a una porción del patio de la casa de los Beverly habían caído ya. A pesar del frío otoñal, hacía un sol espléndido que invitaba a estar fuera, y por ello pasaron gran parte del día en el patio junto a su padre, que iba abrigado con una manta. Las observaba sonriente sentado en una de las sillas, mientras ellas recogían las hojas del patio y arreglaban las plantas, que se preparaban para el duro invierno. Desde niñas a ambas les encantaba cuidar de las plantas, tarea que solían hacer con su madre, una enamorada de la jardinería.

Él siempre las observaba sonriente, le gustaba ver a las mujeres de su vida juntas, sonriendo. Aunque él siempre había sido un hombre alegre y dicharachero, que pasaba por alto los detalles, en los últimos meses, lo único que había hecho era observar con minuciosidad a su familia, a sus hijas, a su nieto, mirando sus caras, sus gestos, tomando nota mental de sus rutinas. Sabía que pronto llegaría su hora, y quería que aquellos recuerdos volvieran a su mente cuando llegara el momento de decir adiós para siempre. Era un hombre feliz, a pesar de las circunstancias, por el hecho de ver que sus hijas estaban unidas ante la adversidad, y saber que pronto se reuniría con Gabrielle, su amada esposa.

Llegó la noche y, después de cenar, le pidió a sus hijas que salieran al patio los tres juntos. Había luna llena y el cielo estaba repleto de estrellas. Las dos se abrigaron, pues hacía bastante frío, y se sentaron una a cada lado. Ambas charlaban animadamente, intentando saber qué constelación era la que correspondía a cada formación de estrellas, mientras su padre las miraba en silencio, sin que ellas se dieran cuenta. Para él, los rostros sonrientes de sus hijas eran mucho más interesantes que el firmamento. Pasado un rato, las hermanas decidieron que ya era tarde y que había llegado el momento de ir a dormir.

—Papá, ya es hora de irse a dormir, que es muy tarde —dijo Charlotte.

—Yo prefiero quedarme un ratito más —dijo él con debilidad agarrando la mano de Charlotte.

—Bueno, entonces le diré a Frank que esté pendiente para llevarte a tu habitación cuando lo necesites —dijo Jane.

—No, deja que descanse, me encuentro bien, puedo ir solo, no os

preocupéis.

Charlotte sintió algo extraño, una sensación que le hizo pensar que su padre en realidad quería quedarse allí por algún motivo especial.

—Déjalo, Jane, vamos a dormir. Si papá quiere quedarse, está bien. — Agarró a su padre de la mano con fuerza y le dedicó una tierna sonrisa.

—Está bien. —Jane se acercó a su padre y lo besó en la mejilla, dándole las buenas noches.

Charlotte hizo lo mismo, pero en vez de solo darle un beso, lo abrazó.

—Te quiero, papá —le susurró.

—Os quiero, tesoros míos.

Ambas se marcharon, y el capitán se quedó mirando la luna. Era el momento de quedarse solo con sus recuerdos, con su pasado. Empezó a recordar la primera vez que vio a Gabrielle, que llevaba aquel vestido verde tan bonito, sus ojos, su sonrisa, las veces que le regalaba flores y ella mostraba un entusiasmo contenido, o cuando se lanzó a sus brazos en el puerto de Southampton cuando regresó del continente y le dijo que quería casarse con él. Recordó el rostro de sus padres, su boda, el nacimiento de sus hijas, el momento en el que Jane lo hizo abuelo, y al pequeño Daniel mientras andaba hacia él cuando empezaba a dar sus primeros pasos.

Entonces, apareció Charlotte con su sonrisa cuando disimulaba para ocultarle su tristeza, siempre diciéndole que no pasaba nada, que ella era feliz, y ahora esa felicidad estaba en camino. En esos últimos instantes en los que las imágenes de su vida pasaban ante sus ojos, pudo ver por última vez los rostros de aquellos a quien amaba. Ahora que esa sucesión de imágenes había cesado, sabía que ya podía marcharse.

En ese momento cerró los ojos, que tenía inundados de lágrimas, y entonces susurró:

—Oh, Gabrielle, tengo tantas cosas que contarte.

Dio un último suspiró, y finalmente descansó en paz.

A la mañana siguiente, Frank acudió al patio al ver la silueta de su señor en la silla, y entonces se percató de que este ya no estaba en el mundo de los vivos. Sus hijas, por petición de su padre, no guardaron luto, pues era su deseo que siguieran con sus vidas lo antes posible. El funeral se celebró unos días después por la mañana en la iglesia cercana, donde solían asistir

Charlotte y su padre a misa cada domingo. Acudieron algunos viejos amigos del ejército y, por supuesto, hasta allí se desplazó lord Davenport para despedirse de su salvador. Aquella lluviosa mañana, el capitán Beverly fue enterrado junto a su amada Gabrielle, como había sido su deseo, mientras sus hijas lloraban de forma desconsolada.

Después, los asistentes se dirigieron a la casa del fallecido para reunirse y tomar un refrigerio mientras recordaban momentos vividos con él. Entre los invitados estaban algunos familiares, como su primo Albert Dogherty, hijo de la hermana de su padre, que había ido desde Londres con su mujer para despedir a su tío. Era la única familia que les quedaba, ya que su madre era hija única y su padre no tenía más familiares. Aunque hacía un par de años que no se veían, se saludaron con cariño. Al fin y al cabo, eran familia.

—Siento mucho que nos hayamos tenido que ver en estas circunstancias, no sabía que tío Arthur estaba tan mal —dijo Albert sosteniendo la mano de Jane.

—Él tampoco quería alarmar a nadie, ya sabes cómo era. Me alegro de que hayáis venido —contestó Jane con lágrimas en los ojos.

Jane se secó las lágrimas y, ya que hacía años que no se veían, decidió preguntarle cómo le iban las cosas. Sabía que su primo era un contable bastante respetado, con clientes importantes, y que gracias a ello las cosas le iban bien.

—Me han dicho que tienes un buen empleo y que van bien las cosas.

—Sí, bueno, con mucho trabajo y esfuerzo se consiguen las cosas, ya sabes.

—¿Y os gusta la vida en Londres? Yo solo he ido para la temporada, así que no sé cómo es el día a día.

—Oh, es una ciudad espléndida y llena de vida, aunque un poco cara, diría yo —dijo la señora Dogherty—. Pero tenemos amistades influyentes y muy elegantes —recalcó con cierto aire de superioridad que a Jane le desagradó un poco.

—Sí, bueno, las amistades son importantes, sobre todo en los negocios —dijo Jane.

—Bueno, tú no puedes quejarte, aunque supongo que allí en Bristol no habrá tanta gente importante, teniendo en cuenta que es una ciudad algo provinciana y poco desarrollada, así que imagino que Stewart vivirá algo

apurado al respecto. ¿O todo va bien? —preguntó su primo con interés.

Jane estaba empezando a sentirse molesta. Ahora recordaba por qué apenas tenían relación con ellos.

—Pues la verdad es que Stewart tiene buenos y cumplidores clientes, y nos va bien. No tenemos queja.

La esposa de su primo, la señora Dogherty, que iba enlutada de arriba abajo, pronunció un ligero carraspeo, instando a su marido a hablar de un tema algo desagradable pero necesario.

—Querida prima, sé que a lo mejor no es momento, pero quisiera saber... ¿cuándo se leerá el testamento?

Jane se quedó perpleja. Vaya, así que por eso se había dado tanta prisa en ir. Le había notificado la enfermedad de su padre hacía meses, pero solo había recibido una misiva, no una visita. La ley lo amparaba y sabía que, como descendiente directo y varón, él se quedaría con las posesiones de su padre. Stewart había renunciado a ese derecho al preferir que algún día Charlotte y su marido se quedaran con la propiedad. Al estar su hermana soltera, no le correspondía nada. Malditas leyes. A pesar de que estaba enfadada, decidió contestar de la forma más educada posible.

—Mañana por la mañana se leerá el testamento. Aunque imagino que no hará falta saber más, ya que parece que todo está ya repartido.

Los Dogherty se quedaron sin habla, no tenían nada que decir, pues ellos ya sabían que todo iría a parar a Albert. Jane no sintió ni un ápice de arrepentimiento, considerando que había sido bastante educada con esas sabandijas. Lo único que quería era perderlos de vista. Solo esperaba que fueran lo suficientemente considerados para darle a Charlotte unos días para que recogiera las pocas pertenencias que tenía.

Más tarde, cuando todos se marcharon y solo quedaban en la casa lord Davenport, Jane, Stewart y Daniel, el primero decidió que era el momento adecuado para hablar con Charlotte, y le pidió un momento para hacerlo en privado. El viejo coronel llevaba dando vueltas a la conversación que mantuvieron el capitán y él aquella noche desde que se vieron por última vez. Debía cumplir su promesa, pero necesitaba obtener más información para actuar de forma adecuada. Una vez que estuvieron a solas en la biblioteca, tras dejar a Jane y Stewart en el salón con el pequeño Daniel, Charlotte se

sentó al lado de la chimenea, y lord Davenport se mantuvo de pie junto a la ventana, observando el horizonte, compuesto por los tejados de los edificios cercanos:

—¿Qué va a suceder ahora, Charlotte? ¿Qué planes tienes a partir de ahora?

Charlotte alzó la vista, todavía con los ojos rojos por el llanto. La verdad era que con todo aquel ajeteo no había pensado qué iba a hacer. Jane y ella habían hablado de que se marchara a Bristol y se quedara a vivir con ellos, puesto que la casa de Bath pasaría a ser propiedad de su primo Albert. Aunque este no estaba muy interesado en conservar la propiedad, puesto que vivía con su mujer y sus tres hijos en Londres, sí tenía interés en sacar algún rendimiento económico de ella. Por eso, su primo le había ofrecido quedarse allí pagando un alquiler, pero la cifra que le había propuesto era tan alta que la idea había quedado descartada. Por lo tanto, si no encontraba otro inquilino, la vendería. En esos momentos, no podía pensar con claridad.

—Pues ya que no me puedo quedar aquí porque esta ya no es mi casa, me iré con Jane a Bristol —contestó.

—¿Y qué harás allí?

—Cuidar de Daniel, o tal vez buscar un empleo como institutriz o maestra, aún no lo sé.

Lord Davenport pensó en lo triste que era todo el asunto. Después de dedicarse en cuerpo y alma a hacer compañía a su padre, ahora Charlotte no sabía qué hacer, y lo más probable era que acabara cuidando del pequeño Daniel, y nunca hiciera otra cosa, mientras su vida pasaba de largo.

—¿Has pensado en contraer matrimonio?

Charlotte lo miró perpleja. ¿Matrimonio? Pero si nadie le había propuesto nada.

—No, milord. Ni siquiera tengo un pretendiente.

—Yo puedo encontrar uno adecuado. Con buena posición, así nunca tendrías que preocuparte de nada —contestó tajante.

Charlotte estaba pensando ¿a quién encontraría? Lord Davenport conocía a mucha gente, pero encontrar un pretendiente era algo complicado.

—Bueno, yo se lo agradezco, lord Davenport, pero es una tarea un poco complicada la que quiere usted llevar a cabo. Además, estaré bien en Bristol con mi familia.

Se produjo un silencio algo tenso. Lord Davenport pensaba en alguna manera de arreglar aquello, debía cumplir su promesa como fuera. Charlotte lo observó, se mostraba pensativo, alguna idea le rondaba la cabeza. Parecía que tenía algo importante que cumplir, pero no sabía qué. ¿Alguna promesa hecha a su padre, tal vez? Siempre se preguntó de qué habían hablado ambos en aquellos días antes de que su padre falleciera. Entonces lord Davenport, decidido, le hizo una propuesta.

—Quiero que vengas a Horton Hall, allí podrás tomarte un tiempo para pensar en lo que quieres hacer.

Charlotte se sorprendió por la repentina invitación.

—Cuando nos ocurren este tipo de desgracias, es bueno alejarse un poco del mundo, para poder mirar las cosas con perspectiva. Y Horton Hall es el lugar perfecto, recuerdo que te gustaba mucho.

—Sí, pero ¿no seré una molestia, milord? —dijo con cierta cautela.

—Ni hablar, te vendrá bien respirar aire puro y relajarte. Aunque ahora probablemente no está muy bonito, sigue siendo agradable.

Para Charlotte, Horton Hall siempre era precioso, en cualquier época del año. Adoraba aquel lugar que para ella era un paraíso en la Tierra. Pero entonces pensó en Michael, ¿estaría él allí?

—Sé en qué estás pensando. No, Michael no estará allí, está atendiendo varios asuntos en Londres.

No tenía nada que perder, además, en los últimos meses apenas había descansado, y necesitaba un tiempo para pensar. Y, como había dicho lord Davenport, mirar las cosas en perspectiva. Le daba pena por Jane, pero sabía que no estaba sola, en cambio, ella conviviría con la soledad para siempre. No obstante, había algo que le preocupaba. Unos días antes de la muerte de su padre, su hermana le había contado que estaba embarazada y que dentro de unos meses llegaría el bebé. A pesar de esto, decidió aceptar la propuesta. En cuanto Jane requiriera su compañía, regresaría de inmediato.

Lord Davenport ordenó a un sirviente que preparara el equipaje de Charlotte, mientras esta le explicaba a Jane y Stewart que pasaría un tiempo en Horton Hall.

—¿Estás segura de que quieres irte? —dijo Jane mientras agarraba la mano de Charlotte.

—Bueno, la verdad es que me vendría bien, pero si prefieres que me quede contigo... —dijo Charlotte algo preocupada.

—No, no te preocupes, bastante te has preocupado ya por todo, mereces descansar y que te mimen un poco —dijo Jane sonriendo con ternura.

—Además, yo estaré pendiente de ella mientras estés lejos —dijo Stewart agarrando a su mujer del brazo.

—Bien, pero en cuanto regrese iré directa a Bristol, ya que ahora la casa es de Albert. Por favor, haz que manden todas mis cosas allí.

Horas más tarde, todos dormían. Sonó el reloj del salón, eran las doce de la noche y Charlotte se despertó de repente. Se levantó de la cama apresuradamente, colocándose la bata, como llevaba haciendo meses. Salió de la habitación y se dirigió al cuarto de su padre, que estaba al final del pasillo:

—Papá, ya estoy aquí —dijo mientras abría la puerta.

Pero allí no estaba su padre, su cama estaba vacía. Él ya no estaba, los había dejado hace días, pero ella se había despertado creyendo que él la estaba llamando. Hubiera jurado que había oído su voz en sueños, que la llamaba para que le llevara un vaso de agua, o para cualquier emergencia. Había sido un cuidado constante durante meses, y en ese tiempo había adquirido una serie de rutinas y hábitos que aún la acompañaban. Fue entonces cuando suspiró, entendiendo que ya no tendría que despertarse más en mitad de la noche para ir a su cuarto. Decidió bajar a la cocina y tomarse un vaso de leche caliente. Su madre solía decir que eso ayudaba a conciliar el sueño. Cogió el vaso de leche y se fue al salón. Allí tomó asiento en el sillón en el que siempre solía sentarse, frente a su padre. Durante aquellos días se había fijado más en cada rincón de la casa, intentando grabar todo en su memoria. Ahora que sabía que no volvería jamás allí, quería recordarlo todo.

Aquel lugar había sido su hogar desde que tenía seis años, y aún recordaba la ilusión de la familia cuando se habían instalado allí, después de haber buscado mucho. Cuando su madre murió, se convirtió en el hogar de Jane, su padre y ella. De esa casa, Jane había salido vestida de novia. Había llorado y reído en los diferentes rincones, y jugado con su hermana en el patio los días que hacía buen tiempo. Y cuando ya era más mayor, solía salir con su padre al patio y se dedicaban a charlar durante horas después de cenar en las noches

de verano. Su padre había sido su mejor amigo, había sabido todo de ella, había podido entender lo que pensaba solo con mirarla pues eran muy parecidos, unos románticos empedernidos.

«Tú eres como yo, Charlotte. Cuando amamos a alguien, lo hacemos para siempre, esa es la sangre irlandesa de los Beverly; cuando encontramos a nuestra alma gemela, al ser amado, ya no podemos amar a otro. Ese es nuestro castigo, pero también nuestra bendición, pues tenemos el privilegio de conocer el amor verdadero».

La voz de su padre resonó en su interior. Tenía tanta razón. Ella nunca amaría a otro, su padre la había conocido a la perfección. Ahora debía empezar de nuevo, levantarse y seguir hacia adelante. No sabía lo que le depararía la vida en aquellos momentos, pero ahora debía dejar Bath y su vida anterior atrás. Volvió a echar un último vistazo al patio y a las habitaciones. Una vez ya en su cama, antes de cerrar los ojos, susurró:

—Adiós, papá.

CAPÍTULO 4

Londres, finales de noviembre

Michael cabalgaba por Hyde Park como cada mañana, en solitario. La noche anterior había estado de nuevo con *lady* Ronwald durante una de las prolongadas ausencias de su marido, y aunque había disfrutado de una noche de pasión intensa como siempre, comenzaba a darse cuenta de que aquello se había convertido en algo monótono. Además, había notado algo de tristeza en las cartas de su abuelo. La muerte del capitán también lo había afectado a él. Había admirado a aquel hombre, aunque había preferido no asistir al funeral. Esos actos le traían amargos recuerdos y procuraba evitarlos.

El capitán Beverly había sido todo lo contrario a su padre. Había sido un hombre dedicado a su familia, que siempre estuvo pendiente de sus hijas. Se podía ver el cariño que les profesaba, sobre todo a Charlotte, se veía a la legua la complicidad entre ambos. También pensó en qué pasaría con la señorita Beverly, qué sería de ella ahora, no porque realmente le importara o tuviera un interés romántico, sino por simple curiosidad, y por algo de temor. Sabía bien que su abuelo siempre había considerado la idea de comprometerlo con ella, y él no estaba dispuesto a ello.

Para intentar evitar pensamientos amargos, decidió hacerle una visita a su amigo Henry, que aún seguía en Londres. Las charlas con su amigo de la infancia siempre lo animaban, aunque en los últimos tiempos se parecía cada vez más a lord Davenport con el asunto del matrimonio. Henry era un conquistador igual que él, pero en esa temporada no había mostrado tanto interés como antes en seducir a las damas, incluso parecía estar algo aburrido de ser perseguido por las damiselas. Llegó a la casa familiar de los Crawford, donde Henry estaba en el salón leyendo. Este mandó que les trajeran algo de

beber y Michael se sentó en un sofá frente a él.

—Bueno, ya me enteré de la triste noticia. ¿Cómo es que no estás en Bath?
—preguntó Henry con curiosidad.

—No me gustan los funerales, no asisto a ninguno desde que murió mi padre, es una tradición que me he impuesto.

—Vaya, no sabía eso. Pero, bueno, tu abuelo estará destrozado.

—Sí, eran buenos amigos. Yo también me siento triste, la verdad es que el capitán era un buen hombre.

—Sí, era todo un caballero. ¿Y qué hará la señorita Beverly?

—No lo sé, pero creo que irá a vivir con su hermana a Bristol, como estaba previsto.

—¿Al final no se queda en Bath?

—No, por lo visto un primo suyo se ha quedado con la casa.

—Vaya, pobrecilla. Va a necesitar consuelo. —Miró a su amigo con picardía.

—Tiene a su familia para consolarla —dijo Michael fríamente.

—Oh, eres muy frío. Estoy seguro de que ella estaría encantada de derretir ese hielo que envuelve tu corazón.

—Henry, no empieces, no estoy de humor.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy un poco cansado, y aburrido.

—¿*Lady Ronwald*? —Henry conocía bien a su amigo.

—Exacto. Nuestro *affaire* se ha convertido en algo monótono, y ya no tengo las mismas ganas de escalar por su pared a altas horas de la noche. Además, se ha vuelto muy posesiva.

—¿Y ahora te das cuenta? Esa mujer siempre ha sido así. La verdad es que no me gusta su carácter, veo aspectos oscuros en ella y te lo advertí. Aunque es curioso que tenga celos, dada su conducta.

—Estoy pensando que ya es hora de acabar con ese asunto.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Seguramente le escriba una vez que me marche de Londres.

—Espero que no se lo tome mal, porque esa mujer tiene un carácter infernal.

—Que se lo tome cómo quiera, ella conocía las reglas.

—Pero creo que se le han olvidado. Solo te pido que tengas cuidado.
—Lo tendré, además, estaré lejos para cuando se enfade.
—¿Te marchas?
—Sí, ya es hora de regresar al paraíso en la Tierra, a mi querido Horton Hall.

Horton Hall

La nieve cubría todo el exterior de la casa, y nevaba de forma intensa desde el mediodía. A pesar de que los verdes prados estaban cubiertos por un manto blanco, el lugar seguía siendo mágico e inspirador incluso en aquellos días de mal tiempo y cierto aislamiento. A veces era complicado salir de los límites de Horton Hall por la intensidad de las nevadas que estaban cayendo desde hacía una semana, el tiempo que llevaba Charlotte en casa de los Davenport.

Estaba en el escritorio de la habitación en la que se alojaba, aprovechando las horas libres para terminar su novela. Después de meses algo parada, gracias a su estancia en Horton Hall y al aislamiento, había conseguido aprovechar el tiempo para escribir, pues apenas tenía cosas que hacer durante el día. Lord Davenport se pasaba horas en la biblioteca revisando papeles o reuniéndose con gente de la comunidad y arrendatarios. *Lady Elizabeth* había llegado el día anterior de Lincoln, pues quería preparar la fiesta navideña que celebraba todos los años allí con los vecinos de la zona.

Aquellas navidades no podría pasarlas con su hermana porque los caminos estaban cubiertos de nieve y el hielo hacía que viajar fuera peligroso. A pesar de eso, se alegraba de estar allí, ya que la familia Davenport era una buena compañía para pasar la primera Navidad sin su padre. También había tenido tiempo de preguntarse si Michael aparecería por allí, aunque fuera solo unos días. No podía evitar pensar en él, en especial estando allí, donde se vieron por primera vez. En parte deseaba verlo, pero por otro lado prefería que siguiera lejos. No llevaba bien sus desplantes ni sus malos gestos.

En esos momentos dejó de escribir, aún recordaba cómo le gustaba a su padre decorar el árbol con ellas y disfrutar de la cena de Navidad junto a toda la familia. También echaría de menos a Daniel. Le encantaba envolver los regalos y esconderlos para que el pequeño los buscara. Sabía que no estarían

solos porque pasarían la Navidad con los padres de Stewart y sus hermanos.

De repente, algo captó su atención. Al mirar por la ventana, vio que dos hombres se acercaban con rapidez a lomos de sus respectivos caballos. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no se había percatado de que la nieve había parado hacía un rato, y gracias a eso pudo ver a uno de ellos con más claridad a medida que se iba acercando. Reconoció el caballo, Nerón se llamaba, un corcel de color negro, y sabía de quién era. Era de Michael Davenport. Entonces se levantó de la impresión, ¿qué iba a hacer? No tenía buen aspecto, no estaba preparada para verlo después de tantos meses. La última vez que le había visto estaba pasando por el peor momento de su vida, no sabía cómo lo saludaría y tenía miedo de que él se enfureciera al verla allí. Aunque tenía ganas de bajar a saludarlo, no se movió de su habitación, decidió que lo más prudente era esperar a que le avisaran.

Mientras, abajo, Michael entraba en la casa. Estaba acalorado y agotado, apenas había descansado unas horas en una posada a mitad de camino porque quería llegar cuanto antes a su destino. Se quitó el sombrero y el abrigo, dándoselo al señor Carlson.

—¿Están mi abuelo y mi madre en casa, señor Carlson?

—Sí, señor. Milord está en la biblioteca, y *lady* Elizabeth en el salón, les avisaré de su llegada.

—Bien, voy a cambiarme para la cena, llego justo a tiempo, ¿no?

Detrás de él estaba su sirviente, Peter, que enseguida se dirigió escaleras arriba para ayudar a su señor. Peter era un hombre un poco más bajo que Michael, de aspecto amable e impecable. Como él, había elegido la soltería como fiel compañera. No obstante, le gustaba estar en compañía de muchachas bonitas y siempre creaba consternación entre las criadas de las casas a las que iba, ya que era un hombre muy apuesto, cuyos ojos verdes cautivaban a las féminas sin piedad.

Apreciaba a su amo, al que conocía desde casi siempre. Peter era hijo del guarda de Horton Hall, y había crecido al lado de Michael, siendo su compañero de juegos. Cuando llegó el momento, Michael lo había elegido para que fuera su sirviente personal, su hombre de cámara, pues era un

caballero leal y servicial.

Cuando ambos se dirigían por el pasillo hacia la habitación de Michael, Charlotte abrió la puerta, sin darse cuenta de que ambos estaban fuera. Había esperado un buen rato, pero al final había decidido bajar para saludarlo, considerando que era lo más correcto.

Michael se quedó perplejo al verla allí, pero no fue maleducado y la saludó.

—Señorita Beverly, ¡menuda sorpresa! ¿Qué hace usted aquí? —dijo él usando un tono amable.

Charlotte, como siempre que estaba delante de él, se empezó a poner nerviosa y habló con algo de torpeza:

—Lord Davenport me invitó a pasar unos días, tras la muerte de mi padre.

Michael enseguida recordó aquel hecho.

—Sí, lamento su pérdida, señorita Beverly, su padre era un gran hombre —dijo Michael con sinceridad.

—Gracias, *sir* Davenport —dijo ella con aprecio.

La conversación acabó ahí, Michael se disculpó y se dispuso a dirigirse a su habitación para cambiarse, puesto que ya se acercaba la hora de cenar. Había sido un viaje largo, y deseaba descansar un poco. Mientras tanto, Charlotte volvió a su cuarto, algo más animada tras haber comprobado que la actitud de Michael hacía ella se había suavizado un poco.

A las siete todos se encontraron en el comedor para degustar una deliciosa cena en buena compañía. Hacía meses que los Davenport no se reunían, y el hecho de tener una invitada como Charlotte en la casa implicaba novedades y conversaciones diversas. A pesar de que estaba Michael cerca, Charlotte ya no estaba tan nerviosa ante su presencia, pues lo notaba animado y algo diferente. Cabía la posibilidad de que, por la muerte de su padre, Michael se estuviera mostrando más sensible y amable por pura consideración. *Lady* Elizabeth se sintió orgullosa de la actitud de su hijo, y no pudo evitar pensar que tal vez todo podría cambiar.

Las risas y el tono animado de la conversación hicieron que pasara el tiempo volando y llegara la hora de irse a dormir. Michael y su abuelo se quedaron más tiempo despiertos, disfrutando de una copa de jerez a la luz de la chimenea en uno de los salones contiguos al comedor, que se empleaba para tomar la última copa de la noche. Después de preguntarle a Michael

cómo había ido el viaje y cómo estaban las cosas por Londres, el tema principal de la conversación pasó a ser la situación de Charlotte:

—Esa muchacha se ha quedado totalmente desprotegida —dijo lord Davenport preocupado.

—Bueno, no totalmente, tiene a su hermana y a su cuñado, y creo que la relación es buena. Tendrá un lugar donde vivir —contestó Michael.

—Sí, pero esa situación no es muy buena que digamos, una solterona viviendo con un matrimonio y sus hijos. Está condenada a ser una institutriz.

—Eso tampoco es malo, abuelo. Creo que estás exagerando las cosas.

—Ni mucho menos, esa muchacha merece algo más. —Al decir esto, lanzó una mirada directa a su nieto. Este se alarmó.

—¿Y en qué has pensado? —dijo alarmado.

—Matrimonio. Debe casarse con un buen partido.

—¿Y en quién has pensado?

—Hemos pensado. Mi difunto amigo el capitán Beverly y yo ya decidimos quién se casaría con Charlotte, y le prometí que yo me encargaría de todo.

—¿Quién se casará con ella? —volvió a insistir Michael.

Su abuelo lo miró directamente a los ojos.

—¿Hace falta que conteste a esa pregunta cuando la respuesta está delante?

Michael se levantó, estaba indignado y furioso, y se dirigió a su abuelo alzando la voz.

—Ni hablar, no pienso casarme ni con la señorita Beverly ni con nadie.

—Por supuesto que te casarás, debes dar un heredero a esta familia, y te casarás con quien yo diga. Además, se trata de una promesa.

—Ni pensarlo, soy un ser humano libre y pienso casarme cuando quiera y con quien quiera.

—No estás en condiciones de elegir nada, eres un crápula y un egoísta, que se pasa el día de cama en cama, muchas veces incluso con mujeres casadas, y vas creando escándalos allá por donde pasas. Estoy harto de tener que defender el nombre de esta familia, por culpa de tu padre en el pasado y por la tuya ahora —dijo lord Davenport gritando y furioso.

Mientras tanto, en el pasillo había alguien escuchando. Charlotte se había levantado para ir a por un vaso de agua, y accidentalmente había escuchado todo aquello. No era capaz de moverse, estaba como congelada en ese oscuro

pasillo que llevaba a la cocina. Ella no sabía nada, estaba igual de sorprendida que él. No era que no quisiera casarse con Michael, pero no quería que fuera de aquella manera. Deseaba que fuera porque su amor era correspondido, no por obligación. Entonces, al ver que la conversación subía de tono, sacó fuerzas y llamó a la puerta.

En la habitación ambos se quedaron callados. Lord Davenport rugió:

—¿Quién es?

Entonces Charlotte abrió la puerta con temor. Llevaba puesto un camisón blanco y una bata de color azul, con su pelo recogido en una trenza, algo despeinado. Los miró a ambos, estos aún estaban algo sorprendidos, pero Michael empezó a mirarla con furia.

—Por favor, no discutan por mi culpa. No quiero que las cosas sean así. No tienen por qué ser así.

—¿Tú también lo sabías? Claro, siempre fue así. Con esa cara de mosquita muerta has hecho un buen trabajo manipulando a todos.

—¿De qué estás hablando? Yo no he manipulado a nadie, no sabía nada de esto. —Charlotte le contestó por primera vez en su vida de forma directa y sin nerviosismo. Ahora estaba enfadada.

—Ya, sí, por supuesto. Para ti, este matrimonio es totalmente beneficioso ahora que ya no tienes nada. Casarte con un noble es algo seguro, pero te diré una cosa. Si nos casamos, tu vida será un infierno —sentenció furioso.

—¡Michael, ya basta! —rugió su abuelo.

En ese momento llegó *lady* Elizabeth, que estaba consternada.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Madre, por orden de lord Davenport, debo casarme con la señorita Beverly. Sé que estás encantada, pero yo no, así que ya he informado a la señorita Beverly que su vida a mi lado será un infierno —respondió Michael de forma sarcástica.

—Michael, ¿cómo puedes decir esas cosas?

—¿Tú también estas de su parte, madre? Vaya, la subestime por completo, señorita Beverly.

Charlotte notaba cómo se le secaba la garganta, y unas lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas. No entendía aquella crueldad, deseaba marcharse de allí y no volver a ver a Michael nunca más. Decidió que ya

estaba bien, que debía parar aquello. Y decidió hablarle como nunca lo había hecho antes.

—Eres un maldito egoísta. Siempre me porté bien y fui amable contigo, intenté entender tu carácter y tus comportamientos, pero ya está bien. Eres un ser cruel, Michael Davenport, ni siquiera respetas el dolor que estoy sintiendo cuando me dices que me he quedado sin nada. Sí, he perdido al ser que más amaba, mi padre, un hombre bueno que me enseñó que incluso hay que ser amable con aquellos que te desprecian, pero ya no puedo más. Si no quieres casarte conmigo, me parece estupendo, yo tampoco te forzaré; es lo último que quiero, obligar a alguien a hacer algo que no quiera. Dicho esto, me marchó.

Michael se quedó observándola, ante la estupefacción de lord Davenport y *lady* Elizabeth. Pero, antes de que Charlotte saliera por la puerta, lo hizo Michael.

—Soy yo el que se marcha.

Ordenó al señor Carlson que le trajera su abrigo. *Lady* Elizabeth corrió tras él desesperada.

—¿A dónde vas, Michael? Está nevando y los caminos están helados.

—Madre, necesito salir de aquí. Cumpliré el acuerdo, me casaré con ella, pero no me pidas más. Ahora mismo, solo siento odio por todos vosotros.

Dirigió una última mirada a Charlotte y ella se la devolvió con furia. Estaba agotada y muy tensa. Lord Davenport estaba enfadado, furibundo, y ni siquiera se despidió de su nieto. Había heredado la naturaleza rebelde de su hijo Patrick. Para él, aquello era una catástrofe.

Michael subió a su caballo y cabalgó rumbo a Londres. Rechazó la compañía de Peter, pues deseaba estar solo. Este se dirigió a la señorita Beverly, intentando calmarla:

—No se preocupe, mi amo tiene mucho carácter, pero en el fondo es bueno. Sé que lo que le dijo fue en un momento de enfado, no se lo tome en serio.

Charlotte de verdad quiso creerle, pero le costaba. Michael la había herido en lo más profundo de su corazón, y lo único que quería hacer era irse de allí, y así se lo hizo saber a lord Davenport. Este no se opuso porque entendía que su nieto había hablado demás. Todos se dirigieron a sus aposentos para intentar conciliar el sueño, algo que fue imposible. Cada uno pensó en lo que

había sucedido allí esa noche. *Lady Elizabeth* tenía el presentimiento de que algo malo ocurriría y no pudo dormir. Charlotte, mientras lloraba con la cabeza apoyada en la almohada, pensaba en lo mucho que aún amaba a Michael, pero también cuánto lo odiaba. No podía olvidar las palabras tan crueles que había dicho, como si ella se casara por interés. Si él supiera.

Mientras, a unas pocas yardas de Horton Hall, Michael proseguía su camino. Estaba enfadado pero sorprendido, nunca había visto a la señorita Beverly así. Le había hablado con pasión, sin un ápice del nerviosismo que siempre mostraba ante él. Parecía que la señorita Beverly lo tenía engañado y ocultaba a un lobo bajo la piel de cordero. No quería casarse, él no quería atarse. A pesar de ello, era cierto que debía cumplir con su obligación y, si había sido una promesa, entendía que su abuelo quisiera cumplirla, pero ¿por qué tenía que dominar su existencia? Sabía que al final se casaría con ella por obligación, y por ello su matrimonio sería una condena. Lo único que deseaba en ese momento era alejarse de allí y volver a los brazos de alguna de sus conquistas, deseaba desfogarse.

Llegó a una zona del camino donde había mucho hielo, a Michael no le dio tiempo a frenar al caballo, pues iba cabalgando muy rápido. De repente, el caballo se resbaló e hizo que Michael saliera disparado y que su cabeza aterrizara sobre una pequeña roca en el suelo. Se golpeó la cabeza y ya no despertó.

CAPÍTULO 5

Había pasado una hora desde que Michael se había ido, y Charlotte por fin había podido conciliar el sueño después de haber estado llorando bastante tiempo. Tenía los ojos hinchados y el rostro algo pálido. De repente, un fuerte estruendo hizo que se despertara. Se acercó a la ventana y vio un carro arrastrado por dos caballos que se acercaba a la casa a gran velocidad. Se paró delante de la casa, y los dos hombres que iban sentados delante se bajaron con rapidez. Charlotte se fijó en que llevaban a alguien detrás, y entonces reconoció la figura. Cuando se dio cuenta estaba corriendo escaleras abajo para dirigirse a la entrada.

Allí estaban lord Davenport y *lady* Elizabeth, esta con el rostro aterrado. Llevaron a Michael a su habitación siguiendo las órdenes de lord Davenport. Peter ayudó a transportar a su amo a su cuarto junto con tres sirvientes más. Enseguida, otro sirviente, que aún estaba a medio vestir, se dirigió a buscar a un médico. Charlotte no podía creer lo que estaba sucediendo.

Horas antes le había dicho cosas terribles, se habían hablado en malos términos, y en ese instante Michael yacía en su cama, debatiéndose entre la vida y la muerte. No podía mostrarse débil, debía apoyar a *lady* Elizabeth, aquella mujer fuerte pero sensible que había criado a su hijo prácticamente sola, y que ahora veía como su vida se podía apagar. También lord Davenport, que todavía no podía creer lo que estaba sucediendo. Ese hombre fuerte y autoritario ahora se mostraba devastado. Y ella estaba destrozada, quería que Michael despertara, aunque la odiara. Prefería que viviera y la despreciara, a no oír su voz ni ver sus ojos azules nunca más. Si despertaba, se dijo, se marcharía como tenía previsto y lo liberaría de todo compromiso.

A los pocos minutos llegó el doctor Murphy, el médico local, que conocía

bien a los Davenport, pues llevaba viviendo en Branston más de treinta años. Curó la herida que se había hecho Michael detrás de la cabeza y, después de valorar la situación, determinó que había pocas probabilidades de que Michael sobreviviera. Prácticamente ninguna. Y en caso de que despertara, lo más probable era que el fuerte golpe hubiera afectado a alguna función del cerebro, y sería entonces cuando habría que valorar las secuelas que le quedarían. Por el momento, solo les quedaba rezar y esperar. Ninguno de los presentes se movió de la habitación. Todos querían estar allí pasara lo que pasara, aunque el médico les recomendó que al menos se turnaran para descansar y así lo hicieron.

Primero se quedó junto a él *lady* Elizabeth y por la tarde se quedaría Charlotte, mientras lord Davenport lo acompañaría durante la noche. El doctor Murphy se marchó porque debía visitar a otros pacientes, pero prometió volver por la tarde para comprobar cómo iba evolucionando el paciente.

Eran las seis de la tarde y Charlotte se encontraba a solas con Michael. Nunca había tenido la oportunidad de estar con él a solas, puesto que siempre había alguien presente. Había estado parte de la tarde leyendo un libro, pero siempre levantando la vista de vez en cuando para ver si Michael se movía o incluso se despertaba. Después de leer durante casi dos horas, se dispuso a observarlo. Tenía unas pestañas largas y un rostro dulce mientras dormía, parecía un príncipe que estaba hechizado. Su rostro ya no estaba tan pálido. Su piel debía ser muy suave, aunque ya tenía barba de un par de días. Tenía unas manos grandes y fuertes, al igual que sus brazos. Había soñado tantas veces que él la estrechaba entre ellos que había perdido la cuenta. Lo quería tanto que le dolía, y ya había decidido alejarse de él, esa vez para siempre y sin retorno.

Se acercó a un lado de la cama y aprovechó la única oportunidad que tendría de tocarlo. Solo lo había hecho una vez, cuando él la había ayudado a llegar a Horton Hall para que le curaran la herida, en el verano de 1825. En aquel tiempo jugaban y reían juntos, pero tiempo después él cambió y ya nunca más le dedicó una sonrisa. Charlotte le acarició con delicadeza la mano, era suave y fuerte a la vez, y aunque al principio se mostró temerosa, finalmente la agarró entre las suyas. Entonces, como queriendo romper el

encantamiento, empezó a hablarle.

—Michael, ojalá mis palabras funcionen para que despiertes. Todos estamos preocupados. Solo queremos que estés bien, queremos tu felicidad. Siento lo que te dije, pero estaba dolida, me hiciste daño y solo fui capaz de decirte aquellas palabras. —Se detuvo, pues tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar con claridad.

Respiró hondo y continuó.

—Te prometo que, si despiertas, me marcharé y anularemos el compromiso. Ambos seremos libres, no debemos casarnos por obligación. Aunque debo confesarte que yo sí me casaría contigo porque te quiero y quiero estar contigo, pero no puedo hacerlo. No podría vivir con la idea de que tú no me correspondes. Solo quiero tu felicidad, Michael. Así que eso haré, pero, por favor, despierta.

En ese momento, notó presión en su mano. Miró y se dio cuenta de que Michael se estaba moviendo y que estaba agarrándole la mano. Entonces dirigió una mirada a su rostro y se encontró con los ojos de Michael entre abiertos. Poco a poco fue abriéndolos de par en par y empezó a emitir sonidos. Charlotte se apresuró a coger el vaso de agua que había en la mesilla y se lo acercó a la boca. Michael incorporó un poco la cabeza para beber y después volvió a tumbarse.

Charlotte salió apresuradamente de la habitación con una sonrisa, gritando que Michael estaba despierto. Llegaron corriendo por el pasillo Peter, *lady* Elizabeth y lord Davenport. Entraron en la habitación y *lady* Elizabeth lo abrazó con lágrimas en los ojos, al igual que lord Davenport. Michael recibió los abrazos con algo de extrañeza, pues no entendía lo que ocurría.

—¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Estás en Horton Hall, te caíste de tu caballo y te diste un golpe en la cabeza. Has estado inconsciente unas cuantas horas, pero ahora ya está todo bien —explicó lord Davenport.

Michael respiró aliviado, estaba en casa, con su familia, pero había algo que no se podía quitar de la mente, una sensación extraña, algo no iba bien. Entonces sus ojos se pasearon por la habitación y allí vio a Peter y a otra persona, alguien a quien no reconocía en absoluto. Charlotte le dedicó una tímida sonrisa, algo temerosa porque no sabía cómo iba a reaccionar al verla

allí. Michael habló sin apartar la vista de Charlotte:

—¿Quién es usted?

Todos se quedaron paralizados, y entonces dirigieron sus miradas hacia Charlotte, que estaba atónita.

—Michael, es Charlotte. ¿No te acuerdas de ella? —dijo *lady* Elizabeth sorprendida. Michael volvió a examinar a aquella mujer de arriba abajo, intentando encontrar algún rasgo que le devolviera la memoria.

—No, no recuerdo quién es —contestó Michael con toda la inocencia del mundo. No recordaba nada de aquella mujer que estaba frente a él. Pero debía ser alguien importante si estaba allí.

Charlotte no sabía que decir, Michael no la recordaba, pero ¿por qué? Recordaba a todos los allí presentes menos a ella.

Lord Davenport, un hombre avisado, vio una oportunidad. La actitud de Michael era totalmente diferente, no se acordaba de Charlotte y, por tanto, los prejuicios que tenía habían desaparecido de repente. Era la oportunidad perfecta para hacerle creer una nueva realidad.

—Michael, Charlotte es tu prometida, estaba aquí para planear la boda y la fiesta de compromiso.

Michael lo miró sorprendido.

—¿En serio?

Charlotte miró a lord Davenport con asombro. Quería decir algo, desmentir aquella afirmación, pero no sabía por qué, algo en su interior no la dejaba hablar. *Lady* Elizabeth tampoco dijo nada, ya que entendió al instante las intenciones de su suegro. En ese momento, quería ver qué ocurriría, tal vez aquello fuera una señal del destino.

—Sí y, además, estáis muy enamorados —sentenció lord Davenport convencido.

Esa vez el rostro de Charlotte reflejaba sorpresa e incredulidad. Todo aquello era una enorme mentira, pero al ver reflejada la incertidumbre en el rostro de Michael, entendió que no pondría aquellas afirmaciones en duda. No por el momento. Michael observó a Charlotte con más detenimiento. Teniendo en cuenta el tipo de mujeres que le gustaban, aquella mujer no encajaba con sus preferencias. No era una belleza, aunque tampoco era fea del todo; algo gordita, no tenía un cuerpo esbelto; con el pelo castaño y los

ojos del mismo color, corrientes, sin carisma. Daba la impresión de ser una mujer reservada, sencilla y poco apasionada. Le parecía extraño, pero ahora no recordaba nada, así que no tenía por qué dudar. Ya haría más averiguaciones.

Una hora después llegó el doctor Murphy y, mientras examinaba al paciente, *lady* Elizabeth, Charlotte y lord Davenport se quedaron en uno de los salones a esperar. Una vez que estuvieron solos, sin ningún sirviente a la vista, Charlotte empezó a hablar:

—Esto no está bien, lord Davenport.

—¿El qué no está bien?

—La mentira tan grande que le ha contado.

—¿Miento al decir que estáis prometidos? —dijo el hombre con tono inocente.

—No, pero no estamos enamorados. Es un compromiso por obligación.

—Como la gran mayoría, pero he creído conveniente omitir ese detalle.

—Pues no debería, Michael se enfadará si descubre la verdad.

—Es posible, pero para ello debemos hacer que la mentira se convierta en verdad.

—¿Qué quiere decir?

En ese momento, *lady* Elizabeth, que había permanecido en silencio observándolos, habló:

—Charlotte, esta es una oportunidad que la divina providencia ha puesto en tu camino. Michael no recuerda nada, y creo que puede ser el mejor momento para que pueda conocerte mejor. Los prejuicios o ideas que tenía de ti están ocultos en algún lugar y, por tanto, podemos afirmar que dichos prejuicios no existen. Si él sabe que estáis prometidos, querrá pasar tiempo contigo para entender el origen de ese compromiso.

—Es decir que podéis empezar de nuevo, como si nada hubiera ocurrido —sentenció lord Davenport.

Charlotte reflexionó un momento. Era cierto que ahora que Michael no la recordaba, podría mostrar interés en ella. Siempre había deseado que Michael se interesara por ella, y que pudieran hablar amistosamente y conocerse. Sí, esta era una oportunidad de oro. Pero ¿y la promesa que hizo si despertaba? Ahora no estaba segura de que tuviera validez pues él no la recordaba y, si se

marchaba de forma repentina, él descubría la mentira de lord Davenport y volverían otra vez a aquella terrible noche. No, ella no quería eso, así que aprovecharía el momento. Michael Davenport conocería de verdad a Charlotte Beverly, había que creer en las segundas oportunidades.

Pasado un rato, el doctor Murphy se reunió con ellos en el salón y habló con lord Davenport y *lady* Elizabeth:

—Parece ser que tiene lo que llamamos amnesia parcial, es decir, no recuerda todos aquellos hechos o circunstancias que ocurrieron antes del accidente, esto incluye a personas cercanas. Esto se debe al fuerte golpe en la cabeza, pero también a un posible trauma que su mente ha querido guardar en algún lugar, pero que no quiere revelar. Puede que recupere esa parte de sus recuerdos algún día o nunca. Cada paciente es diferente. Lo único que necesita es descanso y que no se agite demasiado. Puede que de vez en cuando tenga dolores de cabeza, pero eso es normal, le he recetado medicina para las jaquecas. Por lo demás, puede hacer vida normal. Si hay algún cambio o alguna novedad, llámenme, vendré a revisar su herida en tres días.

Tras eso, el doctor Murphy se marchó, y el resto de la noche *lady* Elizabeth se quedó cuidando de Michael e hizo que a ambos les sirvieran la cena allí. Gracias al momento de intimidad entre madre e hijo, *lady* Elizabeth empezó a allanar el terreno a Charlotte.

—Charlotte es una mujer excelente, muy dulce y buena. Y muy inteligente.

Michael se mantuvo en silencio escuchando a su madre hablar de aquella desconocida.

—Os conocéis desde niños, os visteis por primera vez en Horton Hall, un día de verano. Y bueno, después de muchos años conociéndoos, os comprometisteis.

—¿Charlotte tiene familia? —dijo Michael rompiendo su silencio.

—Sí, una hermana menor que ella, Jane, está casada y tiene un hijo. Vive en Bristol.

—Ella está aquí para preparar la boda, ¿no?

—Sí y la fiesta de compromiso. Aunque, por ahora, dejaremos eso a un lado, debes recuperarte por completo antes —sentenció *lady* Elizabeth sonriente.

Michael seguía dudando. Todo parecía normal, sencillo, pero le costaba

entender que él realmente estuviera enamorado de esa mujer. Si lo estaba, ¿cómo era posible que se hubiera olvidado de ella? Debía salir de dudas, quería hablar con ella a solas y así saber más.

Charlotte, mientras tanto, se encontraba en el comedor con lord Davenport. Estaba nerviosa y apenas había probado bocado. No sabía cómo actuar ante Michael ahora que la situación había cambiado de aquella manera. Lord Davenport no mencionó el asunto y se limitó a hablar del tiempo, o de los sitios que podrían visitar mientras estaban allí. De repente, entró Peter en el comedor.

—Disculpe, milord, tengo un mensaje para la señorita Beverly. —Entonces se dirigió a Charlotte—. *Sir* Davenport desea que se reúna con él en su habitación, quiere discutir algo con usted.

Charlotte se tensó.

—¿Ha dicho de que índole es el asunto que quiere discutir conmigo?

—No, señorita Beverly.

Charlotte siguió tensa, pero contestó.

—Bien, dígame que subiré en cuanto termine la cena.

Después de cenar, sin ni siquiera probar el postre, Charlotte se dirigió a la habitación de Michael. Cuando ya estuvo delante, llamó a la puerta y, al momento, una voz desde dentro le invitó a pasar. Michael estaba en la cama incorporado, llevaba un camisón blanco y tenía muy bien aspecto. A la luz de las velas tenía un porte enigmático y seductor. Se encontraba solo, pues *lady* Elizabeth había bajado al salón principal para reunirse con lord Davenport antes de que ella subiera. Charlotte estaba muy nerviosa y se quedó quieta delante de la cama, no sabía muy bien qué hacer ni qué esperar.

—Por favor, señorita Beverly, tome asiento.

El tono amable de Michael no le desveló nada, aunque supo que no estaba en malos términos con ella. Charlotte se sentó en una butaca que había al lado de la cama, lo que le permitía estar muy cerca de él. Michael se incorporó un poco para poder mirarla cara a cara. Charlotte rompió el silencio.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, mucho mejor después de comer algo. Estaba hambriento —dijo Michael sonriente.

Charlotte sentía que se quedaba sin respiración ante aquella sonrisa de

satisfacción.

—Bueno, ahora que lo pienso, deberíamos tutearnos, ya que estamos prometidos, ¿no? Y deberíamos usar nuestros nombres de pila también para referirnos el uno al otro.

Charlotte se sintió aliviada.

—Sí, me parece bien.

Él sonrió con dulzura.

—Charlotte, sé que para ti esto debe ser difícil, y para mí no lo es menos, pero quiero que mis ideas se aclaren lo antes posible. Me gustaría que pasáramos tiempo juntos y conversáramos. Ahora mismo no sé nada de ti, ni de nuestra relación. Te pido que me ayudes a resolver mis dudas.

—Por supuesto, cuenta con ello. Pregunta lo que quieras —dijo Charlotte algo más animada. Sí, ahora empezarían de nuevo. Sin embargo, era más que probable que tuviera que mentir.

Michael suspiró aliviado. Temía herirla, aunque no entendía por qué.

—¿Qué te parece si mañana después de desayunar nos reunimos en la biblioteca? Así podemos hablar tranquilos y distendidos.

—Sí, me parece bien.

Michael volvió a sonreír.

—De acuerdo, entonces mañana, después de desayunar, nos vemos.

—Pero ¿crees que es conveniente que te muevas? ¿No será muy pronto? —dijo Charlotte con cierta preocupación.

—No debes preocuparte, el médico ha dicho que puedo hacer vida normal. Que no debo pasar tanto tiempo en la cama. Además, no soporto estar aquí encerrado.

—Te entiendo —respondió Charlotte con una sonrisa.

Michael volvió a observarla. Era en verdad bonita cuando sonreía, pero tenía la sensación de que no mostraba esa sonrisa siempre, una auténtica pena. Al momento Charlotte se levantó y se dirigió a la puerta.

—Bueno, es hora de ir a dormir. Te dejo descansar. Buenas noches, Michael.

—Buenas noches, Charlotte.

Ambos se miraron en silencio antes de que Charlotte cerrara la puerta tras de sí. Esa noche Charlotte se tumbó en la cama y no paró de sonreír. Había

compartido un momento a solas con él sin acritud ni mal humor. El destino le había dado una segunda oportunidad y estaba feliz por ello. Dormiría plenamente, ya no tendría miedo, ahora habría un nuevo comienzo.

A pesar de que todo estaba cubierto por la nieve, aquella mañana de finales de noviembre el sol iluminaba el idílico entorno nevado que rodeaba Horton Hall. Parecía que después de la tormenta, había llegado la calma. Eran las siete y todos se dirigían desde sus respectivos aposentos al comedor para desayunar. Michael ya se estaba preparando con la ayuda de Peter para salir de la habitación después de un día en cama. Tenía ganas de volver a una rutina normal fuera de aquellas cuatro paredes, aunque el tiempo tampoco permitiera hacer demasiadas actividades fuera de la mansión. Ese día se había levantado animado y con ganas de hacer muchas cosas, y sobre todo de ver a Charlotte Beverly, esa desconocida que para él representaba un enigma. La noche anterior habían tenido la oportunidad de hablar brevemente, pero le había agradado mucho su presencia. Le daba una buena sensación, a pesar de que no supiera prácticamente nada de ella. Ese día obtendría respuestas. Con ayuda de Peter se dispuso a bajar las escaleras, pues aún temía que pudiera sufrir algún mareo debido al golpe. Como ya había advertido el médico, debía volver a su vida normal, pero despacio.

Por fin, llegó al comedor, donde estaban todos esperándolo sonrientes. Su madre se levantó de la mesa y se abalanzó sobre él para darle un fuerte abrazo mientras le daba los buenos días. Pudo también observar al fondo de la mesa a Charlotte, que estaba allí sentada dedicándole una dulce sonrisa, al igual que su abuelo, lord Davenport. Su madre lo acompañó a su asiento y después ella se sentó en el suyo. Michael estaba algo aturdido con tantas atenciones.

—¿Cómo te encuentras hoy? Parece que tienes mejor aspecto —preguntó su madre con tono alegre.

—Me encuentro muy bien, madre. Ya tenía ganas de salir de la habitación.

—Lo sé, querido. Debes haberte aburrido soberanamente. Aunque de momento lo más prudente es que no salgas al jardín, hace mucho frío.

—Ya lo sé, no te preocupes, me quedaré por aquí y seré un buen chico —

contestó Michael en tono burlón.

—Jovencito, no te burles, que me has hecho sufrir mucho —dijo su madre algo molesta.

Michael se dio cuenta de que tenía razón, su madre debió sufrir mucho durante aquellas horas en las que estuvo al borde de la muerte. Le cogió la mano y la besó, al tiempo que le pedía disculpas.

—Bueno, no pasa nada, podemos hacer muchas actividades dentro de casa, como jugar a las cartas o al ajedrez —dijo Charlotte repentinamente.

Michael se la quedó mirando.

—Sí, aunque ten cuidado, Michael, Charlotte es muy buena jugando al ajedrez —dijo lord Davenport.

—¿En serio? Ahora estoy intrigado —dijo él sonriente.

Charlotte se sonrojó ante su mirada y su sonrisa.

—No soy tan buena, lord Davenport. Por el hecho de que le haya ganado alguna vez, no quiere decir que sea la mejor —dijo con timidez.

—¿Alguna vez? Todavía no te he ganado ni en una sola oportunidad en todos estos años —dijo lord Davenport indignado.

—¿Quién te enseñó a jugar, Charlotte? —preguntó *Lady Elizabeth*.

—Mi padre. A él le gustaba mucho el ajedrez, nos pasábamos horas jugando. —Al mencionar a su padre, sintió una pequeña punzada de dolor en su corazón.

—La verdad es que, con este tiempo, tu abuelo y Charlotte han pasado mucho tiempo jugando al ajedrez. Hay que buscar formas de entretenerse —dijo *lady Elizabeth*.

—Entonces, tendrás que enseñarme a ganar a mi abuelo, Charlotte. ¿Me enseñarás? —dijo Michael.

Charlotte lo miró y asintió. Estaría encantada de hacerlo.

Después de desayunar, Charlotte y Michael se reunieron en la biblioteca como habían acordado. Ella sabía que tenía que mentirle, aunque le doliera. Debía construir una nueva realidad para que todo fuera bien a partir de entonces. Siempre tenía miedo de que él recuperara la memoria en cualquier momento, pero debía al menos intentar que su relación cambiara. Además, su actitud hacia ella había cambiado en las últimas horas, lo notaba más abierto y amable. Solo lo había visto así antes con sus seres queridos, y podía ser que

ella también pudiera formar parte de ese privilegiado entorno.

Respiró hondo y abrió la puerta de la biblioteca, Michael aún no había llegado, entonces decidió esperarlo sentada en una de las butacas frente a la chimenea, que ya estaba encendida. Le gustaba mucho aquel lugar, era muy inspirador, y también podía disfrutar de cualquier tipo de lectura gracias al amplio catálogo de libros que tenía lord Davenport. Estaba embelesada mirando los volúmenes de una de las estanterías cuando entró Michael en la estancia.

—Hola de nuevo —dijo él con gesto amable.

—Hola —dijo Charlotte con timidez.

Michael se sentó en la butaca que estaba situada enfrente, como aquella vez en Kenton House, cuando se vieron después de un año. En aquel entonces su actitud había sido fría y distante, muy distinta a la de ese momento, más cercana. Después de unos instantes de silencio, Michael empezó a hablar.

—Bien, tengo muchas preguntas que hacer y no sé muy bien por dónde empezar. ¿Quieres que traigan una taza de té? Podemos estar aquí mucho tiempo —dijo él.

—No te preocupes, estoy bien, contestaré a todo lo que me preguntes, lleve el tiempo que lleve —dijo Charlotte.

Michael respiró hondo. Se sentía algo apurado, se suponía que él amaba a esa mujer y no quería molestarla con preguntas impertinentes. Sin embargo, tenía la impresión de que ella era una persona difícil de ofender.

—Bueno, empezaré por el principio. Mi madre me dijo que nos conocimos aquí en Horton Hall hace años, pero me temo que no fue muy precisa. Me gustaría saber ¿dónde y cuándo nos conocimos?

Esa pregunta era fácil de contestar, de hecho, solo tendría que decirle la verdad.

—Nos conocimos aquí, en Horton Hall, un día de verano hace unos veinte años. Yo vine con mis padres y mi hermana Jane, que es más pequeña que yo, a pasar unos días por invitación de lord Davenport. Yo tenía cinco años y tú ocho.

Michael intentó encontrar aquel recuerdo dentro de su mente, pero no hubo forma. Necesitaba más información.

—Háblame de tu familia, ¿tienen amistad con mi abuelo o mi madre?

Charlotte suspiró.

—Tenían. Mi padre, el capitán Beverly, sirvió en el ejército de Su Majestad bajo las órdenes de tu abuelo durante la guerra contra Napoleón en el continente. Tu abuelo estaba en deuda con mi padre, pues este, que en aquel momento era soldado, le salvó la vida, evitando que un proyectil le alcanzara. Desde entonces, ambos fueron amigos.

—¿Y dónde está tu padre ahora? —preguntó Michael con curiosidad, ya que quería saber más sobre aquel héroe.

—Falleció hace un mes y medio. Fue entonces cuando vine aquí.

Michael ahora entendía que la relación debía ser muy estrecha entre ambos. Probablemente él le consoló durante el funeral, y con seguridad le pediría ir con él, ya que era su prometida, ¿no?

—Lo siento mucho, Charlotte. Si lo prefieres, no preguntaré más sobre tu padre.

—Oh, no te preocupes. Puedes preguntarme. De verdad —dijo ella para aliviarlo.

—De acuerdo. Tengo entendido que tienes una hermana. ¿Y tienes más familia?

—No, solo me quedan Jane, mi cuñado, Stewart, y mi sobrino, Daniel. Mi madre murió hace años, antes de que Jane se casara. Jane es tres años menor que yo. Vive en Bristol con su familia.

—¿Y tú dónde vivías?

—En Bath con mi padre. Cuando Jane se casó, yo seguí viviendo con él.

—¿Y ahora no puedes ir allí?

—No, la casa ahora le pertenece a un primo mío, que pronto la venderá, pues él vive en Londres. Él también es la única familia que me queda, aunque no nos vemos mucho. Oh, bueno, debo añadir que pronto habrá un nuevo miembro en la familia. Mi hermana está en estado de buena esperanza.

Aquel comentario arrancó una sonrisa a Michael. Parecía que no todo era malo o triste en la vida de Charlotte. Se sintió aliviado.

—Vaya, parece que siempre frente a la tragedia hay algo de alegría.

Charlotte sonrió ante aquella afirmación.

—Sí, siempre ocurre. Por ejemplo, cuando murió mi madre, al poco tiempo Jane se casó. Después para alegría de todos llegó Daniel, que revolucionó

nuestras vidas. Y ahora que mi padre se ha marchado, otro pequeño viene en camino. Me hace pensar y creer firmemente que la muerte y la vida siempre van a la par. Unos se van y otros vienen.

—Es un ciclo, ¿verdad?

—Sí. Aunque siempre echemos de menos a los que ya no están, debemos seguir adelante por los que se quedan.

Le parecieron unas palabras muy sabias. Él sabía lo que era perder a alguien querido, pero no estaba seguro de haber hecho las cosas bien con los que se quedaban. Debía seguir preguntando, quería saber más de ella.

—Bueno, pero en estos años ¿fuimos amigos?

No le mentaría en esto.

—No del todo, éramos conocidos más bien. Apenas nos veíamos una vez al año, y siempre estabas... ocupado —dijo Charlotte.

—¿Ocupado? —preguntó Michael intrigado.

—Verás, es que siempre has sido muy popular entre las mujeres y, bueno, nunca había tiempo para hablar porque siempre tenías a alguna dama haciéndote compañía.

Michael se rio ante ese comentario tan atrevido. Nunca se habría imaginado que Charlotte, que parecía tan formal, pudiera hablar de esa manera.

—Así que soy todo un conquistador, ¿eh? ¿Te hice sufrir mucho?

Charlotte se sonrojó.

—Bueno, un poco.

Michael dejó de reír. Y su rostro se tornó serio, algo que inquietó un poco a Charlotte.

—¿Cuándo nos enamoramos?

Charlotte se tensó ante la intensa mirada que le estaba dedicando Michael. No sabía cómo contestar a esa pregunta.

De repente, llamaron a la puerta. Era Peter.

—Disculpe, señor, lord Davenport solicita su presencia en el despacho, necesita enseñarle unos documentos.

Michael resopló.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Me ha dicho que era urgente, señor.

Michael suspiró. Qué oportuno. Dejaría aquello para más tarde. Ahora sabía

algo más de ella, aunque fuera poco. Era mejor hacer las cosas despacio.

—Discúlpame, tendremos que dejar la conversación para otro momento.

—No te preocupes, lo comprendo —dijo Charlotte aliviada.

Michael salió de allí algo disgustado, pero su abuelo lo reclamaba. Pasó el resto de la mañana revisando trabajo atrasado y ayudando a su abuelo a administrar todos los negocios familiares.

Charlotte, mientras tanto, volvió a su escritorio para continuar con su novela. Estaba más inspirada que nunca y más relajada, aunque se había tensionado ante la impactante pregunta.

«¿Cuándo nos enamoramos?».

Todavía resonaba en su cabeza la pregunta y recordaba la intensa mirada de Michael, que reflejaba curiosidad y duda. Empezaba a sentirse culpable, tendría que mentirle, utilizar una de sus fantasías en las que Michael se enamoraba de ella durante un baile. Debía sonar convincente y segura, para no levantar sospechas, aunque en eso no habría problema. Había soñado tantas veces con ello, y con tanto detalle, que aquellos sueños parecían recuerdos reales.

CAPÍTULO 6

Mientras tanto, a Londres llegaron noticias de lo que le había ocurrido a *sir* Michael Davenport. Su amigo, *sir* Henry, había recibido una carta de *lady* Elizabeth contándole las últimas novedades sobre todo lo ocurrido, incluido el altercado, el accidente y la posterior pérdida de memoria. *Sir* Henry escribió para prometer visitar Horton Hall en cuanto pasara el invierno y los caminos estuvieran despejados de nieve, y comentó la noticia del accidente con algunos conocidos, omitiendo cualquier mención respecto al altercado, pues eran problemas familiares que debían quedar en la intimidad.

Solo deseaba que Michael estuviera bien y que se recuperara. Además, lo alegraba en cierta manera saber que había perdido parte de su memoria. Parecía que la vida le estaba dando una segunda oportunidad para enmendar los errores. En aquellos momentos, Henry ya estaba preparándose para volver al campo, a Surrey, donde los Crawford tenían una mansión. Él también se había cansado de Londres y de su ambiente sórdido, y dado que la temporada había pasado y sus amigos ya no estaban en la ciudad, era un buen momento para marcharse.

La noticia también llegó a oídos de *lady* Ronwald, que ahora que se había ido su amante se aburría soberanamente. Él se había marchado de manera precipitada de Londres, era probable que hubiera notado que ella demandaba más de él, pero no estaba dispuesta a perderlo. Sabía que Michael Davenport se aburría de sus conquistas con facilidad, y comprendía que eran las reglas del juego, pero a ella le gustaba mucho aquel hombre. Cuando regresara a Londres intentaría que volviera con ella utilizando las artimañas que fueran necesarias.

Después de pasar toda la mañana y parte de la tarde encerrado con su abuelo en el despacho, finalmente Michael pudo ir al encuentro de Charlotte, que, según le habían informado, se encontraba en su habitación. Estaba Charlotte concentrada en su tarea, acabando uno de los últimos capítulos de su libro, cuando de repente llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entonces Michael entró. Ella no se esperaba que él fuera en persona hasta allí, pues imaginaba que mandaría a algún sirviente. Con torpeza intentó esconder las hojas que tenía encima de la mesa. Michael se percató de ese nerviosismo, parecía que estaba escondiendo algo y eso le dejó intrigado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Michael con interés.

—Nada, contestar la correspondencia —dijo ella con premura. Michael sabía que mentía—. ¿Querías algo? —dijo ella.

—Sí, quería que siguiéramos con la conversación de esta mañana. Aún tenemos mucho de qué hablar.

—De acuerdo. ¿A dónde vamos?

—A la biblioteca.

Michael abrió la puerta y le cedió el paso. Cuando pasó por delante de él, se percató del olor que desprendía, a rosas. Era un olor muy agradable y dulce. Echó un último vistazo al escritorio. Quería saber lo que hacía, debía ser importante. Otro misterio que resolver. Pero en ese momento no tenía tiempo, ya lo averiguaría.

Llegaron a la biblioteca y se sentaron. Michael ordenó a una de las doncellas que trajera té y unas pastas, y que, por favor, nadie viniera a interrumpirlos hasta que llegara la hora de cenar. Esa vez, no habría interrupciones. Mientras, Charlotte estaba algo nerviosa. Fuera ya reinaba la oscuridad, y Michael estaba muy atractivo con una camisa blanca y una corbata oscura, mirándola con intensidad. Había soñado muchas veces con momentos como ese.

—Bien, vuelvo a la pregunta que te hice esta mañana. ¿Cuándo nos enamoramos? Si es que lo hicimos.

Esta última frase sorprendió a Charlotte. Entonces dudó, ¿debería decirle la verdad? ¿Qué nunca había sentido nada por ella? Pero si eso ocurría, entonces Michael se enfadaría. No, debía ser fuerte. Debía mentir.

—Sí, nos enamoramos, aunque tardamos tiempo. Bueno, en realidad solo tú tardaste.

Michael permaneció en silencio, intrigado. Charlotte respiró hondo y retomó su discurso.

—Verás, yo me enamoré primero. Fue aquel verano en que nos conocimos. En el prado que hay delante de la casa. Estábamos jugando, Jane, tú y yo. Jane estaba sentada en el suelo, observándonos, y yo estaba corriendo colina abajo. De repente, tropecé y me caí. Me herí en la rodilla y empecé a llorar. Tú viniste corriendo, me echaste un sermón y me llevaste en tu espalda hasta la casa.

Mientras lo contaba, Charlotte cerró los ojos, recordando aquella imagen de su infancia. Estaban todos, su vida era tan alegre y distinta. Sus padres, Jane, los padres de Michael, su abuelo. Faltaban muchos de ellos. Y ellos eran dos niños inocentes que no habían conocido aún el dolor. Abrió los ojos y miró a Michael.

—En aquel momento, te convertiste en mi héroe.

Michael sintió una sensación extraña, una especie de cosquilleo que recorrió todo su cuerpo. Sus palabras lo habían dejado perplejo.

—Creo que en ese momento empecé a quererte —declaró Charlotte.

Al darse cuenta de lo que había dicho, empezó a sonrojarse. Por fin, había tenido el valor de decirle lo que sentía. Recuperando la compostura, aclaró:

—Pero como he explicado, tú tardaste más tiempo. Fue hace un año, durante la temporada pasada en Londres.

Michael intentaba recordar algo, era un punto en el tiempo más cercano. Tal vez en la fiesta de *lady* Gertrie o en la de lord Harris-Carter. Charlotte decidió que la historia debía tener lugar en la pasada temporada, donde vivió el peor momento de su vida.

—Aquella noche tú te habías adelantado para llegar antes al baile de *Lady* Hubbert. Yo llevaba un vestido color verde esmeralda, el pelo recogido en un moño, y con varios mechones de pelo sueltos. Mi pelo estaba decorado con pequeñas flores silvestres. Entramos en el baile y, como siempre, yo me dirigí a sentarme con tu madre y otras invitadas. Bueno, siempre me sentaba entre las solteras y las señoras mayores. Tú estabas rodeado de mujeres muy bonitas.

En su mente estaba reproduciendo aquel sueño que había tenido tantas veces, y lo narraba con todo detalle.

—De repente, nuestras miradas se cruzaron, y llegaste hasta donde yo estaba atravesando toda la pista de baile, sin dejar de mirarme. Parecías querer llegar rápidamente hasta mí.

Michael no dejaba de mirarla, parecía emocionada.

—Llegaste hasta donde yo estaba y me pediste que bailara contigo. Entonces, nos dispusimos a ello. No solo bailamos uno, sino que me pediste que te diera todos mis bailes. Me dijiste que estaba preciosa, y que te había hechizado.

Michael estaba sorprendido. ¿De verdad esas palabras las había dicho? No se consideraba un hombre que dijera cursilerías de esa índole.

—Al final de la noche, nos fuimos a la terraza, y te declaraste bajo la luz de la luna. —Charlotte sonrió.

—¿Qué te dije? —preguntó Michael.

—Que te habías dado cuenta de lo ciego que habías estado todos estos años. Que debiste haberte dado cuenta antes de que yo era la mujer con quien querías pasar el resto de tus días. Y que querías que nos casáramos.

—¿Y tú aceptaste rápidamente?

—Sí, yo no necesitaba nada más. Te conocía bien. Siempre supe que me quería casar contigo. —Charlotte volvió a sonrojarse. Se sorprendía de lo atrevida que estaba siendo.

Michael se quedó pensativo. Aún le costaba creer que le hubiera dado semejante fiebre de amor. No era su estilo. Pero, a pesar de que dudaba de aquel hecho, siguió preguntando.

—¿Y después qué pasó?

—Después de aquello mi padre enfermó, y tuvimos que posponer nuestros planes, a pesar de que ya habíamos informado a nuestras familias y contábamos con su consentimiento. Tuve que volver a Bath para cuidarlo.

Otra vez esa mirada triste apareció en el rostro de Charlotte. Aún quería saber más sobre esos meses que habían estado separados.

—¿Cuánto tiempo pasamos separados?

—Muchos meses, casi un año. Mi padre tenía cáncer, y tanto Jane como yo estuvimos cuidándolo todo ese tiempo. No nos movimos de su lado en ningún

momento.

—Supongo que nos escribiríamos, ¿dónde están esas cartas?

Charlotte no contaba con eso.

—Bueno, yo perdí las mías en Bath. No tenía mucho tiempo de escribirte la verdad. Y no sé dónde pondrías tú las tuyas.

Michael estaba algo inquieto. Era algo raro, teniendo en cuenta la relación que tenían y el tiempo que estuvieron separados, debía existir alguna correspondencia. Dejó eso a un lado y siguió preguntando.

—¿Te visité en Bath alguna vez?

—No fue posible. Tenías muchos compromisos.

La verdad era que esa actitud era desconsiderada. Si tan ardientemente la amaba, habría ido corriendo a su lado en aquellos momentos tan difíciles. Las piezas seguían sin encajar. Y Charlotte se percató de sus dudas. La situación empezaba a ponerse en peligro, y pensó rápido. Se le ocurrió una idea brillante que evitaría más quebraderos de cabeza. ¿Qué tal un nuevo comienzo?

—Michael, sé que tienes dudas porque no recuerdas nada. Todo es confuso. Creo que lo mejor es que no hablemos del pasado y construyamos un nuevo futuro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Michael con interés.

—Que podemos fingir que nunca nos hemos conocido antes y así poder saber más el uno del otro desde otro punto de vista. Podemos empezar siendo amigos y, si más adelante desarrollas sentimientos por mí, pues bien y, si no, no pasa nada, seremos amigos. Así no te sentirás presionado. Creemos recuerdos nuevos —dijo ella convencida.

Michael pensó un momento. Aún dudaba, y se sentía algo presionado. Quería saber más, pero también tenía miedo de conocer toda la verdad, ¿quién sabía si habría algún rincón oscuro entre aquellos idílicos recuerdos? Sí, era mejor empezar de nuevo como amigos. Era una buena idea.

—Está bien. Empecemos de nuevo. Primero nos presentaremos. Mi nombre es Michael Davenport. —Extendió la mano.

Charlotte la estrechó.

—Yo me llamo Charlotte Beverly.

A partir de aquella tarde, Michael y Charlotte dedicaban las horas del día a hacer cosas juntos, como charlar sobre diversos temas y pasear por el jardín nevado. Con el paso de los días, Michael supo que a Charlotte le gustaban las flores silvestres más que las rosas, y que también adoraba leer. Devoraba todo tipo de literatura, aunque la poesía era su gran debilidad. De Michael, Charlotte supo que le gustaba cabalgar y leer, pero también tocar el piano. Deleitaba cada noche a la familia con su música después de cenar. Charlotte estaba sorprendida. Todo el ambiente que en el pasado había sido hostil, ahora era agradable y ameno. Veía en los rostros de *lady* Elizabeth y lord Davenport alegría y tranquilidad. A todo eso se unía el hecho de que se acercaba la Navidad y aquellas serían unas fiestas diferentes.

Como la nieve aún seguía cubriendo todo el entorno de Horton Hall, los paseos que daba junto a Michael eran muy cortos debido también al frío, pero no dejaban de ser amenos. Hablaban de cualquier tema: del tiempo, de la vida en Londres, de la vida en Branston, de Bath, y planificaban más actividades para cuando la nieve desapareciera. A veces también se divertían jugando en la nieve como dos chiquillos y Michael demostraba una excelente puntería lanzando bolas de nieve. Se mostraba sonriente y risueño, y Charlotte se sorprendía al recordar que nunca lo había visto en esa actitud con ella desde que eran niños. Bendita amnesia, pensó.

Charlotte estaba entusiasmada y feliz ante todo lo que estaba sucediendo. Así se lo hizo saber a Jane en una de sus cartas:

«Querida Jane:

¿Cómo estás? Espero que bien, pues hace días que no te escribo. Me llegó hace poco tu carta, y me alegra saber que todo marcha bien con el embarazo y que Daniel está hecho todo un hombrecito. Me temo que no podré ir en Navidad a Bristol. Los caminos están cubiertos de nieve y los Davenport han insistido en que me quede a pasar la Navidad aquí.

Respecto a Michael, debo decir que cada vez somos más cercanos. Como ya te dije en mi anterior carta, hemos decidido conocernos y empezar siendo amigos. Sé que nunca fuimos nada parecido, y también sé que no apruebas todo esto, pero ahora mismo solo puedo decirte que soy muy feliz, que me basta solo con estar a su lado y disfrutar de su compañía. Estoy conociendo a un Michael Davenport distinto, amable y tierno, que

no tenía idea que existía, y no quiero perder la oportunidad de conocerlo más.

Sé que, si algún día recupera la memoria, me odiará y la desgracia caerá sobre mí, a pesar de tus advertencias. Pero mientras tanto quiero disfrutar de este sueño hasta que un día me despierte y todo se acabe.

Iré a veros en cuanto los caminos estén despejados de nieve para así poder estar contigo cuando nazca el niño.

Con afecto,
Charlotte».

Al mismo tiempo, dedicaba pequeños ratos libres a su novela, aunque todavía no le había hablado a nadie sobre ello. Muchas veces Michael sentía curiosidad por saber qué hacía durante largos ratos en su habitación, sobre todo cuando él estaba atendiendo asuntos con su abuelo. Sabía que estaba relacionado con los papeles que tenía sobre su escritorio, pero nunca se decidía a preguntarle por miedo a ser considerado un cotilla.

Durante aquellos días, lord Davenport y *lady* Elizabeth compartieron impresiones sobre esa amistad que estaba surgiendo entre Michael y Charlotte. Una tarde, en la biblioteca, *lady* Elizabeth y lord Davenport aprovecharon la ausencia de ambos para discutir sobre el asunto.

—Bueno, parece que se llevan bastante bien —sentenció lord Davenport—. Creo que Michael no tardará mucho en declararse.

—No debemos precipitarnos, aún no hay amor, solo amistad —dijo *lady* Elizabeth algo temerosa.

Lord Davenport conocía bien a su nuera. Estaba inquieta.

—¿Qué te preocupa?

—Me preocupa que Michael recupere la memoria de repente y se dé cuenta del engaño. No nos perdonará nunca y ella sufrirá enormemente. Y él también.

—Eso no tiene porqué ocurrir, además, de seguro estará tan enamorado que perdonará todo.

—John, tiene el mismo carácter que Patrick, es volátil, pasional. Si algo no le gusta o siente que lo han ofendido, es como una tormenta que se desata y arrasa todo a su paso.

—Michael no es Patrick. Patrick jamás estaba con nosotros, Michael tiene mejor talante.

—Lo sé, y de verdad que hice lo que pude porque no fuera como Patrick, pero a veces temo que se transforme.

—Elizabeth, hiciste un buen trabajo, no te preocupes. Todo saldrá bien.

Lady Elizabeth suspiró, su suegro podía convencer incluso al más escéptico de cualquier cosa, pero conocía bien el carácter de Michael, y rezaba cada noche para que siguiera viviendo en la ignorancia.

Esa noche, mientras cenaban, *lady Elizabeth* comenzó a hablar sobre los preparativos de la fiesta navideña que todos los años tenía lugar en Horton Hall, y a la que acudían todos los vecinos y arrendatarios. Era una tradición que se remontaba a la época de la abuela de lord Davenport, una mujer que siempre procuraba mantener buenas relaciones con su entorno. Como la fiesta tendría lugar en pocos días, *lady Elizabeth* habló con lord Davenport y con Michael para que se ocuparan de algunos preparativos, y determinó que Charlotte y ella irían a Branston al día siguiente para realizar otros encargos. Todo estaría listo para entonces.

—También he pensado que, cuando la nieve desaparezca, podríamos ir a Lincoln, así Charlotte podría verlo, es una ciudad encantadora —dijo *lady Elizabeth*.

—Oh, me encantaría, pero... —contestó Charlotte.

Se dio cuenta repentinamente de que, en dos meses, cuando desapareciera la nieve, tendría que volver al lado de su hermana. A pesar de que allí estaba muy a gusto, le había prometido a Jane que estaría con ella en el momento crucial. Sí, había decidido quedarse un tiempo con Michael, pero sabía que su hermana la necesitaba. Debía mencionarles el asunto y era un buen momento.

—Cuando el tiempo mejore deberé marcharme.

—¿Por qué? —preguntó Michael con asombro.

—Bueno, mi hermana dará a luz y quiero estar con ella cuando eso suceda.

—Es lógico, querida. No pasa nada, podemos posponer los planes para más adelante —contestó *Lady Elizabeth*.

—Pero ¿volverás? —volvió a preguntar Michael.

Charlotte lo miró, se mostraba algo nervioso, casi temeroso. Tenía los ojos de un cachorro que temía que lo abandonaran.

—Sí, volveré en cuanto pueda.

Michael suspiró aliviado. Estaba sorprendido por aquella sensación de ansiedad. No quería que se fuera tan pronto, aunque aún quedaba un tiempo para que el clima mejorase. No entendía ese sentimiento, pero sintió un gran alivio al saber que ella volvería en cuanto pudiera, solo deseaba que fuera lo antes posible.

—*Charlotte, Charlotte.*

—¿Padre?

Charlotte se despertó de repente. Había oído aquella voz que conocía tan bien. Era su padre, la estaba llamando en sus sueños. Aunque era tarde, decidió que necesitaba despejarse, así que se puso su bata y se dirigió a la biblioteca. Creía que todos estarían durmiendo y que no se encontraría con nadie, pero cuando llegó a la puerta de la estancia, que estaba entornada, vio que el fuego estaba encendido y que había alguien allí. Cuando se disponía a darse la vuelta para irse, una voz desde el interior de la sala preguntó:

—¿Charlotte? ¿Eres tú?

Michael estaba en la biblioteca. ¿Cómo sabía que era ella? Charlotte decidió pasar.

—¿Cómo sabías que era yo?

El contraste de temperatura era notable, en aquella habitación la temperatura era cálida y agradable mientras que en el pasillo hacía un frío horrible.

—No lo sé, instinto supongo.

Ella se quedó de pie al lado de la puerta, sin saber muy bien qué hacer.

—Vamos, siéntate —la instó Michael.

Ella obedeció.

—¿Qué haces despierto? —preguntó Charlotte.

—Me he puesto a leer y al final se me ha hecho tarde. ¿Y tú?

—No podía dormir bien.

—¿Y eso por qué? —preguntó Michael dejando el libro que tenía en la mano. Estaba con la camisa desabrochada hasta casi el pecho. Se podía distinguir la piel que había debajo y los huesos de la clavícula. Tenía un aspecto imponente. Charlotte esperaba que Michael no notara que estaba

ruborizada.

—He tenido un sueño dulce, pero a la vez amargo —dijo mirando hacia el fuego. Se ponía nerviosa al mirarlo.

—Cuéntamelo —dijo Michael mientras se echaba hacia delante.

Charlotte suspiró.

—Estaba en Bath, en nuestra casa. Era un día cualquiera, nada especial, pero sentía una sensación de anhelo y tristeza muy grande. Iba bajando por las escaleras y, atravesando estancias, llegué al patio. Oía la voz de mi padre llamándome, parecía que estaba conmigo de verdad. Fue una sensación extraña. Aunque estaba triste también estaba feliz de poder oír su voz.

Michael se quedó observándola. Hacía tan poco tiempo que había perdido a su padre que aún debía tenerle muy presente.

—Suele ocurrir cuando pierdes a alguien. No olvidas su voz ni su rostro.

Charlotte asintió ante aquel comentario.

—¿Quieres algo de beber? Tengo un brandy muy bueno, te aseguro que te ayudará a descansar.

—De acuerdo, gracias.

Michael sirvió dos copas, él también tenía ganas de beber. Le dio la copa a Charlotte y se sentó de nuevo.

—Quiero hacer un brindis, por el espíritu del capitán Beverly —dijo Michael alzando su copa.

—Por él. —Alzo Charlotte también la suya.

Ambos tomaron un sorbo de sus respectivas copas.

—Mi abuelo me ha estado hablando estos días de tu padre, de cómo le salvó la vida en Waterloo. Se emociona mucho al hablar de él.

Charlotte sonrió ante aquello.

—¿Cómo era como padre? Si se me permite la pregunta —preguntó Michael con interés.

—Era un buen padre, atento, cariñoso. Le gustaba pasar tiempo con su familia.

—Tus padres se casaron por amor, supongo —comentó Michael.

—Sí, aunque al principio mi padre lo tuvo difícil. Mi madre hizo que trabajara duro, no confiaba mucho en él.

—¿Por qué? —preguntó Michael.

—Porque mi padre era un hombre pasional, y mi madre era una mujer más práctica. Eran muy distintos pero, cuando mi padre regresó de la guerra sano y salvo, mi madre se lanzó a sus brazos. Se dio cuenta de que lo quería cuando estaba a punto de perderlo.

—Vaya, así que al final triunfó el amor.

—Sí, fue un matrimonio feliz. Mis padres se adoraban, eso se notaba en casa. A pesar de que mi madre era más estricta, al final mi padre siempre le ablandaba el corazón.

—Tuviste suerte de crecer en un ambiente así.

—Desde luego, siempre presumo de haber tenido la suerte de nacer en un matrimonio por amor, entre dos personas que se querían y se respetaban.

—Mi caso fue todo lo contrario. solo había amor en una de las partes. Para la otra, era un matrimonio de conveniencia. Al principio, según me enteré por otros pues mi madre nunca hablaba de ello, mi padre se deshacía en caricias y regalos con ella, pero una vez que nació yo, perdió el interés.

—Tu madre debió sufrir mucho.

—Desde luego, ella es la que más sufrió. —Michael tomó un sorbo. Todavía recordaba las palabras y murmullos de la alta sociedad cuando murió su padre—. ¿Sabes cómo murió mi padre? —preguntó.

Charlotte lo miró algo alarmada. Sabía que había sido una muerte repentina, pero no conocía los detalles.

—No lo sé.

Aunque tenía en la mente la pregunta, no quiso formularla. Seguramente sería un episodio doloroso. A pesar de ello, Michael dio por sentado que querría saberlo.

—Fue durante la temporada. Viajamos todos juntos desde Horton Hall. El mes anterior había pasado unos meses con nosotros aquí. Parecía que se había convertido en un amantísimo padre y esposo. —Michael pronunció esta frase con tono sarcástico—. Pero después supe que mi abuelo lo había amenazado con quitarle su paga si seguía frecuentando a ciertas señoritas en Londres.

Volvió a tomar otro sorbo y continuó sin dejar de mirar el fuego de la chimenea.

—Mientras estábamos en Londres, él volvió a las andadas. Y una noche no volvió a casa. Mi abuelo salió a buscarlo con algunos sirvientes, y mi madre

y yo nos quedamos esperando en casa. Aquella noche mi madre no dejaba de dar vueltas por el salón. Se estaba volviendo loca. Entonces, por la mañana llegó la noticia. Mi padre había fallecido en los brazos de una corista del Drury Lane.

Se hizo el silencio. Charlotte no sabía que decir, estaba perpleja y a la vez se sentía triste. Debió ser terrible. No solo por el hecho de haber perdido a un padre en esas circunstancias, sino porque el escándalo, los rumores y los comentarios debieron ser despiadados, pues alguna gente no miraba más allá de los detalles escabrosos. De hecho, para algunos era un auténtico pasatiempo destrozarse la vida de los demás a base de calumnias y regocijándose en su desdicha.

—Mi madre y mi abuelo sufrieron mucho, al igual que yo. Me volví loco y los culpé, en aquel momento estaba enfadado con la vida, con el mundo, con el destino. No entendía porque mi padre había hecho eso y, como un estúpido e inexperto chiquillo, me empeñé en creer que la culpa era de los demás y no de él. Ahora, con el paso del tiempo, me arrepiento, ¿sabes? Pero, por suerte, ellos me han perdonado.

—Michael, no debes sentirte culpable. Como tú mismo has dicho, eras casi un niño, un adolescente que no entendía lo que ocurría. Cuando buscamos una salida para hacer desaparecer nuestro dolor, muchas veces escogemos la puerta equivocada y caemos en un abismo del que no todos son capaces de salir. Por suerte, tú lo conseguiste.

—¿Tú crees? —Michael la miró con fijeza. Suspiró y volvió su mirada hacia el fuego—. A veces creo que no lo he superado del todo. Aún me encuentro con la gente que chismorreaba sobre nosotros, y no sé si seré capaz de amar de verdad. A menudo siento que no puedo confiar en nadie.

Charlotte se estremeció ante aquel comentario. Ella le estaba mintiendo, por una buena causa, pero, al fin y al cabo, no estaba siendo honesta. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral, y eso tenía un nombre, sentimiento de culpa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Michael mientras la miraba fijamente.

Charlotte se dio prisa en contestar.

—Sí. Es solo que creo que empieza a hacerme efecto el brandy. Será mejor que me vaya a dormir. —Entonces se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas noches entonces —dijo Michael apartando la mirada.

Charlotte se detuvo, había cortado la conversación de forma brusca cuando él le estaba abriendo su corazón. Debía zanjar aquello como era debido. Se dio la vuelta y se puso frente a él.

—Michael, yo creo que nunca llegamos a superar del todo una pérdida, solo aprendemos a convivir con la ausencia del ser querido. Eso no nos deja incapacitados para amar a nadie. Creo que debemos mirar hacia adelante sin importar lo que venga después. Tú eres capaz de amar, proteges a tu familia y deseas lo mejor para ellos. Ya has hecho mucho más que tu padre, sin duda alguna. Eres más fuerte y valiente de lo que crees.

Michael no pudo evitar sonreír ante aquel discurso. Se sentía mucho mejor.

—Gracias, Charlotte.

Entonces Charlotte se dirigió a la puerta.

—Buenas noches —dijo antes de marcharse.

—Buenas noches —contestó Michael.

Charlotte volvió a su habitación y pudo descansar plácidamente. No sabía muy bien si por el efecto del brandy o por la sensación de cercanía que tenía con Michael, pues cada vez sus conversaciones eran más íntimas. Michael se quedó unos minutos más sentado en la biblioteca, seguía degustando su copa de brandy y había dejado de leer. Pensaba en lo que estaba sucediendo. Cada vez le gustaba más Charlotte, se había convertido en una buena amiga, en una excelente confidente, pero aún sentía que quería saber más de ella. Nunca se había sentido así, ya que para él las mujeres eran un pasatiempo, pero no un interés que perdurara. Charlotte era muy distinta a las mujeres que habían formado parte de su historial de conquistas, y todavía seguía preguntándose cómo fue posible que se enamorara de ella y se comprometieran, aunque tenía la sensación de que pronto se acercaría a la verdad.

Durante aquellos días, mientras *lady* Elizabeth se dedicaba de lleno a preparar la fiesta de Navidad, charlando con las cocineras, los sirvientes, y organizando todo el ajuar que había encargado esa semana. Charlotte y Michael pasaron una de esas tardes disfrutando de una buena partida al ajedrez en el salón, pues afuera había una virulenta tormenta de nieve. Lord Davenport mientras tanto aprovechaba para leer el periódico sentado en uno de los sofás del salón.

—Bueno, a ver si demuestras que eres tan buena como me han dicho —dijo Michael con tono fanfarrón.

—El movimiento se demuestra andando, *sir* Davenport, no me subestime —dijo ella con tono juguetón.

—Yo no la subestimo, nunca se me ocurriría tal cosa, señorita Beverly —respondió él con una sonrisa—. Pero no espere que se lo ponga fácil solo por ser una dama.

Charlotte frunció el ceño ante ese comentario, y contestó algo molesta.

—Ya me está subestimando solo por ese comentario.

Michael alzó la mirada algo extrañado ante aquel cambio de actitud.

—Perdona si te he ofendido.

—No te preocupes, sé que era una broma, pero cuando hacen comentarios así tantas veces, la verdad es que una se cansa. Parece que las mujeres solo hacemos las cosas por la gracia de un hombre.

—Bueno, hay algunas que lo hacen —dijo Michael convencido.

—Sí, pero tampoco les queda otro remedio. Siempre dependemos del padre, del marido, del hermano o incluso del hijo. Y a las que no tenemos marido, la sociedad nos pone el apelativo de solteras y nos aparta en un rincón.

Michael tuvo que callarse ante el comentario porque era totalmente cierto.

—¿Has leído la obra de *lady* Mary Wollstonecraft^[1] ? —preguntó Michael.

—Sí, bueno, leo de todo, me gusta leer.

—¿Y compartes sus ideas?

—Sí, me gustaría tener más libertad y más derechos. Y también evitar tener que usar un pseudónimo masculino para firmar mis trabajos.

Charlotte se dio cuenta de que había metido la pata, pues nunca le había mencionado su faceta como escritora. Michael se quedó mirándola perplejo y preguntó enseguida.

—¿Tus trabajos?

Charlotte decidió entonces que era el momento para contárselo.

—Sí, bueno, hace años escribí unas poesías. No eran brillantes, pero creo que eran buenas. Entonces decidí enviarlas a varios periódicos especializados en literatura.

Michael estaba sorprendido. Charlotte Beverly era una caja de sorpresas.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace años.

—¿Y tuviste que cambiar tu nombre?

Charlotte suspiró.

—Sí, la primera vez sí. Verás, como ya he dicho, envié mis poemas a varios periódicos literarios y a dos editoriales, pero me rechazaron. Alguno me contestó diciendo que no les enviara nada más porque seguro que no eran míos y que habría copiado a otra persona.

—¿En serio dijeron eso? —preguntó Michael con tono indignado.

—Sí, nunca olvidaré aquello. Entonces decidí usar un nombre masculino, y usé el de un tío materno de mi padre que había fallecido, Reginald Dandrige. Conseguí que los publicaran un mes después. Al final tuvieron tal éxito que el periódico me pidió que escribiera algunos más, pero esta vez usando mi nombre.

—Vaya. No sabía eso. Debió ser duro.

—Bueno, al final lo que cuenta es que se publicaron, aunque las críticas fueron muy diferentes para uno y para otro. Parece ser que gustaban más los poemas de Reginald que los míos. —Entonces Charlotte empezó a reírse. Aunque en aquel momento le había dolido, ahora podía reírse del asunto.

Michael sonrió, estaba muy bonita cuando sonreía.

—Entonces, ¿estoy jugando con Reginald o con Charlotte?

Charlotte movió pieza y ganó la partida.

—¿Quién sabe? —Sonrió triunfal.

Michael no quería dejar la conversación, que le estaba pareciendo muy interesante.

—¿Sabes? Cuando era niño supe que el papel de mi madre era estar siempre pendiente de lo que mi padre hiciera o dijera. Todas las mujeres de su entorno hacían lo mismo, entretener a los invitados y siempre estar perfectas, nunca debían descuidar sus modales ni su comportamiento y, por supuesto, su opinión no era suya, sino la de su marido. Incluso hoy en día, sigo observando que las mujeres de mi entorno nunca hablan de ciertos temas, ni expresan una opinión propia. Emplean la del padre, la del marido o la del hermano. Mi madre siempre ejercía ese papel. Pero cuando mi padre murió, y pasado el tiempo, me di cuenta de que mi madre hacía mucho más que eso, estaba educándome sola. Bueno, con la ayuda de mi abuelo, pero

ella era la que siempre estaba pendiente de mí, la que se encargaba de que aprendiera mis lecciones, de que siempre fuera educado y atento con mis semejantes. En ese contexto, ella era quien me daba los valores y no mi padre.

—Y la que siempre aguantaba tus lloros —dijo lord Davenport desde el sofá, irrumpiendo en la conversación.

—No lloraba tanto, abuelo, no exageres —contestó Michael.

—Debo puntualizar que tu madre ha sido madre y padre, Michael. Yo no tenía tiempo de estar contigo y tu padre, bueno, ya sabes. Elizabeth ha hecho todo y creo que nunca se le reconocerá lo suficiente. Eso sí, ha tenido más libertad que muchas de su generación, incluso tiene una propiedad a su nombre.

—¿*Lady Elizabeth* tiene una propiedad a su nombre? —preguntó Charlotte.

—Sí, su padre fue muy inteligente. Sabedor de la naturaleza derrochadora de mi hijo, puso a nombre de su hija una propiedad en Lincoln, una casa algo pequeña, pero al fin y al cabo un lugar para que se quedara, que fuera suyo y no de su marido. La hizo heredera universal, estableciendo una cláusula en la cual se estipulaba que solo yo o Michael podíamos ser sus administradores en caso necesario, pero que la propietaria debía ser ella y nadie más.

—¿Ves? Mi abuelo materno era un auténtico feminista —dijo Michael con voz triunfal.

—No sé si sería feminista, pero desde luego fue muy inteligente—contestó lord Davenport.

—Bueno, no todas tenemos esa suerte, de hecho, la ley no nos ampara en ese sentido. De todas formas, yo no tengo nada, y probablemente me acabe dedicando a la enseñanza, trabajando como institutriz en la casa de alguna familia pudiente. Esa sería mi mejor opción.

—¿Y escritora? —preguntó Michael.

—No lo creo, muy pocos pueden vivir de sus escritos.

—Bueno, yo te apoyaré si decides ser escritora. Podría presumir de tener una amiga célebre por su talento literario.

Charlotte se quedó perpleja. No esperaba aquel gesto tan bonito.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Charlotte.

—Claro que sí. Creo que todos debemos ser libres para decidir lo que

queremos hacer, seamos del género que seamos. Y como sé que es muy probable que haya obstáculos, es mejor tener a alguien cercano que te brinde apoyo si es menester.

Charlotte había tomado una decisión en ese preciso instante. Debía enseñarle a Michael su novela. Ya le quedaba menos para terminarla, y deseaba que él fuera el primero en leerla. En ese momento, Michael movió una pieza y ganó la partida.

—Vaya, he vencido a la ganadora universal —dijo con una sonrisa.

A Charlotte no le importó, estaba tan contenta que ya le daba igual ganar o perder.

—Enhorabuena, me has derrotado.

—No, no, debemos jugar la revancha, esto no puede quedar así —dijo él mientras volvía a colocar las piezas.

—Está bien —respondió ella mientras sonreía.

Siguieron jugando hasta que llegó la hora de cambiarse para cenar. Había pasado el tiempo volando, pues lo que parecía que iba a ser una tarde aburrida jugando al ajedrez, se convirtió en horas de animada conversación entre ambos, con intervenciones esporádicas de lord Davenport. Era un ambiente familiar y hogareño que hacía que Charlotte se sintiera como en casa. Siempre había visto a Horton Hall como un castillo encantado donde habitaba un príncipe, y ahora ese lugar era más mágico aún. Sentía que ya formaba parte de su naturaleza, de sus muros, era también un hogar para ella.

Se había sentido feliz al saber que Michael apoyaría su sueño de convertirse en escritora. No conocía a Michael tanto como ella pensaba, y le encantaba cada día descubrir esas nuevas facetas de él. Pero a veces no podía evitar pensar que tal vez el Michael que ella conocía, aquel hombre despiadado y mujeriego, había desaparecido el día del accidente y ante ella estaba un Michael distinto, puro, tierno e inocente. Esa duda siempre la asaltaba, ya que no sabía si ella también había cambiado debido a la cercanía que cada vez era mayor entre ambos. Ya no tartamudeaba, ni se ponía nerviosa ante él, porque se había convertido en algo natural conversar y estar ante su presencia. Era una rutina diaria que estaría encantada de cumplir para toda la eternidad.

Conseguiría terminar el libro para Navidad y así podría regalárselo, pues no tenía otra cosa que darle, ya que, teniendo en cuenta que él contaba con una

inmensa fortuna, cualquier cosa que le comprara sería algo sin sentido, efímero, sin corazón. Él sería el primero en opinar sobre su obra. Seguramente sería más objetivo que su padre o lord Davenport, que siempre buscaban complacerla. Estaba nerviosa, pero a la vez emocionada. ¿Qué pensaría él?

Michael llegó a su habitación y con la ayuda de Peter se disponía a vestirse para meterse en la cama. Mientras se cambiaba su mente estaba centrada en la tarde que habían pasado juntos.

—¿En qué pensáis, señor?

—Pienso en esta tarde. Me lo he pasado bien.

—Eso parece. Si me permite comentarle algo, señor, se lo ve más animado, con buen humor últimamente.

—¿Es que antes estaba de mal humor? —preguntó Michael algo extrañado.

Peter se tensó un poco, debía ser prudente. *Lady Elizabeth* y lord Davenport lo habían puesto al corriente de la situación, y debía ser discreto.

—Bueno, no es eso. Quiero decir que tiene buen aspecto, se lo ve feliz. ¿Va todo bien con la señorita Beverly?

Michael sonrió.

—Sí, la verdad es que estoy contento de que ella esté aquí y me haga compañía. No tengo tiempo de aburrirme.

Peter sonrió, nunca había visto a su señor así de animado. Siempre iba de conquista en conquista, pero nunca era feliz. Ahora parecía otro.

—Sabe que se marchará, ¿no? —Peter decidió ir más allá y tantear la situación.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Solo unos días.

—Pero ¿y si usted no se enamora de ella? Ella tendrá que irse para siempre.

Michael se quedó en silencio, pensativo. Peter tenía razón, aquello no sería eterno, pero tampoco podía forzar las cosas.

—Lo sé, pero, de momento, solo pienso en el presente.

Peter sabía que esa reflexión había hecho pensar a su señor. Él mismo no estaba interesado en asuntos amorosos, pues no había encontrado a ninguna mujer que lo enamorara, pero sabía en el fondo que *sir Michael* se enamoraría de la señorita Beverly, tarde o temprano.

Cuando Michael se quedó por fin a solas en su cuarto, lo único que pudo

hacer fue quedarse mirando al techo, pensando en la charla mantenida con Peter. Podía ser que ahora la viera todos los días, pero esa situación cambiaría en algún punto del tiempo. En esos momentos, Charlotte Beverly se había convertido en una compañía muy agradable, pero no la amaba, no despertaba en él una pasión arrebatadora. Ante otras damas, sí había sentido desde el primer momento excitación y pasión, pero siempre efímera. No le gustaba el compromiso, pues se sentía atrapado, agobiado, o al menos eso era lo que él argumentaba para acabar el *affaire*. A veces era lógico pensar que, si encontrara a alguien a quien realmente amar, en ese momento ya no podría estar con otra persona. Pero aún era pronto para afirmar eso.

CAPÍTULO 7

Horton Hall, 24 de diciembre

Todo estaba preparado para la fiesta navideña que tendría lugar al día siguiente. En la casa el servicio había trabajado a destajo durante la última semana para que todo estuviera listo. *Lady Elizabeth* había encargado los adornos, había supervisado los menús y se había ocupado de que todo estuviera en orden. Aquella mañana, aprovechando que no nevaba, Michael y Charlotte dieron un corto paseo por el jardín, y tuvieron tiempo de hacer un muñeco de nieve. Parecían dos niños, sonrientes y jugando, lanzándose bolas de nieve. Michael había decidido llamar a su muñeco de nieve *mister Hurst*, porque le recordaba a uno de sus profesores de Eton. Se habían divertido y habían reído casi sin descanso.

Michael había mejorado en las últimas semanas, pues ya no padecía tantos dolores de cabeza, y la herida producida por la caída estaba cicatrizando con rapidez. Pero su memoria seguía igual. A pesar del acercamiento, de las interminables jornadas juntos que pasaba charlando y tratando de saber más de Charlotte Beverly, no conseguía recordar nada de ella. Sin embargo, cada vez se encontraba más cómodo ante su presencia, que incluso había pasado a ser algo natural y casi imprescindible en su día a día. Si no estaba cerca, se preguntaba que estaría haciendo. Se sorprendía al saber que cada vez ocupaba más espacio en su mente, y que era capaz de reproducir en su cabeza cada uno de sus rasgos, incluso gestos, sin mucha dificultad. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Charlotte también estaba cada vez más feliz. Ahora lo conocía mejor y le gustaba incluso más que antes. En los últimos días había estado algo nerviosa. Había conseguido por fin terminar su novela, aunque se sentía un

poco insegura ante la idea de que otro la leyera. Quería dársela a Michael para que lo hiciera antes que nadie, y quería conocer su opinión. Estaba nerviosa sobre todo porque el protagonista de la historia, Sebastian, se parecía demasiado a Michael, tanto en carácter como en físico, y Annabelle, la protagonista femenina, también se parecía en todo a ella. Había establecido un final feliz para aquella pareja que vivía mil aventuras por las inhóspitas tierras imaginarias de Mirna. La novela tenía lugar en un entorno mágico, basado en Horton Hall, y en las historias y leyendas que tenían lugar allí, según lord Davenport les había contado de niños.

Más tarde regresaron a la mansión, justo a la hora de comer. Charlaron distendidamente todos los miembros de la familia, mientras *lady* Elizabeth contaba quienes asistirían a la velada de esa noche y a la comida del día siguiente. Por la tarde, todos se dirigieron a la casa parroquial de Branston, donde se habían habilitado camas para los mendigos que no tuvieran un lugar donde cobijarse. Allí el párroco, el reverendo Evans, ofrecería una cena especial de Navidad, como hacía cada año, para los más necesitados. En ese lugar, los Davenport, que eran los principales benefactores de la parroquia, se dedicaban a ofrecer comida y regalos a los más necesitados, aunque esta labor la desarrollaban durante todo el año. *Lady* Elizabeth no estaba a favor de ser caritativos solo en unas fechas concretas. Como ella siempre afirmaba, el pobre no es pobre solo una vez al año, hay que ayudar todos los días.

Era cierto que en Branston el nivel de necesitados era mucho menor que en Lincoln, donde *lady* Elizabeth vivía, pero, de todos modos, siempre, desde niña, veía necesario arrimar el hombro, sobre todo teniendo en cuenta su posición privilegiada. También le gustaba pasar tiempo en hospitales y orfanatos, escuchar a aquellos a quien nadie escuchaba, y hacer que su tiempo con ella fuera agradable. Siempre había intentado que Michael siguiera sus pasos, y lo había conseguido en parte. Él se había encargado de proporcionar financiación al pequeño hospital de Branston cuando no tuvieron fondos para mantenerlo.

Charlotte disfrutó de aquella tarde animando a los más pequeños del pueblo. Se dedicó a leerles cuentos durante todo el tiempo que estuvieron allí. En ese lugar había niños de familias muy pobres que tenían que trabajar para ayudar a la familia. No tenían tiempo para estudiar ni para jugar, y aquella

tarde significaba para ellos el mundo.

Mirando sus pequeñas y risueñas caras, Charlotte pensó que le gustaría hacer algo más que leer cuentos. Le gustaría que aquellos niños tuvieran la posibilidad de estudiar y así tener mejores oportunidades. Había estado preguntando al reverendo Evans acerca de la escuela del pueblo, pero según le había informado, por desgracia, Branston no tenía escuela, puesto que no había suficientes alumnos. Los pocos que había tenían que hacer muchos kilómetros para llegar a la escuela más cercana. El ayuntamiento no podía hacerse cargo del centro, y él no había tenido demasiada suerte con el arzobispado. La única ayuda con la que podían contar era con los Davenport, pero no se atrevía a decirles nada porque ellos habían hecho mucho por el pueblo.

Pero Charlotte no tenía reparos en preguntar y pedir, así que acordó con el reverendo Evans que se encargaría de hablar con ellos, él solo tendría que preparar todos los detalles y contarles lo que tenía pensado. Al no haberles pedido ningún regalo, esto sería lo único que les pediría.

Michael había estado observando a Charlotte toda la tarde mientras charlaba con un anciano de la localidad sobre las tradiciones y las costumbres navideñas. Era encantadora y cada vez que sonreía le daba un vuelco el corazón. Estaba muy contento aquel día, y estaba emocionado. Hacía tiempo que no le hacía ilusión la Navidad, pero había recuperado una parte de sí mismo que creía olvidada. Esa tarde estaba disfrutando de la compañía de toda la gente del pueblo, los niños habían querido jugar con él, y él se había divertido como uno más. También se había sentado a escuchar a los más mayores, que se dedicaban a contar sus recuerdos y sus batallas. Aquel día la familia se había repartido el trabajo, y estaban disfrutando como hacía mucho que no hacían. Estaba seguro de que era la magia de la Navidad o algún tipo de encantamiento.

Había hecho un muñeco de nieve, había ayudado a decorar el árbol, y se había pasado tarde tras tarde delante del fuego, charlando, jugando a las cartas o a las damas. Siempre sonriendo y disfrutando, olvidando cualquier preocupación. Estaba deseando que llegara el día de Navidad. Aunque no le había comprado nada a Charlotte, y él no le había pedido nada, tenía la impresión de que algo estaba escondiendo. No había pensado en qué

regalarle, y no sabía qué la haría feliz, pues aún era una desconocida para él en muchos aspectos, así que se limitaría a preguntarle qué le gustaría recibir como regalo, para ir sobre seguro.

Volvieron a casa todos algo cansados y, al ver que era tan tarde, todos se apresuraron a prepararse para la cena. Esa noche degustarían un menú ligero navideño, ya que al día siguiente comerían muchísimo. Charlotte se puso para la ocasión un vestido azul cielo, con encajes y escote en forma de pico. Llevaba un collar de brillantes, con un zafiro en forma de corazón, que le había prestado *lady Elizabeth*. No estaba acostumbrada a ir tan elegante, pues siempre abogaba por la sencillez, pero aquella ocasión era especial. Llevaba el pelo recogido en un moño trenzado, con una suave cascada de rizos que caían a los lados.

Sentada delante del espejo, mientras Jennifer, la sirvienta que le habían asignado, le terminaba de arreglar el pelo, no pudo evitar pensar en qué estaría haciendo Jane en aquel instante. Seguramente estaría en casa de sus suegros, disfrutando de una agradable velada, pero con la misma sensación de tristeza que ella, pues les faltaba alguien. Estaba a punto de llorar cuando Jennifer le habló:

—Ya está, señorita. Está usted preciosa —dijo con tono triunfal.

Jennifer había llegado a la casa hacía poco tiempo, pero había resultado ser una trabajadora eficiente y encantadora. No había tenido ocasión de hablar en profundidad con ella, pero a Charlotte le caía muy bien.

—Gracias, Jennifer.

Jennifer sonrió, y enseguida habló de nuevo.

—Señorita, sé que está triste, pero debe animarse. Al menos pasará una Navidad agradable con gente buena. Yo nunca tuve esa oportunidad.

—¿Tú no tienes familia Jennifer?

—No, señorita. Desde hace mucho. Mi madre murió cuando nací, y viví con mi padre hasta los siete años. Era profesor, ¿sabe? Gracias a él aprendí a leer y a escribir pronto. Pero, cuando él se fue, nadie se ocupó de mí, así que acabé en un orfanato y después entré a trabajar en una fábrica.

Charlotte sintió la tristeza de aquel testimonio. Esa muchacha había sufrido mucho, pero había sido capaz de salir adelante. Y ella allí estaba, sufriendo por nada en comparación.

—Pero, a pesar de eso, seguí leyendo y aprendiendo por mi cuenta. En cuanto pude, empecé a trabajar en casas y, bueno, hace unos meses conseguí llegar a Horton Hall. —Jennifer hizo una pequeña pausa y después preguntó —: ¿Puedo confesarle algo?

—Lo que quieras.

—Esta es la mejor casa en la que he estado. En las demás, los amos no eran tan amables.

Jennifer era inspiradora y luchadora. Debía aprender más de ella.

—Jennifer, eres muy fuerte. No cambies nunca ese espíritu de lucha —dijo Charlotte poniendo su mano en su hombro—. Y yo casi a punto de llorar por tonterías.

Ambas sonrieron.

—Ojalá se quede usted para siempre. Da mucha alegría a esta casa. Cuando yo llegué, todo el mundo estaba más serio.

—Yo también quiero quedarme, pero no depende de mí.

—Oh, vamos, el señor Michael la quiere, pero todavía no se ha dado cuenta. Los hombres pueden ser muy tercos —dijo Jennifer como refiriéndose a alguien.

—¿Tú estás interesada en alguien? —preguntó Charlotte con verdadera curiosidad, pues había sabido leer entre líneas.

Jennifer se tensó y se ruborizó.

—¿Yo? Para nada señorita. No tengo tiem... tiempo para esas cosas.

Charlotte rio suavemente ante el nerviosismo de Jennifer. Estaba claro que le gustaba alguien, pero no podía decir quién.

—Bueno, será mejor que baje ya. Gracias de nuevo, Jennifer.

Jennifer sonrió, abrió la puerta de la habitación y se dispuso a salir detrás de Charlotte. Al llegar al pasillo y dirigirse a la cocina, se cruzó con Peter. En ese momento se tensó, pero pudo saludarlo y él respondió con una reverencia. Siempre se ponía nerviosa ante él y su corazón no dejaba de latir con fuerza. ¿Por qué sería?

Charlotte llegó a lo alto de la escalera y, cuando se disponía a bajarla, vio al final de ella una silueta que conocía a la perfección. Michael se giró para mirarla en cuanto notó su presencia. Se había quedado impresionado al ver lo bonita que estaba con aquel vestido color cielo, que favorecía mucho su

figura. A pesar de que no cumplía el canon de belleza del momento, sus curvas eran encantadoras. Charlotte bajó despacio. Debido al nerviosismo temía tropezar y caer escaleras abajo. Michael no dejaba de mirarla, y eso la ponía muy nerviosa. Cuando llegó ante él, este le tomó la mano y se la besó.

—Está preciosa esta noche, señorita Beverly.

Aquello debía ser un sueño. Siempre había deseado que Michael la mirara así.

—Gracias, usted también está muy apuesto.

Y no mentía. Llevaba un traje negro y camisa y corbata blanca, su pelo peinado hacia atrás. Michael le ofreció el brazo y Charlotte puso su mano sobre su antebrazo con timidez. Se dirigieron juntos al salón donde esperaban *lady* Elizabeth y lord Davenport. Ambos los recibieron con una amplia sonrisa. Estaban complacidos con el desarrollo de los acontecimientos. Aunque no había todavía amor entre ellos, sí había una amistad patente, y eso era mejor que la tensión del pasado.

Lady Elizabeth lucía para la ocasión un vestido rojo con encajes de color negro, y también escote en forma de pico, mientras que lord Davenport lucía un traje parecido al de Michael, solo que de color azul oscuro. Todos se dirigieron a la mesa, que estaba decorada con motivos navideños, desde los centros de mesa hasta el mantel, que tenía hojas de acebo estampadas. Degustaron un menú compuesto de perdices con salsa de manzana y patatas dulces, y de postre pastel de chocolate, uno de los platos preferidos de *lady* Elizabeth. Charlaron animadamente sobre diversos temas, pero, sobre todo, del pasado y de cómo se vivía la Navidad en Horton Hall generaciones atrás.

—Recuerdo una Navidad que cayó una tormenta de nieve tremenda, y no pudimos salir en tres días porque la nieve atascó la puerta principal, cubriéndola por completo. Esto impidió que saliera con mis hermanos, y nos cogimos un berrinche tremendo porque no podíamos salir a jugar fuera —contó lord Davenport.

—¿Siempre han pasado las Navidades en Horton Hall? —preguntó Charlotte.

—No siempre. Cuando fui a la guerra me quedé en el continente y pasé la Navidad en Bélgica con mis camaradas. Esa fue una Navidad que nunca olvidaré. Nos hospedamos en una diminuta posada cerca del mar y decidimos

celebrar todos juntos la Navidad. Había soldados y militares de alto rango de toda clase y condición, pero aquella noche solo éramos hombres que estábamos lejos de nuestro hogar y solo queríamos divertirnos. Bebimos y comimos todo lo que pudimos mientras charlábamos y reíamos —contó sonriendo. Pero entonces hizo una pausa y su rostro se tornó serio—. Entonces no nos imaginábamos que muchos de aquellos muchachos nunca volverían a su hogar, pues perdieron sus vidas en el campo de batalla. Yo tengo la suerte de poder contarlo y, con sinceridad, esa fue la mejor Navidad de mi vida porque en ese momento entendí su verdadero sentido. Comprensión, respeto y solidaridad para con el prójimo, sin rango ni abolengo, sin distinción de clase u origen. —En ese momento alzó su copa—. Brindo por todos ellos.

—Mis navidades más bonitas han sido en mi niñez. Siempre las pasábamos en casa de mis abuelos paternos, en Hertfordshire, en una casa que tenían en el campo. Era un lugar precioso y mi abuela decoraba toda la casa. Y, bueno, cuando nació Michael, mis navidades fueron más emocionantes. La verdad es que siempre he preferido hacer regalos a que me regalen. Y era muy divertido cuando tenía que esconder los regalos de Michael, porque no creáis que era fácil, Michael tiene alma de espía. Siempre andaba buscando por todos los armarios con la esperanza de encontrar alguna pista que lo llevara hasta sus regalos —comentó *lady Elizabeth*.

—Es interesante el hecho de que antes en Inglaterra no se colocaban árboles navideños hasta que no empezó a hacerlo el príncipe Albert en el palacio de Windsor^[2] hace años —comentó Michael.

—Es una tradición alemana, creo recordar —puntualizó Charlotte.

—Sí, así es. A mí la Navidad a veces me parece una hipocresía en sí misma. Todo el mundo de repente se acuerda de que hay gente que se muere de hambre, y empiezan a hacer donativos y campañas caritativas. Parece que el resto del año los pobres se esconden en alguna cueva y desaparecen —dijo Michael.

—En eso estoy de acuerdo. La gente suele caer en el error de creer que todos los pecados se perdonan con dinero. Pretenden así limpiar sus conciencias y de paso comprarse una parcela en el cielo —sentenció lord Davenport.

—Bueno, yo no soy así. Soy una buena cristiana todo el año —dijo *lady Elizabeth* con firmeza.

—Yo creo que no se trata tanto de ser un buen cristiano, sino de ser buena persona y de actuar acorde a nuestra moralidad y nuestras propias reglas. Hay gente que reza todos los días y acude a la iglesia cada domingo, se confiesa y dona dinero a la Iglesia, pero luego no tiene ni un ápice de bondad en su persona, ni siquiera un cierto punto de humanidad —sentenció Charlotte.

—Entonces yo soy buena persona, pero un mal cristiano —dijo Michael sonriendo.

—Oh, Michael, no blasfemes. Bueno, en eso tienes razón, querida, de hecho, te diré que en la Iglesia no siempre he encontrado voces comprensivas y misericordiosas —sentenció *lady Elizabeth*.

—Yo no soy un hombre de iglesia, sobre todo después de encontrarme con ciertos elementos que la forman, que no han sido buenos guías espirituales —dijo lord Davenport.

—¿A qué se refiere con eso? —dijo Charlotte.

—Verás, hace muchos años, cuando me casé con *lady Davenport*, aún no había nacido Patrick si no recuerdo mal, uno de los hijos de uno de mis arrendatarios murió sin estar bautizado. El niño apenas vivió unos días. Mis arrendatarios, los Hawkins, estaban destrozados porque el párroco de entonces, el reverendo Stevens, se negó a darle sepultura en campo sagrado. Aquellas pobres criaturas solo buscaban el consuelo por la muerte de su pequeño, y estaban destrozados por el hecho de que no tendrían un lugar donde poder velarlo. Entonces decidí intervenir dado mi poder. El párroco se enfrentó a mí, defendiendo las palabras de un Dios vengativo y malvado que negaba el consuelo a unos padres con el corazón destrozado. Le dije que no se preocupara, que ese pequeño no sería enterrado en su pobre iglesia, sino que estaría en Horton Hall, y así lo dispuse. Ahora el pequeño Thomas está junto a mi esposa, en el cementerio de nuestra propiedad, y le juré a ese párroco que, hasta que él no abandonara Branston, yo no pisaría su iglesia. Y no lo hice hasta que ese viejo se murió, y no sé si estará en el infierno, pero se lo deseo con todas mis fuerzas —sentenció lord Davenport.

—¡Por favor, John, no blasfemes! —dijo *Lady Elizabeth* escandalizada.

—No blasfemo, soy sincero —dijo lord Davenport con satisfacción.

—Entonces no eres un buen cristiano, pero sí una maravillosa persona — Michael alzó la copa en señal de respeto hacia su abuelo.

—Bueno, dejemos ya de hablar de estas cosas tan desagradables, y vamos a tomar una copita de brandy en el salón. —*Lady Elizabeth* se levantó de su asiento y se dirigió al salón.

Los demás la siguieron, y se instaló cada uno en un sillón junto al fuego, mientras uno de los sirvientes servía a cada uno una copa de brandy. Después de hablar de temas menos trascendentales, lord Davenport y *lady Elizabeth* se retiraron, y Michael y Charlotte se quedaron solos de nuevo.

—Imagino que echarás de menos a tu familia —dijo Michael.

—Sí. Aunque sé que mi hermana está bien acompañada. Seguramente Daniel ya los habrá vuelto a todos locos con sus juegos —dijo Charlotte sonriendo.

—¿Cómo celebrabais vosotros la Navidad? —preguntó Michael.

—Pues, mi madre preparaba galletas de jengibre. Era una receta que había aprendido de su abuela, y pasó de generación en generación.

—¿Tú sabes prepararlas? —volvió a preguntar Michael.

—Lo intenté, pero mi hermana es la que sabe hacerlas bien. Le salen incluso mejor que a mi madre, debo decir.

—¿Y qué más hacíais?

—Pues mi padre nos ayudaba a poner adornos por la casa, y también nos enseñó a hacer adornos con papel. Hacíamos estrellas, y hojas de acebo, aunque con resultados más o menos afortunados. También hacíamos guirnaldas con hojas de pino. En Nochebuena nos sentábamos y cenábamos juntos, y después mi padre nos contaba un cuento y nos íbamos a dormir muy pronto. —Hizo una pausa recordando. Parecía estar viendo a su padre en ese mismo momento, sentado en la cama, y ellas dos tumbadas, escuchando con atención. Su voz aún era clara en el recuerdo—. Al día siguiente, nos despertábamos muy temprano e íbamos corriendo a la habitación de nuestros padres para despertarlos. Toda la casa se paralizaba, y tanto el servicio como nosotros nos sentábamos alrededor de la chimenea para abrir los regalos. Ese día todos comíamos juntos, como una gran familia —contó Charlotte intentando reprimir la nostalgia que sentía.

—Así que a tu padre le gustaba mucho la Navidad.

—Sí, la verdad es que él venía de una familia muy humilde, y nunca pudo tener unas Navidades propiamente dichas, por eso se desvivía por nosotras. Quería que tuviéramos lo que él nunca tuvo. Era como un niño. Y, bueno, aunque mi madre era más comedida, también disfrutaba mucho de estas fechas.

—Yo la verdad es que siempre he tenido una Navidad privilegiada. Aunque me hubiera encantado cambiar esos privilegios por cariño —dijo Michael con un tono de tristeza.

—Bueno, no puedes quejarte. En este hogar hay mucho amor, aunque no lo parezca. Tu abuelo y tu madre te adoran.

—Lo sé y no me quejo —contestó Michael.

De repente, el reloj del salón dio las doce, y Charlotte se dio cuenta de que ya era el día de Navidad. Había llegado el momento.

—Discúlpame un momento. —Se levantó con rapidez. Michael se quedó allí sentado sin saber muy bien qué hacer, pero esperó. A los pocos minutos, Charlotte apareció con un gran volumen de papeles entre las manos. Michael se preguntó qué era aquello. Charlotte volvió a su sitio, y apoyó el montón de papeles sobre su falda.

—Verás, he estado trabajando estos meses en algo. No se lo he revelado a nadie, tú eres el único que lo sabe.

—¿De qué se trata? —preguntó Michael intrigado.

—Se trata de mi primera novela. Una historia de amor y aventura, que tiene lugar en un país imaginario.

Michael estaba gratamente sorprendido.

—Así que en eso empleabas el tiempo que no estabas conmigo. ¿Esto era lo que escondías?

Charlotte afirmó con la cabeza.

—Quiero que seas el primero en leerlo, y que me des tu opinión.

Entonces le entregó el manuscrito. Michael lo miró fascinado. Le gustaba mucho la caligrafía de Charlotte, delicada pero firme al mismo tiempo.

—Bueno, no sé qué decir. Estoy sorprendido y abrumado.

—Como no tengo nada, he pensado que este debía ser mi regalo de Navidad. Aunque nunca llegue a publicarse.

—Bueno, eso lo decidiremos una vez que lo haya leído —dijo Michael

mientras lo ojeaba pasando las páginas.

—Feliz Navidad, Michael.

Michael la miró. Se sentía muy feliz en ese momento.

—Gracias, Charlotte. Para mí es un honor ser el primero en leer tu trabajo. Intentaré ser un poco indulgente —dijo sonriendo.

Charlotte sonrió en respuesta.

—Bueno, pero yo no tengo nada. ¿Qué querrías para Navidad? ¿Un collar? ¿Un brazalete? —preguntó Michael.

—No, quiero pedirte algo, aunque no es para mí.

—Lo que sea —sentenció Michael.

—Quisiera que hicieras un donativo para impulsar la apertura de una escuela en Branston, para los niños que no tienen recursos.

Michael se quedó pensando. Era una buena idea. Aunque como regalo no le convencía, sin embargo, dejó que prosiguiera.

—Hablé con el reverendo Evans, y no se atreve a pedir más a los Davenport, ya que vuestras contribuciones a la comunidad han sido muy generosas. Yo no tengo los medios, pero sé que tú sí los tienes.

Michael se tomó un instante para pensar en lo que Charlotte le estaba contando. Era verdad que habían hecho muchas contribuciones, aunque él casi ninguna. Había sido así siempre, su abuelo era el que siempre daba todo por Branston, pero él apenas había aportado nada. Tal vez era el momento de hacer algo más en su vida.

—De acuerdo, aportaré los fondos necesarios para que haya una escuela en Branston. Pero a cambio quiero que tú, ya que has sido la que me ha comentado el proyecto, seas la persona encargada de llevar la escuela hasta el final, con la ayuda del reverendo Evans, por supuesto.

Charlotte se sorprendió ante tal propuesta. Aunque estaba feliz de que Michael aportara los fondos, estaba algo abrumada ante tanta responsabilidad.

—Pero yo no sé si seré capaz de llevar a cabo el proyecto. No conozco apenas Branston y, aunque sé un poco sobre enseñanza, no sabría muy bien por dónde empezar.

—Bueno, yo tampoco, pero sé que lo harás bien, confío en ti. Además, sé que estás entusiasmada con el asunto y que crees en el proyecto, si no, no me

lo habrías pedido, ¿no?

—Sí, pero es una cosa muy distinta hacerse responsable de él, creo que el reverendo Evans está bien capacitado para eso.

—El reverendo Evans tiene una parroquia que atender, y no puede hacerlo todo solo. Esa es mi condición.

Charlotte suspiró. Por un lado, estaba algo nerviosa ante tal desafío, pero por otro pensó «Bueno, al menos haré algo más con mi vida que estar sentada esperando a que ocurran las cosas. Podría dejar algún legado y hacer algo bueno por alguien».

—De acuerdo.

—Trato hecho entonces.

Finalmente, estrecharon sus manos en señal de acuerdo, y algo ocurrió en ese instante. Ambos se miraron, sintieron una calidez que recorrió sus cuerpos, como si un lazo los uniera en ese instante y no pudieran apartarse el uno del otro. Ante eso, Michael se asustó y enseguida apartó su mano. Charlotte respiró con dificultad, estaba sorprendida. Lo que había sentido era una sensación fuerte y cálida, que desapareció en cuanto él apartó su mano con brusquedad. En ese instante, Charlotte consiguió aclarar su incertidumbre. Por su actitud, quedó claro que solo podría esperar de él amistad, no habría amor entre ellos, era pedir demasiado.

En ese momento Charlotte sintió una profunda tristeza; a pesar de que durante aquellos días se habían acercado, parecía que solo era una simple sensación. En cuanto la nieve despejara los caminos se marcharía de allí y, mientras tanto, solo debía ser amiga y confidente, nada más. Sintió un desgarró en su corazón, y decidió que era mejor irse del salón. Debía recomponerse, mañana sería otro día.

—Bueno, será mejor que me vaya a dormir, ya es muy tarde —dijo Charlotte mientras se levantaba. Michael ni siquiera la miró.

—Sí, será lo mejor. Que descanses —dijo Michael sin apartar la mirada del fuego de la chimenea.

Cuando Charlotte salió de la habitación, Michael se atrevió a mirar hacia la puerta. Se sentía incómodo y no entendía por qué. La cercanía con aquella mujer lo había puesto nervioso, y no había podido evitar percatarse de la sutil excitación que sintió cuando la había tocado. Todavía podía sentir la

sensación de calidez, y unas imperiosas ganas de prolongar el contacto. Su tacto era suave y cálido, y se preguntaba si sería así en el resto del cuerpo. No entendía por qué había sentido eso por Charlotte Beverly. No era una belleza, ni tenía un cuerpo escultural, no destacaba, pero había algo en ella que le gustaba. Tal vez fuera que había conocido por fin a alguien que lo escuchaba y que no era superficial, como el resto de sus amistades, a excepción de Henry, que tenía una personalidad mucho más profunda e independiente.

Todavía estaba abrumado por el hecho de que ella le hubiera concedido el honor de ser el primero en leer su novela; era algo muy personal, casi íntimo, y estaba ilusionado. Nada solía hacerle ilusión. Tal vez el hecho de tener el mundo a sus pies, fortuna y todo el amor que quisiera lo hubiera hecho perder interés en las cosas más sencillas. Aquel gesto de Charlotte, que en vez de pedir un regalo, pues él con su fortuna podría proporcionarle lo que quisiera, le pidiera algo que no era para ella, le había agradado y había despertado en él una considerable admiración hacia aquella mujer que estaba resultando ser muy especial.

Era consciente, aunque habían acordado que empezarían de nuevo, de que estaban prometidos, pero todavía no recordaba nada, ni sentía deseos de casarse. Era todo demasiado precipitado. Él estaba conociéndola, y tenía la oscura sensación de que en el fondo, a pesar de que había un compromiso de por medio, apenas conocía a su prometida, y que recién empezaba a saber más de ella. Por lo pronto, había compartido con él aquel secreto y se sentía halagado. Debía disfrutar de su regalo, así que decidió empezar a leer el manuscrito, que era todo un misterio para él. Solo leería una pequeña parte antes de dormir.

Eran las ocho de la mañana y *lady Elizabeth* se dispuso a bajar las escaleras para dirigirse al comedor. Al llegar abajo, se percató de que había alguien en el salón. Se asomó y encontró a Michael sonriente y emocionado, sentado en el sillón junto a la chimenea, que ya estaba casi apagada. *Lady Elizabeth* se acercó hasta donde estaba él.

—Michael, ¿qué ocurre, querido? —preguntó con interés.

Michael miró a su madre sin dejar de sonreír y dejó el manuscrito, que estaba abierto por la última página, encima de la mesa.

—Madre, esto es maravilloso. No puede quedarse guardado en un cajón.

Es... Es....

Respiró profundamente, estaba emocionado y sonriente. *Lady Elizabeth* no entendía nada.

—¿De qué estás hablando? ¿Has estado toda la noche aquí?

—Sí, madre. He estado leyendo la historia más maravillosa jamás escrita. Oh, debo hablar con Charlotte.

En ese momento, apareció el objeto de sus pensamientos en el marco de la puerta. Michael miró a Charlotte y se levantó con rapidez para acercarse a ella. La agarró de las manos.

—¡Charlotte, esta historia es maravillosa! ¡Debemos escribir a un editor, tienen que publicarla!

Charlotte no salía de su asombro. Miró hacía la mesilla donde Michael había puesto el manuscrito que ella le había dado el día anterior, y vio que estaba abierto por la última hoja.

—¿La has leído hasta el final? —preguntó.

—Sí —contestó sonriente—. En un principio solo pensaba leer un capítulo, pero me atrapó tanto la historia que no pude parar de leer. Y, bueno, sí, no he dormido, la verdad. Oh, me he emocionado con ese final, ha sido precioso.

Charlotte sonrió, estaba feliz. No pensaba que su historia pudiera despertar aquel entusiasmo. No sabía muy bien qué hacer.

—Conozco un par de editoriales en Londres, podemos escribirles después de Año Nuevo —sentenció Michael.

Lady Elizabeth se paró a ojear aquel montón de papeles.

—Pero ¿qué es esto? No entiendo nada —preguntó.

Michael se acercó a su madre.

—Madre, Charlotte ha escrito esta novela. Me regaló el manuscrito para que lo leyera y me ha encantado. De hecho, creo que deberías leerlo.

Michael se lo entregó a su madre. *Lady Elizabeth* estaba asombrada, no esperaba aquello de la tímida señorita Beverly. Dicho esto, los tres se dirigieron al comedor para disfrutar de un buen desayuno junto a lord Davenport, que estuvo igualmente entusiasmado con la noticia, aunque él ya había leído los poemas de Charlotte y conocía su talento.

Charlotte pasó el resto del día ayudando a *lady Elizabeth* a supervisar los últimos detalles. Aquella mañana *lady Elizabeth* le dio como regalo de

Navidad un collar de perlas que había comprado en el pueblo hacia unos días. Un diseño sencillo que iría a juego con las telas que había encargado lord Davenport para ella a Londres. Esa misma semana irían a la modista de Branston para que le hiciera un par de vestidos. A pesar de las protestas de Charlotte por el valor de los regalos, tanto lord Davenport como *lady Elizabeth* las ignoraron y volvieron a reiterar que no era nada, y que solo deseaban tener un detalle con ella.

Llegó la hora de prepararse para la fiesta, pues ya eran las seis y los invitados estaban llegando uno tras otro. Aquella noche luciría algo sencillo, pero bonito. Eligió un vestido de color malva sin escote, y lució un moño trenzado, que era el que mejor le sentaba. Mientras tanto, el servicio también participaba de la fiesta. En aquella velada se sirvió un buffet de diversos platos, entre ellos el célebre pavo con salsa de arándanos de la cocinera de la familia, la señora Merry, y gracias a ello el servicio no tuvo que trabajar durante la fiesta.

Todos charlaron animadamente, incluyendo Michael y Charlotte, quienes, a pesar del distanciamiento de la noche anterior, ese día estaban igual de animados, como si nada hubiera ocurrido. Michael no dejaba de comentar a todo el mundo que Charlotte se convertiría en una escritora famosa, y esto hacía que ella se sonrojara.

Qué distinto era aquel ambiente al de la temporada de Londres. Todos hablaban con todos y nadie chismorreaba ni juzgaba el aspecto de uno y otro. Todo el mundo estaba relajado y animado, disfrutando de una agradable velada. También se aprovechó la ocasión para anunciar la creación de la escuela. Lord Davenport hizo el anuncio ante los invitados allí presentes, que incluían al reverendo Evans. Aquella tarde, Michael había aprovechado unos minutos antes de la fiesta para comentar el asunto a su abuelo, y este mostró su entusiasmo por la idea, incluso se lamentó de no haberla tenido él. Todos celebraron la noticia, y enseguida el reverendo Evans empezó a comentar sus ideas con Charlotte. Acordaron una fecha para verse y examinar un viejo edificio en desuso de la parroquia como posible ubicación de la escuela.

Por fin terminó la fiesta y todos se dirigieron a sus aposentos. Charlotte estuvo un rato despierta pensando en cómo iban a cambiar las cosas. Ahora se ocuparía de un asunto de relevancia. Hacía unos meses cuando llegó allí,

no podía imaginar que las cosas cambiarían de aquella manera. En esa época no era la prometida de Michael, y tampoco tenía ninguna expectativa de hacer algo importante con su vida. Ahora, era la prometida de Michael, o más bien, su amiga, estaba a punto de fundar una escuela y con suerte publicaría su primera novela. Todo estaba yendo bien y muy deprisa, y entonces el miedo volvió a invadirla. ¿Qué pasaría si todo se derrumbaba de repente? Tendría que despertar de aquel sueño y sería terrible. Cerró los ojos con fuerza ante esa idea, y decidió que lo mejor era no pensar en ello. Al momento se durmió habiendo desterrado los malos pensamientos de su mente.

Mientras, Michael no podía conciliar el sueño. Aunque apenas habían hablado en la fiesta, no era capaz de apartar de su mente la imagen de Charlotte con aquel vestido color malva. Últimamente estaba más bonita cada día, y le encantaba ver cómo se sonrojaba cada vez que él comentaba lo grande que era su talento como escritora. Estaba deseando ver su cara cuando publicaran su novela, porque la publicarían seguro, de eso no tenía duda. Se preguntaba cómo alguien tan tímido e introvertido podía esconder tanto talento. Charlotte Beverly lo fascinaba cada vez más, y eso empezaba a ser peligroso.

CAPÍTULO 8

El tiempo volaba en Horton Hall, sobre todo cuando había muchos asuntos que atender. Pasada la fiesta de Año Nuevo, en la que Charlotte había estrenado uno de los vestidos que *lady* Elizabeth había encargado, todos tenían cosas que hacer. Charlotte se puso manos a la obra para llevar adelante la apertura de la escuela de Branston. También se había puesto en contacto con un par de editoriales en Londres, pero no había recibido respuesta todavía. En una misiva anterior, Charlotte le había contado a su hermana todas las novedades, y esta había contestado con entusiasmo ante las buenas nuevas.

«Querida Charlotte:

Feliz Año Nuevo y Feliz Navidad. Te hemos echado mucho de menos estas fiestas, las primeras sin padre, pero has estado en nuestros pensamientos y oraciones. Sí, Daniel ha sido el gran protagonista, y ha recibido con ilusión todos sus regalos. Esperemos que el año que viene lo celebre de la misma manera con el nuevo miembro de la familia.

Aunque no me esperaba la noticia de tu nueva faceta como escritora, la verdad es que no me ha sorprendido del todo porque yo sé que, debajo de esa timidez, se esconde alguien maravilloso y con talento. Estoy deseando que me cuentes más.

También me alegra mucho la idea de que colabores en esta nueva empresa, y que ayudes a ese pequeño pueblo a mejorar la vida de sus niños. Ya sabes que para mí siempre has sido fuente de admiración y respeto, ahora más que nunca solo deseo que la vida te recompense con la felicidad que mereces.

Estamos deseando verte, aunque entendemos que tu estancia en Horton Hall se prolongue debido a todo esto.

Un abrazo,
Jane».

Charlotte podía imaginarse aquellas fiestas navideñas que su familia había pasado lejos de ella. No tenía queja, pues había disfrutado de la compañía de los Davenport, pero aun así sentía algo de nostalgia ante las anécdotas navideñas que le contaba Jane. Ella también debió sentirse triste estando alejadas la una de la otra. Cuando Jane se casó y se marchó a vivir a otra ciudad, su relación de hermanas incluso se hizo más cercana, a pesar de la distancia. En respuesta a la carta de Jane, Charlotte no tardó en contarle emocionada los avances del proyecto y las novedades.

«Querida Jane:

¿Cómo estás? Yo, por suerte, muy atareada. Hemos empezado a hablar sobre la ubicación de la futura escuela, y parece que el lugar que habíamos pensado está disponible, y solo se necesitaría realizar unos simples arreglos para poder habilitarlo como escuela. Ya hemos encargado los muebles que nos hacen falta y llegarán esta semana si no hay ningún imprevisto.

Por otro lado, ya he escrito a dos editoriales que Michael conoce en Londres, y aunque todavía no he obtenido respuesta. Espero que muy pronto pueda contarte que seré por fin una escritora profesional.

En un par de meses iré a Bristol. Para entonces creo que la escuela estará terminada. No quiero extender mucho más mi estancia, aunque lord Davenport y *lady* Elizabeth no desean que me marche, pero quiero estar a tu lado para cuando nazca el bebé.

Además, ya han pasado muchos meses y dudo que mi relación con Michael avance más de lo que ya lo ha hecho. Debo aceptar que podemos ser buenos amigos y nada más. En su momento hablaré con lord Davenport para que anule el compromiso, y así poder evitar el desastre de un matrimonio por obligación.

Bueno, te escribiré pronto.

Te quiere,
Charlotte».

Con el fin de las fiestas navideñas, lord Davenport y Michael volvieron a sus obligaciones, revisando toda la contabilidad y supervisando sus negocios. *Lady* Elizabeth pronto regresaría a Lincoln, pues para finales de aquel mes la

nieve habría prácticamente desaparecido. A pesar de que seguían conversando y mantenían muy buena relación, parecía que su amistad con Michael empezaba a enfriarse. Desde las Navidades habían hablado de temas más insustanciales y apenas tenían tiempo de verse porque cada uno tenía siempre algo que hacer. Solamente hablaban de la escuela y de la respuesta que esperaban de las editoriales.

Pasaban las semanas y no llegaba ninguna carta. Aunque apenas tenía tiempo de pensar en ello, debido a que estaba todo el día con el reverendo Evans ultimando detalles, Charlotte empezaba a perder la esperanza. Según creía, se había dejado llevar por el entusiasmo de Michael, y eso había hecho que se hiciera ilusiones. Michael, en cambio, no perdía la esperanza, sabía que obtendría alguna respuesta, pero lo bueno se hacía esperar.

Michael había recibido una carta de Henry, en la que le anunciaba que en un par de semanas le haría una visita, pues no se veían desde hacía meses. Tenía muchas cosas que contarle, sobre todo respecto a Charlotte. A pesar de que le gustaba su compañía, se veía en la necesidad de poner algo de distancia porque creía que su acercamiento durante esas últimas semanas resultaba peligroso. Había empezado a desarrollar un cariño especial por esa mujer, pero no quería caer en la necesidad imperiosa de estar con ella. Él no era así, y no quería hacerle creer que había amor por su parte. Su mente le decía que pensaba en ella porque no había otra mujer cerca, y no por que estuviera enamorado de ella, aunque su corazón parecía decirle lo contrario.

Finalmente, a principios de febrero, el reverendo Evans y ella consiguieron que la escuela se terminara. Ya estaba lista para abrirse, así que se dispusieron a comunicar la noticia a todos los vecinos, y organizaron una pequeña ceremonia inaugural. Al mismo tiempo, *sir* Henry Crawford llegaba a Horton Hall. *Lady* Elizabeth le había advertido que no debía revelar lo que sabía sobre Michael y Charlotte antes de que este perdiera la memoria. Henry observó cuán distintas eran las cosas entre ellos. No había crispación ni tensión, sino una excelente armonía, y eso lo alegraba. Podían bromear y charlar animadamente, y parecía haber buena sintonía familiar. Era un ambiente muy agradable. Vio también a una Charlotte Beverly muy distinta, pues no había rastro de la extrema timidez de hace unos meses. Hablaba con Michael con una naturalidad absoluta, y eso hacía que la distancia entre ellos

pareciera inexistente.

Una de aquellas noches en que Michael y él aprovechaban para hablar a solas en la biblioteca, Henry se animó a sacar a colación el asunto.

—Bueno, parece que tu relación con la señorita Beverly es buena, ¿no? —dijo Henry.

—Mi relación con la señorita Beverly es solo de amistad y, bueno, debo decir que su compañía me resulta agradable —dijo Michael algo tenso.

—Vamos, Michael, te conozco, su compañía te resulta más que agradable —dijo Henry sonriendo. Quería saber qué pasaba por la mente de su amigo.

—Henry, no vayas por ese camino —le advirtió Michael.

—Bien, es cierto que no es tu tipo, porque has estado con mujeres que son auténticas bellezas, pero la belleza no lo es todo, y Charlotte Beverly es una mujer muy agradable.

—Parece que la conoces muy bien —dijo Michael.

—Bueno, la conozco desde hace años. Y tú también, lo que pasa es que no te acuerdas.

—Lo sé, y eso me inquieta, porque no soy capaz de recordar nada de ella antes del accidente, y no entiendo por qué.

Henry se puso algo tenso, estaba pisando terreno peligroso, era mejor llevar la conversación por otro camino.

—No debes preocuparte por eso. Hay que pensar en el ahora. Y veo que os lleváis bien y que deberías pensar en dar unos pasos más hacia ella.

—Henry, no voy a hacer nada de eso. Las cosas deben seguir su cauce natural. Es verdad que me agrada su compañía, y que considero que es una buena amiga, pero no hay nada más.

—¿Está hablando tu cabeza o tu corazón?

Michael lo miró. Henry conocía sus debilidades, y aquella pregunta lo inquietó. Su cabeza era la que tenía la voz cantante, pues su corazón apenas tenía voz, se había asegurado él de acallarla hacía años.

—Sabes que mi corazón está mudo —sentenció Michael.

—No creo que esté mudo, probablemente tú eres el que ha perdido la capacidad de escucharlo —dijo Henry.

Un rato más tarde, Henry se retiró. Aquellas palabras se grabaron en la mente de Michael, que no dejó de pensar en la pequeña charla que habían

tenido. Hacía tiempo que había decidido silenciar la voz de su corazón, desterrar el sentimentalismo para evitar salir herido. Él no se enamoraba, solo sentía lujuria, y Charlotte Beverly no le despertaba un deseo incontrolable, aunque a veces dudaba de sí mismo. Pensaba en ella, sí, y más a menudo de lo que le gustaría, preguntándose qué hacía mientras no estaba al alcance de su vista, pero de ahí a enamorarse había un gran paso.

Henry estaba convencido de que Michael estaba empezando a enamorarse de Charlotte. A veces, cuando se descuidaba, observaba cómo Michael miraba a la señorita Beverly. Su mirada mostraba ternura y admiración, y no recordaba haber visto eso en los ojos de su amigo en su vida. Sí, había visto como miraba con pasión a sus conquistas, igual que él, pero era una mirada carente de profundidad, de cariño verdadero. Algo estaba cambiando, Michael era distinto, no era aquel hombre apasionado pero despiadado al que solo le importaba disfrutar del momento, y que salía corriendo ante cualquier sentimiento profundo o ante cualquier atisbo de compromiso. Era verdad que ambos disfrutaban de la libertad que les proporcionaba su soltería, pero Henry empezaba a cansarse. Al ver el ambiente que se respiraba en ese lugar, deseaba también encontrar a alguien así, que trajera a su vida paz y la sensación de estar en casa.

Llegó el día de la inauguración de la escuela de Branston y todo estaba preparado para celebrarlo. *Lady Elizabeth* había organizado, con permiso de Charlotte y del reverendo Evans, una pequeña recepción que tendría lugar dentro de la nueva escuela. El edificio, situado en los límites de Branston, cerca de la iglesia, tenía capacidad para cuatro aulas, pues se trataba de un *cottage*^[3] que llevaba años abandonado y que tenía un granero adyacente, lo que permitió habilitar cuatro aulas, no demasiado grandes, pero con suficiente espacio para albergar a casi cincuenta alumnos, lo que sería suficiente para que los más pequeños de Branston tuvieran acceso a la educación elemental. También se había habilitado un pequeño recibidor. Allí tendría lugar una pequeña celebración donde se serviría un ligero refrigerio compuesto de té, sándwiches y dulces de la pastelería de la señora Smith, cuyos buñuelos eran célebres en el pueblo.

Charlotte estaba entusiasmada con el asunto. Durante el último mes no había parado de planificar, organizar y coordinar cada detalle con el

reverendo Evans. Aunque tenían la misma edad, el reverendo Evans ya contaba con una familia numerosa. El hombre estaba contento porque así sus hijos podrían estudiar en la escuela del pueblo, junto con el resto de niños de la localidad. Michael también se había mostrado colaborador, ayudando a Charlotte a la hora de resolver dudas y dilemas, aunque él se había implicado menos en la toma de decisiones. Estaba contento con el resultado, había invertido su dinero en algo beneficioso para los demás y se sorprendía por el resultado, y estaba deseando que la escuela se pusiera en marcha.

Aquel día Charlotte se puso su vestido azul cielo, que le sentaba muy bien, y Michael fue con un traje color azul marino. Ambos iban agarrados del brazo, mostrando mucha complicidad. Henry también acudió a la celebración del brazo de *lady* Elizabeth y acompañando también a lord Davenport. Todos los vecinos fueron al lugar y brindaron por el reverendo Evans, que por fin había conseguido su cometido, y por Charlotte Beverly, que había puesto todo de su parte para que el proyecto saliera adelante. Finalmente, el brindis fue para Michael Davenport, por haber aportado el capital para llevarlo a cabo.

Entre risas y charlas, mientras observaba el exterior del lugar a través de una de las ventanas del recibidor, Charlotte se percató de que ya era febrero y los caminos ya estaban despejados. Apenas quedaban rastros de nieve y, en su última carta, Jane le contaba que el médico le había mandado guardar reposo absoluto porque pronto daría a luz. Su rostro se tornó triste. Se daba cuenta de que ahora que la escuela ya estaba inaugurada, no tenía sentido que se quedara más tiempo. Su estancia se había prolongado más tiempo del debido. Debía preparar su equipaje y regresar a Bristol, donde su familia la esperaba y donde deseaba quedarse para empezar una nueva vida, ya que no creía oportuno regresar a Horton Hall. A pesar de que hacía meses había comentado que se marcharía, pero que regresaría, su idea ahora era no volver. Aunque había sido muy feliz allí, el hecho de que Michael no correspondiera a sus sentimientos y el alejamiento que se había producido en las últimas semanas entre ambos dejaban claras las cosas. Así que ¿de qué servía forzar un amor inexistente?

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael, que apareció justo delante de ella en ese momento.

Charlotte suspiró.

—Nada, estoy bien, solo un poco cansada —respondió, y volvió su mirada hacia la ventana.

—Ya imagino, has trabajado duro.

Michael se quedó mirándola, no estaba muy satisfecho con su respuesta.

—¿Hay algo más? —insistió.

Charlotte respiró hondo.

—Ya no hay nieve en los caminos y ya no me queda nada más que hacer en Horton Hall. Además, mi hermana pronto dará a luz, y quiero estar a su lado.

Michael se inquietó, y no entendió por qué.

—¿Quiere decir eso que pronto te irás?

—Sí, me iré a finales de esta semana para llegar en unos días a Bristol.

El rostro de Michael se tornó triste. Era natural que aquello terminara en algún momento, pues no podía quedarse en Horton Hall para siempre. El problema era que disfrutaba mucho de su compañía, y que cuando se marchara, sabía que sufriría por el hecho de no verla todos los días.

—¿Y sería una marcha prolongada? Quiero decir, después de que nazca el niño, ¿te quedarás en Bristol?

—Sí, esa es la idea —sentenció Charlotte. A pesar de que antes de Navidades pensaba regresar, se daba cuenta de que era una tontería.

—Ya veo —dijo Michael molesto. Se alejó en ese momento y la dejó allí sola con sus pensamientos. Charlotte notaba un cambio de actitud en él, pero ¿qué podía hacer? Ya no podía quedarse más tiempo.

Por la tarde volvieron a Horton Hall. Michael no le dirigió la palabra en toda la tarde, se mostraba pensativo, incluso cuando hablaba con Henry. Mientras Henry y Michael pasaban tiempo charlando en la biblioteca antes de la cena, Charlotte se reunió con *lady* Elizabeth y lord Davenport en uno de los salones.

—A finales de esta semana parto hacia Bristol —explicó Charlotte.

—Oh, imagino que ya viene el bebé —dijo *lady* Elizabeth.

—Sí, pero mi intención es no regresar, *lady* Elizabeth.

—¿Cómo? —dijo lord Davenport perplejo.

—Les agradezco su hospitalidad y todo el apoyo que me han dado en este asunto, pero no puedo abusar más tiempo de su hospitalidad. Además,

Michael no corresponde a mis sentimientos y no tiene sentido forzar más las cosas. No estamos hechos el uno para el otro y, si algún día recuerda algo de esto, solo le causará dolor, así que es mejor acabar con esto cuanto antes — dijo Charlotte convencida.

—Pero, Charlotte, no digas tonterías. Debes darle más tiempo, ya sabes que mi nieto es testarudo —dijo lord Davenport quitando importancia al asunto.

—Por favor, lord Davenport, respete mi decisión. No quiere decir que no vaya a verlos nunca más, solo que piensen en mí como una amiga y no como algo más que eso. Michael es maravilloso, y su amistad para mí es muy valiosa, y no quiero perderla.

Todos se quedaron callados un momento, y entonces *lady* Elizabeth rompió el silencio.

—Está bien, querida. Tienes toda la razón. No se deben forzar las cosas. Tú debes ir con tu familia y estar con ellos. Así son las cosas. Ya sabes que puedes contar con nosotros siempre, decidas lo que decidas.

—Gracias, *lady* Elizabeth.

Sonó el reloj del salón, eran las seis. Hora de prepararse para la cena.

—Si me disculpan. —Charlotte hizo una reverencia y salió de la estancia.

Lord Davenport lanzó un sonoro suspiro.

—Así que se acabó —dijo el hombre lamentándose.

—¿Qué se acabó? —respondió *lady* Elizabeth extrañada.

—Pues, ya sabes. Ahora ella se irá, y Michael volverá a las andadas, y todo se arruinará. Y yo habré incumplido mi promesa, y el capitán Beverly vendrá del más allá a pedirme explicaciones.

—No digas tonterías. Esto solo acaba de empezar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó lord Davenport con interés.

—Pues que esos dos jovencitos no saben lo que les espera. Michael ya está enamorado, y la ausencia de Charlotte lo hará desearla aún más.

—No digas tonterías.

—Te apuesto una libra a que dentro de dos meses Charlotte está aquí de vuelta —sentenció *lady* Elizabeth con plena seguridad.

—¿Hablas en serio?

—Si quieres, podemos firmarlo.

Lord Davenport miró a su nuera. Sabía de lo que hablaba. Buscó en su

bolsillo y sacó una libra.

—No hace falta que apostemos. Ya has ganado seguro.

Mientras tanto en la biblioteca, Henry y Michael hablaban del mismo asunto.

—¿Y bien? ¿Ahora qué vas a hacer? —preguntó Henry.

—Pues no lo sé. La verdad es que no me esperaba esto. Pensaba que se quedaría más tiempo.

—¿Quieres que se quede más tiempo?

—La verdad es que me agrada su compañía. Aunque estas últimas semanas no hemos tenido mucho tiempo para vernos.

—Bueno, entonces dile que no se vaya.

—¿Con qué pretexto?

—Dile que la amas.

—¡Deja de decir tonterías! Yo no quiero a Charlotte Beverly. Eres tú el que estás empeñado —sentenció Michael enfadado.

Henry no pudo evitar reírse.

—Bueno, bueno, no te enfades. Anda, vamos a prepararnos para la cena. — Se levantó y se dirigió a la puerta. Michael fue detrás, todavía un poco enfadado por la broma de su amigo.

Charlotte pasaba cerca de la estancia y no pudo evitar oír aquel comentario, siempre tan oportuna. Entonces decidió que sería mejor marcharse antes de lo previsto, es decir, en dos días. Michael había respondido de forma contundente, y ya todo estaba claro.

Al día siguiente, acudió a Branston para reservar un pasaje en la diligencia. Partiría al día siguiente. Se pasó el resto del día evitando a Michael. Sin embargo, no sabía si este lo había notado, puesto que siempre estaba Henry con él, y estaba muy ocupado. Informó a la familia de su cambio de planes, algo que dejó a todos bastante sorprendidos, sobre todo a Michael, que no entendió tanta prisa.

El día de la partida, se levantó a las cinco para estar lista para coger la diligencia de las siete treinta. Cuando salió del comedor después de desayunar en solitario, se encontró con Michael, que estaba esperándola de pie en la entrada. Llevaba una camisa blanca y pantalones oscuros, incluso recién levantado estaba muy apuesto. Llevaba casi dos días sin apenas hablar

con él, y ahora estaba un poco nerviosa.

—¿Ya te marchas? —preguntó Michael.

—Sí, ya está todo listo —respondió algo nerviosa.

—Bueno, pues entonces es hora de decir adiós.

—Sí, aunque ya nos despedimos anoche, ¿no?

—Sí, pero no fue suficiente —sentenció Michael mirándola con intensidad.

Michael estiró la mano para estrechar la suya. Charlotte repitió el gesto y estrechó su delicada mano con la de Michael.

—Adiós, Michael. Gracias por todo.

Cuando iba a alejarse, Michael la agarró con la otra mano. Charlotte lo miró a los ojos, su mirada era intensa y ella se empezó a poner nerviosa.

—Me gustaría mucho volver a verte pronto. De hecho, me encantaría que volvieras a Horton Hall lo antes posible.

—¿De verdad? —dijo Charlotte con voz temblorosa. Estaba intentando aguantar la emoción.

—Sí. ¿Sería eso posible?

—Bueno, no sé, tendría que pensarlo.

Charlotte sentía que su corazón latía con fuerza. Quería que el tiempo se detuviera. No dejaba de sorprenderla el poder que Michael tenía sobre ella. Aunque llevaba días convencida de su decisión, en ese momento, estaba aturdida.

—Por favor, Charlotte. Regresa a Horton Hall —dijo Michael acercándose un poco y acariciando su mano.

Charlotte en ese momento sentía mariposas en el estómago, y notaba como su fuerza de voluntad se alejaba de ella. No sabía cómo, pero ante esa mirada tierna y suplicante, no podía hacer nada. Así que cedió.

—Está bien, regresaré a Horton Hall.

Michael dibujó una resplandeciente sonrisa, y Charlotte suspiró ante aquella hermosa visión.

—Bien, entonces, te veré pronto —sentenció Michael con una sonrisa.

Los dos se miraron sin soltarse las manos. Entonces uno de los sirvientes vino, y rompió la magia del momento.

—Señorita, está todo listo para irnos.

Michael miró al sirviente algo molesto, pues no le había hecho gracia la

interrupción, pero volvió a poner su atención en Charlotte.

—Antes de irte, prométeme que volverás lo antes posible —dijo sin soltar su mano.

—Está bien, lo prometo —respondió Charlotte.

Entonces Michael soltó su mano, y Charlotte se dispuso a marcharse. Todavía sentía cómo su corazón se desbocaba. No sabía por qué, pero ahora su idea de no regresar había cambiado. Michael no le había dado ninguna razón para volver, pero sentía que era necesario, que tenía que volver a Horton Hall pronto. Ese hombre era capaz de hacerle cambiar de parecer con solo una mirada.

Sin duda, aquel lugar era un paraíso en la Tierra, una tierra de las hadas donde los deseos más profundos e imposibles se podían hacer realidad. Lo que había empezado siendo una incertidumbre, se estaba convirtiendo en una realidad. Había llegado allí hacía meses con la idea de que Michael Davenport la detestaba, que su vida sería mísera, que no tenía nada que aportar al mundo salvo una existencia anodina e insignificante. Además de sentir que Michael y ella eran cercanos, estaba empezando a dar pequeños pasos para ofrecer al mundo algo más que una existencia desapercibida. Parecía que había algo de luz en el oscuro horizonte. Después de tantas desgracias, la vida podía empezar a regalarle alegrías, aunque estas solo duraran un instante.

CAPÍTULO 9

Bristol, finales de febrero

Había vuelto al lado de su hermana hacía ya una semana. Jane estaba a solo dos semanas de dar a luz y en la casa todo estaba preparado. El pequeño Daniel seguía con sus travesuras, como cualquier niño, y entendía que a partir de entonces debía ser un caballero y un notable hermano mayor que debía dar ejemplo de conducta. Estaba contento con este nuevo papel. Jane y Charlotte pasaban la mayor parte del tiempo en casa solas, ya que Stewart estaba todo el día trabajando y Jane no podía moverse demasiado. Empleaban su tiempo cosiendo, leyendo y charlando, sobre todo charlando, para recuperar el tiempo perdido. Jane se seguía mostrando preocupada ante la novedosa situación de Charlotte con Michael. Temía que algún día el futuro duque de Branston recuperara la memoria, y todo cambiara dramáticamente.

—Lo sé, a mí también me preocupa, pero ahora no puedo hacer nada.

—Pero él te ha pedido que vuelvas, ¿no?

—Sí, parece extraño, pero sí —dijo Charlotte con una sonrisa.

—Yo solo quiero que no salgas herida de todo esto —dijo Jane con preocupación.

—Lo sé, sé que quieres lo mejor para mí. Pero si eso sucede, sé a qué atenerme. Me marcharé y volveré a empezar. Eso es todo.

—No creo que sea tan fácil. Vendrás con el corazón destrozado y sufrirás lo indecible hasta que puedas recuperarte —concluyó Jane.

Charlotte no contestó y optó por dejar de hablar del asunto. Prefería no pensar en la posibilidad de que Michael descubriera el engaño. Eso sería una catástrofe. Si por ella hubiera sido, se habría quedado en Bristol, pero Michael le había pedido que regresara y ella había accedido sin

contemplaciones. Por otro lado, pensaba en la razón por la cual Michael había insistido en que regresara. ¿Había conseguido llegar a su corazón?

Cada semana recibía una carta suya, no de *lady* Elizabeth ni de lord Davenport, sino del propio Michael. Con el paso de los días, el lenguaje en las cartas iba cambiando, pues había cada vez más confianza. Se sentía dichosa cuando llegaba una carta suya, ya que realmente, y a pesar de lo que le había contado a Michael en un primer momento, nunca había recibido una misiva suya. Según las cartas que le mandaba, le esperaban muchas actividades en Horton Hall.

«Querida Charlotte:

¿Cómo van las cosas por Bristol? Aquí en Horton Hall ya ha desaparecido la nieve por completo y he empezado a salir a cabalgar por las mañanas. Ya empiezan a brotar algunas flores en el campo, así que, cuando vengas, podrás disfrutar con plenitud de la belleza del lugar. ¿Sabes cabalgar? Si no es así, yo me encargaré de enseñarte, así podremos pasear juntos a caballo.

Horton Hall ha perdido parte de su encanto desde que no estás, aunque eso te lo digo en cada carta que te escribo. Sé que soy insistente, pero me agrada mucho tu compañía. Mi madre dice que cuando vengas iremos a pasar un día a Lincoln, que ahora en primavera es muy agradable.

Ambos te mandan saludos.

Sinceramente tuyo,

Michael».

Por fin llegó el día, y Jane trajo al mundo a una preciosa niña a la que llamaron Amelia Gabrielle, apodada cariñosamente Amy. Tenía los ojos azules de su padre y el cabello castaño de ambos, era muy risueña y poco llorona. Daniel se pasaba el día observándola, le fascinaba aquella criatura tan pequeñita que hacía ruidos incomprensibles y que reía ante cualquier cosa. Se mostraba también protector, sobre todo cuando lloraba, siempre intentaba calmarla cantándole alguna canción sin sentido y acariciando su mano. Charlotte recordaba que ella también era así con Jane cuando esta era un bebé, siempre protegiéndola, y ahora sentía que era Jane quien la protegía a ella.

Todos estaban encantados con la pequeña, aunque con el paso de los días, Daniel, que en un principio estaba entusiasmado con la pequeña, mostraba a

veces episodios de celos ante las atenciones que todos dedicaban a Amy. Charlotte, siendo previsora ante tal situación, se dedicaba a pasar tiempo en exclusiva con el niño, jugando con él y escuchando cualquier cosa que quisiera decirle. Es decir que, a pesar de que Daniel se sentía orgulloso de su papel de hermano mayor, todavía era muy pequeño y necesitaba la atención de los adultos que había a su alrededor. Charlotte contó la divertida situación a Michael en una de sus cartas, y él le respondió a los pocos días con esta misiva.

«Querida Charlotte:

Me alegra saber que todo va bien en Bristol. Ante la situación de Daniel, te diré que le entiendo a la perfección, yo también necesito cariño y atención, y me gusta que me mimen todo el tiempo, aunque yo no tuve rival en la infancia, ya que fui hijo único. Daniel tiene la suerte de tenerte, pues a veces los adultos podemos despistarnos y no prestar la atención debida a quien más nos necesita.

Espero que regreses pronto, ya tengo todo preparado para cuando vuelvas, no vas a tener tiempo de aburrirte.

Sinceramente tuyo,
Michael».

A pesar de estar feliz con los suyos, Charlotte echaba de menos Horton Hall, lugar que para ella era casi un hogar al que volver. Bristol era una ciudad industrial, ajetreada y siempre despierta, pero Horton Hall era la paz y, sobre todo, Michael. Sentía últimamente que estaba en una nube debido a la cercanía que ya existía entre ambos y, aunque Charlotte deseaba que esa cercanía significara algo más que amistad, aún no se atrevía a soñar.

Mientras, en Horton Hall, Michael notaba su ausencia cada día más. La veía en cada estancia, oía su voz en cada rincón, y distinguía su figura entre la bruma matutina que envolvía el exterior de Horton Hall. Cada día sentía crecer un sentimiento más allá de la amistad, aunque le costaba creerlo. Según él recordaba, jamás había anhelado tanto a alguien como a Charlotte Beverly. A veces le costaba comer y, gracias a la llegada del buen tiempo, podía irse a trotar por las praderas, intentando en vano alejar todo pensamiento sobre ella. Al contrario, deseaba recorrer aquellos lugares con Charlotte, enseñarle la vista de Branston desde las colinas y sentarse en las

verdes praderas para disfrutar de su compañía.

Lady Elizabeth ya se había dado cuenta del cambio que estaba sufriendo su hijo, que cada tarde miraba por la ventana hacía la entrada de la finca, para ver si llegaba alguien.

—¿A quién esperas? —preguntó *lady Elizabeth*.

Michael sorprendido se giró bruscamente hacia su madre para contestarle.

—A nadie, solo observo.

Parecía incómodo ante el gesto de satisfacción de su madre, que no podía evitar sonreír ante el pensamiento de que Michael por fin mostrara sus sentimientos.

—Ya veo. Cada tarde, desde que se fue Charlotte, haces lo mismo. La echas de menos, ¿verdad?

Michael suspiró.

—Bueno, sí. —Hizo una pausa al darse cuenta de lo que ese comentario implicaba, y enseguida puntualizó—: Es decir, echo de menos su compañía porque es buena conversadora. Eso es todo.

Lady Elizabeth supo interpretar aquellas palabras.

—No te preocupes. Volverá pronto.

Dio dos palmaditas a Michael en el hombro y se marchó de la estancia. Mientras iba por el pasillo, no podía dejar de pensar en el cambio que se había producido en la actitud de Michael hacia todo y hacia todos. Parecía alguien distinto. El sarcasmo y la ironía desmesurada e hiriente que siempre empleaba parecían haber desaparecido por completo, era más amable y generoso; de hecho, cada semana iba a Branston para hablar con el reverendo Evans y comprobar cómo iba la escuela, que ya funcionaba a la perfección. Ayudaba a su abuelo con las cuentas y todos los días se reunían para charlar y conocer el estado de las cosas. También le dedicaba tiempo a ella, siempre tomaban el té juntos, actividad que antes lo aburría sobremanera. A pesar de que era su querido y amado hijo, le gustaba más este nuevo Michael, más animado, más cariñoso y más amable. Sí, definitivamente Charlotte Beverly había conseguido lo que ninguno de ellos había logrado, quitar la pesada armadura que protegía el corazón de Michael Davenport.

Finalmente, después de casi dos meses, Charlotte estaba preparando el equipaje para regresar a Horton Hall. Aunque Jane le había insistido en que

podía quedarse más tiempo, Charlotte declinó con amabilidad la oferta. Había notado la diferencia que existía entre su existencia y la de su hermana. Jane era una mujer casada, con dos criaturas, una esposa con todas las de la ley, que debía atender las necesidades de su hogar y recibir a los invitados del marido. Siempre dispuesta y perfecta, adorada por su marido y por sus vecinos. Un ángel del hogar.

Ella, en cambio, no veía dónde podía encajar en aquel lugar. A pesar de que jamás la habían hecho sentir inferior, notaba que allí no tenía un papel importante. Siempre sería la tía solterona a la que todos mirarían con cierta pena, aunque no fuera su intención herir sus sentimientos. Además, también sería una buena niñera a la cual recurrir, ayudando de esa manera a la crianza de los hijos. Aunque adoraba a sus sobrinos, no deseaba que su vida fuera así. Sentía que en Horton Hall tenía por fin un lugar privilegiado, un lugar donde podría ser ella misma.

Si al final las cosas con Michael solo se reducían a la mera amistad, no importaría, porque buscaría una posición en Branston, podría colaborar como ayudante en la escuela y podría buscarse un rincón donde vivir. Y si publicaban su novela, podría empezar a escribir con regularidad y ganarse un pequeño sustento. Definitivamente, no quería ser una carga para nadie, y menos para su familia. Jane debía vivir su vida y ella la suya, como hasta ese momento.

A pesar de que, por el hecho de ser mujer, y soltera de cierta edad, las cosas podían resultar ser mucho más difíciles para ella, Charlotte estaba dispuesta a enfrentarse a su destino, con Michael Davenport o sin él. Así se lo diría cuando tuviera ocasión.

Se despidió de su familia a la semana siguiente y cogió la diligencia que la llevaría a enfrentarse a su destino. Tras tres días de viaje, por fin divisó Horton Hall a lo lejos. La diligencia la dejó por el camino y ella llegó andando hasta las puertas del lugar. A lo lejos divisó una figura que se acercaba con rapidez hacia ella. En ese momento, en la casa, *lady* Elizabeth todavía estaba atónita, pues Michael, que estaba al lado de ella, había salido corriendo en dirección a la puerta de entrada. Al momento estaba fuera corriendo hacia la entrada exterior como si le fuera la vida en ello. Charlotte siguió andando hacia la figura, y enseguida supo quién era. Michael venía

corriendo hacia ella, Charlotte no podía creer lo que estaba sucediendo. Se detuvo un momento para observarlo. Estaba empezando a llover con suavidad y él solo llevaba una camisa azul, pantalones negros con botas altas y un chaleco a juego. Había salido de la casa con prisa, había sentido el impulso de correr hasta ella y Michael sabía por qué. Llevaba dos meses esperando volver a verla, y al fin había regresado, como prometió. Por fin llegaron a estar uno frente al otro, y Michael, en un impulso repentino, le agarró las dos manos entre las suyas y, mirándola a los ojos, dijo:

—Bienvenida a casa.

Aquella noche Charlotte durmió plácidamente, pues estaba muy cansada tras el viaje. Aún seguía sin creer del todo que Michael hubiera corrido hacia ella bajo la fina lluvia solo para recibirla. Estaba feliz y emocionada, no podía dejar de sonreír. Esa noche cenaron todos juntos y dejaron que les contara las anécdotas de los pasados dos meses. Michael le había comentado que al día siguiente podrían ir juntos a Branston, para que viera cómo iba la escuela. Y eso hicieron.

A la mañana siguiente ambos se subieron al carruaje y se dirigieron a Branston. Se pasaron gran parte de la mañana en el despacho del reverendo Evans. Este le contó a Charlotte que las cosas marchaban bien, la escuela cubría con creces las demandas educativas de Branston y de otro pueblo cercano, y los niños y niñas recibían una educación práctica y elemental. Charlotte estaba feliz por ello, pues ese proyecto significaba mucho para ella. Había hecho algo bueno por alguien, algo grande, y su existencia tenía un mayor significado ahora.

Cuando salieron de la escuela para dirigirse a Horton Hall, Michael hizo referencia a ese asunto.

—Gracias a ti, el pueblo puede ofrecer más posibilidades. Todos están entusiasmados con la escuela.

—Sí, la verdad es que para mí fue un gran paso ayudar a crear esto. Lo que no entiendo es por qué nadie lo hizo antes.

—Bueno, nosotros pasamos la mayor parte del año lejos de Branston. Sobre todo, mi abuelo y yo estamos siempre en Londres, y mi madre en Lincoln, así que, aunque es cierto que hemos invertido en obras benéficas, no consideramos tanto las necesidades del pueblo. Además, el anterior párroco

era bastante avaro y poco considerado con los más necesitados. Pero el reverendo Evans ha cambiado mucho las cosas. Y yo siento que también he cambiado un poco. Hasta que tú no hablaste conmigo del asunto, apenas me interesaba en cómo estaban las cosas en Branston. Algo que siempre me ha reprochado mi abuelo.

—La verdad es que yo también estoy sorprendida, sobre todo conmigo misma. Yo nunca había participado en algo así. No soy de las personas que buscan protagonismo, o cuya opinión suele ser tomada en consideración. Para mí, aunque suene egoísta, ha sido un gran paso para cambiar mi actitud hacia la vida. Creo que puedo hacer muchas cosas si pongo de mi parte, y soy capaz de hacer mucho más que esperar eternamente a que las cosas cambien.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que, debido a mi timidez, siempre me limitaba a escuchar y no me expresaba. Y ahora creo que soy más capaz de expresar lo que pienso que antes. Yo soy esa clase de persona a la que todo el mundo mira sin interés, nadie se detiene a preguntarme nada, ni se interesa por saber lo que pienso. Nunca he tenido facilidad para decir las cosas, mi hermana o mi padre, sí. Ellos eran capaces de decir las cosas, y hacer que los demás los escucharan con atención, sobre todo mi padre, con su simpatía y su forma de ser, hacía que cualquiera lo escuchara. Pero durante años, lo que hice fue tartamudear sin parar y la gente se acababa cansando.

—Pues quién lo diría. Has cambiado mucho, entonces, aunque sigues teniendo un aire de timidez que me parece encantador.

Charlotte lo miró y no pudo evitar sonrojarse ante ese comentario.

—Gracias, supongo —respondió tímidamente.

—Sería divertido recordar cómo tartamudeabas. ¿Ante mí también lo hacías?

Charlotte volvió en sí, recordando de repente las circunstancias que los unían.

—Ante ti, sobre todo. Me imponías mucho —dijo Charlotte. Ante este comentario, Michael no pudo evitar reírse.

—¿En serio? ¡Pero ni que fuera un ogro!

—No es por eso, es que parecías un príncipe y todas las mujeres iban siempre detrás de ti. La verdad es que hacías que todas casi se desmayaran a

tu paso —contestó Charlotte.

—Exageras. Bueno, es cierto que alguna se ha desmayado, pero solo alguna —dijo Michael dándose importancia.

Charlotte se rio ante tal actitud, pues era muy divertido.

—*Sir* Michael Davenport, no debe usted ser tan presuntuoso —dijo Charlotte en tono serio, pero sonriendo.

—Oh, lo siento, señorita Beverly, pero usted tiene la culpa por decir que causo tal efecto en las mujeres, uno no puede evitar sentirse un ser divino —respondió él con tono rimbombante.

—Un ser divino, ¿eh? Cuando pueda convertir el agua en vino, entonces hablaremos —dijo ella riendo.

—Deme tiempo —respondió él.

Ambos rieron como niños mientras el carruaje los llevaba de vuelta a Horton Hall. Michael no recordaba haberse divertido tanto en muchos años. Aunque su memoria aún no había vuelto por completo, podía recordar retazos de su vida pasada y, cuando decidía hurgar en aquellos recuerdos, no solía gustarle el Michael Davenport que veía. Un hombre algo amargado, que no solía reírse mucho, y al que solo le gustaba jugar de vez en cuando y yacer con alguna bella mujer. Pero desde hacía meses, en los que solo pasaba tiempo con Charlotte, sentía que aquel Michael Davenport estaba muy lejos de lo que él era en ese momento. Un hombre alegre, que se sentía feliz ante las pequeñas cosas, más amable y que disfrutaba de la vida mucho más.

Parecía que Charlotte Beverly tenía el poder de alegrarle la vida a cualquiera y, gracias a aquella conversación, sabía que no demasiada gente la apreciaba por cómo era, seguramente muy pocos la conocían de verdad. Y era una pena, porque para él era una amiga, una confidente y, según le decía su corazón, algo más, pero aún se resistía a admitirlo.

Ahora que casi todos los días hacía sol, aprovechaban el día para dar largos paseos. Paseaban por las colinas, andaban por la orilla del arroyo que formaba parte de la propiedad, o incluso llegaban hasta Branston. En sus largos paseos observaban el entorno, la fauna y la flora, mientras Michael le contaba anécdotas de su infancia, de aquellos veranos que pasaba en Horton Hall disfrutando de la compañía de su familia, aunque casi siempre con la ausencia de su padre. Marcaba los lugares donde solía jugar con otros niños

del pueblo como Eddie Lafford, que ahora era administrador en Lincoln, o con *sir* Henry Crawford.

Ya que Michael adoraba trotar con su caballo por esos hermosos parajes que rodeaban Horton Hall, decidió que Charlotte podría también acompañarlo. Una mañana mientras desayunaban Michael se lo propuso:

—Pero yo no sé montar —aclaró Charlotte algo apenada.

Michael no abandonó su entusiasmo.

—No importa, yo te enseñaré —zanjó con una sonrisa.

Después de desayunar se reunieron en los establos. Allí los esperaba Nerón, el corcel negro que siempre acompañaba a Michael. Empezaría practicando con él, pues era un caballo muy dócil. Michael tenía agarrado a Nerón por las riendas y lo estaba acariciando, mientras Charlotte estaba de pie junto a la puerta del establo. Al principio, Charlotte se mostró algo temerosa porque nunca había estado tan cerca de un caballo a pesar de que su padre sabía montar. Michael, al notar su miedo, se acercó a ella al tiempo que guiaba a Nerón. Cogió su mano y la acercó a la cara del caballo:

—Despacio, muy despacio. Tenéis que conoceros.

Charlotte, con ayuda de la mano de Michael, empezó a acariciar al caballo, que se dejaba mimar. Sí, Nerón era dócil y bueno, no debía temer nada. Enseguida se sintió mucho más tranquila, más confiada, pero a la vez nerviosa por la cercanía de Michael.

—¿Mejor? —preguntó Michael con una cálida sonrisa.

Charlotte asintió.

—Bien, entonces vamos a ver si puedes subirte.

Al momento ya estaba encima de Nerón con las riendas en la mano. Michael no se separaba de ambos y observaba la situación con satisfacción. Aunque le parecía que a Charlotte le costaría dar el paso de montar a Nerón, había demostrado ser más valiente de lo que parecía. Era más fuerte de lo que su aspecto frágil mostraba.

Paso a paso fueron paseando alrededor de los establos y finalmente salieron a campo abierto. Charlotte estaba contenta. A pesar de que había sido un paseo corto, había aprendido a montar, y Michael había demostrado ser un maestro paciente y dulce. Le encantaba esa faceta de él.

En los días sucesivos volvieron a repetir las lecciones, hasta que Charlotte

pudo cabalgar sola sin que Michael estuviera allí. Después de una semana, Charlotte consiguió montar a Lorel, una yegua que estaba también en los establos y que nadie utilizaba, pues había sido un regalo para *lady Elizabeth*, que ya había dejado de montar hacía tiempo. La confianza entre ambas fue inmediata, y Lorel se convirtió en su compañera. Gracias a esto, además de los paseos, también pasaban las tardes cabalgando juntos.

Una tarde, tras haber cabalgado bastante rato, decidieron parar en lo alto de una colina desde donde se divisaba Branston. Se sentaron encima de una enorme roca que había allí, uno al lado del otro, y se mantuvieron en silencio un momento observando el atardecer. Charlotte rompió el silencio:

—¿Te acuerdas mucho de tu padre?

Michael no dejó de mirar al horizonte.

—A veces pienso en él. Pero no a menudo. La verdad es que no tengo tantos recuerdos de él. Nunca estaba. No sé ni siquiera por que se casó, hubiera sido mejor que se quedara soltero.

Charlotte se giró para mirarlo. Michael prosiguió.

—Hizo daño a mi madre, a mi abuelo, a mí, a todos. Aunque en su momento cuando me enteré de su muerte me enfadé con ellos, después me di cuenta de que no tenían la culpa de que mi padre fuera así. Él no me quería, bueno, no quería a nadie. Y a veces he tenido miedo de ser como él.

—Pero tú no eres como él, tú quieres a tu familia. No quieres herirlos — contestó Charlotte.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Recuerdo cuando era niño, siempre estaba deseando verlo. Para mí, él era mi héroe, quería ser como él. Era como un príncipe de cuento, un héroe de novela, fuerte, alto, apuesto, hablador, simpático. Lo idealicé a pesar de que nunca pasaba tiempo conmigo. Tal vez mi madre fue un poco culpable porque siempre me animó a quererlo.

—Tu madre hizo lo mejor que podía hacer. Que ellos no se llevaran bien no quería decir que tú debieras pagarlo.

—Sí, sé que hizo lo que pudo. Mi padre no ayudaba nunca en nada. Ella luchó mucho y él nunca le demostraba amor. Siempre esperándolo, siempre anhelando su cariño, su amor. Y al final siempre llorando por él.

—Bueno, en eso consiste el amor unilateral. —Michael miró a Charlotte con interés, parecía dolida al decir eso—. Siempre anhelando el amor de

alguien que nunca te va a corresponder —sentenció Charlotte mirando al horizonte.

Michael entendía que hablaba de él, pues durante años no había correspondido su amor. En esos momentos, tenía sentimientos encontrados al respecto. Charlotte interrumpió sus pensamientos.

—Por cierto, nunca vuelvas a desear no haber nacido, porque no nos habríamos conocido y, para ser sincera, mi vida no hubiera sido lo mismo si no estuvieras.

Ante esta afirmación Michael se quedó sin palabras, era lo más bonito que había oído en su vida. Charlotte estaba a punto de arrepentirse de haber sido tan atrevida, pero al ver la sonrisa que se dibujó en el rostro de Michael, supo que había hecho bien en decírselo. Al fin y al cabo, era lo que sentía de verdad.

Volvieron a quedarse en silencio y al cabo de un rato decidieron volver a Horton Hall porque estaba oscureciendo.

Antes de la hora de cenar, Michael decidió enseñarle a Charlotte una de las salas de Horton Hall que ella no había visto, a pesar del tiempo que llevaba allí. Al final del pasillo principal de la casa, había una doble puerta con un elegante picaporte. Michael abrió las puertas de par en par y ambos se encontraron ante el salón de baile de Horton Hall. Era una estancia en forma rectangular muy amplia, que estaba iluminada por enormes ventanas, y cuyo techo y paredes estaban repletos de lámparas de araña. Era la sala más espectacular de la casa, y en ella habían tenido lugar muchas celebraciones de la familia Davenport. Ahora sus sillas y mesas estaban cubiertas por sábanas que evitaban que se acumulara el polvo.

—Hace años que no celebramos un baile en esta sala. La última vez fue cuando celebramos una velada por el cumpleaños de mi abuelo, hace cinco años. Pero en los últimos años, hemos celebrado casi todos los bailes en Londres. ¿Qué te parece? —dijo Michael mientras avanzaba por la estancia encendiendo los candelabros. Enseguida Charlotte pudo ver iluminada toda la sala, y le pareció un lugar mágico. Nunca había podido ver un salón como ese vacío, pues siempre que asistía a algún baile la sala estaba repleta.

—Es un lugar precioso. No me lo esperaba. No parece un salón de baile. Bueno, ya sabes, ahora no hay músicos ni gente.

Charlotte se puso a andar por la estancia, observando los relieves del techo, las lámparas, mientras Michael la observaba con expresión satisfecha.

—¿Qué te parece si hacemos nuestra propia escena de baile?

Charlotte lo miró con expresión dubitativa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que podemos fingir que estamos, no sé, en el baile de *lady* Hubbert o de lord Carpenther.

Charlotte sonrió ante el tono pomposo con el cual pronunciaba esos nombres. Michael apartó la sábana de una de las sillas y le indicó a Charlotte que se sentara, cosa que ella hizo.

—Bien, tú estás en un rincón, con todas las viudas, mujeres casadas y solteras, ¿verdad?

—Sí —dijo Charlotte sonriendo.

—Bien, yo estoy al fondo de la sala —dijo mientras se colocaba en el lugar indicado—. Ahora, imagina que estamos en la temporada, hay muchos bailarines, mujeres, hombres, arpías y víboras.

Charlotte no pudo evitar reírse ante el comentario, mientras proyectaba en su mente los salones londinenses donde habitaban todas aquellas criaturas.

—Y, ahora, yo seré tu caballero de la brillante armadura.

Michael se dispuso a avanzar hacia ella, esquivando con elegancia a los bailarines imaginarios. Había visto la escena en sus sueños millones de veces. Michael parecía recordar lo que ella le había contado al principio, estaba reproduciendo la forma en la que, supuestamente, se reencontraron y el instante en el que él se enamoró de ella. Charlotte estaba impresionada, pues no creía que él recordara aquello con detalle. Michael llegó hasta ella, se inclinó sin dejar de mirarla a los ojos, y habló.

—Señorita Beverly, por favor, concédame el honor de bailar conmigo.

Dicho esto, ambos se dirigieron al centro de la pista. Michael rodeó su cintura con uno de sus brazos y con su otra mano agarró la suya. Entonces, empezaron a bailar. No hacía falta música, ya estaba en su mente. No dejaron de mirarse a los ojos en silencio. Había magia en aquella estancia, estaban atrapados bajo el efecto de un hechizo. Michael la observó con detenimiento, sus ojos, sus labios, sus mejillas, su pelo. Se sentía feliz de tenerla entre sus brazos, en ese momento sentía que el mundo había desaparecido y solo

estaban ellos dos solos. Entonces lo supo con seguridad.

Amaba a Charlotte Beverly con toda su alma. Quería pasar con ella el resto de sus días. Su corazón era suyo. No quería a nadie más, no necesitaba nada más. En su mente la música se detuvo, y ellos también dejaron de bailar. Michael no se había separado de ella ni un centímetro. Se miraron a los ojos, y él empezó a descender hacia sus labios, mientras ella se quedó quieta, esperando a ver qué ocurría. Pero, de repente, un ruido que venía de la puerta los despertó de aquel sueño.

—Señor, la cena se servirá en un momento.

Michael y Charlotte se separaron. Michael quería matar al sirviente.

—Bueno, será mejor que vaya a prepararme —dijo Charlotte con cierto nerviosismo.

—Sí, será lo más conveniente —dijo Michael también algo nervioso.

Charlotte desapareció de la sala, y fue a cambiarse. Su corazón todavía latía con rapidez, estaba acalorada, le ardían las mejillas y no entendía muy bien qué era lo que había ocurrido. Michael iba a besarla, de eso estaba segura, pero ¿qué significaba?

A las siete todos estaban sentados y listos para degustar una deliciosa cena. Hablaron de su próxima visita a Lincoln, que sería en dos días, y en unas semanas viajarían a Londres porque la temporada ya había empezado y debían prepararse para dejarse ver en todos los eventos sociales. Lord Davenport solo comentaba las sesiones del parlamento a las cuales tendría que asistir, y *lady* Elizabeth hablaba de las telas que iba a encargarse a su modista de confianza en Lincoln para los vestidos que llevaría este año. Ante todo aquello, Charlotte solo podía pensar en lo que había sucedido esa tarde, y no encontraba respuesta alguna, pues Michael se mostraba tranquilo y no mostraba signos de que su actitud hubiera cambiado hacia ella en un sentido romántico.

Por un momento volvió a la conversación que estaba teniendo lugar sobre la temporada de Londres. La verdad era que no tenía mucho sentido ir allí, puesto que ahora mismo su situación era desconcertante. A pesar de que en teoría era la prometida no oficial de Michael, las cosas no parecían distintas del todo, y no tenía muchas ganas de asistir a esas veladas donde nadie bailarían con ella, solo para limitarse a sentarse al lado de las mujeres casadas,

viudas y solteras para escuchar cotilleos, muchas veces desagradables, sobre alguno de los asistentes. Tampoco guardaba buen recuerdo de ninguno de aquellos años en los que había asistido con toda la ilusión del mundo a los bailes, sobre todo después de la última vez.

Además, seguramente, cuando Michael volviera a Londres, iría a parar a los brazos de alguna de sus amantes, y Charlotte Beverly volvería a ser esa amiga lejana de los Davenport. No podía más con la situación, y debía ser clara, pues las cosas no avanzaban. Como le había advertido Jane, no podía seguir abusando de la confianza de los Davenport y, si Michael descubría la verdad, prefería estar lejos. En el momento en el que *Lady Elizabeth* le estaba proponiendo encargar unas telas para confeccionarle un vestido nuevo, Charlotte fue honesta:

—*Lady Elizabeth*, agradezco mucho su generosidad, pero debo decir algo. Cuando ustedes partan hacia Londres, yo regresaré a Bristol. Creo que es lo más conveniente.

En ese momento se hizo el silencio, al tiempo que todas las miradas se dirigían a ella.

—Pero ¿por qué no quieres venir? —dijo Michael, bastante enfadado.

—No es que no quiera ir, Michael. Es que no estaría bien abusar más de vuestra confianza.

—Pero eso es una tontería, muchacha. Tú eres como de la familia —respondió lord Davenport.

—Sé que me aprecian, y yo también los aprecio, pero ya he pasado demasiado tiempo con ustedes.

—Pero si acabas de volver de Bristol. No entiendo nada —volvió a decir Michael indignado.

Lady Elizabeth observó la angustia de Charlotte. Comprendía perfectamente a la joven. No sabía muy bien dónde ubicarse. Aunque era la prometida de Michael, no se había concretado nada. Veía la duda en su rostro.

—Escucha, querida. Te comprendo, si tú consideras que es mejor no acompañarnos, eres libre de hacerlo. Todo estará listo para que vuelvas a Bristol, pero no sin antes visitar Lincoln —remató con una sonrisa.

Charlotte sonrió. *Lady Elizabeth* comprendía su incertidumbre y le estaba

poniendo las cosas fáciles. En cambio, Michael seguía enfadado, pero no volvió a decir nada. No entendía la actitud de Charlotte. Ahora que había vuelto de Bristol, quería volver a marcharse. Se suponía que era su prometida. ¿Acaso ya no lo amaba? A lo mejor se había cansado de esperar a que él recuperara la memoria. Eso podría tener lógica, aunque con la paciencia que Charlotte demostraba siempre, lo dudaba. ¿Habría conocido a alguien en Bristol que estaba esperándola? Tampoco creía eso, él lo habría notado. Solo sabía que debía hablar con ella y convencerla para que se quedara. Si se marchaba otra vez, sentía que no volvería a verla nunca, y esa idea le dolía por dentro.

Después de cenar, lord Davenport y *lady* Elizabeth se quedaron en uno de los salones a charlar, y Michael y Charlotte decidieron salir al jardín para disfrutar de la agradable noche, pues apenas hacía frío y el cielo estaba despejado, lo que permitía contemplar un firmamento lleno de estrellas. Ambos se pusieron a andar por el jardín uno al lado del otro, sin hablar, solo podían oírse los grillos y las pisadas sobre el pavimento. Hasta que Michael rompió el silencio.

—Charlotte, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué quieres volver a Bristol tan pronto?

—No es que quiera volver pronto, es que siento que debo hacerlo.

—¿Y cuál es esa razón?

Charlotte lanzó un suspiro.

—Es que, bueno, creo que es lo mejor.

Michael se detuvo.

—¿Lo mejor? ¿Lo mejor para quién?

Charlotte dejó de andar también, y lo miró.

—Para mí y para mi corazón.

Michael se quedó callado, pensando en lo que Charlotte había dicho. Esta tomó aire, al mismo tiempo que tomaba la determinación de decir las cosas claras.

—Sé que, cuando vayamos a Londres, las cosas cambiarán porque ¿qué papel juego yo aquí? Te diré cual. Soy una solterona de veintisiete años, que no tiene perspectivas de matrimonio. Porque, aunque tú y yo estamos

prometidos, no es algo oficial. Así que cuando lleguemos allí, seguramente verás a todas esas damas, esas mujeres bellas y ricas, con bonitos vestidos y actitud atrevida. Esas mujeres que siempre me han mirado con desprecio y risa.

A medida que iba hablando notaba cómo se le hacía un nudo en la garganta, y las lágrimas se deslizaban por las mejillas. Estaba angustiada.

—Entonces, te deslumbrarán, te seducirán y yo volveré a ser esa criatura insignificante que siempre he sido. Una sombra, alguien a quien nadie tiene en cuenta porque no tengo belleza, ni talento, ni gracia para fingir. Y aunque no tengo belleza, sí tengo inteligencia, y la honestidad suficiente para reír cuando tengo que reír y para enfadarme cuando tengo que enfadarme, además de ser capaz de pensar por mí misma y de no importarme lo que los demás piensen. Y tú volverás a verme como esa amiga fiel, pero no como a una amante, como a una novia, como a una mujer que te ama con toda su alma y que quiere ser tu compañera el resto de sus días.

A Michael lo dolió escuchar cómo hablaba de sí misma, y que pensara que él la abandonaría en cuanto tuviera oportunidad. Debía demostrarle que estaba equivocada. Se acercó lentamente, mientras ella se intentaba secar las lágrimas con sus manos. Entonces, con un movimiento rápido, la atrajo hacia sí y la besó. Fue un beso dulce y tierno. En ese momento, el mundo a su alrededor se detuvo. Sus corazones latían a toda velocidad, y sintieron fuego en su interior. Cuando se separaron, ambos sintieron el frío de la distancia.

—Charlotte, yo también te amo —declaró Michael acariciando su mejilla.

Charlotte se quedó observándolo. No le creía.

—No, Michael, no digas eso solo por pena. No lo soportaría, prefiero el rechazo a la pena.

Michael se sintió ofendido.

—¿Dudas de mí? No tengas dudas. Sé que puede parecer lo que no es, pero quiero que tengas esto claro. Te amo con toda mi alma, no estoy seguro desde cuándo, solo sé que mi vida ha cambiado y que, si no estás tú, nada merece la pena. Tú has traído la dicha, la esperanza y la alegría a un corazón solitario. ¿Sabes lo que ha supuesto para mí tu ausencia estos últimos dos meses? Tristeza, soledad e incertidumbre ante un sentimiento que no es del todo familiar para mí. Desde hace tiempo siento que hay un lazo que une nuestros

corazones y, cuando estás lejos de mí, tengo miedo de que la distancia y el olvido lo rompan y que mi corazón empiece a sangrar sin remedio. Y ahora me dices que no te quiero. ¿Cómo puedes decirme eso? Quiero que seas mi compañera, mi amiga y mi amante para el resto de mis días. Quiero ser aquel que te haga feliz y que te consuele en la desdicha. Si no me crees, mírame a los ojos y verás que no te miento.

Charlotte observó los preciosos ojos azules de Michael a la luz de la luna. Aunque le daba algo de vergüenza mirarlo tan directamente, hizo lo que le pidió. Por fin, después de años de espera, se vio reflejada en ellos. Michael Davenport la amaba.

—¿Lo ves ahora? —dijo Michael con pasión.

—Sí —dijo Charlotte convencida.

—Entonces, Charlotte, ¿te casarás conmigo?

—Sí —respondió ella sonriente.

Entonces se abrazaron y se fundieron en un beso apasionado. La luna y las estrellas fueron sus únicos testigos. Había merecido la pena esperar todos esos años porque sabía que Michael la quería de verdad, que no sería un amor pasajero, era algo eterno. Michael sintió que era el hombre más feliz sobre la Tierra, pues había encontrado a su alma gemela.

—¿Eres feliz? —pregunto Michael suspirando después del beso, con su frente apoyada en la de Charlotte.

—Sí, ¿y tú?

—El más feliz sobre la Tierra —dijo sonriendo, y volvió a besarla.

De repente, un fuerte viento azotó los árboles, y empezó a hacer más frío. Decidieron volver a la casa, que estaba en silencio. *Lady Elizabeth* y lord Davenport hacía rato que se habían ido a dormir. Ambos se deslizaron con sigilo por el pasillo que llevaba a las habitaciones, sin soltarse en ningún momento las manos. Se despidieron entre sonrisas y tiernos besos y, cuando Charlotte se disponía a entrar en su habitación, Michael se acercó de nuevo, la agarró y le dio otro beso de despedida.

—Buenas noches, mi vida —le dijo Michael con ternura.

Esa noche, Charlotte tardó en dormirse. Aún no se creía del todo lo que había ocurrido, y temía dormir y despertarse al día siguiente, para descubrir que todo había sido un sueño. Michael tampoco pudo dormir apenas, estaba

feliz, pletórico y solo deseaba que llegara la mañana para volver a estar con Charlotte. En otras circunstancias, hubiera ido directo a su habitación a escondidas, para poder besarla, abrazarla y acariciarla más tiempo, pero no era lo correcto. Ya tendrían el resto de sus vidas para disfrutar el uno del otro en la intimidad.

Le había encantado la respuesta apasionada de ella. No lo parecía a simple vista, pero Charlotte era dulce y ardiente, era simplemente maravillosa, la mejor, y él se sentía el hombre más afortunado de todos porque esa mujer tan especial sería su esposa. Sentía lástima por aquellos que la despreciaban o que no la tomaban en consideración porque no sabían lo que se perdían. Por fin, cuando pudo conciliar el sueño, solo podía pensar en las ganas que tenía de que llegara el día siguiente.

Por la mañana, Charlotte salió de su habitación más contenta de lo habitual, aunque no había nada inusual por el momento. Cuando se acercaba a las escaleras, oyó una voz familiar a su espalda, y notó una mano que agarraba la suya.

—Buenos días.

Charlotte sonrió y se giró. Se encontró con el rostro de Michael y, además, con un dulce beso suyo en los labios.

—Buenos días —respondió Charlotte.

Juntos, agarrados de la mano, llegaron hasta el comedor, donde ya estaban sentados *lady* Elizabeth y lord Davenport. Ambos observaron a la pareja, algo extrañados al verlos con las manos agarradas. Michael no pudo esperar a comunicar la noticia.

—Abuelo, madre, Charlotte y yo nos comprometimos anoche —dijo sonriente, lanzando una mirada tierna a Charlotte, que esta correspondió.

Lady Elizabeth y lord Davenport se levantaron, y abrazaron a la pareja. Estaban felices, pletóricos.

—¡Oh, qué alegría me dais! —dijo *lady* Elizabeth entusiasmada.

—Bueno, aunque en realidad, ya estabais prometidos —dijo lord Davenport sonriente.

—Lo sé, pero ahora podemos decir que ya todo se ha arreglado —sentenció Michael.

Se sentaron todos a la mesa, alegres y sonrientes, y comenzaron a trazar los

planes para la futura fiesta de compromiso, pues Michael y lord Davenport querían que se anunciara cuanto antes.

—Creo que el mejor lugar para hacerlo oficial es el baile de lord Grantham, que tendrá lugar en tres semanas. Es un viejo amigo de la familia y estará encantado de acoger el anuncio del compromiso —sentenció lord Davenport.

—Por mí está bien —dijo Michael.

Charlotte se inquietó ante esa rápida toma de decisiones. Seguía sin hacerle gracia la idea de ir a Londres.

—¿Es necesario anunciarlo allí? Podemos esperar, o hacerlo de una forma más discreta, ¿no? —dijo con nerviosismo.

—Charlotte, querida, somos los Davenport y debemos anunciar estas cosas en nuestro círculo social, que a su vez se mueve en la temporada de Londres —dijo lord Davenport.

—Lo sé, milord, pero es que, verás, yo no soy de alta alcurnia, y no creo que a la gente de su círculo le haga gracia —insistió Charlotte.

Michael en ese momento intervino.

—Me importa un bledo lo que opine la gente de mi compromiso contigo. Yo quiero casarme contigo y lo haré, digan lo que digan.

—Lo sé, Michael, es solo que... Bueno, es todo tan... —No supo encontrar la palabra para describir el pavor que sentía ante aquella gente que siempre la había despreciado.

—Tranquila, querida, solo anunciaremos el compromiso y después empezaremos a planear todo lo demás. Debemos ser comprensivos con estas cosas, Charlotte no conoce bien el protocolo —dijo *Lady Elizabeth*.

—Tú solo piensas de divertirte, en bailar con tu prometido y en despertar mucha envidia —sentenció Michael con una sonrisa.

Charlotte no estaba muy tranquila, pero decidió no pensar más en ello. No quedaba más remedio que seguir las reglas, puesto que los Davenport eran una familia influyente de la alta sociedad. Había pasado tanto tiempo entre ellos que a veces se le olvidaba quiénes eran.

Después de desayunar, Michael se reunió con su abuelo, como casi siempre hacía, ahora más que nunca para discutir asuntos familiares. *Lady Elizabeth* estuvo toda la mañana dando instrucciones al servicio para preparar el viaje del día siguiente a Lincoln, y Charlotte aprovechó para quedarse leyendo en

la biblioteca, aunque apenas podía concentrarse y acabó dejando la lectura para observar el paisaje. Todavía estaba asimilando lo que estaba sucediendo. Ahora era oficialmente la prometida de Michael, pero no solo eso, sino que su amor había sido por fin correspondido, después de muchos años. A pesar de que tenía pensamientos felices, la sombra del miedo siempre se cernía sobre ellos.

No quería perder el tiempo con remordimientos, así que intentó hacer desaparecer los malos augurios y disfrutó de las vistas exteriores. Las praderas estaban pobladas de flores silvestres de distintos colores que el viento mecía a su antojo. El sol brillaba con intensidad, y aquel día no había rastro de nubes. Era un día estupendo. Al estar absorta en el paisaje, no se dio cuenta de que alguien había entrado en la habitación. No tardó en percatarse de su presencia porque unos fuertes brazos la envolvieron.

—Hola, mi amor —dijo Michael apoyando su cabeza en el hombro de Charlotte.

Esta correspondió al gesto agarrando sus antebrazos con las manos y apoyando su mentón en ellos.

—Hola —dijo ella sonriente.

Entonces se giró y Michael descendió sobre sus labios para darle un tierno beso. Sin dejar de abrazarla dijo:

—¿Qué has estado haciendo?

—Pues, mirar por la ventana, básicamente.

—Eso no puede ser, vamos a dar un paseo, hace un día fantástico.

Minutos después ambos estaban fuera de la casa, paseando cerca del arroyo. Allí se sentaron a la sombra de un árbol, el uno junto al otro, agarrados de la mano.

—Bueno, ¿qué te inquieta tanto de Londres? Esta mañana te pusiste muy nerviosa ante la idea.

Charlotte suspiró.

—Verás, es que no me gusta mucho ir allí.

—Charlotte, no tengas miedo de que me vaya con otra, eso no va a ocurrir. Por favor, confía en mí, yo te amo.

—Michael, no es eso. Yo confío en ti. Es que no me gusta el escrutinio al que nos someterán por el hecho de que yo no sea de familia noble.

—Eres hija de un héroe de Waterloo, eso es más valioso que cualquier título. Además, eres la mujer a la que he elegido. La mujer a la que amo, y ante eso nadie se interpondrá.

—Lo sé, puedes ser muy testarudo —dijo Charlotte con una sonrisa.

—Me conoces bien —dijo sonriente Michael.

—Pero hay algo más —dijo Charlotte cabizbaja.

—¿Por tu padre? —Michael enseguida comprendió lo que sentía.

—Sí. El año pasado fue una pesadilla, y tengo miedo de que se vuelva a repetir.

—Pero, Charlotte, esas fueron circunstancias distintas. En esta ocasión será algo bueno.

—Lo sé, pero no deja de inquietarme. Además, si por mí fuera, yo me casaría mañana en Gretna Green, los dos solos, o solos con nuestras familias.

—¿En Gretna Green? Vaya, señorita Beverly, es usted muy aventurera —dijo Michael sorprendido.

—Tú ya me entiendes. Yo solo quiero estar contigo, aunque sea en un lugar recóndito.

Esa declaración enterneció a Michael. Charlotte solo deseaba estar a su lado, en cualquier lugar y de cualquier manera, sin formalismos. En ese momento, agarró el rostro de Charlotte entre sus manos.

—Yo también. De hecho, estoy deseando que llegue nuestra boda para poder estar solo contigo.

Entonces, el deseo se apoderó de él y besó a Charlotte apasionadamente, como si se fuera a acabar el mundo. En un instante ambos estaban tumbados, Charlotte lo estrechó entre sus brazos y se olvidaron de todo. Él la besó en los labios, saboreándolos, y después besó sus mejillas y su cuello. Charlotte sentía que estaba en el paraíso, había soñado tantas veces con estar allí entre sus brazos. Se sentía segura, querida y protegida. Confiaba en Michael, sabía que él la amaba y que nadie se interpondría entre ellos. Charlotte también sintió deseos de que se casaran pronto, porque quería saber más sobre Michael, amarlo plenamente. Cuando Michael empezó a deslizar su mano hacia su pecho, Charlotte lo detuvo, a pesar de que en esos momentos sus ojos estaban llenos de pasión.

—Michael, debemos esperar —dijo ella casi en un susurro.

Michael lanzó un suspiro desesperado, pero entendía que debían esperar, aunque ambos se desearan. En ese momento, se retiró y se incorporó para sentarse donde estaba antes. Ambos estaban exhaustos, pero al mismo tiempo felices. Pasados unos minutos decidieron volver a la casa.

CAPÍTULO 10

Bristol

«Querida Jane:

Te escribo para saber cómo va todo y además por qué debo darte una importante noticia. Finalmente, después de mucho tiempo, Michael me ha pedido que me case con él. Es oficial, estamos enamorados. Tantos años de espera han merecido la pena, y en un mes anunciaremos nuestro compromiso en Londres.

Estoy muy emocionada, tanto que apenas puedo mantenerme sentada, porque tengo ganas de dar saltos de alegría. A partir del anuncio de nuestro compromiso, empezaremos con los preparativos. Me gustaría que nuestra boda se celebrara en Horton Hall, ya que, para mí, como sabes, es un lugar especial. Estoy deseando veros y compartir mi felicidad con vosotros.

Sé que ahora mismo estarás inquieta por las circunstancias que han rodeado este compromiso, yo también tengo inquietudes, pero deseo ser feliz y por ello prefiero apartar mi miedo a un lado. Si algún día Michael descubre la verdad, espero que su amor por mí le dé la fuerza suficiente para perdonarme y entenderme.

¡Oh, Jane! Lo amo mucho, y estoy deseando ser su esposa. Deseo que todo marche bien y podamos ser felices juntos. Es probable que tengas dudas de sus sentimientos hacia mí, pero te aseguro, hermana, que él me corresponde igual que yo a él, que su amor es auténtico y que cuida de mí.

Ya te iré contando cómo marchan las cosas, espero veros pronto.

Un abrazo,

Charlotte».

Jane dejó la carta sobre la mesilla que tenía delante. Daniel estaba delante

de la chimenea jugando con un caballo de madera, y su hija Amy reía en los brazos de su padre. Jane estaba intentando asimilar la noticia. Después de tantos años, Michael Davenport había correspondido al amor de Charlotte e iban a casarse. Aún no se lo creía. De repente, un escalofrío le recorrió la espalda. Temía por su hermana. ¿Qué pasaría si Michael descubría la verdad? Nunca se habían amado con anterioridad, y su compromiso había sido pactado sin su consentimiento. Conociendo el carácter irascible de aquel hombre, sabía que la cosa no saldría bien, que habría marejada, tormenta, rayos y truenos, y que Charlotte no saldría bien parada de aquello. Entendía que Charlotte era mayorcita para saber eso, y para decidir su futuro. Por dentro, Jane se preparó. Sí, estaría preparada para acoger a su hermana en caso de que las cosas salieran mal, no la dejaría sola, y la defendería contra viento y marea.

Marley House, Surrey

Henry Crawford entró en el comedor para desayunar en casa de sus padres en el condado de Surrey, bastión de los Crawfords desde hacía tres siglos. Mientras sus padres ya estaban degustando su desayuno, Henry se sentó para ser servido al tiempo que el mayordomo les repartía el correo. Henry recibió una misiva desde Horton Hall de su amigo Michael. Llevaba semanas recibiendo correo de su amigo inseparable, en cuyas cartas solo se deleitaba hablando de Charlotte Beverly. Desde que había vuelto de Horton Hall, antes del regreso de la mujer en cuestión, había observado con cierto divertimento la impaciencia de su amigo ante la ausencia de la dama. Se pasaba el día distraído, pensando en ella, preguntándose cuando regresaría, incluso preguntándole a él cuánto tiempo, según el protocolo, debía estar Charlotte acompañando a su hermana después del nacimiento de su sobrina. Era claro que ambos estaban hechos el uno para el otro, él lo sabía desde hacía años. Decidió abrir la misiva para saber qué novedades le contaría Michael:

«Querido Henry:

Tengo que contarte una importante noticia que me hace muy feliz. Dentro de unos meses, la señorita Charlotte Beverly me hará el honor de ser mi esposa. Ahora mismo quiero informarte de que soy el hombre más feliz de la Tierra. Sé que probablemente ya te escribí estas palabras en el pasado, aunque no lo recuerdo. Lo importante es que anunciaremos nuestro

compromiso ante la alta sociedad en Londres, y quiero que nos acompañes en tan importante momento. Por supuesto, deseo pedirte que me hagas el honor de ser mi padrino, no habría nadie mejor que tú para semejante cometido.

Espero verte pronto. Ya te iré contando más detalles.

Un saludo,

Michael».

Henry recibió la noticia con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba muy satisfecho ante aquel acontecimiento. Por fin, Michael se casaría y, además, con una mujer a la que Henry apreciaba mucho. Serían muy felices, de eso estaba seguro. Lo único por lo que rezaba en esos momentos era porque Michael no recuperara su memoria. Sus padres al verlo tan sonriente le preguntaron cuál era la buena nueva:

—Pues que en unos meses habrá boda entre dos personas muy queridas para mí. Madre, pronto podrás decirles a tus amigas que *sir* Michael Davenport se casa. Solo te pido que esperes a que lo anuncien —sentenció Henry en tono burlón, sabiendo que a su madre le encantaba hablar de la vida de los demás. Desde luego, era estupendo empezar el día con buenas noticias, pensó.

Lincoln

El hogar que *Lady* Elizabeth había heredado de su familia, Lowell House, estaba situado a pocos metros del centro histórico de Lincoln. La casa no era muy grande, si se la comparaba con Horton Hall, aunque tampoco era modesta. Contaba con cuatro habitaciones, dos salones, comedor, cocina y un bonito jardín, no muy grande, pero agradable. Aquel lugar se había convertido en su residencia habitual desde que enviudara. *Lady* Elizabeth era un personaje muy respetado entre la alta sociedad de la ciudad, pero también entre la gente más humilde. Siempre estaba a la cabeza de cualquier iniciativa relacionada con la ayuda a los más necesitados.

Michael y Charlotte se instalaron en la casa y, ya desde su llegada no habían parado de hacer turismo, visitando la catedral y recorriendo las hermosas y empinadas calles de la ciudad. También aprovechó *lady* Elizabeth para presentar a Charlotte a sus amistades, aunque sin desvelar que era la prometida de Michael.

Ambos se mostraban pletóricos, risueños y felices. Michael estaba

deseando gritar a los cuatro vientos que Charlotte iba a ser su esposa. Era un hombre enamorado que no era capaz de ocultar lo que sentía, y que estaba sufriendo por el hecho de tener que fingir que Charlotte no era más que una amiga de la familia. Se resarcía siempre acariciando su mano a escondidas, robándole un beso cuando nadie miraba o agarrándola del brazo para fingir que la ayudaba a caminar y así estar siempre cerca de ella. Charlotte también sufría por dentro, solo quería estar con Michael, y por fin culminar el sueño de su infancia. Le parecía divertido y sorprendente la faceta traviesa de su prometido, que en cuanto se descuidaba le plantaba un discreto beso en la mejilla y a veces en los labios.

Una noche, Michael y Charlotte se quedaron a solas en uno de los salones después de cenar. *Lady Elizabeth* se retiró enseguida debido al cansancio y entonces ambos aprovecharon para sentarse juntos, prácticamente abrazados. En ese momento, Michael habló:

—Charlotte, quiero darte algo.

Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una pequeña caja recubierta de terciopelo. Abrió la caja y le mostró un anillo de oro, con un pequeño zafiro en forma romboidal engarzado con cuatro diminutos brillantes. Charlotte se quedó asombrada.

—Oh, es muy hermoso.

—Quiero que lo lleses. Este será nuestro anillo de compromiso. Ha formado parte de mi familia desde hace dos generaciones. Mi madre encargó que lo arreglaran para que pudieras llevarlo. Fue el anillo de compromiso que le dio mi padre cuando se casaron.

Michael agarró la mano de Charlotte y puso el anillo en su dedo anular. Charlotte no pudo evitar emocionarse y sonreír.

—Es todo un honor llevarlo —dijo emocionada.

—Y para mí es un honor que lo lleses. Fue creado para mi bisabuela, *lady Anne Davenport*. Desde entonces, todas las prometidas de los herederos lo han llevado. Y ahora es tuyo, hasta que lo lleve nuestra nuera o una de nuestras hijas.

Charlotte sonrió y en un impulso repentino abrazó a Michael en señal de agradecimiento. En ese momento, él se separó un poco y besó sus labios con ternura, despacio. Quería saborearla plenamente mientras la estrechaba entre

sus brazos. Michael sentía que su corazón se desbocaba, no recordaba haber amado así nunca, y tampoco haber sentido una felicidad más plena. Charlotte se sentía feliz como aquel que por fin veía correspondido su amor después de un largo tiempo de lucha interna, que casi lleva a la rendición y al abandono ante el panorama imposible que siempre se le presentaba, y que finalmente podía saborear el triunfo.

Al día siguiente, *lady* Elizabeth llevó a Charlotte de compras sin la compañía de Michael, algo por lo que este protestó. A pesar de las quejas, ambas fueron a una tienda de moda de confianza, pues allí era donde *lady* Elizabeth encargaba todo su vestuario. Según le contó a Charlotte, solía ir con su madre a esa tienda cuando aún estaba soltera. La dueña era amiga íntima de su madre, y allí había encargado su vestido de novia. Confiaba plenamente en la modista, que según decía ella «Hace un trabajo excelente, mejor que algunas boutiques de Londres».

Le dijo a Charlotte que encargarían los vestidos para la temporada de Londres y que empezarían a preparar el diseño para el vestido de novia.

—Pero solo si tú quieres, imagino que querrás que tu hermana esté contigo también para ayudarte —recalcó *lady* Elizabeth.

—Bueno, me siento muy halagada y confío en su criterio. Aunque no sé si será precipitado empezar ahora con los preparativos.

—Oh, querida. Cuando se anuncie el compromiso, no tendrás mucho tiempo. Preparar una boda es una tarea ardua, y es mejor ir empezando ya, créeme.

Pese a que Charlotte seguía creyendo que todo era precipitado, cedió finalmente.

—De acuerdo, podemos discutir algún diseño.

Lady Elizabeth sonrió ante el triunfo.

—Mira, podemos ver algunas telas y velos, y más adelante, ya cuando tu hermana pueda acompañarnos, elegimos todo lo demás. Mejor que haya seis ojos, así podemos tener más opiniones —zanjó el asunto sonriente.

Se pasaron todo el tiempo eligiendo diferentes telas para los vestidos que llevaría en la temporada, y se acordó que todo estaría listo para antes de partir a Londres, y que se enviarían a Horton Hall. Después estuvieron echando un vistazo a los velos, y uno captó la atención de Charlotte. Era una fina tela de

seda, con encajes en forma de pequeñas flores que caían en cascada, le pareció una prenda preciosa.

—¿Te gusta? —preguntó *lady* Elizabeth.

Charlotte salió de su ensimismamiento, y respondió:

—Sí, es muy bonito, pero no sé si me quedará bien.

Enseguida, *lady* Elizabeth le indicó a la dependienta que la ayudara a probárselo. Charlotte finalmente se miró al espejo con el velo puesto, y le sorprendió lo que vio. Veía a una joven enamorada y muy bonita, cuyos ojos estaban iluminados y cuya piel estaba sonrosada. Nunca se había visto de aquella manera.

—Nos lo llevamos —dijo *lady* Elizabeth repentinamente.

Charlotte reaccionó rápidamente.

—Oh, pero, *lady* Elizabeth, es muy caro y no sé yo...

—He dicho que nos lo llevamos, y deja de protestar. El día de tu boda es irrepetible y, además, tenemos la suerte de tener dinero suficiente para permitirnoslo. Hay que aprovechar las oportunidades.

Después de realizar los encargos pertinentes, *lady* Davenport llevó a Charlotte a tomar un tentempié en una cafetería cercana. Mientras les servían el té y unos sándwiches fríos, *lady* Davenport comenzó a hablar.

—Sé que todo ha sido muy repentino, Charlotte. Ni lord Davenport ni yo esperábamos que finalmente esto ocurriera, aunque debo decirte que estamos muy felices por ambos.

—Gracias.

—Pero noto que algo te preocupa.

Charlotte agachó la cabeza. Sí, no podía negarlo, estaba preocupada.

—Bueno, es lógico tal y cómo han sido las cosas. No puedo evitarlo, temo que Michael...

—Descubra la verdad, lo sé. A mí también me preocupa, pero al mismo tiempo sé que tú eres lo mejor que le ha pasado a mi hijo en la vida. Yo quiero que sea feliz porque nunca ha podido serlo. Tener un padre ausente y una madre que casi siempre estaba triste ha hecho mella en su carácter. No ha visto amor entre nosotros.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de su té. Suspiró y continuó.

—Sé que vengo de un estamento social en el que el amor no forma parte de

los matrimonios, pues la elección de esposo o esposa se basa en la fortuna y en la posición social. Mis padres fueron así, nunca se amaron, pero sí llegaron a respetarse y a apreciarse, y, sobre todo, ambos cuidaron de nosotros, se preocuparon de nuestra educación y nuestro bienestar. Yo me enamoré, sí, ese fue mi error. Enamorarme de mi marido, de un hombre para el que yo solo era una fortuna, un compromiso. Michael fue mi salvación, todo el amor que tenía por Patrick intenté volcarlo en él, intenté aceptar que mi matrimonio era un fracaso, pero aun así sufrí. Por eso, siempre quise que Michael se casara por amor, que encontrara a alguien que le amara de verdad, y que ni él ni su esposa fueran desgraciados. Sé que vosotros seréis felices y, aunque tenga que mentirle y fingir, con tal de conseguir que sea feliz, entonces lo haré sin dudar, y tú también debes hacerlo, Charlotte. Sé que no quieres mentirle, sé que esto te está suponiendo un compromiso y que querrías ser sincera con él, pero si hacemos eso, todo será un desastre.

—Pero ¿y si sucede algo que haga que recupere la memoria? ¿Qué ocurrirá entonces? —preguntó Charlotte con nerviosismo.

—Entonces lo afrontaremos de la mejor manera que podamos, intentaremos hacerle entender que simplemente queríamos que fuera feliz.

—Sé enfadaré y no me hablará jamás.

—No, su amor es más fuerte que el odio que pueda despertar una mentira.

—No es buena señal empezar algo con una mentira, al final, todo cae por su propio peso —sentenció Charlotte con tristeza.

—Querida, todo saldrá bien, no te angusties por algo que no ha ocurrido. Piensa que luego llegarás a casa y Michael solo querrá estar contigo. Aprovecha ahora que, cuando llevéis diez años casados, a lo mejor ya no es tan cariñoso —dijo *lady* Elizabeth sonriente intentado calmar los ánimos.

El resto del tiempo hablaron de la temporada de Londres, y de sus variopintos personajes, lo que arrancó una sonrisa ocasional a Charlotte.

Días después, ya luciendo Charlotte el anillo que le había regalado Michael como señal inequívoca de su compromiso, regresaron a Horton Hall, donde lord Davenport los esperaba impaciente. Nada más llegar, este le entregó una carta a Charlotte que había llegado mientras estaban en Lincoln. Miró el reverso y pudo comprobar que la carta era de Davis & Marley Publishing, una editorial londinense a la cual había enviado su manuscrito. La carta fue

toda una sorpresa, pues no había recibido respuesta alguna de ninguna editorial. Procedió a abrirla y a leer su contenido, mientras los Davenport la observaban algo nerviosos esperando saber qué decía la carta. A medida que iba leyéndola, su cara de preocupación acabó por dibujar una sonrisa, lo que dio a entender que la carta contenía buenas nuevas. Michael finalmente se apresuró a preguntar:

—Bueno, ¿qué dice? Nos tienes a todos en ascuas.

Charlotte lo miró sonriente y dijo alegremente:

—¡Davis & Marley van a publicar mi novela!

Todos dieron saltos de alegría, mientras Michael y Charlotte se abrazaban y besaban. Aquella noche lo celebrarían con una copiosa cena. Las cosas no podían ir mejor. Se casaría con el hombre de sus sueños y publicarían su novela. En esos momentos Charlotte sentía que estaba en una nube, que todo iría bien y que ya no tendría que preocuparse de nada.

Pero ocurre que, en la vida, cuando creemos que ya tenemos el cielo despejado y el tiempo será favorable para nosotros, aparecen de repente en el horizonte unas nubes negras que anuncian tormenta, avisándonos de que no siempre las cosas pueden salir bien, y que todo momento de felicidad trae consigo terribles y amargos momentos de dolor y sufrimiento. Aunque nunca sabemos cuándo pueden alcanzarnos esas nubes, pues estas no avisan ni siquiera con un sonoro trueno.

El día anterior a su partida hacia Londres había estado lloviendo copiosamente, y los rayos atravesaban el cielo iluminando las nubes y las praderas. Todo estaba preparado para el viaje, los vestidos que habían encargado en Lincoln ya estaban depositados en el baúl, y todos los sirvientes ponían todo a punto para la partida de sus señores. Con el paso de los días el nerviosismo de Charlotte había incrementado ante la inminente partida hacia Londres, a pesar de que debía estar contenta porque una de las primeras cosas que haría sería visitar la sede de Davis & Marley Publishing para hablar sobre su libro y discutir los términos de su publicación. Como al día siguiente debían despertarse temprano, todos se fueron a dormir pronto. A Charlotte no le costó demasiado dormirse porque estaba bastante cansada, y enseguida entró en un profundo sueño.

Una música de violines empezó a sonar, estaba en un salón de baile, no

sabía exactamente dónde, pero parecía Horton Hall. El salón estaba lleno de parejas que bailaban lo que parecía un vals, riendo y disfrutando de la mutua compañía. De repente, alguien la agarró del brazo, era Michael, que estaba acompañándola al centro de la pista de baile. Sin decir palabra alguna, la agarró y empezaron a bailar felices y sonrientes. En un momento dado, detrás de Michael apareció *lady* Ronwald, que se acercó a él y le susurró algo que Charlotte no pudo escuchar. Automáticamente, este cambió la expresión de su rostro. Su mirada desprendía desprecio y odio, y enseguida la música se detuvo. Todas las parejas se pusieron en torno a ella, formando un círculo, y empezaron a rasgarle el hermoso vestido que llevaba. Mientras, Michael no decía nada, solo se reía al tiempo que disfrutaba de las atenciones de todas las damas del lugar. Charlotte cayó al suelo al tiempo que gritaba desesperadamente:

—No, por favor. Michael, ayúdame.

Este la ignoró, mientras todos la llamaban mentirosa, hipócrita y ramera. Finalmente, Michael le dio la espalda y se alejó mientras ella seguía implorando su perdón. De repente, todos se marcharon, y sintió como el frío y la oscuridad la envolvían. Ya no estaba en el salón, sino en el jardín, sola y sin apenas ropa. Llamaba sin parar a Michael pidiendo ayuda, llorando desconsolada. Notó en ese momento que alguien estaba intentando despertarla diciendo su nombre. Por fin abrió los ojos. Michael estaba allí, llamándola, mientras la tenía agarrada por los hombros.

—Menos mal, estabas teniendo una pesadilla —suspiró aliviado.

Charlotte se lanzó a sus brazos y empezó a llorar.

—Ya está, mi vida. Ya ha pasado, era solo una pesadilla —decía mientras le acariciaba el pelo.

Charlotte se calmó un poco, mientras Michael le agarraba ambas manos entre las suyas.

—Ha sido horrible—dijo.

—¿Qué has soñado?

Charlotte le contó parte de lo que había soñado, omitiendo parte del contenido para evitar que su prometido llegara a alguna conclusión peligrosa. Michael acarició a Charlotte en la mejilla intentando consolarla.

—Solo ha sido un mal sueño. Esto es producto de los nervios, estoy seguro.

Vamos a casarnos, vas a publicar un libro, la temporada de Londres. Es normal que estés nerviosa, pero no debes preocuparte, yo no me iré a ninguna parte.

—Michael, tengo un mal presentimiento. Por favor, insisto en que no vayamos a Londres. Sé que allí pasará algo malo.

Michael suspiró.

—Charlotte, ya te lo he dicho, no puedo hacer eso, tengo compromisos.

Charlotte agachó la cabeza.

—Ya verás como todo pasa muy deprisa, y cuando quieras darte cuenta estaremos inmersos en los preparativos de la boda. Entonces, querrás volver a la temporada de Londres —concluyó sonriendo sin dejar de acariciarla.

Charlotte hizo un esfuerzo por sonreír, no tenía otra elección, debía ceder. Michael decidió que ya era hora de marcharse, pues no era decoroso que estuvieran los dos solos allí. Cuando se levantó para alejarse, Charlotte lo agarró del brazo.

—¿Te marchas? —preguntó.

—Debo hacerlo.

Charlotte no quería que se marchara, no se sentía tranquila, lo necesitaba.

—Por favor, quédate conmigo esta noche.

Michael estaba sorprendido ante la propuesta. Estaba algo tenso, pero al ver la mirada triste de Charlotte, decidió ceder. No intentaría hacer nada y, en cuanto se quedara dormida, se iría a su cuarto para evitar tentaciones. Se metió en la cama, y se tumbó junto a ella. Frente a frente, Michael agarró su mano. Se dieron un beso de buenas noches. Charlotte se durmió casi al momento, pues se sentía segura con Michael. Su olor, su calor, y su presencia la hacían sentir que nunca podría ocurrirle nada malo. Michael se quedó observándola un buen rato mientras ella dormía. Qué bonita estaba, tenía muchas ganas de compartir lecho con ella, de abrazarla, tocarla, besarla. A pesar de que tenía pensado irse cuando ella se durmiera, él también se quedó dormido.

A la mañana siguiente, consiguió despertarse antes de que el servicio subiera a las habitaciones, pero antes le dio un beso a Charlotte en la frente. Había dormido plácidamente, y se sentía muy feliz. No pudo evitar suspirar al ver su rostro dormido, pues no le gustaba la idea de marcharse, pero debía

hacer las cosas bien. Cerró la puerta tras de sí y pensó en lo afortunado que era.

CAPÍTULO 11

Kenton House, Londres

Después de un largo e intenso viaje por caminos llenos de barro, los Davenport, acompañados de Charlotte Beverly, llegaron a Londres. La noticia llegó enseguida a oídos de todos, incluyendo a *lady* Ronwald. Esta había permanecido en silencio todos estos meses, evitando mandar ninguna misiva a Horton Hall, por miedo a que se descubriera su romance. Estaba impaciente por ver a Michael, aunque en los últimos días había oído rumores un tanto extraños. Gracias a su amiga, *lady* Gerland, una de las cotillas oficiales de Londres, sabía que Michael Davenport padecía amnesia y que, por lo visto, no recordaba muchas cosas, probablemente una era a ella misma, y que, para colmo, la señorita Beverly había acompañado a Michael durante su enfermedad, y parecía ser que se mostraban muy cercanos.

Algunos ya hablaban de inminente anuncio de compromiso entre esos dos. A pesar de estar casada, *lady* Ronwald sentía que Michael Davenport era suyo en exclusividad y, por lo tanto, no le hacía ninguna gracia que este fuera a casarse, aunque fuera por conveniencia. Pero, teniendo en cuenta la posición social de aquella insignificante y poco atractiva criatura que era la señorita Beverly, no creía que ese fuera el caso. Debía hacer más averiguaciones.

Cuando Charlotte llegó a la entrada de Kenton House, no pudo evitar que amargos recuerdos regresaran a su mente. Esa casa le recordaba la tragedia familiar que había ocurrido hacía un año, y ya no le parecía un lugar tan maravilloso como antaño. Además, había que añadir la tensión y angustia con la que se enfrentaba a ese viaje. Solo la consolaba el hecho de pensar que estaría ocupada esos días en otros menesteres.

Al día siguiente de llegar a Londres, Michael acompañó a Charlotte a la sede de Davis & Marley Publishing, que se encontraba en Belgravia. Allí los esperaba Lewis Marley, que había sido el principal valedor de la novela frente a su socio. El señor Marley habló con entusiasmo de esta, alabando el trabajo y el talento de Charlotte. Discutieron los términos del contrato y los beneficios que Charlotte obtendría de las ventas del libro, que sería un buen porcentaje. Después los llevó a ver las instalaciones y la imprenta, y el señor Marley les comunicó que el libro se publicaría en unos tres meses.

Ambos salieron muy contentos del encuentro, y decidieron regresar a casa a pie. Iban agarrados del brazo, charlando alegremente, cuando de repente se encontraron con *lady* Ronwald. Charlotte se quedó paralizada, y Michael se extrañó ante esa reacción. Esta sonreía a Michael, pero él no la reconocía.

—Buenos días, *sir* Davenport, señorita Beverly. Hace un día espléndido, ¿no creen? —dijo *lady* Ronwald mientras lanzaba seductoras miradas a Michael.

Michael la miró extrañado.

—Disculpe, no recuerdo...

Lady Ronwald se acercó y alzó la mano para que se la besara.

—*Lady* Ronwald, somos viejos amigos, *sir* Davenport.

Charlotte se puso aún más tensa, mientras Michael le besaba el dorso de la mano a la dama en cuestión. Notó que Michael la miraba con interés.

—Será mejor que nos vayamos, nos están esperando, si nos disculpa —dijo Charlotte de forma atropellada mientras arrastraba a Michael con ella.

Lady Ronwald estaba satisfecha, había vuelto a captar su interés, como ya lo hizo en el pasado. Solo tendría que aprovechar cualquier ausencia de Charlotte para recordarle a Michael quién era ella. Mientras se alejaban, Michael seguía pensando en esa tal *lady* Ronwald.

—El caso es que me suena su cara —dijo distraídamente.

—Tiene una cara bastante común —dijo Charlotte nerviosa.

—No, no creo que sea común, de hecho, es hermosa.

Charlotte se detuvo en seco. Empezó a sentir una sensación amarga. Celos. Tomó aire, no quería decir nada, estaba muy tensa, eso no iba a salir bien. Se apartó de Michael, y este se percató de ello.

—Será mejor que volvamos rápido, tu abuelo y tu madre nos esperan.

De repente, Michael la agarró del brazo, la atrajo hacia así, y le dio un beso en los labios ante la mirada de los transeúntes. Cuando se apartó, a Charlotte le temblaban las piernas.

—No te pongas celosa porque, para mí, tú eres la más hermosa —dijo sonriente.

Charlotte no pudo evitar sonreír también. Michael siempre conseguía apaciguar sus dudas. Siguieron caminando agarrados y llegaron a Kenton House.

Aquella tarde recibieron la visita de Henry Crawford. Puso a todos al día de los últimos comentarios y rumores. Mientras Henry profundizaba con *lady* Elizabeth en los cotilleos ajenos, no pudo evitar observar la cara de preocupación de Charlotte. Él estaba al tanto de que *lady* Ronwald sabía lo que estaba pasando, y conocía bien el carácter posesivo y dominante de la dama. Él también estaba preocupado ante una posible ofensiva y lo que eso podría desatar. Antes de marcharse, aprovechando que Michael estaba distraído hablando con lord Davenport, se acercó a Charlotte.

—¿Ha ocurrido algo?

Charlotte lo miró sorprendida.

—Hemos visto a *lady* Ronwald.

—No la ha reconocido, ¿verdad?

—No.

—Entonces debemos estar alerta. Intenta que no se quede a solas con ella, yo intentaré ayudarte como pueda. Si se quedan a solas, ella le contará todo. Tengo entendido que está enfadada con el asunto, así que intentará echarlo todo a perder. No la dejes vencer, Charlotte.

Charlotte estaba aliviada ante la idea de contar con un aliado tan cercano, pero, por otro lado, su preocupación creció aún más. Las cosas se estaban poniendo feas.

Esa noche, Charlotte lució un vestido color melocotón con escote en forma de pico, y los hombros al descubierto. Michael no dudó en dedicarle atenciones y en decirle lo bonita que estaba. En aquellos momentos tan agrisados, necesitaba el consejo de su hermana, su apoyo, pero entendía que las circunstancias no eran propicias para contar con su presencia, ya que los niños eran muy pequeños y tanto Jane como Stewart no querían pasar tanto

tiempo lejos de ellos.

Desde el encuentro fortuito con *lady* Rowland, no había dejado de pensar en las intenciones de esta, más después de las palabras de advertencia de Henry Crawford. Era probable que intentara acercarse a Michael para recuperar sus atenciones. A pesar de que confiaba en él, se sentía insegura aún, y más ahora con *lady* Ronwald danzando alrededor. Tendría que estar junto a Michael todas las noches, aunque no le costaría mucho.

El primer baile fue en casa de *lady* Hubbert. A pesar de estar disfrutando de la velada, aún sentía una profunda tristeza al recordar el baile del año anterior, cuando su padre estaba allí con ella, y el amargo acontecimiento posterior. ¡Cómo lo echaba de menos al recordar cómo siempre la apoyaba en todo! Él siempre fue su amigo y confidente. Michael se reservó todos los bailes, con lo que dejó claro ante todos que Charlotte Beverly era algo más que una amiga. Estaba orgulloso de su prometida y de las miradas de admiración y envidia que todos les dedicaban.

Había visto a esa tal *lady* Ronwald, pero no se había acercado a saludarlos, tampoco le importaba. Según pudo observar, Charlotte estaba algo tensa desde que se encontraron con aquella dama en la calle, no sabía qué ocurría, pero desde luego era algo malo. Estaba seguro de que esa mujer había hecho daño a Charlotte y, si debía ser sincero, no quería estar cerca de ella. Disfrutaron alegres de todos los bailes, rieron y charlaron con todos, aunque aún no anunciarían el compromiso. Esperarían a la noche siguiente, pero ya estaban generando comentarios.

—Veo que su amigo, *sir* Henry, parece ilusionado —dijo *lady* Harris a Henry.

—Sí, eso parece —dijo este con algo de pasividad.

—Vamos, usted es el mejor amigo de *sir* Davenport, cuénteme lo que sabe.

—Lo siento, *madam*, pero no puedo revelar nada. Solo le diré que pronto se pondrán las cartas sobre la mesa.

Mientras charlaba y bailaba con diversas damas, no dejaba de vigilar los movimientos de *lady* Ronwald. Aquella mujer no se acercaría esa noche, estaba esperando el momento preciso para lanzarse a la ofensiva. Seguramente estaba encantada de amargarle la noche a la pobre Charlotte, que, a pesar de que estaba pasándose bien, no podía evitar mostrar a veces

un gesto de preocupación. *Lady Elizabeth* y lord Davenport parecían ajenos al asunto, era mejor así. Henry se había prometido así mismo que protegería a la pareja de arpías como esa, que solo buscaban su propia satisfacción amargando la vida a los demás. Sabía en lo más profundo de sí mismo que no era correcto en parte todo lo que estaban haciendo, era cierto, pero también consideraba que a veces en la vida había que hacer pequeñas trampas para poder obtener un pedazo de felicidad.

Ya de vuelta a *Kenton House*, y sin que hubiera ocurrido ningún incidente, todos marcharon a sus aposentos para descansar después de una velada llena de actividad. Cuando ya todos dormían, Charlotte, que no podía dormir, bajó al salón principal. Todo estaba a oscuras, así que llevó consigo una vela para evitar tropezarse. La casa estaba en silencio y el salón tenía como única iluminación la luz de la luna llena que atravesaba los cristales de las ventanas. Se sentó en uno de los sillones para observar la belleza de la luna, posada sobre un cielo londinense inusualmente despejado y plagado de estrellas. Era una noche hermosa, debía estar contenta por cómo marchaban las cosas.

Al día siguiente a esas horas ya todo Londres y todo el país sabrían que Charlotte Beverly iba a casarse con uno de los solteros más codiciados de toda Inglaterra. Todos la envidiarían y al mismo tiempo la admirarían. Le saldrían amistades por todas partes, todos querrían ser amigos cercanos y hablar con ella de cualquier cosa. Lo sabía bien, pues había visto el efecto que producía un buen compromiso en una muchacha anodina, a quien convertía de repente en la protagonista de todas las celebraciones de la alta sociedad. Era todo demasiado perfecto para ser verdad, y eso era lo que más miedo le daba. Necesitaba el consejo de su padre, que siempre era capaz de alejar sus miedos y reconfortarla. Tan absorta estaba en esos pensamientos que no se dio cuenta de la presencia de lord Davenport, que tampoco podía dormir.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —preguntó lord Davenport mientras se iba acercando a un sofá cercano.

—No, milord. Desde hace ya varios días el sueño me rehúye.

—Es lógico. Los nervios no son un buen remedio para el insomnio.

—¿Usted también está nervioso?

—Claro que sí. Van a ocurrir cosas importantes en esta familia y yo soy el

responsable de que todo salga bien. Pero estoy sinceramente más preocupado por ti que por Michael. Te angustia que descubra todo, ¿verdad?

—Sí, milord, es lo que más temo en este mundo. Él me odiará por haberle mentido, y no sé si podré sobrevivir a su rechazo.

—Claro que sobrevivirías. Eres más fuerte de lo que aparentas, de eso estoy seguro. Pero no creo que eso suceda.

—¿Cómo está tan seguro?

—Bueno, no lo sé, la verdad es que prefiero no pensar en algo que aún no ha ocurrido.

—¿Y si le digo la verdad? A lo mejor, si soy sincera, las aguas no serán tan turbias.

—No, no debes. Ahora no —sentenció lord Davenport.

Charlotte suspiró con amargura.

—Sé que quieres ser sincera con él, pero, créeme, ahora mismo no es una buena idea.

—¿Y cuándo lo será?

—Más adelante, tal vez, cuando llevéis tiempo casados.

—Esto no está bien.

—Lo sé, pero no siempre en la vida se llega al lugar adecuado de la manera correcta. Lo sé por experiencia.

—¿Qué quiere decir?

Lord Davenport suspiró y cerró los ojos, como intentando recordar algo del pasado remoto.

—Cuando me casé con *lady* Davenport, no la amaba, ni siquiera me gustaba, fue un matrimonio por obligación.

—Pero usted siempre ha dicho que amaba a su esposa —dijo Charlotte sorprendida.

—Sí, pero empecé a amarla tiempo después. Al principio, simplemente yacíamos juntos para engendrar un heredero, nada más, como cualquier matrimonio de nuestra condición. Yo sabía que era una buena mujer, agradable, con sentido del humor y práctica, pero prefería buscar la pasión en otros lados. Siempre había una mujer que saciaba mis deseos, y digo esto ahora con la mayor de las vergüenzas.

Charlotte estaba sorprendida ante esa revelación. Lord Davenport continuó:

—Tiempo después, cuando Patrick tenía unos cinco años, por accidente me vio coqueteando con una dama en Horton Hall. El niño, totalmente entristecido, le contó todo a su madre. Aquel día, mi esposa discutió conmigo por primera vez en su vida, diciéndome que ella ya sabía que tenía amantes, pero que, si quería coquetear, que lo hiciera lejos de allí. Incluso me llegó a plantear una separación formal, para así evitar que Patrick presenciara más encuentros como ese. Días después, un marido celoso me retó a un duelo, y caí herido por su espada. Mi esposa, que en ese momento estaba lejos de mí, acudió a mi lecho para estar a mi lado durante mi convalecencia, sin rastro de rencor ni odio ante el sufrimiento que le estaba haciendo pasar. Supe, por mi ayuda de cámara, que durante los dos días que yací inconsciente ella no se separó de mi lado. Aquel gesto me llegó al alma, y me di cuenta de lo ciego que había estado, cuando en mi hogar tenía por esposa a la mujer más leal y maravillosa del mundo. A partir de entonces, empecé a pasar tiempo con mi familia, y acabé perdidamente enamorado de mi esposa.

Lord Davenport hizo una pausa, y suspiró con amargura.

—Sé que mi conducta en los primeros años de mi matrimonio hizo que Patrick viera el matrimonio como algo malo. Empezó a imitar mi actitud altiva y temeraria de aquellos tiempos, y se ocupó de que su esposa respondiera igual que lo hizo su madre conmigo, de forma abnegada y sin rechistar. Durante mucho tiempo temí que Michael acabara así, por eso siempre le conté que mi amor por su abuela surgió desde el primer momento en que la vi. Ella me hizo ver el mundo de otra forma, tal vez de una forma extrema, sacrificando su reputación por mí y ayudando a ocultar mis faltas. Tú has hecho lo mismo por Michael entrando en su corazón con una mentira, pero al final has ganado su amor de verdad, por ser quien eres, por estar a su lado cuando todo era oscuridad en su vida. Sé que mi nieto ya no será capaz de odiarte nunca y que su corazón siempre te pertenecerá pase lo que pase.

Después de ese relato, ambos se marcharon a sus respectivas habitaciones y por fin, pudieron conciliar el sueño. La historia de lord Davenport había calado hondo en Charlotte, porque había visto el lado más vulnerable de aquel hombre adusto y casi inquebrantable, cuyos ojos se humedecían al recordar a su esposa. Él también debió sufrir mucho al perder a su mujer y a su hijo. Era un dolor que lo acompañaría hasta que su existencia se terminara.

Sí, era posible sobrevivir al dolor y convivir con ello, de eso estaba segura. Debía mirar hacia adelante y disfrutar del momento. Si algo cambiaba, sería obra del destino.

Llegó la gran noche. *Lady Ronwald* se preparaba para acudir al baile de lord Grantham, ayudada por su fiel sirvienta. Esa noche luciría un escotado y seductor vestido rojo. Revelaría toda la verdad, y por ello avisó a su sirvienta que dejara la puerta trasera abierta para que su amante pudiera entrar, pues su marido no estaba en Londres. Todo estaría listo para volver a vivir una noche de pasión junto al hombre que la volvía loca. Ya lo estaba deseando.

Mientras, en Kenton House, Jennifer terminaba de arreglar el pelo de Charlotte cuando alguien llamó a la puerta. Apareció Michael, que iba vestido muy elegante con un traje de color negro y corbata blanca. Jennifer decidió que era buen momento para marcharse y dejar a la pareja sola, y cerró la puerta tras de sí. Michael se acercó a su prometida y agarró su mano, para besarle el dorso.

—Estás preciosa —dijo sonriente.

—Gracias, tú también estás muy apuesto —respondió Charlotte.

Michael llevaba en la mano un estuche y decidió revelar su contenido.

—Tengo algo para ti. Me gustaría que te lo pusieras esta noche. Lo encargué a nuestro joyero de confianza.

Al abrirlo Charlotte pudo ver una cadena de oro con un broche en forma de corazón en el medio.

—Cógelo y abre el broche —indicó Michael.

Abrió el broche en forma de corazón y en su interior había grabada una inscripción.

«Te entrego mi corazón. Te amo, M.D.».

Charlotte no pudo evitar emocionarse, y sus ojos se humedecieron.

—Oh, Michael, es precioso —dijo emocionada.

Ambos se fundieron en un abrazo, y se besaron con pasión. Cuando se separaron estaban felices y emocionados. Michael le puso a Charlotte el collar y cuando terminó depositó un beso en su cuello. Abrazó a su prometida y ambos se quedaron observándose en el espejo.

—Voy a ser la envidia de todos los caballeros esta noche —dijo Michael triunfal.

—Creo que exageras.

—Ni hablar, no exagero. Eres preciosa.

—Soy una más, lo que ocurre es que tú me ves con ojos de enamorado.

—No te subestimes. Ya verás esta noche cuando tenga que espantarlos a todos.

Ambos se rieron. El reloj de la habitación indicó que era hora de marcharse.

—Michael, debemos irnos, deben estar todos esperando.

Michael no quiso separarse de ella, y la estrechó más entre sus brazos.

—Pues que esperen, quiero estar más tiempo contigo —dijo mientras le besaba el cuello.

—Michael, por favor —dijo Charlotte casi en un suspiro. Ella tampoco quería irse, solo quería quedarse allí con él.

Alguien llamó a la puerta y entonces entró *lady* Elizabeth. En ese momento Charlotte lo apartó de un suave empujón, aunque Michael mantuvo su mano en su cintura.

—Pero ¿qué hacéis vosotros dos? Venga, que ya estamos todos listos.

Todos se subieron en los respectivos carruajes y en pocos minutos llegaron a casa de lord Grantham.

En el concurrido salón de baile de lord Grantham, se podían ver las mismas caras que habían estado en casa de *lady* Hubbert, incluyendo a *lady* Ronwald y su impresionante vestido, que hizo que prácticamente todos los caballeros de la sala dirigieran sus miradas hacia ella. Como la noche anterior, Michael y Charlotte bailaron juntos todo el tiempo, mientras lord Davenport buscaba a lord Grantham para poder comentarle el anuncio que querían hacer aquella noche. Henry Crawford ya estaba por allí, charlando con diversos invitados.

—Henry, veo que estás ocupado —dijo Michael saludando a su amigo.

—Sí, ya sabes, padre quiere que hable unos cuantos asuntos sobre nuestras tierras con los Fairchild. Puede salir un próspero negocio de aquí.

—Bueno, esta noche sí que saldrá algo bueno —replicó Michael satisfecho.

—Vaya, así que por fin esta noche anunciarás la buena noticia.

—Sí, ahora mismo, amigo mío, soy el más feliz de los mortales.

—No me extraña. Estoy deseando ver las caras de asombro de algunos de estos personajes que pueblan esta, nuestra alta sociedad.

—Será divertido.

Ambos rieron y a continuación volvieron con sus respectivas compañías. Todo debía salir según lo previsto, pensaba Henry, aunque llevaba rato sin ver a *lady Ronwald*, y eso lo preocupaba. En esos momentos andaba Henry distraído, cuando una dama se acercó a Michael y Charlotte mientras se disponían a volver a sus sitios después del vals. *Lady Ronwald* agarró el brazo de Michael.

—*Sir Davenport*, ¿me haría el honor de concederme el siguiente baile?

Charlotte se tensó y se puso pálida, detalle del que Michael no se percató. Michael no vio problema en concederle el baile a dicha dama, por simple cortesía.

—¿Te importa? —dijo Michael.

Charlotte no sabía qué responder. Claro que le importaba, pero tampoco podía impedirselo, al fin y al cabo, era libre de hacer lo que quisiera. Lo único que pudo hacer fue mover la cabeza en señal de negación y sonreír. Mientras, *lady Ronwald* la miraba con sorna y maldad. El miedo se apoderó de Charlotte y de Henry en cuanto vio la escena.

Empezaron a bailar y *lady Ronwald* parecía estar disfrutando, al igual que Michael, aunque este de forma inocente. En un momento dado, esta se acercó a su oído y le susurró:

—Venga conmigo al patio, tengo algo importante que contarle.

Michael se inquietó. Desde que se había acercado a esa mujer, sentía que algo no iba bien, algo estaba ocurriendo y él no sabía el qué. No había podido evitar percatarse del nerviosismo que mostraba Charlotte ante aquella mujer. Decidió escabullirse con ella y saber qué era lo que ocurría. En esos momentos, Charlotte entró en pánico, los había perdido de vista. Henry se reunió con ella para saber qué ocurría, y ambos se dispusieron a buscarlos. Finalmente llegaron a la entrada del patio donde vieron sus figuras al fondo.

—Michael, sé que has perdido la memoria, pero déjame que te diga que te están engañando.

—¿Qué quiere decir? —dijo Michael ofendido.

—Charlotte Beverly no era tu prometida, aunque tu abuelo siempre quiso que te casaras con ella. Era amiga de la familia y él consideraba que podría ser una buena esposa. Después del accidente, tu familia decidió que como habías perdido la memoria, era mejor hacerte creer que amabas a esa

muchacha anodina y ridícula, para así facilitar las cosas, y te hicieron creer que estabais prometidos.

Michael la miraba asombrado. No podía creer lo que estaba escuchando. No podía ser verdad. Charlotte no haría eso.

—Ella colaboró gustosa, no te creas. Esa mosquita muerta siempre te ha perseguido. Hija de un capitán sin título ni posición social, qué mejor que casarse con un heredero de una de las mayores fortunas del país. Era el plan perfecto. Por supuesto, ella no te quiere, eso tenlo por seguro, solo has sido un peón en el ajedrez. Te han utilizado, pero yo estoy aquí para ayudarte a recordar.

De repente, Michael notó un fuerte dolor de cabeza, se estaba mareando y se sentó en el suelo agarrándose las sienes con las manos. Todos los recuerdos aparecieron de golpe uno tras otro. El pasado regresaba de forma abrupta y le recordó el desprecio que sentía por Charlotte Beverly, cómo era él antes, sus amantes, su vida social, y siempre presente la oscura figura de la señorita Beverly. Sí, lo habían engañado todos, solo para que él cediera y se casara. Habían demostrado ser buenos estrategas y sobre todo ella, Charlotte. Era muy buena actriz, había fingido ser una muchacha tímida, pero al final había demostrado ser la peor de las cazafortunas. En ese momento, apareció ante él el objeto de su odio. Estaba allí de pie, con el rostro pálido, aterrado y temblando. Al lado, su amigo Henry, que se enfrentó a *lady* Ronwald.

—¿Qué le ha contado? —le gritó.

Michael se quedó atónito. Henry también formaba parte de aquella trama. Se levantó y se dirigió a Charlotte Beverly sin apartar los ojos de los suyos. Cómo la despreciaba. Su odio era proporcional al amor que le profesaba momentos antes. Qué ciego había estado y qué estúpido había sido. La agarró del brazo fuertemente.

—Michael, por favor, me haces daño —dijo ella asustada.

—¡Cállate! —le dijo furioso.

Entraron en el salón discretamente, nadie se había percatado de nada. Henry lanzó una mirada feroz a *lady* Ronwald antes de marcharse tras ellos. Llegaron ante lord Davenport y *lady* Elizabeth, que ante el panorama que divisaron se miraron el uno al otro alarmados.

—Nos marchamos —dijo Michael.

—¿Cómo? —dijo *lady Elizabeth*.

—Aquí no hay nada que anunciar, nos marchamos todos. Tenemos que hablar —insistió Michael.

Lord Davenport se dirigió a lord Grantham para anunciarle su marcha y cancelar el anuncio previsto. Después, todos se apresuraron a regresar a Kenton House. Cuando llegaron a la mansión, todos se dirigieron al salón. Charlotte ya tenía lágrimas en los ojos.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando aquí? —preguntó furioso lord Davenport.

—Eso tendría que preguntarlo yo, querido abuelo. ¿Qué ha estado ocurriendo estos meses? —replicó Michael.

Lady Elizabeth reconoció el cambio en Michael. Lo sabía todo. Estaban perdidos. De repente, se puso pálida.

—Querida madre, ¿te sientes bien? No te preocupes, puedes estar orgullosa, hiciste un buen trabajo engañándome de forma tan brillante. Me alegra que mi familia se haya unido para arruinarme la vida —terminó con un grito.

—Michael, no te hemos arruinado la vida. De hecho, la hemos mejorado —contestó lord Davenport con calma.

—¿Ah sí? ¿Y cómo sabes eso? Siempre sabes lo que me conviene, ¿eh? Siempre lo has sabido. Siempre controlando nuestras vidas. Tenemos que vivir nuestra vida según tu criterio, ¿verdad?

—Michael, por favor, escúchame —dijo Charlotte débilmente.

—¡Tú te esperas! Aún no he empezado contigo —dijo Michael.

Charlotte apartó la mirada.

—Yo nunca amé a esta mujer, nunca la quise. Y cuando tuve el accidente, mi amnesia jugó a favor de vuestros planes. Es así de sencillo. No os perdonaré nunca que me hayáis usado de esa manera. ¿Me oís? ¡Nunca! —gritó.

—Tú no debes perdonarnos nada, eres un Davenport y tienes unas obligaciones que cumplir. Y te casarás para cumplirlas —espetó lord Davenport.

—Pues a lo mejor sería bueno dejar de ser un Davenport —contestó Michael.

—Michael, ¿qué estás diciendo? —dijo *lady Elizabeth* alarmada.

—Pues que no quiero formar parte de esta familia. No quiero vivir bajo el mismo techo que vosotros. Me siento traicionado y manipulado. ¡Os odio a todos y no quiero veros nunca! —gritó exasperado.

Lady Elizabeth empezó a llorar de forma desconsolada. Lord Davenport se acercó a ella para abrazarla.

—Vámonos, Elizabeth. Ya recobraré el sentido —dijo lord Davenport mientras se llevaba a *lady Elizabeth* hacia la puerta.

Charlotte decidió acompañarlos, pero una mano que agarraba su brazo se lo impidió.

—Espera, que aún tengo que hablar contigo —dijo Michael en tono agresivo.

—Michael, déjame explicarte las cosas. Yo quería decírtelo en el momento adecuado, pero no fui valiente. Tenía miedo de que reaccionaras así.

—¿Así cómo, querida? —dijo Michael en tono sarcástico.

—Como lo estás haciendo ahora —dijo ella nerviosa.

—¿Sabes una cosa? Pienso que, debajo de ese aspecto simple y aburrido, hay una buena actriz, una mujer astuta, que sabe jugar bien sus cartas. Sí, lo hiciste bien —decía mientras se paseaba por la estancia—. Conseguiste que me enamorara de ti. Que te deseara, que quisiera casarme contigo. Me convertí en tu esclavo, podías hacer de mí lo que quisieras.

Charlotte sintió cómo su corazón se desgarraba por dentro al entender la verdad que llevaban esas palabras consigo.

—Pero quiero que sepa, señorita Beverly, que a partir de ahora todo ha acabado entre nosotros. —Hizo una pausa, se giró y la miró con intensidad a los ojos desde la distancia—. Solo quiero saber una cosa. —Se detuvo, como pensando bien lo que iba a decir a continuación—. Realmente, ¿todo fue por el dinero y la posición, o de verdad había algo de amor?

Charlotte lo miró a los ojos, tragó saliva y habló.

—Siempre te amé, desde que era niña. Nunca tuve motivos ocultos, siempre fui clara.

—¿Ah sí? —preguntó sarcásticamente.

Charlotte tomó aire, debía exponer las cosas de otra manera.

—¿Qué harías si tuvieras la oportunidad de alcanzar la felicidad plena, pero la forma de llegar a ella no fuera la correcta? Si tuvieras la oportunidad de

amar a la persona que nunca antes te ha correspondido, si por un momento pudieras hacerle ver que la idea que tiene de ti es errónea, ¿no intentarías llegar a su corazón saltando todos los obstáculos? Sé que estuvo mal engañarte, pero es que no tuve otra opción.

—¡Siempre hay otra opción!

—¡Contigo no la había! Si has recuperado la memoria, recordarás cómo me tratabas, pero no recuerdas lo herida que me sentía porque ni siquiera te importaba.

Michael se quedó en silencio pensando en lo que acababa de decir. A pesar de que quería sentir odio por ella, en el fondo de su corazón quería perdonarla, pero no podía hacer eso, ya no confiaba en ella ni en nadie.

—No me arrepiento porque he podido vivir a tu lado, y he podido ser feliz por un tiempo. Puedes odiarme, no verme nunca, pero, por favor, no odies a tu familia porque podrías arrepentirte —dijo Charlotte.

—Fuera, lárgate de aquí y no vuelvas —sentenció Michael.

Charlotte salió por la puerta y la cerró tras de sí. Subió corriendo a su habitación. En cuanto llegó se sentó en la cama para intentar calmarse, pues lloraba desconsoladamente. Notaba cómo su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos. Hacía unas horas era una futura novia feliz y contenta, y ahora volvía a ser Charlotte Beverly, la insignificante criatura a la que Michael Davenport ni miraba. Todo había acabado. Había despertado de un sueño profundo, y se sentía cansada y exhausta. Había ocurrido lo inevitable y Michael tenía razón, al final no se podían justificar las mentiras, uno debía ser honesto con aquel al que ama porque, si no, todo se acababa.

No había visto a lord Davenport y a *lady* Elizabeth. Con seguridad, *lady* Elizabeth estaría llorando, y lord Davenport estaría a su lado intentando que viera las cosas de otra manera. Solo esperaba que Michael no fuera cruel con ellos, que fuera comprensivo, pues ambos solo buscaban su felicidad. Oyó un ruido fuera y se asomó a la ventana. Era Michael subido en su corcel. Salía de la casa, con seguridad para ver a *lady* Ronwald. Otra vez sintió ese dolor en el pecho, que le ardía por dentro.

Esa noche, aquella mujer y él se verían y disfrutarían el uno del otro. Aún recordaba las caricias de Michael y podía sentir el calor de sus labios en su cuello cuando la había besado horas antes. Deseó no haber sido tan correcta y

haberse quedado más tiempo entre sus brazos. Pero ya era tarde. Era hora de marcharse. No tendría tiempo de escribir a su hermana, así que se presentaría allí por sorpresa. Era el único lugar en el que podría refugiarse. Empezó a hacer las maletas lo más rápido que pudo, para coger la primera diligencia de la mañana. Cuando tuvo todo listo, abrió el broche por última vez y volvió a leer la inscripción antes de guardar el collar en su estuche. Dejó el anillo junto al estuche. Ya nada le pertenecía. Todas esas cosas eran de una futura novia. Ella ya no lo era.

Se dirigió a buscar a lord Davenport y *lady* Elizabeth. Ambos estaban en la biblioteca, y habían escuchado todo desde allí.

—Lord Davenport, *lady* Elizabeth, vengo a anunciarles que me marcho mañana a primera hora.

—Oh, querida, lo siento tanto. Siento que las cosas hayan sido así —dijo *lady* Elizabeth aún con los ojos húmedos.

—No se preocupe, estaré bien.

—¿Volverás a Bristol? —preguntó lord Davenport.

—Sí, milord. Volveré con mi hermana. No tengo otro lugar al que ir.

—Lo siento, Charlotte. No podré cumplir la promesa que le hice a tu padre.

—Estaré bien. Y no se preocupen, Michael volverá a su lado, en el fondo los quiere, pero comprendan que está enfadado conmigo. Todo se arreglará.

—Dios te oiga, Charlotte —dijo *lady* Elizabeth.

Ambas se fundieron en un cariñoso abrazo y, a pesar del esfuerzo por mantenerse serena, Charlotte no pudo evitar que una lágrima se deslizara por sus mejillas, señal de la indescriptible tristeza que la invadía en aquellos momentos. Ahora sentía el dolor de la tremenda bofetada que le había dado la realidad. Al momento volvió a su cuarto para ultimar los detalles de su marcha. No supo cómo fue capaz de subir las escaleras y llegar a su destino, pues sentía que la fuerza para seguir la había abandonado. Tal vez el deseo de regresar junto a su hermana, a un entorno que no le era hostil en esos momentos, fue lo que le dio el empuje suficiente para poner punto final a todo aquello.

Mientras, en casa de *lady* Ronwald, Michael ya estaba preparado para yacer con ella. Había llegado a toda prisa y le había devorado los labios con furia. Solo quería vaciar su mente, vengarse de todos, ser malvado. Disfrutó de la

pasión con *lady* Ronwald de manera salvaje y, cuando ambos llegaron al éxtasis, Michael se derrumbó a un lado.

Lady Ronwald dormía, pero Michael no era capaz de hacerlo. Todavía seguía pensando en Charlotte Beverly. La odiaba con toda su alma, pero ese odio, en vez de alejarla de sus pensamientos, hacía que apareciera todo el tiempo en su mente. No se sentía bien después de haber estado con *lady* Ronwald, no sentía satisfacción, nada. Solo sentía remordimiento y enfado porque sabía que la mujer que yacía a su lado había actuado solo en su propio beneficio. No debería haber ido allí, y no quería regresar. Aquella mujer había dejado de gustarle. Esa había sido la última vez. Así se lo hizo saber a la susodicha al día siguiente.

—¿Cómo? ¿Que me abandonas? —dijo enfurecida.

—No te abandono, solo pongo punto final a nuestros encuentros. Ya sabías que yo no me ato a nadie, y creo que ya hemos consumido la llama de la pasión lo suficiente.

—Esto es increíble. ¡No puedes hacerme esto!

—Puedo y lo haré.

—Es por ella, ¿verdad? Aún la quieres, a esa estúpida...

Michael empezaba a enfadarse y resopló algo molesto. Debía acallar las quejas de esa mujer, que ahora ya le resultaba odiosa.

—*Lady* Ronwald, ¿quiere que lleguen a su marido todas las cartas que me ha escrito?

Se puso tensa. Michael sabía cómo asustarla para así poder zanjar el asunto. Entre las damas de alta alcurnia siempre funcionaba así.

—Entonces, le agradecería que no se dirigiera a mí de ahora en adelante. Gracias por todo y que tenga un buen día.

Se marchó y, cerrando la puerta tras de sí, dejó a *lady* Ronwald sin palabras. La jugada le había salido mal y había perdido, y al final aceptó la situación con resignación.

En Kenton House, todo estaba listo, y Charlotte Beverly dejaba Londres con dirección a Bristol. *Lady* Elizabeth, lord Davenport y su criada, Jennifer, se despidieron de ella al pie de la diligencia, deseándole lo mejor entre sollozos. A pesar del resultado final, había llegado a considerar a los Davenport su familia y sintió una gran tristeza al tener que despedirse de

ellos. Solo rezaba por que Michael no les rompiera el corazón, porque nunca se sabía cuándo se podía perder a los seres más queridos.

Mientras, Michael había ido a hablar, o más bien a discutir, con Henry Crawford, pidiendo explicaciones de por qué se había metido en semejante lío. Henry lo hizo entrar en razón, pues sabía bien cómo manejar el carácter cabezota de su amigo, para que al menos acabara en buenos términos con su familia. Después de la intensa charla, regresó a Kenton House. Allí se encontró a su madre en el salón, pálida por la angustia. A pesar del enfado que aún tenía, no pudo evitar sentir una punzada de dolor en el corazón y decidió perdonarla. Ya había visto sufrir a su madre demasiado, no quería que fuera por su causa. Su abuelo no se encontraba allí. Casi era mejor, con él necesitaría mantener la distancia por el momento. Cuando se dirigía a su cuarto, Jennifer lo detuvo en el camino.

—Mi señor, la señorita Beverly me pidió que le entregara esto.

Jennifer sacó el estuche y un pañuelo de seda que parecía contener algo. Michael los cogió, abrió el estuche y después el pañuelo, y vio el collar y el anillo que él le había regalado. Se quedó en silencio, no sabía qué decir. Él pensaba que Charlotte Beverly solo buscaba su dinero, entonces, aquello no tenía sentido. Otra se los hubiera quedado.

—Gracias, Jennifer —dijo aún sorprendido.

Se dio la vuelta y fue a su cuarto. Dejó sobre la mesa el estuche y el anillo. Y, de repente, sintió curiosidad por saber si había sido eso lo único que había dejado atrás, así que decidió entrar en la habitación que había ocupado Charlotte en Kenton House. Entró y lo primero que sintió fue una sensación pesada, de enorme tristeza. Todo estaba vacío, la cama hecha, la cómoda y la mesa vacías. Entonces abrió los armarios. Estaban repletos de vestidos, todos los que le habían regalado mientras vivió con ellos. No se había llevado ni siquiera eso. No entendía nada de lo que ocurría. Decidió salir de allí. Sentía que le dolía el corazón. Debía olvidarse de ella, alejarla de sus pensamientos, y simplemente considerar que había sido un fantasma en su existencia. El tiempo lo haría posible.

CAPÍTULO 12

Bristol, un año después

Eran las siete de la mañana en el hogar de los Murray, un día cualquiera del mes de marzo. Ya desde muy temprano la actividad en la casa era intensa. Todos tenían algo que hacer. Mientras el señor Murray se preparaba para ir a su despacho como cada día, su mujer y su cuñada se dedicaban a atender a los pequeños de la casa con ayuda de Betty, la sirvienta, que llevaba trabajando para los Murray desde que eran unos recién casados. Daniel ya era un poco más mayor, había cumplido seis años, y asistía a la escuela local. Y aunque seguía cometiendo algunas travesuras, cada día iba mejorando su comportamiento. Por el contrario, la pequeña Amy empezaba a hacer de las suyas. La niña comenzaba a dar sus primeros pasos y se abría todo un mundo de descubrimientos ahora más cerca de su alcance. Cada día era ajetreado, pero a veces algo monótono.

En esos momentos, Charlotte Beverly ya era una conocida escritora en el circuito literario, pues su primera novela, publicada unos meses antes, había resultado ser un éxito de ventas, y sus editores querían tener más muestras de su talento. Por eso, desde entonces, se había dedicado a escribir a diario y ya tenía otra novela casi terminada. Para Charlotte, eso suponía obtener cierto nivel de independencia y, aunque ella sabía que podría permitirse el lujo de vivir sola con comodidad gracias a las ganancias que estaba obteniendo, prefería quedarse con su familia, para evitar que los ratos de soledad le hicieran recordar que su corazón aún no había sanado del todo.

Hacía un año, Charlotte había llegado sin previo aviso a casa de su hermana. Jane se había quedado estupefacta en un primer momento, sin entender lo que ocurría. Pensaba que en aquellos momentos Charlotte estaría

felizmente prometida y que todo iría viento en popa. Pero al observar el rostro demacrado de su hermana, con los ojos hinchados por las lágrimas que era probable que llevara días derramando, Jane no había necesitado explicación alguna, y se había limitado a abrazar a su hermana, y a acompañarla a la habitación que siempre tenía reservada. Allí tuvieron tiempo de hablar del asunto.

Charlotte le había explicado con lentitud, ya que el nudo que tenía en la garganta por la angustia de lo sucedido a veces le había impedido hablar con fluidez, todo lo que había ocurrido aquella noche en Londres. Jane, a pesar de que deseaba decirle que esto podía ocurrir y que ella misma se lo había advertido, había preferido mantenerse en silencio y no hurgar en la herida. A partir de ese día, se había establecido una rutina con la cual Charlotte siempre estaría ocupada, bien fuera con los niños o escribiendo.

Cuando por fin se publicó su libro, recibió un par de ofertas de algunos periódicos para que escribiera ocasionalmente, pero prefirió rechazarlos para poder concentrarse en su siguiente obra. Así, cada día, siempre tenía algo que hacer, lo que conseguía que los momentos para pensar en nada más fueran casi inexistentes. Cuando quiso darse cuenta, ya había transcurrido un año.

Gracias a su hermana y su cuñado, pudo adaptarse con rapidez a la vida social en Bristol, pues ambos tenían un círculo de amistades bastante amplio debido, sobre todo, al trabajo de Stewart, y Charlotte pudo entablar algunas amistades. Era habitual verla en compañía de Mildred Jones, amiga de Jane y hermana pequeña de la esposa de uno de los socios del despacho de Stewart. Ambas estaban solteras y habían encontrado muchos temas en común, como la literatura y el arte. Mildred se había sorprendido gratamente al saber que Charlotte era la autora de esa novela que tanto le gustaba, y esta le había firmado un ejemplar. También se la veía en compañía de Howard Templeton, otro socio del despacho, un caballero de su edad, agradable y simpático, que solía acompañarlas a las veladas teatrales, pues a los tres les gustaba el teatro.

Aunque estaban equivocados, entre la buena sociedad se rumoreaba que Howard andaba detrás de Charlotte, y que esta era probable que le correspondiera, puesto que era un hombre con una buena posición, lo que se conocía como un buen partido. Ya se sabía que, cuando existía amistad entre un hombre y una mujer, la gente solía confundir las cosas, y que la única

explicación válida para dicho acercamiento era la intención de iniciar una relación amorosa. Charlotte sabía a quién pertenecía el corazón de Howard. Nada más y nada menos que a Mildred. Esta última, a pesar de que sentía lo mismo, no se percataba de que él sí le correspondía. Ambos eran tímidos hasta el extremo, y con seguridad necesitaban que alguien les diera un empujón. Ya que ella no había tenido suerte en el amor, intentaría que otros sí la tuvieran.

Gracias a sus dotes como escritora, Charlotte escribió una carta dirigida a Mildred suplantando la identidad de Howard. Lo mismo hizo al contrario. Mildred recibió la carta un día mientras tomaba el té con Charlotte.

«Querida Mildred:

Sé que recibirás esta carta con cierta extrañeza, pero no puedo esperar más. Desde hace mucho tiempo vivo con la angustia de saber si mi afecto por ti es correspondido. Desde siempre quise ser para ti algo más que un amigo. Deseo estar a tu lado y pasar el resto de mis días solo contigo. Te amo, y no te lo digo en persona porque mi miedo y mi timidez me lo impiden. Solo te pido que, si no me correspondes, al menos sepas que yo te amaré siempre. Espero tu respuesta.

Siempre tuyo, Howard».

En ese momento, Mildred dibujó una enorme sonrisa y, sin mediar palabra, dejó la carta encima de la mesa, se disculpó y, saliendo de la habitación con rapidez, dejó a Charlotte con cara de satisfacción. En su despacho, Howard leía la misiva que le habían entregado minutos antes con carácter urgente.

«Querido Howard:

Te escribo porque mi timidez me impide decirte lo siguiente. Siento si suena atrevido, pero necesito ser honesta. Te amo desde hace tiempo y ya no puedo soportar más la angustia de que no lo sepas. Apenas duermo y apenas como porque no dejo de pensar en lo desdichada que soy al ocultarte lo que siento. Quisiera creer que tú también me amas, pero, si no es así, al menos sabré que conoces mis sentimientos. Espero tu respuesta.

Siempre tuya, Mildred».

Al momento, cuando Howard estaba recogiendo sus cosas para dirigirse a casa de Mildred, esta entró inesperadamente en el despacho. Con tranquilidad y ya sin timidez de por medio, se declararon su amor el uno al otro y se

comprometieron en secreto. Solo Charlotte y el padre de Mildred conocían ese detalle. Howard ya había pedido permiso para casarse, y el padre de Mildred había accedido encantado. Ambos habían decidido posponer el anuncio para más adelante, pues Howard tenía trabajos importantes y no tenía tiempo para dedicarse a planear la boda. El compromiso estaba cerrado y Charlotte, feliz de haber hecho algo bueno por alguien.

No pudo evitar acordarse de la Charlotte Beverly feliz y entusiasmada, inocente futura novia que vivía en una nube de felicidad. En aquel tiempo siempre estaba sonriendo, se levantaba feliz pensando que Michael estaría esperándola para darle un beso de buenos días. Se preguntaba cómo estaría la yegua que le regaló, y cómo iría la escuela de Branston. Esperaba que Michael cuidara de todo. Había dejado atrás esa vida, y regresado al hogar del que, en principio, no tendría que haber salido. Ella era una solterona y así se quedaría, le iba bien ese papel.

Había decidido empezar una nueva vida lejos de los Davenport, de hecho, no hablaba nunca de ellos. Era mejor así. Eso no quería decir que no le llegaran noticias suyas. Hacía un tiempo había recibido una carta de Henry Crawford, en la cual este le contaba cómo iban las cosas en la familia. Se había alegrado de saber que Michael había decidido perdonar a su abuelo y a su madre, y que la relación familiar era buena. También supo por Henry que Michael estaba concentrado en los asuntos financieros familiares y, por lo tanto, no tenía mucho tiempo para mujeres. En parte eso la había alegrado todavía más, pues aún lo amaba y sentía unos celos horribles al pensar que él pudiera estar en brazos de otra.

Parecía ser que Charlotte había conseguido cambiar en algo a Michael Davenport. Le había alegrado saber que estaba bien y que al final las cosas se habían arreglado. Le había dolido pensar en la angustia de *lady Elizabeth* si Michael hubiera mantenido su postura de no hablarle nunca más. Al final, el tiempo había puesto las cosas en su lugar. Gracias también a aquella farsa, había encontrado en Henry Crawford un nuevo amigo y aliado, ya que este se había preocupado de su bienestar en todo momento.

En sus cartas, Charlotte se limitaba a comentar lo bien que estaba y, cuando Henry le preguntaba si iría a Londres a hacerle una visita, ella siempre declinaba la invitación. A pesar de que Londres era una ciudad enorme, la

alta sociedad era un mundo muy pequeño y sería fácil encontrarse con Michael Davenport en cualquier momento. No quería pasar por ese doloroso trance. Aunque deseaba que este la perdonara y que al menos pudieran ser amigos, jamás se atrevía a escribirle, por miedo a una respuesta desagradable. Era mejor así, cada uno en su lugar, como siempre fue.

Con el paso de los meses tuvo momentos de melancolía en los que se arrepintió de todo. De haberle mentado, de haberlo amado, de haberse hecho ilusiones cuando estaba claro que en algún momento el destino se la jugaría. Pero, en otras ocasiones, no se arrepentía de nada, pues había tenido la oportunidad de ser amada, de disfrutar de su compañía y, sobre todo, de conocer una parte de él que prácticamente nadie conocía, ni siquiera sus amantes, de eso estaba segura. Él la amaba, se había entregado a ella por completo, y había compartido con ella sus pensamientos y sentimientos más profundos y secretos.

Ahora veía el amor a través de Mildred. A ella nunca le había contado nada de su vida anterior, ni siquiera había mencionado el nombre de Michael, puesto que prefería no hablar del asunto. Eso no había evitado que su amiga sintiera curiosidad, y en cierta ocasión le había preguntado si había estado enamorada.

—Lo estuve una vez.

—¿Sí? Ya me imaginaba, siendo tan joven era raro que tu corazón no hubiera tenido dueño. ¿Quién fue?

—Un amigo de la infancia, pero fue solo un amor platónico, nada importante.

—Vaya, qué pena. ¿Y nadie más?

—No. La verdad es que no he conocido a nadie interesante.

—Pues es una lástima.

—No tanto. No hay nada destacable en mi persona.

—Eso no es cierto. Tienes talento, inteligencia, bondad, y sí, belleza, una belleza distinta, especial. Una belleza que no envejece.

—¿Existe ese tipo de belleza?

—Por supuesto que sí. Mira, he conocido a mujeres hermosas a lo largo de mi vida, mujeres deslumbrantes que provocaban que todos se giraran para mirarlas, pero que, con el paso del tiempo, se consumían y se hacían

invisibles. Sin embargo, hay otro tipo de mujeres que no destacan a primera vista, pero que tienen una belleza dentro que sale a relucir cuando hablas con ellas y eso, amiga mía, no envejece ni cambia. Permanece imperturbable con el paso del tiempo. Y provoca incluso que cada vez que las ves, las admires un poco más, porque descubres detalles nuevos que antes no habías observado.

—Me dejas sin palabras. Pero, aunque esta belleza permanezca, no todo el mundo es capaz de verla.

—Claro que no, esa belleza no es apta para todo el mundo. Hay que tener un sentido especial para verla. Por eso el que la ve es un privilegiado. Tú, Charlotte Beverly, posees esa belleza, pero aún no has encontrado a esa persona que será capaz de verla.

Charlotte no podía estar de acuerdo con ese comentario, pero no dijo nada. Sí había alguien que había visto su belleza, aunque ahora ya no fuera así.

El amor era un sentimiento que se enfrentaba a continuas contradicciones, pues nunca era perfecto, tenía defectos. Cuando, después de toda una vida amando a alguien, se conseguía llegar a su corazón por los métodos equivocados, se podía pensar que, a pesar de haber hecho las cosas mal, la fuerza de su amor daría mayor fuerza al perdón que al rencor. A pesar de la felicidad plena que traía consigo el ser correspondido, siempre se convivía con la sombra del inminente final del momento feliz que se había construido con tanta determinación y deseo, pues cuando algo se construía sobre una base tan frágil, se derrumbaba con el paso del tiempo.

Pero mientras se caía, solo era posible pensar en lo hermoso que fue el momento que había durado la felicidad, y así la caída parecía menos severa y más dulce. De ahí venía el hecho de que, al final, a pesar de que debería arrepentirse por haber actuado mal, no lo hacía, sino que se había convencido a sí misma de que mereció la pena disfrutar de un momento de felicidad corto, cuando haciendo las cosas por la vía correcta, esa felicidad hubiera sido casi eterna. Pero, en el amor ¿existía lo eterno, lo indisoluble? Y el rencor ¿podía durar toda la vida? ¿O, por el contrario, reducirse o incluso desaparecer con el tiempo?

Londres, en esos momentos

Una fina lluvia de primavera acompañaba a Michael Davenport en su paseo

matutino a caballo. Eso hizo que consiguiera evitar interacciones innecesarias, como él las llamaba, con las cotillas que deambulaban por Hyde Park en esa época del año. No se había ido de Londres desde la temporada anterior, desde aquella terrible decepción. Solo se había ausentado de Londres unos días para visitar a su madre en Lincoln, y para celebrar la Navidad con ella y con su abuelo. No había regresado a Horton Hall, pues no se sentía preparado para enfrentarse a tantos recuerdos felices que le producían un dolor enorme. A pesar de que en Londres también había vivido momentos felices, era mucho más llevadero gracias a las numerosas actividades que tenía a diario.

Cada día se levantaba temprano, desayunaba y se iba a cabalgar para hacer algo de ejercicio, después se dedicaba a revisar documentos relacionados con las posesiones de los Davenport, se reunía con su abuelo para discutir asuntos relacionados con leyes y política y, por la tarde, solía reunirse con algún socio o amigo. Ahora que ya empezaba la temporada, solía verse con Henry. La relación con su entorno había mejorado con el tiempo, gracias en parte a las últimas palabras que le había dicho Charlotte. Era cierto que consideraba que tanto su madre como su abuelo habían sido partícipes de todo el engaño, pero aun así sabía que, al fin y al cabo, no lo habían hecho por maldad, y fue capaz de perdonar y olvidar, aunque solo fuera en parte.

Tanto lord Davenport como *lady* Elizabeth estaban contentos de que Michael hubiera decidido perdonarlos, pero aún se sentían culpables por la situación de Charlotte. Ellos sabían que ella se había resistido a participar en todo aquello, y valoraban mucho su coraje por haber cargado con la culpa para así favorecer que la familia Davenport no se rompiera. A eso había que añadirle el pesar de ver que Michael no había conseguido curar su herido corazón del todo, pero que, debido a su orgullo, no sería capaz de reconciliarse con la mujer a la que amaba.

La lluvia empezó a tomar mayor fuerza, y Michael decidió hacer que Nerón cabalgara más deprisa para así poder evitar mojarse más de la cuenta. Aquella misma tarde se encontraría con su amigo Henry para hablar sobre temas banales, pues desde hacía meses pocas cosas le parecían interesantes. No podía evitar recordar con qué ganas y entusiasmo había afrontado la temporada previa. El año anterior era un hombre enamorado y feliz, pero ese

año volvería a la misma monotonía, como antes de enamorarse de ella. Las mujeres mayores lo veían como un buen partido para sus hijas, y estas se arrimaban a él, atraídas por su atractivo y su dinero. Ninguna lo hacía con la intención de conocerlo de verdad, de conocer sus inquietudes, su verdadero yo. Cuán incomprendido e infeliz se sentía ante semejante panorama cada noche.

Horas después, en la residencia de lord Crawford, su hijo Henry leía el periódico sentado en la biblioteca. Por aquellas fechas ya había comenzado la temporada, y la sociedad londinense estaba ocupada haciendo acto de presencia en todas las veladas y bailes que se celebraban esos días. Había asistido a un par de bailes, pero últimamente todo parecía ser más aburrido. Michael había asistido con él, ambos despertaban la misma expectación entre las féminas. Henry había disfrutado de la compañía de la señorita Dowell, pero se había cansado pronto. Ya no tenía muchas ganas de flirtear, y a veces pensaba que sería buen momento para encontrar esposa, aunque no había hallado ninguna candidata adecuada por el momento. Llevaba meses carteándose con Charlotte Beverly en secreto. Aún tenía la esperanza de que aquellos dos hicieran las paces y retomaran lo que habían terminado meses atrás.

Esa mujer había cambiado a su amigo. Michael Davenport ya no flirteaba con todas. No había vuelto a yacer con ninguna mujer y ni siquiera había intercambiado un beso. No era feliz desde que Charlotte Beverly se había marchado de su lado. A pesar de que en el fondo sabía eso, Michael era orgulloso y no pensaba reconocer ante nadie que la seguía amando. Tendría que ser ella la que iniciara la ofensiva, pero no parecía dispuesta a ello. Charlotte era un tema tabú en las conversaciones, y no se mencionaba ni siquiera su nombre. Lo que sí sabía seguro era que Michael había quedado consternado cuando supo que ella había dejado en Kenton House todos los regalos que tanto él como su familia le habían hecho. Eso decía mucho de ella, pues le había demostrado a Michael que nunca quiso estar con él por dinero.

En ese momento, el mayordomo informó que Michael Davenport había llegado. Este entró y se sentó en un sillón delante suyo. Se había dejado crecer el pelo, y tenía bigote y barba, lo que le daba un aspecto más maduro y

elegante. Hacía meses que no lo veía sonreír. De vez en cuando dibujaba una mueca parecida a una sonrisa, pero era un simple espejismo.

—Bueno, ¿qué tienes pensado hacer hoy? —dijo Michael con aire cansado.

—Había pensado ir a dar un paseo, hace una tarde estupenda después de la terrible lluvia de esta mañana. Y, bueno, también quería comprar unos libros sobre Derecho fiscal que necesito.

—Interesante plan —dijo Michael en tono sarcástico.

—¿Vamos a Hyde Park?

—No, gracias, allí estarán todas las cacatúas de la ciudad siguiendo nuestros pasos. Además, ya estuve esta mañana.

—Bueno, pues, si quieres, vamos primero a la librería y ya pensaremos en algo.

Ambos se marcharon de la casa de los Crawford y se dispusieron a andar en dirección a la librería, que estaba a cuatro manzanas de allí.

—¿Irás al baile de lord Chamberlain? —preguntó Henry.

—Sí, mi abuelo tiene buena relación con él, y por lo visto quiere aprovechar el momento para cerrar un trato sobre unos terrenos, así que debo hacer acto de presencia. ¿Tú?

—Sí, mis padres insisten en ello. Me obligan a ir a todos. Es curioso, pero parece ser que todos son amigos de todos, y todos son importantes para ellos. Así que no me libro. Lo bueno es que siempre hay alguna belleza que quiere bailar conmigo, por lo menos es menos aburrido.

—Sí, eso siempre. Aunque para mí eso también empieza a ser aburrido.

Henry miró a su amigo. Lo comprendía bien. Siguieron charlando de cosas intrascendentes hasta que por fin llegaron a la librería. Mientras Henry preguntaba al librero por varios títulos, Michael miraba distraídamente las estanterías. De repente, algo captó su atención. Era una pequeña pila de libros colocados encima de una mesa junto a otros volúmenes. Eran los más vendidos de la tienda, y reconoció el título y al autor.

«Viaje a Mirna

Charlotte Beverly».

Su corazón empezó a latir con rapidez. De repente, los recuerdos del tiempo vivido con ella se agolparon en su mente. Recordó cuando le enseñó la novela y la alegría desbordante que mostró cuando le contó que por fin

publicarían su libro. Sintió que le temblaban las manos al cogerlo. Sabía que llevaba meses publicado, pero no había tenido un ejemplar cerca, pues no quería saber nada de ella. Su curiosidad fue más fuerte que su rencor. Abrió la primera página, y allí estaba, una dedicatoria.

«A Michael, por inspirarme y darme la fuerza para llegar hasta aquí».

Dejó el libro donde estaba. Sintió una emoción inmensa que le recorrió todo el cuerpo. No podía creer que Charlotte Beverly siguiera despertando en él esas emociones, a pesar de los malos términos en los que se dijeron adiós. Él pensaba que se lo dedicaría a su padre o a su hermana, no a él. Eso volvía a desconcertarlo. Ya no sabía qué pensar. En ese momento, Henry se acercó por detrás y le dio una palmada en el hombro, lo que lo sobresaltó.

—Ya tengo los libros que quería.

Michael tardó en reaccionar, estaba algo pálido.

—Sí, muy bien... Bueno, ¿nos vamos?

Henry se quedó extrañado, mientras observaba a su amigo salir por la puerta. Bajó la vista y entonces vio el libro. Él lo había comprado cuando se publicó, y lo había leído a escondidas, al igual que *lady Elizabeth*, que también tenía un ejemplar. Michael intentaba asimilar lo que acababa de ver. Se sentía muy halagado, pero aún se obligaba a recordar la mentira en la que había vivido con Charlotte Beverly. ¿Se podía odiar y amar al mismo tiempo? Probablemente sí, pensaba, aunque se odiaba a sí mismo por el hecho de que su amor por ella todavía siguiera vivo.

El resto de la tarde no mencionaron el asunto, y cuando Michael regresó a Kenton House tampoco se lo comentó a su familia. No dejó de pensar en aquello en toda la noche, tenía un dilema moral importante. Por un lado, deseaba escribir a Charlotte para felicitarla y agradecerle la dedicación, que era lo que un hombre educado como él debía hacer. Pero, por otro lado, su orgullo se lo impedía, recordándole que, durante meses, ella le había mentado y le había contado una realidad inventada. Solo deseaba recibir una señal que le aclarase las ideas.

Cuando estaba inmerso en esos pensamientos, entró su abuelo en la sala de estar donde se encontraba.

—¿En qué piensas, muchacho? Pareces angustiado —dijo el hombre mientras tomaba asiento.

—En nada importante —dijo sin dejar de observar el crepitar del fuego en la chimenea.

—¿Tiene que ver con quien tú ya sabes?

Michael apartó sus ojos del fuego y dirigió una mirada a su abuelo que contestaba afirmativamente la pregunta.

—Michael, ¿por qué no te decides y arreglas las cosas? Está claro que estás sufriendo. Este asunto no acabó aquella noche.

Michael suspiró exasperadamente.

—No pienso hablar con ella. Y ese asunto terminó aquel día. Yo dije todo lo que tenía que decir.

—¿Sabes? El orgullo es muy mal consejero. Como dejes pasar más tiempo, al final, ella se cansará —dijo lord Davenport enfadado.

—¿Se cansará de qué?

—De esperarte. Esa mujer lleva esperando muchos años y todos tenemos un límite. Al final, aparecerá alguien que la apartará de ti para siempre, y entonces llorarás.

Michael lanzó una sonora carcajada.

—Por favor, estamos hablando de Charlotte Beverly. Claro que me esperó, porque no había nadie que quisiera desposarse con ella. Si entonces nadie estaba interesado, ¿por qué lo estaría ahora? Ah, ya sé, debe ser que ha ganado credenciales gracias a mí. ¿No?

Lord Davenport lo miró enfurecido. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Nunca pensé que diría esto, Michael, pero de verdad, me avergüenzo de ti. Me equivoqué completamente contigo. No has cambiado, sigues siendo el mismo patán de siempre. Hablas de ella como si fuera un monstruo, y te diré una cosa. Es el mejor ser humano que jamás vas a conocer en tu vida. No tiene un ápice de maldad en todo su ser, aunque tú pienses que sí. Y sí, puede que no sea una belleza deslumbrante en el exterior, pero es bella de mil maneras distintas, y yo pensaba que habías sido capaz de ver eso y que por ello querías casarte con ella. Ahora me alegro de que no vaya a casarse contigo. Tienes lo que te mereces.

Lord Davenport se levantó y dio un portazo. Michael analizó lo que había dicho, y se arrepintió de sus palabras enseguida. No tenía razón alguna para decir eso, había sido injusto. Claro que Charlotte tenía cualidades, y que con

seguridad habría algún hombre capaz de ver lo que él vio. Su orgullo y su cabezonería eran malos consejeros. Sabía que en esta sociedad la gente no miraba más allá de la belleza física y, por ello, Charlotte Beverly había pasado desapercibida. Pero sabía bien que cuando se hablaba con ella, era capaz de enamorar a cualquiera.

Un sentimiento de culpa lo recorrió por dentro y al día siguiente decidió hablar con su abuelo, que estaba en la biblioteca.

—Quisiera disculparme por mi actitud de ayer —dijo con sincero arrepentimiento.

—Me alegra oír eso. Fuiste totalmente injusto.

—Lo sé, fui injusto y grosero. Sé que, a pesar de que aún me duele lo que pasó, no tengo razón para hablar así.

Su abuelo se acercó a él. Ambos estaban de pie, cara a cara.

—Michael, te noto angustiado. Ya no sonríes, ni ríes. Sé que eres orgulloso como yo, pero debes intentar avanzar y ser feliz. No te pido que te comprometas de nuevo con ella, sé que no lo harás, pero al menos intenta un acercamiento, habla con ella; aunque sea, recupera una amistad. Te aseguro que serás más feliz.

—No estoy seguro de ello.

—Sé que ella querrá que así sea.

Michael se quedó pensando un momento. Tenía dudas, debía pensarlo.

—Lo consideraré.

La noche siguiente asistieron al baile de lord Chamberlain como estaba previsto, y lord Davenport desapareció entre el gentío para discutir asuntos de negocios con el anfitrión de la velada. Mientras, *lady* Elizabeth se sentó en el rincón habitual de su círculo de tertulias durante la temporada, y se dedicó a hablar sobre los más diversos temas. Todos parecían pasarlo bien, menos Michael, que desde la conversación con su abuelo aquella mañana seguía pensando en un posible cambio de actitud respecto a Charlotte Beverly. A pesar de estar rodeado de bellas damas, y de mantenerse ocupado bailando con una y con otra, su mente estaba en otra parte. Henry llegó algo más tarde. Michael, al verlo, le pidió que se fueran a algún lugar apartado pues quería discutir algo con él. Se fueron a un pequeño patio situado en el jardín trasero de la casa de lord Chamberlain. Allí pudieron hablar a solas.

—¿Qué te ocurre, Michael?

—He estado pensando en algo.

—Tú dirás.

—Estoy viviendo en una encrucijada y mi intención es salir de ella cuanto antes porque la angustia me está consumiendo. Es respecto a...

—Charlotte Beverly —dijo Henry.

—Sí, exacto.

A Henry empezaba a interesarle el asunto.

—Continua.

—Sé que dije que no quería saber nada de ella y que jamás le hablaría, pero empiezo a pensar que mi radical postura tal vez sea extrema.

—Sí, sinceramente, creo que el castigo impuesto es desproporcionado con respecto al crimen perpetrado —dijo Henry tajante.

—¿Tan cruel soy? —dijo Michael indignado.

—Vamos a analizar las cosas desde un punto de vista racional. —Hizo una pausa—. Es cierto que Charlotte mintió, pero ¿qué mal te hizo en realidad con ello? De hecho, no creo que te hiciera ningún mal, al contrario, te hizo mejor persona a los ojos de mucha gente, incluso de los míos. Te volviste más bondadoso, menos egoísta y más amable. Sí, no debió mentir, es pecado y está mal, pero creo que, al final, todo fueron beneficios.

Michael se quedó pensando.

—Seamos sinceros, si ella no hubiera mentido diciéndote que estabais prometidos, jamás hubieras intentado conocerla de verdad. Ni siquiera le hubieras dirigido una mirada, simplemente la hubieras apartado, como hacías siempre. El hecho de que tú pensaras que era tu prometida provocó que pusieras interés en ella, que sintieras curiosidad. Y, al final, se ganó tu corazón. ¿No es cierto?

Michael asintió sin dudar.

—Sí, es cierto, así fue.

Henry se acercó a su amigo, y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué quieres hacer, Michael?

—Aún no lo sé.

—Pues entonces piensa bien todo y decídetelo pronto, o puede que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 13

La velada estaba resultando ser agradable, Michael hablaba con la señorita Jacobson sobre carreras de caballos, pues esta era una gran aficionada a la hípica. Todos charlaban animados, y las risas y la alegría envolvían el ambiente. En el salón de la casa del aristócrata de turno, todos bebían y conversaban. De repente, la charla de Michael se vio interrumpida por uno de los sirvientes. Le informaba de que había alguien que quería verlo. Le resultaba extraño que, a esas horas de la noche, ya que era bastante tarde, recibiera una visita. Se preguntaba quién sería, y no tuvo que esperar mucho, porque la visita se presentó ante él. En ese momento sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda, y tuvo la impresión de que se le iba a salir el corazón del pecho. Reconoció aquel rostro que se había quedado grabado a fuego en su memoria. Era Charlotte Beverly en persona.

Charlotte tenía un aspecto desmejorado, de hecho, no iba vestida para la ocasión. Llevaba un sencillo vestido, parecido a los que usaba en Horton Hall los días de diario. Michael se había dado cuenta de que solo él se había percatado de su presencia. Los demás invitados parecían no verla y seguían charlando como si nada ocurriera. A esas horas de la noche y en Londres, ¿qué hacía Charlotte Beverly allí? Antes de formular la pregunta, ella misma habló:

—Michael, te preguntarás que hago aquí. No te preocupes, no vengo a hacer más daño del que ya he causado, sino que vengo a dejar todo esto arreglado.

Michael se quedó pensando, pero no entendía la situación. No entendía qué hacía allí en ese momento.

—Vengo a despedirme, a decirte adiós para siempre. Quiero pedirte perdón

de nuevo por el daño causado, y quiero que sepas que no volverás a verme.

Ante ese comentario, Michael sintió verdadero miedo.

—Pero ¿cómo sabías dónde estaba?

—No tengo más tiempo, debo marcharme ahora.

Michael insistió en preguntar. No entendía nada. Mientras ella se iba alejando poco a poco de él.

—¿Te marchas? ¿Adónde? ¿Adónde vas a ir a estas horas? ¿Y por qué vienes a decirme esto?

—Me marcho para no regresar, a un lugar donde nadie me podrá encontrar. Solo quería despedirme de ti porque ahora he encontrado a alguien que me ama de verdad.

Su miedo incrementó, tenía un mal presentimiento, debía detenerla, pero cuando quiso reaccionar Charlotte estaba saliendo por la puerta. Michael corrió tras ella y, justo cuando ya estaba en las escaleras de la casa, consiguió agarrarla por el brazo.

—Charlotte, ¿adónde vas? ¿qué significa todo esto?

Ella se revolvía mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro, angustiada.

—Michael, debes dejarme marchar, no puedo quedarme.

—¡No pienso soltarte hasta que me digas adónde vas!

Ella se detuvo, se acercó más a él y entonces, mirándolo a los ojos, le dijo:

—A un lugar donde me quieran, tú ya no me quieres y, por tanto, no deseo volver a tu lado.

Entonces una fuerza sobrenatural lo empujó y lo apartó de ella. A Michael le pareció ver la silueta de un hombre que se llevaba a Charlotte de su lado. Michael empezó a suplicar, a gritar pidiéndole que volviera, que se quedara con él, que no lo abandonara. Ella le dio la espalda e ignoró sus súplicas. Cuando Michael tuvo suficientes fuerzas, corrió por la calle siguiendo a Charlotte y a la silueta. Al fondo de la calle, mientras corría desesperado, se percató de que había una espesa niebla. Charlotte y la sombra se adentraron en ella. Michael los siguió hasta allí y se adentró él también, pero no consiguió alcanzarlos pues desaparecieron. Entonces, intentando liberar su angustia, un grito desgarrador salió de él, llamando a Charlotte. No recibió respuesta, y sus gritos se perdieron en el aterrador y desolador silencio.

Michael se despertó alterado. Sudaba y respiraba con agitación. Había sido una pesadilla. Se levantó de la cama, y empapó su rostro con el agua que había en el barreño de su mesilla. No entendía el significado de aquello. Estaba nervioso y no encontraba respuesta. Había sentido una enorme angustia al ver que Charlotte se marchaba, que le daba la espalda y que no podía hacer nada para que ella volviera a mirarlo. Aquellas duras palabras que le había dicho le habían dolido tanto como si alguien hubiera cogido un cuchillo y lo estuviera desgarrando por dentro.

Seguramente las conversaciones que había mantenido esos días con su abuelo y su amigo Henry habían influido en aquel sueño. El miedo a que ella se cansara de esperar y de que otro hombre fuera el dueño de su corazón lo alteraba. Esa sombra era sin duda el reflejo de esos pensamientos, de esos miedos. Ella se marchaba, se iba de su lado para empezar de nuevo. Pero ¿era una premonición o estaba ocurriendo en la realidad? Aquello debía ser una señal, debía encontrar una respuesta, y sabía que la encontraría en Bristol.

Bristol, días después

Charlotte se aprestaba a ir a casa de su amiga Mildred, que estaba preparando ya todo para su boda, pues por fin esa semana habían anunciado el compromiso a toda la buena sociedad de Bristol. Ese día ambas irían a ver encajes y telas para la confección del vestido nupcial, junto con la madre de la novia, la señora Jones. Su amiga estaba en una nube, y siempre la hacía partícipe de su felicidad. Charlotte aún acompañaba a Mildred y a Howard en sus encuentros, ya que, a pesar de que el compromiso era oficial, la madre de Mildred consideraba que la presencia de Charlotte evitaría rumores desagradables sobre la integridad de su hija.

Charlotte no podía evitar sentir cierta tristeza por su situación. Hacía un año, ella estaba preparando su propia boda, y ahora su vida era la de una solterona que veía la vida pasar. Sí, era una escritora de éxito, pero no podía compartir el triunfo con la persona a la que más quería. Porque, a pesar de todo, seguía queriendo a Michael Davenport como el primer día. Lo que ella no se imaginaba era que, en esos momentos, el objeto de sus pensamientos estaba ya en Bristol, a lomos de su fiel corcel, aproximándose al hotel Laury para alojarse allí durante su estancia en la ciudad. Y mucho menos imaginaba que el motivo de su visita era verla.

Como tenía planeado, Charlotte se despidió de los suyos y, poniendo rumbo al hogar de los Jones, dio un corto paseo, puesto que su amiga vivía a cinco minutos andando de su casa. Aquella mañana, el cielo estaba despejado y por tanto sería un buen día para llevar a Daniel y a Amy a jugar al parque cercano a Canynge Square, donde vivían. Mildred recibió a Charlotte con una calurosa bienvenida. No tuvo tiempo de dejar su abrigo porque ya estaban todas preparadas para empezar su mañana de compras. Se subieron al carruaje que las esperaba delante de la casa, en Clifton Park, y se marcharon.

Mientras, Michael se estaba instalando en el cuarto que le habían asignado, sin Peter, pues había preferido estar solo en ese viaje. Había decidido hacer averiguaciones para saber cuál era la dirección exacta donde vivían los Murray, a los que visitaría esa misma tarde si era posible. Empezaría por preguntar la ubicación exacta del despacho donde era socio el señor Murray, así hablaría primero con Stewart para saber cuál era la situación en su hogar y si su visita sería bien recibida. Gracias a la ayuda del recepcionista, pudo conocer la dirección del lugar que buscaba.

Un par de horas más tarde se dirigió a Wine Street, donde estaba ubicado el despacho, y resultó que estaba muy cerca del hotel, así que no tardó más de quince minutos en llegar. Se sorprendió ante el bullicio en las calles de aquella ciudad industrial, donde se mezclaban los obreros con los terratenientes y los dueños de las fábricas. Nunca había visitado Bristol, a pesar de que sí había estado en Bath en un par de ocasiones. Jamás había habido nada que le interesara en aquella ciudad pequeña, cuyo cielo apenas se veía por el humo de las chimeneas. Hasta ahora.

Stewart estaba inmerso en su trabajo, revisando documentos, cuando su secretario, el señor Green, un joven que hacía prácticas al tiempo que terminaba sus estudios de Derecho, le informó de que un tal *sir* Davenport deseaba verlo. Enseguida Stewart se puso tenso, y dejó todo lo que estaba haciendo para recibir al inesperado invitado. Cuando Michael entró en la sala, Stewart se quedó perplejo. Su aspecto había cambiado desde la última vez que le había visto. Llevaba una elegante barba bien recortada, el pelo más largo, y tenía aspecto de haber dormido poco. Su mirada azul carecía del brillo de la última vez, cuando era un hombre alegre y agradable con todos menos con su cuñada.

A pesar de todo lo que le había contado Jane sobre aquel enamoramiento, no podía creer que ese hombre déspota y egoísta pudiera amar a nadie. Pero ahora se daba cuenta de que, ante todo, el Michael Davenport que tenía delante era distinto. Tenía el aspecto de un hombre desesperado, triste, con el corazón herido. Sintió mucha pena por él, pero, aun así, no se dejó dominar por ese sentimiento, recordando las lágrimas de Charlotte, que tanto había sufrido por él. Ambos se estrecharon las manos y se sentaron.

—¿A qué debo tu inesperada visita? —dijo Stewart con frialdad.

—Vengo a ver a Charlotte. Necesito hablar con ella.

Stewart sabía que eso tenía que ver con ella, pero necesitaba saber sus intenciones.

—¿Para qué quieres verla? Si has venido a rematar lo que dijiste en Londres, ya puedes darte la vuelta y largarte.

—No vengo a hacer la guerra.

—Bien, entonces, dime qué quieres de ella.

Michael se quedó callado. En realidad, su instinto lo había llevado hasta allí, pero no sabía bien qué esperaba de todo aquello. Decidió compartir esa inquietud con Stewart.

—Solo quiero hablar con ella, saber cómo está.

Stewart lo observaba con recelo.

—Yo puedo decirte que está bien. Está haciendo su vida. Y no necesita que la perturben.

—¿Yo la perturbo? —dijo Michael indignado.

—Siempre lo hiciste. —Stewart estaba perdiendo la paciencia—. Ella siempre te quiso, esperó y esperó. Siempre justificando tus malas formas, tus desprecios. Yo he visto cómo derramaba lágrimas por tu culpa, la he oído menospreciarse comparándose con todas tus amantes. Y sí, no comparto lo que hizo, creo que se equivocó, pero ya ha pedido perdón. Tú decidiste prejuzgarla, como has hecho siempre. Ahora, ¿qué quieres que haga? Mi deber es protegerla. No puedo confiar en ti, Michael.

Michael entendía la postura de Stewart, estaba defendiendo a un ser querido, y quería protegerla de todo mal, pero él no quería repetir sus errores.

—No pienso volver a ofenderla, solo quiero hablar con ella como dos adultos y entender por qué lo hizo. Y enmendar mi error.

Stewart miró en el interior de aquellos ojos azul intenso, que mostraban tanta tristeza. Vio a un hombre que se sentía culpable, que estaba arrepentido. Sería injusto ponerle más difíciles las cosas, además, deseaba que Charlotte cerrara aquel capítulo que aún no se había terminado para poder seguir con su vida, e incluso encontrar de nuevo el amor en los brazos de otro.

—Está bien. Esta tarde, a las cinco, ven a nuestra casa, esta es la dirección. —Le entregó un papel—. Avisaré a Jane, aunque no le diré que eres tú, pues con seguridad se va a negar a recibirte. No creo que le agrade mucho tu visita, pero, al fin y al cabo, es Charlotte quien debe decidirlo.

Por la tarde, después de una intensa mañana de compras, Charlotte decidió ir con los niños al parque y disfrutar de aquella tarde tan agradable. Betty fue la encargada de acompañarla, mientras que Jane se quedó en casa, a la espera de un invitado misterioso, cuyo nombre Stewart había preferido no mencionar. Llegaron al parque, que ya estaba repleto de pequeños, amiguitos de sus sobrinos que acudían con sus niñeras. Daniel enseguida se puso a jugar, mientras Amy se quedaba cerca de su tía, jugando con la hierba. Le gustaba mucho pasar tiempo con los niños y, aunque era agotador a veces, encontraba momentos de paz e incluso soledad. Betty se puso a hablar con un grupo de niñeras amigas suyas, habituales de aquella zona.

Charlotte había acabado agotada con las compras matutinas, pero le encantaba ver la sonrisa de su amiga, que reflejaba una felicidad inocente, de aquellos que aman con fuerza por primera vez y ven cumplido su sueño de desposarse con el ser al que más aman. Durante años, aunque sabía que sería imposible, siempre albergó la pequeña esperanza de que Michael correspondiera a sus sentimientos. Cuando por fin lo hizo, su felicidad fue completa. Pero ahora, esa esperanza había desaparecido por completo, y aceptaba su nueva vida con resignación, pero con la idea de ser útil y hacer felices a los demás.

Michael se presentó puntual, y una de las criadas lo condujo hasta el salón principal, donde pronto se presentaría la señora de la casa. Estaba muy nervioso pues, como ya le había advertido Stewart, su presencia no era bienvenida. Jane entró en la sala y se quedó perpleja al ver que la sirvienta no se había equivocado de nombre. Era Michael Davenport, su enemigo número uno. A pesar de que deseaba echarlo en el acto, ante todo era educada y su

curiosidad pudo más que su furia:

—*Sir* Davenport, que desagradable sorpresa. ¿A qué debo su visita? —dijo sin moverse del sitio. Ni siquiera le ofreció tomar asiento. Quería que el encuentro fuera lo más breve posible.

—He venido a hablar con Charlotte.

—Señorita Beverly para usted.

Michael respiró hondo. No le gustaba el tono que estaba usando con él, pero debía ser comprensivo.

—Sí, quiero decir, quisiera hablar con la señorita Beverly.

—Pues me temo que en estos momentos no está en casa.

Michael no pudo evitar mostrarse decepcionado.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé. Mi hermana es libre de entrar y salir cuando quiera, y no me debe explicaciones.

Michael empezaba a desesperarse.

—Jane, por favor, quiero verla, es importante. Solo he venido aquí por eso.

—¿Y qué es eso tan importante que tienes que decirle? Yo puedo darle el mensaje.

—Es algo personal entre ella y yo.

Jane no confiaba en él. Es cierto que, al verlo, su aspecto le había llamado la atención, pues parecía muy distinto al Michael que ella conocía. Se veía triste, pero no se dejó llevar por la ternura, debía proteger a Charlotte.

—Ella no quiere verte, Michael. Ya dejaste claro todo en Londres. No la quieres, solo le harás más daño.

—Yo no vengo a hacerle daño, Jane.

—No te creo. Mira, durante años mi hermana ha sufrido por ti y después se ilusionó, desoyendo mis consejos. ¿Sabes lo que es ver a un ser al que tanto quieres destrozado y sin fuerzas ni siquiera para levantarse de la cama? Tenía el corazón destrozado, Michael.

Michael sintió la fuerza de aquellas palabras, y notó cómo su corazón se desgarraba. Hubiera deseado abrazar a Charlotte en esos momentos.

—Sé que ella hizo mal, y no te culpo por tu enfado, pero todo quedó claro entonces y Charlotte necesita alejarse de ti para poder rehacer su vida. Si la ves, trastocarás sus planes.

Entonces se quedó pensando. ¿Qué planes? ¿Acaso ese sueño era una premonición?

—¿Sus planes? —preguntó Michael con temor.

Jane decidió jugar sucio solo esa vez, para alejar a ese patán de allí.

—Sí, sus planes. Puede que haya compromiso, pero aún no es oficial. Ha conocido a alguien y parece que se quieren —dijo Jane rotundamente, para luego arrepentirse al ver el rostro dolido de Michael.

—Entiendo —dijo Michael con pesar. Se había cumplido su temor. Ella ya lo había olvidado, se había cansado de esperarlo y ahora amaba a otro. Era lógico, él fue muy cruel con ella. El daño estaba hecho.

Jane lo observó y, a pesar de la pena que sentía, decidió no rectificar.

—Será mejor que me marche —dijo Michael intentando recuperar la compostura—. Saluda a Stewart de mi parte, y deséale a Charlotte toda la felicidad del mundo.

Dicho esto, se marchó con rapidez. Ya era tarde para cambiar nada, y lo peor era que se había dado cuenta de que le dolía aquella noticia. Pero, si él no la amaba, según se decía así mismo convencido, ¿por qué le dolía tanto?

Al salir de la casa de los Murray, llegó a las cercanías de un parque, repleto de niños. De repente, reconoció a una figura que estaba sentada en un banco sosteniendo entre sus brazos a una niña pequeña. Se acercó un poco más, se escondió detrás de unos arbustos y entonces la vio. Era Charlotte Beverly. Su corazón empezó a latir a toda velocidad, y volvió a sentir aquellas mariposas en el estómago, que le recordaron el gran amor que aún sentía por esa mujer. Charlotte le hacía gracias a Amy, y la pequeña se reía con los divertidos gestos de su tía. En ese momento, Daniel se acercó a ellas y les enseñó una hoja que había encontrado, exponiendo el hecho como si se tratara de un importante descubrimiento. Michael estaba hechizado. No podía dejar de observarla. Parecía feliz, sonriente, animada.

Ella permanecía ajena al observador, mientras limpiaba las manos de Daniel, que estaban llenas de arena. Michael se dio cuenta de que aquel dolor y aquella angustia se debían a que no había dejado de amarla. De hecho, pensó que la amaba desde mucho antes, pero no se había dado cuenta. Los rechazos y la frialdad que siempre le había mostrado ocultaban un sentimiento de amor verdadero, que él se había negado a admitir porque no

creía en ello. Cuanto tiempo perdido irrecuperable. Entonces, Charlotte alzó la vista, y le pareció que alguien la observaba desde los arbustos que tenía delante. Michael, al darse cuenta, se marchó corriendo. Decidió que ya no volvería a verla, que se apartaría de su camino porque ella merecía ser feliz sin él. Estaba claro que, viendo su aspecto, todo le iba bien y que no lo necesitaba. Con todo el dolor de su corazón, se marchó horas más tarde, con el convencimiento de que no volvería a verla.

Charlotte estuvo el resto de la tarde pensando en aquel hombre que la había observado, pero no tenía ninguna idea de quién podía ser. Regresó a casa con sus sobrinos, y se encontró con un panorama nada halagüeño al cruzar la puerta. Stewart y Jane discutían a gritos en el salón principal. A pesar de que no le gustaba intervenir cuando discutían, esa vez supo que ella era el motivo de la discusión y decidió averiguar qué era lo que estaba pasando.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo Charlotte al entrar en la estancia.

Jane y Stewart se quedaron callados. Su cuñado parecía estar muy enfadado. Se acercó a ella y la invitó a sentarse. Charlotte se sentó enseguida.

—Charlotte, Michael ha estado aquí —dijo Stewart.

Charlotte se quedó paralizada, casi sin habla, y solo pudo acertar a decir.

—¿Cómo? —dijo con voz temblorosa.

—Llegó esta mañana a Bristol, vino a mi despacho y me dijo que quería verte. Entonces, le dije que viniera aquí, y Jane lo recibió.

Jane estaba tensa, sulfurada. Stewart la miraba con enfado.

—Y ahora que tu hermana te cuente lo que sucedió.

Charlotte se tensó. No le gustaba cómo sonaba aquello.

—Bien, pues, vino y charlamos brevemente —dijo Jane escuetamente.

—¿Y? —preguntó Stewart furioso.

—Y bueno, es cierto que quería verte, le dije que no estabas y se fue.

Stewart resopló exasperado y decidió contar el resto.

—Pero antes de irse Jane le dijo que se olvidara de ti porque le insinuó que estabas comprometida con otro y que no querías verlo.

Charlotte se levantó de un saltó, tenía el rostro enfurecido, rojo de rabia y exclamó indignada.

—¿Qué? Pero, Jane, ¿cómo has podido decirle eso?

—Estaba intentando protegerte, Charlotte. Él volverá a herirte.

—Al menos debería haber tenido la oportunidad de decidir si quería oír lo que él quería decirme. Ahora ya no sabré de qué quería hablar.

—Pero, Charlotte, ¿y si solo quería insultarte y humillarte de nuevo? ¿Cómo podía permitir que eso sucediera?

—Pero eso no lo sabes, no sabes si iba a hacer eso porque ni siquiera le has dado la oportunidad de explicarse.

Las dos respiraron exasperadas. Stewart decidió poner orden.

—Yo hablé con él, y os aseguro que su intención no era mala. Solo quería arreglar las cosas, enmendar errores, y entender por qué Charlotte actuó así. No vi maldad en sus ojos, vi a un hombre desesperado y arrepentido.

Charlotte sintió cómo su corazón se desgarraba. Volvió a sentarse, sintiendo que la fuerza para quedarse de pie la abandonaba. Pobre Michael, ahora debía estar sufriendo. Las lágrimas inundaron sus ojos de forma descontrolada. Jane se arrepintió de lo que había hecho al saber lo que Stewart le había contado.

—Charlotte, siento lo que hice, solo quería protegerte —dijo acercándose a su hermana.

Charlotte se secó las lágrimas y decidió que sería ella la que arreglaría el asunto.

—Jane, lo sé. Yo mejor que nadie sé lo que es hacer lo incorrecto creyendo que todo saldrá bien. —De repente, se levantó—. Voy a verlo, tengo que hablar con él y explicarle todo —dijo Charlotte mientras se dirigía a la puerta.

—¿Tú sola? —dijo Jane preocupada.

Charlotte se giró y miró a su hermana.

—Yo sola. Estaré bien, solo iré a verlo, hablaremos y regresaré lo antes posible.

Al día siguiente, Charlotte cogió la diligencia que la llevaría a enfrentarse a su destino.

Horton Hall, 3 días más tarde

Michael paseaba por la pradera que había frente a la casa señorial. Horton Hall estaba precioso en aquella época del año, en plena primavera. En esos momentos tenía la casa para él solo, ya que su madre y su abuelo seguían en Londres. No les había dado muchas explicaciones sobre lo ocurrido en Bristol, se limitó a escribirles desde Horton Hall diciéndoles que necesitaba

unos días para reflexionar antes de volver a Londres. Necesitaba recuperarse de la dura caída, aunque ya llevaba dos días allí y no era capaz de alejar a Charlotte Beverly de su mente. A veces también se le aparecía esa figura misteriosa, aquella sombra que para él simbolizaba al supuesto pretendiente, y eso despertaba en él un odio inmenso. Sabía que estaba mal odiar, pero no podía remediarlo, le había arrebatado lo que más quería y no podía perdonarlo. Intentaba mantenerse ocupado, leyendo, paseando, montando a caballo, visitando la escuela, el pueblo, pero nada, no conseguía mitigar su dolor ante tan tremenda revelación. De lo que estaba seguro era de que, en el fondo, deseaba la felicidad de Charlotte y de que, tal vez, él no estaba destinado a dársela.

Después de una hora, decidió regresar a la casa, pues ya el sol empezaba a ocultarse. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta de entrada, un aire frío que le acarició la espalda hizo que se girara, casi instintivamente. En ese momento, vio una silueta que le era familiar. Podía ver que llevaba un vestido azul celeste y distinguió su pelo castaño. Era ella. La reconocería a vista de pájaro. Entonces se dirigió hacia ella con lentitud, temiendo que fuera una alucinación. Charlotte lo vio también, pero esperó a que él llegara hasta ella. No sabía qué actitud tendría, ni si querría verla. Él tampoco entendía bien qué hacía ella allí. No era propio de una dama presentarse sola ante un caballero, pero él sabía que Charlotte no era como las demás. Algo importante tendría para decirle. Tal vez querría confirmarle su compromiso. Sus pies lo llevaron hasta ella, y entonces se encontraron frente a frente. Él no tuvo tiempo de hablar.

—Es mentira, lo que has oído es una enorme mentira —soltó Charlotte a bocajarro.

Michael no tuvo tiempo ni de saludarla.

—Entonces, ¿no estás comprometida?

—No, no estoy comprometida con nadie, ni siquiera hay ningún pretendiente. Jane se lo inventó para espantarte y que te fueras, creyendo que así me hacía un favor. Solo quería que lo supieras.

Michael sintió un enorme alivio.

—¿Y has venido hasta aquí solo para decirme esto? —preguntó sonriente.

—No. Quiero explicarlo todo, creo que te mereces que te cuente toda la

historia.

Michael respiró hondo. Aquella noche en Londres, no había atendido a razones y no había escuchado su relato. Ahora estaba preparado para ello. Ambos se sentaron en una enorme roca que había allí cerca. Una vez sentados, Charlotte tomó la palabra.

—Yo te he querido desde que éramos niños. Siempre desee que tus prejuicios hacia mí desaparecieran y fueras capaz de mirarme con otros ojos. Eras tan malvado conmigo. Pero, a pesar de todo, yo te justificaba ante mi familia porque sabía que no habías tenido una infancia feliz.

Hizo una pausa para tomar aire. Aún le dolían aquellos desprecios. Michael también sintió aquel dolor como si fuera suyo.

—Antes de morir, mi padre hizo prometer a tu abuelo que me protegería, y qué mejor que un matrimonio para proteger a una solterona. Además, él quería que fuera contigo, sabedor de mis sentimientos por ti. Pero tu abuelo te impuso ese matrimonio, y tú lo viste como una cárcel, como una privación de libertad, y me acusaste de toda clase de cosas. Yo en ese momento decidí que anularía el compromiso y que me marcharía con mi hermana. Pero, entonces, el destino cambió las cosas.

Volvió a tomar aire. Michael iba recordando cada instante de aquellos momentos convulsos.

—Tuviste el accidente y perdiste parte de tu memoria. Todos los recuerdos que tenían que ver conmigo desaparecieron, y me convertí en una desconocida para ti. En ese momento, admito que pensé que había ocurrido un milagro, porque dejaste de mirarme con hostilidad por primera vez desde que éramos niños.

Michael sintió el dolor ante la verdad de aquellas palabras.

—Entonces, tu madre y tu abuelo me propusieron que mintiera y que fingiera que nuestro compromiso había sido por amor, porque así las cosas serían fáciles. Yo sentí que el destino me había dado una oportunidad y acepté sin miramientos fingir que me querías. Debo decirte que siempre tuve miedo de que lo descubrieras, pero con el paso de los meses, al ver que tú mostrabas un amor incondicional hacia mí, empecé a pensar que me perdonarías cuando descubrieras la verdad.

Michael decidió interrumpirla.

—Quiero que sepas que te perdoné hace mucho tiempo, Charlotte.

Charlotte sintió un enorme alivio ante esta afirmación.

—Cuando por fin te declaraste, y vi que ya no había vuelta atrás, me sentí invencible. Pero cuando nos tocó ir a Londres, mis miedos regresaron, pues sabía que allí probablemente encontrarías respuestas a tus preguntas. Y, entonces, la verdad salió a relucir.

Michael sentía el peso de esas palabras como una losa, pero ahora debían quitarse aquel peso de encima.

—Michael, quiero pedirte perdón por mentirte, no debí hacerlo. No se puede construir algo a base de mentiras porque, al final, todo cae por su propio peso.

—Y yo también quiero pedirte perdón por todo el daño causado antes y ahora.

Ambos respiraron aliviados y sonrientes. Las hostilidades habían terminado. Ahora Charlotte podía marcharse tranquila.

—Bueno, debo marcharme ya, me alegra que todo se haya arreglado.

Entonces se levantó, pero, cuando estaba dando media vuelta, Charlotte notó que Michael agarraba su antebrazo. Lo miró y comprendió que no quería que se fuera.

Por fin había llegado el momento. Después de todos los obstáculos y malentendidos, estaban solos y ya nada impedía que pudiera decir lo que sentía. Michael agarró la mano de Charlotte entre las suyas.

—Charlotte, no sabes el sufrimiento que llevo arrastrando desde hace tiempo. Sin ti, mi vida no tiene sentido. Ya no soy capaz de sonreír si no estás a mi lado, aunque sé que soy un hombre imperfecto que probablemente no te merezca.

—Michael, no seas tan duro. Todos tenemos nuestros defectos, pero merecemos ser amados.

Michael sonrió ante aquel comentario.

—Por eso me gustas, porque dices cosas generosas incluso a quien menos lo merece. ¿Cómo pude estar tan ciego?

—Porque a veces no queremos ver por miedo a sufrir.

—Sí, el miedo me privó de la felicidad. Pero pienso ponerle remedio.

En ese momento, Michael se arrodilló ante Charlotte. Ella lo agarró con

más fuerza, y su corazón empezó a latir rápidamente.

—Charlotte Beverly, sé que ya te lo pedí una vez, pero me gustaría repetir la pregunta, ahora que ya estamos ambos libres de culpas y miedos. ¿Me harías el honor de casarte conmigo?

Charlotte asintió y se lanzó a los brazos de Michael, que la estrechó con fuerza. Por fin, se besaron tiernamente. Era el colofón final para meses y años de malentendidos y tristeza.

Meses después, Charlotte y Michael se casaron en Horton Hall, el lugar en el que se habían conocido años atrás cuando aún eran niños. Aquel día acudieron a compartir su felicidad los amigos y familiares cercanos. Todos rieron y bailaron, y la pareja decidió que aquel lugar sería el idóneo para formar una familia. Charlotte y Michael demostraron al mundo ser un matrimonio compenetrado y feliz, y nunca dejaron de amarse. Charlotte Beverly se convirtió con el paso de los años en una escritora célebre, y Michael siempre fue su mayor apoyo. El tiempo, al final, dio la razón a los que aman y esperan, dándoles como recompensa la felicidad plena y el amor verdadero.

NOTAS

CAPÍTULO 6

[1] Lady Mary Wollstonecraft: Filósofa y escritora inglesa, autora de *Vindicación de los derechos de la mujer*, que estableció las bases del feminismo moderno.

CAPÍTULO 7

[2] Aunque la reina Charlotte, abuela de la reina Victoria, fue la primera en colocar un árbol de Navidad en el palacio de Windsor, el príncipe Albert popularizó la tradición a partir de 1840.

CAPÍTULO 8

[3] *Cottage*: típica casa de campo inglesa.

Si te ha gustado

Charlotte Beverly

te recomendamos comenzar a leer

Tuya sin condiciones

de *Mari Díaz*



CAPÍTULO 1

«¡Por Dios, ya es jueves!», fue el primer pensamiento que cruzó por mi mente apenas desperté. Durante ese tiempo permanecí encerrada en el dormitorio con excusas tontas y con malestares que, a pesar de estar experimentándolos, tampoco eran impedimento para salir. No quería hablar con nadie, preferí tomar el abandono de mi marido como algo muy personal, por cuanto tampoco platiqué con mi hermana al respecto. No sabía qué hacer, quizás en el fondo tenía la esperanza de que Marcus regresara en cualquier momento me pidiera arreglar las cosas, aunque tendría que contarle acerca de mi embarazo; y estaba convencida de que no deseaba tener hijos. Pero mi vida debía continuar, con o sin él, porque tenía un motivo, una razón muy poderosa que me mantenía en pie.

En ocasiones iba al vestidor tan solo para tocar sus trajes y para oler su aroma, impregnado en las finas telas; esto encendía de inmediato el interruptor de calor en mi cuerpo y hacía que el deseo acumulado aflorara junto a la cantidad de emociones contenidas.

Me levanté con pereza, no había logrado conciliar el sueño con facilidad, puesto que a veces me quedaba dormida ya de madrugada. Decidí poner punto final a un matrimonio que, si bien me mostró una parte de mi vida que no conocía y me causó mucho dolor, también era una oportunidad para comenzar de nuevo... una vez más.

Me di una buena ducha, tomé del clóset un vestido blanco de tirantes, con un hermoso estampado de flores rojas y con una falda amplia; utilicé tacones medianos para evitar tropezones innecesarios. Estaba muy nerviosa, y las náuseas continuaban haciendo de las suyas en mi organismo. Cubrí las ojeras con un maquillaje sencillo pero lo bastante sofisticado como para no pasar desapercibida.

En cuanto bajé por las escaleras, me detuve en el rellano y miré en dirección a la cámara de vigilancia que se encontraba enfrente; algo me decía que él la vería, por lo tanto, decidí ocultar mis emociones y poner la mejor expresión de alegría, aunque eso significara estar muriendo por dentro.

—¡Evelyn, qué linda está!

—Gracias, Leyda —denoté con una amplia sonrisa.

—Su desayuno está listo.

—Bien, comeré solo fruta, llevo prisa. Por favor, toma asiento a mi lado, tenemos que hablar.

La mujer puso los ojos como platos, de seguro sabía lo que estaba por decir.

—Te habrás fijado que Marcus no ha estado en casa estos días.

—Sí, pero... no se preocupe, las riñas entre parejas son normales. Ya verá que, al verla así de bonita, se le pasa todo esa rabieta.

—Es más complicado que eso, hoy firmaré el divorcio. —Las palabras salieron con rapidez de mis labios, y escucharlo de mi propia voz y boca se me hacía más difícil de procesar.

Leyda parecía impresionada y desconcertada a la vez.

—Pero... ustedes estaban... No creo que esa sea la solución.

—Yo tampoco, pero él lo quiere así, y tal vez sea lo mejor para ambos. En realidad quería plantearte la posibilidad de que se quedaran a trabajar conmigo, ya que él me ha dejado esta casa; por lo tanto, las cosas deberían marchar de igual manera, solo que seré yo quien esté a cargo. —Se me hacía difícil escucharme hablar de aquella manera, tan madura, serena y equilibrada. Había comenzado a poner orden en mi vida.

—Estaré encantada, y estoy segura de que mi esposo también.

—Gracias por tu apoyo, has sido una gran amiga. Ya debo irme.

Caminé con paso firme hasta la cochera, me detuve a observar con cuidado; en el lugar aún permanecían mis coches y las dos motocicletas, pero no estaba el Aston ni el Mercedes; tal vez, luego, enviaría a recoger todo. Entré a mi escarabajo, encendí el motor y lo puse en marcha camino al juzgado.

La mañana estaba clara y el sol, resplandeciente, brillaba en el cielo despejado. Aparqué a unos metros cerca de la entrada principal del edificio, y de inmediato encendí el teléfono móvil para llamar a Diego.

—Buenos días, Evelyn. —Escuché la voz agradable pero austera de Diego.

—Buenos días, estoy en el juzgado. Por favor, dime a dónde debo ir para firmar.

Luego de unos segundos respondió.

—¿Estás con tu abogada?

—Estoy sola, no te preocupes, firmaré lo que hayan redactado. Después de todo, es así como comenzó todo: con un acuerdo

Lo escuché resoplar al otro lado teléfono.

—Espérame en la entrada, estaré allí en unos minutos.

—No es necesario, solo dime qué hacer.

—No seas testaruda, mujer, espérame allí —insistió.

No tardó mucho en llegar. Vestía traje y corbata azul oscura, entró de prisa y me saludó tan solo con un apretón de manos.

—¿Al menos leíste la copia de la demanda? —preguntó presuroso con una ceja arqueada y con expectación en su voz.

—No la leí.

Resopló antes de poner los ojos en blanco.

—Marcus te ha dejado la propiedad de la casa, así como una asignación mensual para su mantenimiento; sin embargo, debes comunicarte con tu apoderado para que regrese las acciones compradas.

—No necesito más, con la casa es suficiente —refuté con altivez. En realidad lo único que necesitaba era a mi marido, lo demás no me importaba.

—Acéptalo, Evelyn, aún falta algo de tiempo para que puedas obtener ingresos decentes de Don Marco.

Pensé durante unos segundos que tal vez sería mejor aceptar todo cuanto él hubiese dispuesto.

—Está bien, Britt estará hoy mismo en tu oficina, lo prometo —respondí con sequedad; estaba consciente de que así tenía que ser.

—Vamos, es por aquí.

Me condujo por un largo pasillo hasta la oficina del juez, donde esperamos unos minutos antes de hacerme pasar.

Un señor de unos sesenta años era el encargado de llevar el caso; Diego lo saludó con formalidad, después procedió a hacerle referencia al divorcio. Supuse que el juez conocía a Marcus y que había sido amigo de Leo y de Fausto. Me miró durante un momento y procedió a dar inicio a la audiencia.

—Señora Bonett, ¿firmó usted voluntariamente la demanda de divorcio?

«¿Qué clase de pregunta es esa? La firmé por orgullo, por amor, por celos y quién sabe por cuántas cosas más», fue lo que quise responder.

—Sí, señor juez —confesé con serenidad.

—¿Considera usted que no hay otra forma de solucionar estos desacuerdos irreconciliables que alegan en su demanda?

—No la hay, señor juez.

—¿Está totalmente de acuerdo con las condiciones planteadas en la demanda de divorcio?

—Sí, lo estoy.

—¿Han concebido hijos durante el matrimonio?

Un leve mareo me hizo titubear.

—No..., no hay hijos.

—Señora Evelyn Bonett, ¿ratifica su voluntad de divorciarse del señor Marcus Bonett?

—Sí.

Y así, sin más, se ponía fin a un matrimonio de ocho meses y tres semanas. De pronto algunos recuerdos se agolparon en mi mente, en especial aquel momento en que me encontré por primera vez con esos hermosos ojos azules cuando desperté sin memoria en el hospital.

Caminamos en silencio hasta la salida, donde se despidió con un ligero apretón de manos. Me coloqué las gafas de sol, levanté el rostro y el corazón me dio vuelco al notar la presencia de Marcus, que me observaba apoyado de su coche con los brazos cruzados al pecho; también llevaba gafas oscuras, sus labios apretados dibujaban una fina línea en un típico gesto de preocupación o molestia.

Sentí que sus ojos acariciaron cada espacio de mi piel, me pareció que el tiempo se había detenido conmigo en aquel instante. Lucía apetecible con su traje color grafito, con su camisa blanca sin corbata. «¿Cómo rayos hace para verse tan bueno con lo que lleva puesto?», pensé. Siempre que se me ocurría esta pregunta, concluía con lo mismo: «Y sin llevar nada encima, se ve mucho mejor».

Quizás se cercioraba de que firmara el divorcio y cumpliera mi palabra, con seguridad era eso. Diego apresuró el paso para encontrarse con él. Avancé hasta mi coche, que lo había aparcado a unos cuantos metros hacia la izquierda, sentí la intensidad de su mirada clavada en mi espalda, caminé erguida y orgullosa hasta acomodarme frente al volante. Noté que él parecía librar una lucha interna entre acercarse o permanecer donde estaba. Encendí

el motor y de inmediato salí de allí lo más rápido que podía; tenía el llanto ahogado en la garganta y las lágrimas a punto de delatarme.

Al pasar por su lado evité, en lo posible, mirarlo; sin embargo, percibí que estaba boquiabierto e incrédulo por haberlo ignorado de esa manera. Conduje sin percatarme de que había comenzado a llorar; estaba más sensible de lo normal y eso representaba un gran problema, no podía andar por ahí gimoteando por todo.

Aparqué frente al mirador, apoyé la cabeza del asiento y limpié mis lágrimas en tanto me decía a mí misma, una y otra vez, que ya Marcus no estaría nunca más en mi vida.

El teléfono me sobresaltó, pero más me sorprendió que quien llamaba era el causante de mi agonía.

—¿Podemos hablar?

Su voz ronca y suave me acarició el alma, el corazón me comenzó a latir con fuerza, mi respiración se tornó irregular y me hacía más difícil responder.

—Ahora estoy algo ocupada, cuando esté disponible te llamo y hablamos —respondí de forma seca, no se me ocurría otra cosa para evitar hablar con él, no quería hacerlo sintiéndome tan vulnerable.

—Si contemplar el horizonte es estar ocupada, entonces puedo ocuparme un rato a tu lado.

«¡Está cerca!». Comencé a temblar como hoja sin saber qué hacer; él ejercía un poder increíble sobre mí.

De pronto el olor de su perfume nubló mis sentidos. Abrí los ojos, giré con lentitud el rostro y ahí se hallaba él, apoyado de la ventanilla con el teléfono en mano, y su mirada perforaba mi alma.

Suspiré profundo y le dediqué un gesto de súplica.

—Marcus, por favor, ¿qué más quieres?, ¡ya firmé el puto divorcio! —Sollocé con voz cansina y con los nervios alterados. Era más de lo que podía soportar.

Entornó su mirada con la mandíbula contraída, rodeó el coche y pasó frente a mí sin quitarme la vista de encima. Abrió la puerta delantera y tomó asiento a mi lado; para entonces mi cuerpo quería traicionarme y solo imploraba su contacto.

Se quitó las gafas, y sus hermosos ojos me observaron con atención. No

podía apartar la mirada de esos labios que ansiaba besar, los que antes me habían sumergido en el mar profundo de placer que solo él sabía darme.

—Sólo quiero que estés al tanto de algunas cosas en las que he estado trabajando.

—Te escucho —respondí con indiferencia fingida, a pesar de que estaba alterada.

—Gina fue quien le contó a Eduardo Vegas acerca de tu herencia; es por eso que trató de chantajearte con las fotografías que tenía desde hacía algún tiempo. —Quedé impactada—. Argumentó que ella no sabía nada del chantaje.

—¿Fuiste con la policía? —indagué con preocupación.

—No —respondió con sequedad—, ella accedió a decirme el paradero del infeliz ese si la dejaba fuera de esto, por cuanto acepté el trato; ya estamos muy cerca de dar con él.

—¿Lo entregarás a las autoridades? —insistí. Me preocupé ante la posibilidad de que cometiera alguna locura.

—Espero que no estés preocupada por la seguridad de ese tipo, porque está en serios problemas.

—¡No deberías tomar la justicia en tus manos! —Ignoró mi recomendación y continuó.

—Dei se ha estado reuniendo con Livia, creo que esos dos traman algo. —Cada vez estaba más turbada—. ¿Te sientes bien?, estás pálida —inquirió un poco alarmado. Sus ojos me escudriñaron el rostro con intensidad.

—No te preocupes, es solo... No es nada.

Suspiró profundo antes de continuar.

—Alberto y Rafael, al igual que Daniel, ya están en casa. Ellos continuarán a cargo de tu seguridad.

—Debes tener cosas más importantes que mi seguridad. Te agradezco mucho el gesto, pero no lo necesito, estaré bien, gracias —le aclaré con soberbia. No estaba dispuesta a seguir bajo su control

—Sí lo necesitas, y no estaré tranquilo sabiendo que estás sola —insistió en forma tajante. Su rostro no denotaba ninguna emoción; en cambio, yo estaba hecha polvo y apenas habíamos comenzado la conversación.

—¡Estoy sola porque tú lo quisiste así! Y no te hubiese dejado nunca, te lo

prometí —grité enfurecida.

—Es cierto, pero también prometiste estar conmigo en las condiciones que fueran. Y, al parecer, verme arruinado no era un panorama muy agradable como para cumplir tu promesa.

—No lo hice por eso, pero ahora ya no hay razón para discutir al respecto. —Me sentí abatida—. Si me disculpas, debo marcharme, Giancarlo me espera en el viñedo.

Tragó saliva con dificultad, el momento era muy difícil para ambos.

—Evelyn..., si necesitas algo, solo llámame. —Suavizó la voz y su expresión se tornó dulce y comprensiva.

—Sabes que no lo haré. Además, quieres a tu gente de seguridad cerca de mí para estar informado acerca de todo cuanto hago y cada paso que doy; de manera que, si insistes en tenerlos en casa, me marcharé.

Abrió los ojos como platos.

—¡Es por tu seguridad! —exclamó enfurecido y frustrado gesticulando con ambas manos.

—Ya no más: o los retiras o me marchó hoy mismo —proferí de forma tajante, a sabiendas de lo irracional de mi conducta, pero ya no podía continuar con ese extraño juego de Marcus.

—Como quieras —respondió con actitud indiferente. Bajó con una rapidez impresionante y propinó un fuerte portazo al salir.

Casi de inmediato encendí el motor del coche y me dirigí al viñedo. Mientras conducía comencé a hacer un sinfín de notas mentales; entre ellas, quitar los dispositivos de rastreo y cualquier cámara de seguridad de la casa.

—¡Señora Evelyn, qué gusto verla! —exclamó Giancarlo con una sonrisa en su rostro.

—Deja ya los formalismos, Evelyn a secas, y pongámonos a trabajar, que a eso vine —respondí con tono de aburrimiento.

El resto de la mañana transcurrió casi sin novedades, a excepción de las llamadas de Carla, de Sandra y de Diana, a quienes invité a pasar el fin de semana en la villa de la playa. Ya era hora de que la conocieran y también de que se enteraran de lo que sucedía; sin embargo, aún tenía que hablar con Britt. Cogí el móvil para llamarlo.

—Buenos días, Thomas.

—Buenos días, Evelyn, supongo la razón de tu llamada.

—¿Estarás desocupado para almorzar juntos? —sondeé.

—Sí, por supuesto. ¿Quieres que pase por ti o nos vemos en algún lugar?

—Mejor nos reuniremos en el restaurante Casa Donostia, que se encuentra en el casco viejo de la ciudad, ¿lo conoces?

—Sí, estaré allí en una hora —concluyó.

—Bien, adiós.

Llegué primero al restaurante, verifiqué mi reservación en la entrada, ya que el lugar era muy concurrido. Mientras lo esperaba revisé unos informes en la tableta electrónica, pero sentía que alguien me observaba: eché un vistazo alrededor para corroborar que cada quien estuviera ocupado en lo suyo. «De continuar así terminaré paranoica».

Thomas Britt se acercó con rapidez hasta la mesa.

—Disculpa la demora.

Lo saludé con un ligero apretón de manos.

—Toma asiento —le sugerí con amabilidad.

—¿Ya ordenaste? —preguntó presuroso.

—No, en realidad te esperaba, pero podemos hablar mientras tanto.

—Claro, tú me dirás.

—Marcus ya sabe que compraste las acciones con mi dinero y pide que se lo devuelvan. Es comprensible que la transacción financiera se haga una vez se logre las ventas de las villas; por el momento solo firmaremos el documento en el que le vendemos todas al mismo precio que las compramos.

—Lo imaginé, Diego ha llamado a mi oficina para pautar una reunión, pero me encontraba fuera de la ciudad.

—Carla aún no sabe nada de esto, por cuanto te ruego que lo mantengas en secreto hasta que yo hable con ella. Por ahora, es decir, esta tarde, debes ir a las oficinas de Diego a firmar —le pedí con gentileza.

—Perfecto, sabes que estoy a tu disposición para lo que necesites.

—Te lo agradezco mucho, Thomas, eres un buen amigo y un excelente profesional.

Mi apetito estaba tan ausente como mis pensamientos, que vagaban entre mi embarazo y el divorcio. Apenas escuché sus anécdotas de Inglaterra y de sus viajes a Ámsterdam, lo miraba fingiendo prestarle atención.

Pasé el resto de la tarde organizando documentos y pedidos al lado de Giancarlo, a quien me había acostumbrado a tener a mi lado como gran compañero de trabajo.

Al salir me dieron ganas de comer un gran trozo de tarta de manzana: fui directo a comprar una para llevar a casa. Sentía esa extraña sensación de estar siendo vigilada, aunque traté de no prestar mucha atención; era posible que el mismo Marcus se hubiera hecho cargo de hacerme seguir.

Llegué a casa, agotadísima, justo a las seis y, aunque la tarta olía delicioso, ya no deseaba siquiera probarla. Terminé por obsequiársela a Leyda, quien se apresuró a comer con entusiasmo mientras que me informaba que los chicos de seguridad y Daniel habían estado en casa un par de horas durante la mañana y luego se habían marchado sin explicaciones.

Fui por el bikini para darme un baño en la piscina interna. Noté que mis senos habían aumentado de tamaño, al igual que las caderas y el trasero, aunque mi vientre no mostraba todavía signos de embarazo.

Me zambullí en el agua, que estaba deliciosa, durante casi una hora y disfruté en la soledad del lugar. Traté de hacerme la idea de que estaría sola, por lo tanto debía comenzar a acostumbrarme.

Estaba sumida en mis pensamientos, mientras me secaba el cuerpo, por cuanto me sobresalté al escuchar una voz a mis espaldas.

—¿Cómo haces para verte cada vez más linda?

La mirada lujuriosa de Marcus me estremeció. Bajé el rostro para evitar que los ojos me delataran, sequé mis piernas, con rapidez me coloqué una bata de baño y me giré para quedar frente a él.

—¿Necesitas algo? —Casi de inmediato, me arrepentí de la pregunta. Su rostro dibujó una sonrisa lobuna y endemoniadamente sexy que me derritió.

—De necesitar, sí... —Hizo una pausa—. Pero estoy aquí por otra cosa.

—Te escucho.

—¿Por qué firmaste el divorcio?

Estaba confundida, no comprendía cómo se atrevía a perturbarme con un reproche como ese.

—¡Porque era lo que tú querías, porque iba a ser imposible continuar casada con un hombre a quien le daba asco estar a mi lado por ocultarle mis verdaderas intenciones y, peor aún, con alguien que no confiaría nunca más

en mí! ¡Por eso lo hice! —exclamé alterada.

Marcus seguía dándome señales confusas. Me encaminé hacia la salida, necesitaba alejarme de él, pero no lo permitió: al pasar por su lado, me tomó del brazo con fuerza y una sensación electrizante me recorrió toda.

—No te vayas —me rogó casi en susurro.

Se abalanzó sobre mí para apresarme en un beso idílico que correspondí con pasión; su lengua acarició con erotismo la mía. Un ligero estremecimiento me hizo temblar, perdía mi voluntad cuando estaba entre sus brazos. Deslizó con lentitud su mano derecha hasta llegar a mi cintura, desató el lazo del albornoz y tocó mi piel desnuda; el placer de sentir su calidez me recorrió con suavidad y me hizo desearlo con locura. Podía percibir su erección sobre mi vientre.

Me ciñó de la cintura y acercó su rostro e inhaló profundo cerca de mis cabellos; sentí sus labios tibios y húmedos, que con delirante erotismo me recorrieron el cuello y descendieron con descaro hasta mis pezones, erguidos por la excitación. Estaba tan absorta y obnubilada ante aquellas caricias exigentes que apenas pude notar que había comenzado a soltar el nudo de la parte inferior. Estaba a su merced, húmeda y jadeante; sin embargo, con el mínimo de cordura que aún me quedaba, pude resistirme.

—¡No!, no lo hagas.

—Evelyn, creí que podía vivir sin ti, pero es imposible. Te amo demasiado, podría perdonarte lo que hiciste y regresar contigo, pero estoy muy confundido.

—¿Perdonarme? —pregunté con incredulidad—. No, cariño, no he hecho nada mal como para pedir que me perdones, excepto ocultarte mis intenciones de ayudarte. Mis motivos fueron nobles, en cambio, yo no podré perdonar tu desliz con Gina.

Sonrió con desgano.

—Entre ella y yo no ha pasado nada, lo dije con la única intención de herirte.

—Y lo conseguiste. Déjame en paz, Marcus, ya no soy tu mujer, yo solo hice lo que tú pediste. Adiós.

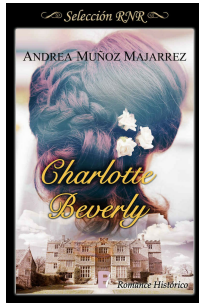
Me marché a mi habitación y lo dejé solo y cabizbajo.

Estaba inquieta, caminaba de un lado a otro en mi dormitorio, sabía que él

seguía en la casa. Me asomé por la ventana y divisé su imponente figura en el jardín caminando descalzo. Al parecer usaba una de mis técnicas para regresar a la realidad; a mí me funcionaba, pero no sabía si a él también.

Escuché el motor de su coche casi a media noche. Miles de pensamientos y de dudas se tejían como telarañas en mi mente. «¿Dónde estará durmiendo?, ¿qué estará haciendo para calmar sus celos?». Y el mayor de mis interrogantes era el siguiente: ¿todo volvería a ser igual entre nosotros?

Ella siempre le quiso, pero cuando decidió alejarse de él, el destino optó por cambiar sus planes.



Charlotte Beverly ha amado a Michael Davenport desde su más tierna infancia, sin haber sido nunca correspondida.

El padre de Charlotte, el capitán Beverly, pronto fallece, pero antes de morir, le pide al abuelo de Michael y buen amigo suyo, Lord Davenport, que Michael se case con Charlotte. Lord Davenport no podrá negarse, ya que el capitán Beverly le salvó la vida hace años, y siente que esa es la mejor manera de pagar su deuda.

Michael recibe la noticia con rabia y descontento, porque él no ama a Charlotte.

Decide marcharse del hogar familiar, pero horas después regresa tras haber sufrido un accidente. Al despertarse, no recuerda nada de Charlotte Beverly, un hecho que la

familia de Michael ve como un milagro.

Esta es la oportunidad perfecta para que Michael vea a Charlotte con otros ojos. Decidirán que lo mejor será mentirle y decir que Charlotte y él se amaban.

¿Qué ocurrirá a partir de entonces?

Andrea Muñoz Majarrez Traductora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido. Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. Gracias a esto, ha podido conocer diferentes culturas y perfeccionar idiomas. Le apasiona la literatura desde que era adolescente, y empezó escribiendo artículos sobre literatura, traducción y viajes en su propia página web. Además, forma parte de un canal de Youtube y Podcast, dedicado a videojuegos y cine, sus otras pasiones.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Andrea Muñoz Majarrez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-980-5

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Charlotte Beverly

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Andrea Muñoz Majarrez

Créditos